CATHERINE SHEPHERD



THRILLER FORENSE

MENSAJE OSCURO

MENSAJE OSCURO

UN THRILLER FORENSE

CATHERINE SHEPHERD

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo

Avance: „Niña dócil: Un thriller forense“
Créditos / Aviso legal

PRÓLOGO

Sus dedos pequeños y delgados se deslizaron por el papel áspero. Se detuvo y volvió de un salto a la primera línea. El problema matemático lo miraba fijamente; suspiró desesperado. En la cabeza le martilleaban los números. La solución estaba al alcance de la mano. Pero, de pronto, la luz de la lámpara de escritorio parpadeó. Aquella breve distracción bastó para echar por tierra sus penosos cálculos. La punzada en la boca del estómago hizo el resto. El hambre y la sed lo torturaban. Si no resolvía pronto el problema, todo empeoraría. Cerró los ojos e intentó concentrarse.

Se sobresaltó cuando las viejas tablas del suelo crujieron al otro lado de la puerta.

—Dos minutos más —le espetó la voz de su abuelo por la rendija de la puerta.

No miró. Con los párpados cerrados, recorrió otra vez la hoja con el dedo. Si hoy no lo lograba, no recibiría ni comida ni bebida hasta la mañana siguiente.

La puerta se cerró de un portazo y él respiró un instante, aliviado.

Volvió a estudiar la columna de cifras, que no era más que otra crueldad de su abuelo. Cada día le ponía varios ejercicios prácticamente imposibles. Le complacía verlo sufrir, someterlo a presión y castigarlo cuando fallaba. Tenía que llegar a ser alguien.

No un perdedor como su padre. Con el niño, su abuelo no aflojaba nunca las riendas. O resolvía las ecuaciones y contestaba las preguntas, o pasaba hambre. Sin esfuerzo no hay recompensa. Su destino estaba en sus propias manos, decía siempre. Él podía decidir cómo le iban las cosas.

—Cinco por dos menos veintisiete dividido entre tres —leyó en voz alta, con los labios temblándole a cada palabra. Se atascó, porque la segunda parte de la fórmula era más complicada. Pensó y calculó. Anotó el resultado con inseguridad y se enfrentó al siguiente ejercicio, que parecía mucho más difícil aún. Contenía raíces y potencias. No podía usar calculadora. Le ardía la cabeza. Calculó febrilmente y cubrió la hoja entera de garabatos hasta que por fin obtuvo la solución. Se puso en pie de un salto, pero volvió a sentarse enseguida. Era mejor revisar el resultado con cuidado. El abuelo odiaba los errores. Los errores se castigaban. No había casi nada que le diera más miedo.

Se acarició con cuidado el brazo izquierdo. El menor roce le dolía. Ayer no lo había conseguido. Pero hoy el estómago le rugía tanto que no le quedaba más remedio que resolver los ejercicios. Eran las vacaciones de verano y no podía gorronear comida en el colegio. En otras circunstancias, siempre conseguía algo en alguna parte. Pero, si pasaba el día entero bajo la férula de su abuelo, no tenía ninguna oportunidad. Aunque se sentía rendido, las ganas de comer y beber le daban unas fuerzas insospechadas. Repasó los cálculos. Su solución parecía buena. Se levantó otra vez y avanzó de puntillas hasta la puerta. La abrió sin hacer ruido y aguzó el oído hacia la escalera. No se oía a su abuelo.

Bajó la escalera hasta la planta baja. Los peldaños podridos de la vieja casa crujían a cada paso, a pesar de lo poco que pesaba. Se mantuvo bien pegado al borde, donde la madera no cedía tanto como en el centro. De la cocina llegaba olor a asado. Salvó los últimos escalones y echó un vistazo precavido al salón. El abuelo dormía roncando en su sillón, con la cabeza ladeada. Apartó la mirada y se coló en la cocina. El horno estaba encendido y desprendía un aroma tentador. Se arrodilló ante el cristal y, al instante, se le hizo la boca agua. Se relamió con avidez. Un asado de

ternera con guisantes y patatas lo tentaba. Suspiró con anhelo y miró la hoja de los ejercicios. Allí había garabateado una solución de cuatro cifras. Agarró el candado que cerraba la puerta del horno con una cadena. Si sus cuatro cifras estaban bien calculadas, podría abrir con ellas el candado de combinación. Giró nervioso las pequeñas ruedecillas hasta que los números coincidieron con su solución. Esperó el clic liberador, pero no ocurrió nada. Probó frenético las cifras en orden inverso.

Otra vez nada.

Cambió la última cifra. Quizá se había equivocado en una o dos posiciones.

Nada.

Para entonces, el corazón le iba a mil, como tras una carrera. Aspiró desesperado el aroma delicioso. Al final tiró furioso del estúpido candado. La cadena golpeó ruidosamente el cristal del horno. Se sobresaltó y se volvió, asustado. Lo primero que vio fueron las toscas zapatillas. Su mirada subió por las piernas gruesas, embutidas en un pantalón oscuro y manchado, hasta llegar a la barriga voluminosa que se desbordaba por encima del cinturón.

—¿Otra vez no has sido capaz, pequeño tarugo? —resopló su abuelo, y se acercó tanto a él que pudo verle cada uno de los poros de la cara.

Calló y bajó la mirada. El miedo le apretó la garganta. ¿Qué iba a contestar él? ¿Que el ejercicio era demasiado difícil sin calculadora? ¿O acaso debía pedir más tiempo? La respuesta sería siempre la misma. No había esperanza. Se escabulló por delante del hombre gordo y salió disparado hacia la puerta de la cocina.

—Venga. Sube a tu cuarto, ahora mismo —bramó el viejo y subió tras él dando tumbos por la escalera.

Corrió todo lo deprisa que pudo y se metió en su cuarto. Se acurrucó en el suelo delante de la cama y encogió la cabeza, con las manos sobre ella a modo de escudo. Se sintió como un animal acosado. Sabía lo que venía y, temblando, cerró los ojos. Aun así, se cuidó de dejar el brazo derecho arriba. El izquierdo lo necesitaba para escribir, pasara lo que pasara con el otro. El cinturón ya caía sobre él. El dolor le sacó todo el aire de los pulmones. Hundió los

incisivos en el labio inferior. Las articulaciones de la mandíbula le crujieron. El cinturón siseó otra vez en el aire y le alcanzó el hombro. Un ardor insoportable le recorrió los nervios, tan intenso que ni siquiera podía gritar. Sin pausa, la correa cayó sobre él una y otra vez, hasta que dejó de sentir nada y su conciencia se sumergió en los relámpagos cegadores que bailaban ante sus ojos.

1

Julia Schwarz estaba sentada en su nuevo despacho, hojeando irritada un montón de papeles que se había ido acumulando en los últimos días. Manfred Holsten, su antiguo jefe, no había exagerado en absoluto. Las tareas administrativas que conllevaba su nuevo puesto como directora del Instituto de Medicina Legal eran muchas y, sobre todo, muy extensas. Con un suspiro, apartó la pila de documentos. No tenía la más mínima gana de leer ni una sola página. Detestaba aquel papeleo molesto. Para cada trámite, fuera importante o no, en aquel centro parecía existir un formulario. Por un instante se arrepintió de haber aceptado el puesto de Holsten. ¿Cómo había aguantado él todo aquello? Lo echaba de menos.

Llamaron con suavidad a la puerta del despacho. Su secretaria asomó la cabeza.

—Disculpe, ¿ha firmado ya los documentos? Tengo que remitir las solicitudes del presupuesto anual a la administración antes de esta tarde.

Julia respiró hondo y se acercó otra vez la pila de papeles. Aún no se había acostumbrado a que la señora Brandt fuera ahora su secretaria y no la de Manfred Holsten. ¿Le estaría costando adaptarse tanto como a ella misma? Miró a Kerstin Brandt a la cara, pero no descubrió en ella más que una amabilidad serena.

—Basta con que firme al lado. Llevo veinticinco años haciendo esto y a Manfred Holsten tampoco le gustaba entrar en detalles —dijo, y sonrió con complicidad antes de entrar en el despacho. Antes de que Julia pudiera replicar nada, Kerstin Brandt había dividido la pila de papeles en tres montones.

—Esto es el presupuesto para el material fungible. Lleva años prácticamente sin cambios. Le he adjuntado al final las cifras del ejercicio anterior. Además, hemos encargado dos mesas de autopsias nuevas para la sala número cinco. Las solicitudes están aquí. Las mesas viejas hace tiempo que están amortizadas, así que no debería haber ningún problema. En unos días tiene también la presentación ante la junta directiva del centro. Tendrá que informar de cómo ha ido el último año, de cuántas autopsias se han realizado, de cómo han evolucionado los costes y demás. Es una cita anual. He adaptado el archivo del año pasado. Convendría que le echara un vistazo.

A Julia le daba vueltas la cabeza. Se subió las gafas de pasta por el caballete de la nariz y plantó su firma en los puntos que Kerstin Brandt le iba indicando con el índice.

—Pues ya está —anunció alegremente su secretaria, y le guiñó un ojo—. Acaban de traer un nuevo caso. Lenja Nielsen está preparando la autopsia.

Recogió los papeles y salió por la puerta con pasitos rápidos.

De inmediato, Julia se levantó de un salto y salió tras ella. No aguantaba ni un segundo más en el aire viciado del despacho. Necesitaba hacer algo con sentido, y enfiló hacia las salas de autopsias.

—La llamo si la necesitan —le gritó Kerstin Brandt a su espalda, pero Julia ya casi no la escuchaba.

Sus zapatos chirriaban sobre el suelo gris del pasillo. Cuando abrió la puerta de la primera sala se sintió liberada. Y eso a pesar del opresivo olor a muerte y desinfectante. Al ver a Lenja, su ayudante finlandesa, no pudo evitar sonreír.

—¿Qué tenemos? —preguntó, y se puso los guantes de látex sin esperar respuesta.

—Justo iba a llamarte —explicó Lenja con un leve acento, incorporándose. Sobre la mesa de autopsias, frente a ella, yacía el cadáver de una mujer—. Aunque parece que ya estás al tanto, ¿no?

—No, todavía no tengo los datos básicos. —Julia suspiró—. Estar sentada en el despacho de Holsten no me sienta bien, así que me he puesto en camino enseguida.

Lenja le lanzó una mirada larga.

—A mí tampoco me gusta el papeleo —confesó, y señaló unas marcas rojizas en el torso de la fallecida. Unas finas estrías rojizas le recorrían el pecho y la parte alta de los brazos—. Probablemente fue un accidente o un suicidio en la bañera. La encontró ayer por la mañana temprano una vecina. A mí me huele a muerte por electrocución.

Julia observó las marcas rojizas, que en los casos de electrocución en la bañera podían aparecer a veces a la altura del nivel del agua.

—Es muy posible —murmuró. Recorrió con la mirada a la joven, que rondaría los veinte años. La piel hinchada presentaba en varios puntos ligeras decoloraciones. Era evidente que había permanecido bastante tiempo en el agua. Tenía los ojos cerrados. A través de los labios entreabiertos, Julia distinguió una dentadura cuidada. La fallecida parecía dormida, sin más.

—¿Ya estaba desnuda? —preguntó Julia mientras estudiaba el pelo corto y rubio.

—Sí, como te he dicho, la encontraron en la bañera. —Lenja se quitó los guantes y se acercó a la mesa en la que descansaba el informe policial—. Se trata de Fabienne Lammertz, veintidós años. Empleada en una funeraria. Por lo visto, pasó toda la noche en la bañera. La vecina tiene una llave del piso y la encontró ayer a primera hora, cuando iba a sacar al perro. Por lo que se ve, Fabienne Lammertz la acompañaba de vez en cuando. Como no respondía al timbre, la vecina entró en el piso y la encontró muerta en el cuarto de baño. El smartphone seguía enchufado al cable de carga y se había caído a la bañera.

—¿De verdad? —preguntó Julia, incrédula.

Lenja se encogió de hombros y dejó el informe sobre la mesa.

—Estas cosas pasan, ya sabes. A estas alturas todo el mundo debería saber que un móvil enchufado en la bañera puede ser tan mortal como un secador.

—Habrá que pedirle a un electricista que revise la instalación del baño. No vaya a ser que en el futuro vuelva a haber un accidente eléctrico en ese piso. —Julia estudió la piel hinchada de la fallecida —. ¿La policía ha encontrado alguna nota de despedida?

—Creo que no. En el informe, al menos, no aparece nada. —Lenja, que justo iba a ponerse unos guantes nuevos, se detuvo—. ¿Crees que fue un suicidio?

Julia se encogió de hombros.

—No, pero en la mayoría de los suicidios suele aparecer una nota de despedida. Si en el piso no había ninguna, apunta más bien a un accidente. —Cogió los documentos de la mesa y se quedó mirando unas fotos del lugar del hallazgo. El cuarto de baño parecía sacado de los setenta. Unos azulejos verdes cubrían las paredes de aquel cuartito minúsculo, en el que la bañera y la ducha estaban combinadas en una sola pieza.

—El móvil podría haber estado en el borde del lavabo y haberse caído desde ahí. —Julia giró la fotografía y frunció el ceño—. Pero, por otro lado, la distancia entre la bañera y el lavabo no es tan pequeña. ¿No tendría que haber caído al suelo? —Le tendió la imagen a Lenja.

Su ayudante entornó los ojos.

—A lo mejor la perspectiva de la foto engaña —repuso—. Le he revisado las manos en busca de marcas eléctricas, pero no hay nada.

Julia asintió.

—Lo más probable es que no tuviera el teléfono en la mano cuando murió. De lo contrario, deberíamos ver el punto por el que la corriente entró en su cuerpo. Suele tener el aspecto de una quemadura. Pero, si la corriente del móvil pasa primero por el agua y alcanza la piel de manera difusa, no aparecen marcas eléctricas en el sentido clásico. Solo se aprecia por las estrías rojizas. —Entornó los ojos, pensativa—. La distancia es, sencillamente, demasiado grande. Habría que pedir a la policía que le eche un vistazo a esto.

—Dejó la foto a un lado y se colocó junto a la cabeza del cadáver—. ¿Has buscado heridas? Puede que no fuera un accidente. Las estrías rojizas pueden aparecer también después de la muerte. Solo por si alguien hubiera querido simular una muerte por electrocución. —Julia examinó el cuero cabelludo de la fallecida apartando por secciones el pelo corto y rubio. Como no encontró nada en la parte superior de la cabeza, la giró hacia la izquierda. Pasó los dedos por el pelo y suspiró. Justo cuando se disponía a inspeccionar el otro lado, algo azulado relució entre los mechones. Se quedó inmóvil.

—¿Y esto qué es? —Julia cogió una lupa y separó el pelo en aquel punto—. Mira, Lenja. Es un tatuaje. ¿Puedes hacerle una foto, por favor?

Lenja hizo la foto. Julia cogió la maquinilla y rasuró el pelo. Muy lentamente fue apareciendo una inscripción. Lenja accionó otra vez la cámara y fotografió el cuero cabelludo afeitado.

—Una almohadilla —dijo Julia—. Y luego pone: «Empieza el juego». ¿Qué se supone que significa esto?

Lenja se inclinó sobre el tatuaje.

—Yo creo que no es solo una almohadilla; es un hashtag. Si lo buscamos en las redes sociales, a lo mejor encontramos algo. —Levantó la vista—. Es raro que lleve un tatuaje en el cuero cabelludo, donde no puede verlo nadie. ¿Crees que se rapó la cabeza en algún momento?

Julia se encogió de hombros.

—No sé. El tatuaje parece muy reciente. —Examinó la zona de piel con más detalle—. Las marcas de la aguja todavía se distinguen con claridad, pero falta la hinchazón típica del tejido lesionado. En mi opinión, se lo hicieron post mortem. Además, el tatuaje no está bien trabajado. —Señaló la inscripción, que en varios puntos parecía deshilachada—. Imagino que el pelo le estorbaba a quien lo hizo.

Lenja se quedó mirando a Julia con la boca abierta.

—¿Post mortem? Eso significaría que podría tratarse de un asesinato.

Julia asintió.

—De momento terminemos la autopsia. Quiero asegurarme del todo. —Cogió un bisturí y empezó a abrir la caja torácica—. ¿Le vas

sacando sangre, por favor? Tengo que saber si había tomado alcohol o medicamentos.

Lenja hizo lo que se le pedía mientras Julia seccionaba las costillas. Por un instante se acordó de Emanuel, su antiguo ayudante, que nunca había soportado el ruido de los huesos al partirse. A Lenja, en cambio, aquel siniestro chasquido parecía no afectarle lo más mínimo. La finlandesa había nacido en un pueblo pequeño. Su tío había sido carnicero y, por eso, ya de niña se había familiarizado con la muerte. A Julia la asaltó una tristeza inmensa, como siempre que pensaba en Emanuel. Él había elegido la profesión de médico forense por puro idealismo. Quería ayudar, pero a la muerte no había logrado acostumbrarse nunca, y ahora yacía él mismo bajo tierra. ¿Estaría bien, dondequiera que estuviese? Julia suspiró y cerró los ojos un instante. Ojalá siguiese con vida.

—Voy a llevar enseguida las muestras al laboratorio; con suerte, mañana ya tendremos resultados —dijo Lenja, sacando a Julia de sus pensamientos sombríos.

—Hazlo —contestó ella, y seccionó la última costilla. A continuación abrió la cavidad torácica, dejando a la vista los pulmones y el corazón de la fallecida. Los órganos tenían un aspecto totalmente sano, como cabía esperar en una persona joven. Julia dictó con soltura los hallazgos a la grabadora y, con ayuda de Lenja, extrajo ambos órganos antes de centrarse en la cavidad abdominal. El estómago de la fallecida contenía, en efecto, una gran cantidad de alcohol. Julia estaba impaciente por conocer los valores en sangre. Según su primera impresión, la víctima debía de haber estado muy borracha. Examinó con Lenja, muy concentrada, el resto de la cavidad abdominal. A esas alturas ya eran un equipo bien rodado, que funcionaba a la perfección. A Julia le gustaba trabajar con su nueva ayudante. Era atenta e inteligente. En muy poco tiempo cerraron juntas la autopsia y Julia se dirigió al despacho acompañada de Lenja.

En la antesala, su secretaria tecleaba con minuciosidad en el ordenador.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó, y comprobó aliviada que Kerstin Brandt negaba con la cabeza. Julia se giró hacia Lenja y le

hizo un gesto para que la siguiera a su despacho. Allí escribió «#ElJuegoEmpieza» en la barra de búsqueda del navegador y echó un vistazo a la lista de resultados. Eran siete páginas enteras, con un número casi incalculable de entradas.

Lenja se inclinó sobre la pantalla.

—Deberíamos echar un vistazo a las entradas de Twitter —propuso, y Julia abrió la página. Leyó con prisa las líneas que aparecieron allí. Sin decir una palabra, cogió el teléfono y marcó el número de Florian.

2

Florian tamborileaba con los dedos sobre la mesa del despacho. Había acudido al instituto de inmediato. Desde que se había sentado al ordenador de Julia, no apartaba la vista de la pantalla.

—A ver, dejad que lo resuma otra vez. Pensáis que estamos ante un asesinato porque no hay forma de explicar cómo cayó exactamente el móvil en la bañera. Y porque a Fabienne Lammertz, con toda probabilidad, le hicieron el tatuaje post mortem. Y, encima, esa inscripción del cráneo lleva a una entrada misteriosa en Twitter.

Julia asintió con energía y señaló el ordenador.

—¡Lee!

—«Empieza el juego. Si la puerta no se abre antes de la puesta de sol, correrá un río de sangre» —murmuró, y levantó la vista—. La verdad es que no tengo claro que esto tenga algo que ver con la muerte de Fabienne Lammertz. Quiero decir...

—Sigue leyendo —le pidió Julia, mientras contemplaba la figura atlética de Florian y su mata de pelo rubio, el complemento perfecto de su propio corte paje negro. Lo cierto era que, a veces, parecían el fuego y el hielo. Ella, a quien algunos compañeros del Instituto de Medicina Legal apodaban «la Dama de Hielo» por su estilo objetivo y distante. Y Florian, dotado de una empatía fuera de lo común que le permitía meterse en la cabeza de otras personas con asombrosa facilidad y, con ello, también en la de los autores de los hechos.

—«Tres aspas baten desiguales en la noche, y en algunas de ellas la luz despierta sin reproche.» —Florian suspiró—. La verdad, suena a chiflado de remate.

—Puede ser, pero el último tweet encaja con la muerte de Fabienne Lammertz —terció Lenja, que estaba en diagonal detrás de Florian, con la vista clavada en la pantalla del ordenador.

—«La corriente y el agua no se llevan bien. Así parte la muchacha hacia la luz también.» —Florian alzó la vista—. Aun así, el mensaje sigue siendo muy vago. Voy a echar otro vistazo a los resultados de búsqueda del tatuaje. —Pasó el cursor por la pantalla, hizo clic en Twitter y se detuvo en una línea del último tercio del mensaje—. Pero ¿qué tenemos aquí? Antes no me había fijado en esto.

—Es un enlace. Pínchalo —dijo Julia, e inclinó ella también el cuerpo hacia delante. Lo bastante como para captar el perfume de Florian. Los recuerdos de la noche anterior le brotaron sin que pudiera evitarlo. Había dormido en su casa, como tantas veces en los últimos tiempos. Muy por debajo del ombligo notó una vibración. Apartó esa sensación a toda prisa.

Florian abrió el enlace y Julia, al mismo tiempo, contuvo la respiración.

—No me lo puedo creer —soltó Florian—. Es Fabienne Lammertz.

—En la bañera —añadió Julia, sin salir de su asombro. De pronto se hizo un silencio absoluto en la habitación. Los tres se quedaron mirando la imagen de la joven en el agua. La cabeza descansaba sobre un cojín de goma apoyado en el borde de la bañera. Tenía los ojos cerrados. La piel parecía sonrosada y los labios estaban rojos e irrigados. Pero Julia no se dejó engañar por eso. El cable de carga del móvil desaparecía en el agua, junto al pecho de la chica. En ese momento, Fabienne Lammertz debía de estar ya muerta.

Florian fue el primero en salir de la conmoción y se puso en pie de un salto.

—Vale. Este tweet tiene que haberlo colgado el asesino. Voy a poner ya a un experto informático con esto. A lo mejor así averiguamos cuanto antes su identidad.

Florian se puso al teléfono mientras Julia y Lenja seguían mirando la fotografía sin parar.

—¿El tatuaje se lo hicieron antes o después de tomar la foto? —preguntó Lenja, irguiéndose un poco.

Julia se sentó delante del ordenador y amplió la imagen hasta que solo se vio la cabeza de la fallecida.

—El tatuaje está en el lado derecho de la cabeza, por encima de la oreja —murmuró, ampliando aún más la zona.

—Ahí está. —Señaló una mancha azul oscuro que se transparentaba entre el pelo rubio—. Así que el tatuaje ya estaba cuando le hicieron la foto. —Julia se mordió pensativa el labio inferior y trató de recordar la imagen completa del cadáver. La fallecida había estado tendida en la bañera. La cabeza quedaba en el extremo más alejado y no resultaba fácil llegar hasta ella, porque la bañera se encontraba en un hueco. El lavabo, colocado justo al lado, dificultaba también el acceso.

—Me pregunto cómo le hicieron el tatuaje. —Se inclinó hacia delante y estiró el brazo—. Esto se queda corto. Así jamás se habría podido llegar a la cabeza. ¿Sacaría el cadáver de la bañera? —Julia negó con la cabeza—. En tal caso, seguro que habría marcas de presión de los dedos en la piel.

—Quizá solo la incorporó hasta dejarla sentada y luego dejó que se deslizara otra vez al agua —aventuró Lenja.

Julia meditó un instante y, de pronto, se dio una palmada en la frente.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? El autor podría ser zurdo. —Se levantó de un salto y alzó el brazo izquierdo—. Por eso tatuó el lado derecho de la cabeza, aunque el otro lado quedaba pegado al borde de la bañera y, por tanto, mucho más cerca. ¿Tenemos ya resultados de la policía científica? Tienen que haber encontrado huellas dactilares en la bañera.

Lenja negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. Además, hasta ahora la policía partía de un accidente o un suicidio. Probablemente la policía científica ni siquiera haya estado en el piso. —Se interrumpió porque Florian había terminado de hablar por teléfono y volvía a la mesa.

—La policía científica va de camino al piso —explicó—. Nuestro experto informático está intentando determinar la dirección IP desde la que se subieron el tweet y la foto. —Se acercó mucho a la pantalla del ordenador—. En cualquier caso, ahora sabemos que, con toda probabilidad, a Fabienne Lammertz la asesinaron. ¿La autopsia ha dado, por cierto, algún otro dato relevante?

—No. Ningún otro indicio de violencia ni de abuso sexual. Fabienne Lammertz era una joven completamente sana, a la que mataron por electrocución. El tatuaje, por cierto, dada su colocación, podría haberlo hecho una persona zurda. Poco antes de morir había ingerido una cantidad considerable de alcohol. Los resultados del laboratorio de las muestras de sangre y tejidos, eso sí, no los esperamos antes de mañana. —Julia miró a Florian—. Me gustaría volver a ver ese tweet. Tenemos que averiguar qué significa este mensaje.

3

—Tengo unos dolores horribles —gimió Elfriede, y cerró los ojos.

Michelle observó aquel rostro demacrado y gris en el que se leía la muerte inminente. En el hospital lo llamaban «estar de camino», como decían cuando ya no había esperanza para un paciente. Aunque a diario tenían que lidiar con la muerte, nadie lo decía abiertamente. Ni las enfermeras ni los médicos. Hablaban de liberación, del cielo o de un viaje. Cuanto más se envolvía lo inevitable en aquellas palabras de engañosa belleza, menos terrible le parecía la muerte también a Michelle. Antes se la había imaginado como un hombre alto y enjuto, de dedos largos y afilados, envuelto en un manto negro como el ala de un cuervo, bajo el cual se llevaba las almas de los moribundos al cielo o al infierno. Pero, desde que trabajaba como enfermera, esa imagen había cambiado por completo. Se consolaba pensando que, quizá, los pacientes pronto estarían mejor.

Veía a la mujer con cáncer que tenía delante, tendida en la cama, ya sentada sobre una nube mullida. Sonriente y libre de dolor. Trató de imaginar cómo habría sido cuando aún estaba sana. Un rostro surcado por finas arrugas, con unos ojos sabios e inteligentes. La verdad, le resultaba difícil. Aquel pequeño bulto desvalido sobre la sábana blanca no tenía nada que ver con la imagen que ella se inventaba ni con la fotografía de la mesilla. Michelle se construía el

mundo a su manera para poder soportar todo aquel sufrimiento atroz. Le tenía un cariño especial a Elfriede. Cuando aún se encontraba mejor, hablaban a menudo. De todo lo divino y lo humano. Michelle adoraba el humor seco de aquella anciana de ochenta años, cuyo espíritu parecía bastante más joven. Tragó saliva. Habría querido que Elfriede recuperase del todo la salud, pero, por lo visto, no había esperanza. Sus valores eran malos. Negó con la cabeza, triste, e introdujo un analgésico potente en el gotero.

—Los dolores van a desaparecer enseguida —susurró Michelle, y le dedicó a Elfriede una sonrisa de confianza forzada. Había ensayado esa sonrisa frente al espejo. Michelle quería transmitir confianza y, por tanto, tenía que resultar convincente. Los pacientes nunca debían conocer sus verdaderos pensamientos; Elfriede tampoco. Solo se sentirían aún más miserables. ¿A quién le iba a apetecer que lo compadecieran porque ya tuviese la muerte llamando a la puerta? Nadie, absolutamente nadie, sabía qué significaba exactamente la muerte. Bien podía ser algo tan maravilloso que, justamente por eso, hasta entonces no hubiera vuelto del otro lado ninguna alma humana. A lo mejor el paraíso existía de verdad y nadie quería marcharse de él por voluntad propia.

—Pronto me encontraré mejor. No se preocupe tanto por mí, hija. —Elfriede sonrió, agotada.

Michelle se avergonzó un poco. Tendría que haber sabido que a aquella paciente no podía engañarla. Ella misma le tenía mucho más miedo a la muerte que Elfriede. Pese a su palidez, la anciana irradiaba cierta paz. Michelle ya lo había observado muchas veces en personas que habían dejado atrás su vida y estaban en paz consigo mismas.

—Ojalá pudiera hacer más que limitarme a administrarle calmantes —repuso, y consiguió esbozar una sonrisa triste. Temía que Elfriede no aguantara mucho más. Sintió un frío glacial justo al lado de la cama, como si la muerte ya estuviera allí, esperando. Se apartó a toda prisa.

—Vuelvo a verla enseguida —le prometió, y salió rauda de la habitación. Fuera, en el pasillo, soltó el aire. ¿Qué le pasaba hoy?

¿Por qué le afectaba tanto el destino de aquella paciente? Se acarició el vientre con suavidad. Dentro vivía su pequeño secreto. Sonrió y se juró a sí misma que siempre estaría ahí para aquel pequeño ser. Después se dirigió al siguiente paciente.

4

—«Si la puerta no se abre antes de la puesta de sol, correrá un río de sangre. Tres aspas baten desiguales en la noche, y en algunas de ellas la luz despierta sin reproche.» —Julia se frotó las sienes con fuerza y se recolocó las gafas—. Aunque lo lea mil veces, no entenderé ni una palabra.

Lenja había acercado una silla y estaba sentada a su lado, mientras que Florian iba y venía delante de la mesa. Inquieto, comprobaba los mensajes del móvil cada pocos minutos. El experto informático tendría que haber dado señales de vida hacía rato.

—Un «río de sangre», en cualquier caso, significa que va a morir alguien más. —A Lenja le tembló la voz. Habían leído ya la frase un montón de veces, pero también a Julia le seguía poniendo la piel de gallina cada vez que la veía. Se quedó mirándola fijamente.

—Seguro que no nos queda mucho tiempo.

—¡Maldita sea! —soltó Florian, y descargó el puño sobre la mesa —. No podemos permitirlo. Tenemos que mover cielo y tierra y parar a ese chalado enfermo. —Se sentó y garabateó unos signos confusos en una hoja de papel.

—Tenemos que averiguar qué significa este texto. ¡Joder! No entiendo ni una palabra.

Julia respiró hondo y se concentró en el mensaje.

—El principio de la frase contiene al menos una referencia temporal: «antes de la puesta de sol». Pero ¿la de qué día? ¿Hoy, mañana, la semana que viene...? —Se calló y repasó otra vez el pasaje. ¿Qué demonios querría decir lo de las aspas?

—¿No podría ser un avión? Las alas también baten, en cierto sentido. Bien podría ser que la próxima víctima muera por la noche en un accidente de avión.

Florian se quedó clavado en el sitio.

—Por eso baten también «desiguales». El avión entra en barrena y se estrella contra el suelo. Puede que tengas razón, Julia. Aunque un avión solo tiene dos alas. Podría tratarse, sin embargo, de un helicóptero.

—O un piano de cola, un pájaro o... —terció Lenja, y se interrumpió al notar la mirada de Julia.

—Perdón, pero es que me parece que las indicaciones son demasiado crípticas. Detrás podría haber cualquier cosa y solo estamos perdiendo el tiempo —murmuró Lenja.

Julia meditó. No se podía descartar que el autor o los autores les estuvieran tomando el pelo con aquel texto. Pero ¿y si era una pista que había que tomarse en serio? Un acertijo cuya solución pudiera salvar una vida.

—Creo que no nos hará daño echar un vistazo a los helipuertos de los alrededores. Pero primero habría que registrar el piso de la víctima. Al fin y al cabo, podemos dar por hecho que el autor estuvo allí. Las probabilidades de dar con pistas relevantes son mayores allí.

Florian asintió.

—Es cierto. Además, voy a llamar a nuestro criptoanalista. A lo mejor a él se le ocurre algo brillante. —Levantó la llave del coche y miró a Lenja con gesto interrogativo—. ¿Quiere venir también?

Pero Lenja negó con la cabeza.

—Me toca otra autopsia. —Se levantó—. Le he prometido al doctor Neumann que hoy le asistiría. Seguro que ya está esperándome.

Julia siguió a Lenja con la mirada hasta que esta desapareció por la puerta del despacho. Luego repasó el texto una última vez y suspiró.

—No le saco absolutamente nada en claro. Vámonos.

Cuando llegaron al piso de Fabienne Lammertz unos treinta minutos más tarde, la policía científica estaba ya manos a la obra. Los agentes, con monos de protección blancos, iban y venían atareados o pasaban el pincel por distintos puntos de las paredes y los muebles para revelar huellas dactilares. A eso se sumaba el parpadeo irregular del flash de una cámara que documentaba con esmero cada hallazgo.

—¿Habéis avanzado algo ya? —preguntó Florian a Anna Schubert, la responsable de la policía científica, que examinaba la bañera del cuarto de baño.

—Hemos encontrado marcas de forzamiento en la puerta del piso y tres huellas dactilares distintas en el baño. Un compañero las está pasando por la base de datos. Con un poco de suerte, daremos con una coincidencia. —Anna Schubert se incorporó y saludó a Julia con un leve gesto de cabeza.

—¿Y cómo es que ni la vecina ni la policía se dieron cuenta de que habían forzado la puerta? —Florian salió otra vez al rellano y examinó la entrada del piso.

—Son solo unas marcas ligeras. El autor llevaba herramientas y aquella cerradura tan sencilla no era realmente un obstáculo —explicó Schubert, que seguía examinando la bañera.

—¿Hay huellas en el móvil? —preguntó Julia con curiosidad, mientras observaba el hueco entre el lavabo y la bañera. La distancia era considerable. Si el móvil se hubiera caído del borde del lavabo, en realidad habría tenido que dar contra el suelo.

La responsable de la policía científica negó con la cabeza.

—Por desgracia, con el agua de la bañera ahí ya no queda nada. El móvil tampoco se puede reactivar. El experto informático está intentando recuperar las fotos y los contactos, pero no se hace demasiadas ilusiones.

—Julia, qué alegría volver a verla. —Martin Saathoff, el compañero de Florian, le tendió su manaza con una amplia sonrisa —. Lo cierto es que ya tenemos trabajo de sobra. Un cadáver en una bañera no nos cuadra precisamente en la agenda. —Le dio una fuerte palmada en el hombro a Florian y puso los ojos en blanco—.

Pero jamás le pediría a nuestro jefe que pasara a otro equipo un caso en el que usted también esté trabajando. Florian me lo tendría en cuenta. —Soltó un suspiro fingido y luego señaló debajo del lavabo.

—Ahí abajo hay una mancha grande de un azul oscuro. Posiblemente, tinta de una máquina de tatuar.

—Exacto. —Anna Schubert se incorporó y se llevó las manos a la espalda con un quejido—. Empiezo a notar los años. La tinta ya está en el laboratorio. Pero no me cabe la menor duda de que se trata del mismo color que se utilizó para el tatuaje. La máquina de tatuar estuvo apoyada en el lavabo. Se nota por los contornos finos que hay aquí: salió tinta y luego goteó hacia abajo. Una lástima que no fuera un poco más allá, porque, si no, quizá habríamos tenido una huella de zapato sobre la tinta. En el enchufe que hay encima del lavabo hemos encontrado una huella dactilar que no es de Fabienne Lammertz. Espero que podamos identificarla.

—Ya es algo. —Florian se frotó las manos—. Lo siguiente será investigar el entorno de la víctima. Quizá demos con algún testigo.

—¿Y dónde está, por cierto, su ropa? —preguntó Julia, que intentaba reconstruir el desarrollo de los hechos. En el cuarto de baño no había prendas. Del gancho junto a la puerta colgaba únicamente una toalla.

—Buena pregunta —respondió Martin Saathoff, retorciéndose el poblado bigote con los dedos—. Por aquí, por favor. Fabienne Lammertz probablemente se desvistió en el dormitorio. Allí hemos encontrado ropa usada.

—¿Se desnudó por voluntad propia? —quiso saber Julia, y siguió a Saathoff por el pasillo.

—Eso no podemos asegurarlo. Tampoco en el dormitorio hay rastros de lucha. —Saathoff dejó pasar primero a Julia y a Florian. La habitación tenía un ambiente agradable. A la derecha había un armario con espejo, frente a la amplia cristalera. Junto a la gran cama de matrimonio que ocupaba el centro de la habitación, Julia vio una silla sobre la que había unos vaqueros y un jersey. La ropa estaba pulcramente doblada. Pasó la mirada por la habitación, donde nada estaba fuera de su sitio. El edredón estaba estirado, la

almohada ahuecada. Todo parecía intacto. Julia examinó la ropa de la silla.

—Falta la ropa interior —constató, y se volvió hacia Saathoff—. En el cadáver no he encontrado ningún indicio de abuso sexual y, sin embargo, faltan el sujetador y las bragas. ¿O hay por aquí en alguna parte un cesto de ropa sucia?

—No he visto ninguno —explicó Saathoff—. Lo de la ropa interior se me había pasado por completo.

—¿Hay en el piso fotos de Fabienne Lammertz con su familia o, quizá, con un novio? —preguntó Florian—. Al fin y al cabo, tiene una cama de matrimonio bien cómoda.

—En el salón hay fotos pegadas en la pared. Pero no parece que tuviera novio. —Saathoff arrugó la nariz—. Tampoco es de extrañar. Al fin y al cabo, trabajaba en una funeraria. Eso no atrae precisamente a los hombres. —Posó la mirada en Julia y la cara se le tiñó de pronto de rojo oscuro—. Lo siento. No lo decía en ese sentido. A Florian, en cualquier caso, no parece importarle que sea usted médica forense. —Las últimas palabras las masculló de tal forma que Julia apenas lo entendió.

—Tranquilo. ¿Dónde está la lavadora?

Saathoff volvió a retorcerse nervioso el bigote.

—En la cocina —contestó, escueto, y evitó mirarla.

La cocina era estrecha, minúscula y, como el dormitorio, extremadamente ordenada. Julia encontró el cesto de la ropa sucia junto a la lavadora, pegado a la pared, y miró dentro con curiosidad. Estaba vacío; así que, efectivamente, la ropa interior no estaba. Julia volvió atrás y revisó el armario. La ropa estaba perfectamente doblada y apilada en los compartimentos. Nada apuntaba a que Fabienne Lammertz hubiera vuelto a guardar allí ninguna prenda usada.

—Creo que el autor se llevó su ropa interior —dijo Julia, y se unió a Florian en el salón, donde él inspeccionaba las fotos de la pared.

—Yo diría que este es su hermano y, en la foto de las vacaciones, ahí está su madre. Del padre, ni rastro; tampoco de un posible novio. —Florian la miró—. Yo creo que la ropa interior es una especie de trofeo para el autor. Las marcas de forzamiento en la

puerta apuntan a que Fabienne Lammertz no conocía a su asesino. Por supuesto, también podría haber estado implicado más de un autor. De momento no podemos descartarlo. En cualquier caso, ahora mismo no tengo ante mí una imagen clara ni un móvil concreto, y menos aún si esto es solo el principio. Este mensaje en Twitter me preocupa de verdad.

Julia guardó silencio y observó con atención las fotos de la joven. A continuación echó un vistazo al escritorio. Por lo visto, Fabienne Lammertz se había ocupado de la muerte también en su tiempo libre. Sobre la mesa había un libro sobre técnicas de embalsamamiento y unas cuantas notas al respecto. La letra era clara, regular y no presentaba ningún tipo de florituras. Encajaba con la impresión de orden que el piso transmitía a Julia.

—Deberíamos hablar con su vecina —propuso Florian, esquivando al fotógrafo, que se acababa de lanzar sobre las fotos de la pared.

—Pues vamos allá —murmuró Martin Saathoff, y siguió a Florian hasta la escalera. Julia avanzó pensativa detrás de ellos. ¿Por qué se había llevado el autor la ropa interior de la joven sin abusar de ella? Robar las bragas y el sujetador apuntaba claramente a un móvil sexual. Y, sin embargo, los resultados de la autopsia habían sido inequívocos: la víctima no había mantenido relaciones sexuales antes de morir. Ni por voluntad propia ni a la fuerza. Florian llamó al timbre de la vecina, que abrió la puerta de golpe en cuestión de un segundo. Lo más probable era que hubiera estado siguiendo el ajetreo policial a través de la mirilla.

—Señora Winkler, soy Florian Kessler. Somos de la Policía Judicial de Colonia. ¿Podemos pasar un momento y hacerle unas preguntas? Le presento a mi compañero Martin Saathoff, y Julia Schwarz es del Instituto de Medicina Legal.

—Pasen, pasen. Es un drama tan terrible. La pobre chica. Era tan trabajadora y tan tranquila. Una vecina estupenda. Nunca dio el menor problema. —La señora Winkler anadeó por el estrecho recibidor y se pegó a la pared, delante de la puerta del salón, para dejarles paso. Mientras Florian se limitó a pasar a su lado, Saathoff tuvo que meter barriga.

—Gracias —murmuró Julia, y se deslizó tras él por delante de aquella mujer de setenta años bien cumplidos.

En el salón olía un poco a aire enrarecido. Hacía fresco. Lo más probable era que la señora Winkler no hubiera puesto la calefacción al máximo para ahorrar gas. Sobre el sofá había un teckel de pelo corto que, al verlos llegar, soltó un gruñido amenazador.

—Bájate de ahí, Charlie. Tenemos visita.

El teckel no dudó ni un segundo. Saltó al suelo y se escondió debajo de la mesa.

—¿Quieren tomar algo los señores? ¿Agua o café?

—No hace falta, muchas gracias —repuso Saathoff. Se apretujaron los tres en el sofá—. ¿Podría volver a contarnos cómo encontró a Fabienne Lammertz?

—Por supuesto. —La señora Winkler tomó asiento en un sillón de cuero—. Habíamos quedado en sacar a Charlie. Lo habíamos acordado la noche anterior. Mi Charlie ya no es ningún jovencito y no puede esperar tanto por las mañanas. Así que llamé varias veces al timbre y, como la señora Lammertz no abría, entré. La llamé en voz alta, pero no respondió. Entonces la encontré en la bañera. Fue una imagen horrible. —La señora Winkler se llevó las manos a la cara—. Supe enseguida que estaba muerta. En el último Tatort, esa serie policiaca, también salía un cadáver en la bañera. La señora Lammertz tenía exactamente el mismo aspecto: hinchada y sin una gota de sangre.

—¿Notó algo la noche anterior? —preguntó Florian, sacando su libreta.

—Nada de nada. Soy muy sensible al ruido, ¿sabe? Basta con que alguien deje que se cierre la puerta del portal en la planta baja para que me entere, o se entere mi Charlie. Pero aquella noche todo estuvo tranquilo.

—¿Sabe usted si Fabienne Lammertz tenía pareja estable?

—No, no la tenía. De eso estoy completamente segura. Desde que se mudó aquí, no vino nunca a visitarla ningún hombre joven. —La señora Winkler hizo una pausa y se dio una palmada en el muslo. El teckel levantó la cabeza con curiosidad—. No, espere un momento. Eso no es del todo cierto. Aquel hombre de la funeraria

vino a verla un par de veces. Creo que es su jefe. Un señor muy fino. Y, claro, sus amigas no paraban de entrar y salir. Dos chicas encantadoras. Se conocían todas del colegio.

Florian le pidió a la señora Winkler que anotara los nombres de todas las personas que había mencionado. Mientras la mujer escribía, siguió haciéndole preguntas:

—¿Notó algo raro últimamente? ¿Le pareció Fabienne Lammertz, por ejemplo, alicaída o asustada?

—No. Estaba como siempre, una persona muy amable. Hasta encontraba tiempo para mí, una vieja aburrida. Mi Charlie estaba loco con ella. Tenía un corazón de oro. Justo lo contrario que el tipo que vive encima de nosotras. Ese es un descuidado, vaya tela. Siempre se le olvida cerrar bien el portal. Aunque seguramente lo hace a propósito desde que me he quejado de él. —La señora Winkler alzó el índice y puso una mirada hostil—. Antes daba unos portazos que parecía que se iba a caer el revoco de las paredes. No iba a consentirlo eternamente. Y trae a casa sin parar a unos amigos borrachos. Uno de ellos hasta llegó a acosar a la señora Lammertz. Pero de eso hace ya algún tiempo.

—¿Y cuándo fue eso exactamente? ¿Sabe usted su nombre? — Florian se irguió en el asiento y miró a la señora Winkler con atención.

Pero ella negó con fuerza con la cabeza.

—No fue él. A ese lo habría oído. Se llama Jacob Meyer. Está de aprendiz en la albañilería de la esquina. No tiene modales. Pero les voy a decir yo quién podría tener a la pobre chica sobre su conciencia. —Hizo una pausa y dejó vagar la mirada por los presentes—. La otra vez, hará una o dos semanas, cuando saqué a pasear a mi Charlie, me fijé en él. Estaba escondido detrás de un árbol delante del edificio. Pero, aun así, me di cuenta. Que no se crea ese tipo que puede engañar a una vieja como yo. Pasé por delante de él como si no lo hubiera visto y, después, él se metió en el edificio. Lo más probable es que tenga llave. Y dos días después, lo mismo. Otra vez se quedó por aquí dando vueltas, esperando a que Fabienne saliera del trabajo. La pobre chica venía rendida del día tan duro. Y no me extraña. ¿Por qué se hará algo así una mujer

joven y guapa? Pasarse el día entero rodeada de muertos. —La señora Winkler negó con la cabeza, asqueada—. En cualquier caso, cuando ella llegó a casa, él la siguió un minuto después. Y eso a pesar de que tiene prohibido acercarse a ella. Ese hombre no tiene ningún respeto por la ley. Hace lo que le da la gana. Pobre chica. El caso es que oí cómo discutían. Pegaba unos gritos que se oían en todo el edificio. Eso fue justo hace una semana, y ahora ella está muerta.

El silencio que cayó después fue opresivo. Julia fue la primera en recuperar la voz.

—¿Y quién es ese hombre? —preguntó. La respuesta le heló la sangre en las venas.

5

—No me lo puedo creer. ¿Cómo es que Fabienne Lammertz no lo denunció? Le habríamos podido imponer hasta seis meses de arresto coercitivo, esa sanción que prevé la ley alemana por incumplir una orden de alejamiento. No podía acercarse a menos de cincuenta metros ni de ella ni de su piso. ¡Joder! —Martin Saathoff tiró el expediente sobre la mesa y cruzó los brazos—. Hay mujeres a las que de verdad no consigo entender. Si sabía que el tipo era peligroso...

—El tipo es su padre —replicó Florian, dando golpecitos en la mesa con el bolígrafo. Habían terminado de interrogar a la vecina y se habían ido a la comisaría. El caso tenía su miga. Había empezado como un supuesto suicidio o accidente y ahora todo parecía una tragedia familiar—. Muchas víctimas de abuso no consiguen salir de una relación que las daña.

Martin le lanzó una mirada de reproche.

—Mi querido compañero, llevo más de veinte años de oficio a las espaldas. Y, por desgracia, casos como este me los conozco a montones. —Negó con la cabeza, apenado, y se dejó caer ruidosamente en su silla—. Un padre que abusa de su hija durante años, le pega a la madre y, en algún momento, todo sale a la luz. No puede acercarse a ellas, pero aun así se las arregla siempre para

volver a establecer contacto, hasta que se produce la tragedia definitiva. Ese tío es nuestro autor.

Florian se frotó la frente. Saathoff tenía razón; por desgracia, casos así había muchísimos. Pero en este asesinato había bastantes cosas que no encajaban, sobre todo el posible móvil. Florian, además, había hecho una formación complementaria como analista policial de casos. Por lo general se le daba bastante bien meterse a fondo en la mente del autor. Pero esta vez había algo distinto. No sabía decir el qué, pero algo lo bloqueaba.

—¿Por qué no abusó primero de ella? Al fin y al cabo, lo que lo movió durante todos esos años fue el deseo sexual hacia su hija. En el expediente pone que los abusos empezaron cuando Fabienne Lammertz tenía doce años. Podría haberla violado y haberse ido, como tantas otras veces. ¿Por qué iba a matarla?

—Igual ella lo amenazó con llamar a la policía y a él se le fue la pinza —apuntó Saathoff.

—Puede ser. Pero, aun así, habría dado un giro radical a todo su comportamiento. El autor le dejó un tatuaje en el cráneo. Con un mensaje para cualquiera que busque ese hashtag en Twitter. Es claramente una comunicación dirigida a nosotros. Anuncia otro asesinato y lo enlaza con un acertijo casi imposible de resolver. Nada de todo eso encaja con el padre de Fabienne Lammertz.

A Martin se le abrieron mucho los ojos.

—¡La madre! Tenemos que poner a la madre bajo protección policial. Podría ser la siguiente. —Cogió el teléfono e informó a Hermann Meier, el jefe del departamento.

—Asunto resuelto —dijo tras la breve conversación con su jefe, y colgó—. Lo de Julia no me lo guardas, ¿verdad? Lo que solté sobre Fabienne Lammertz y su trabajo en la funeraria estuvo realmente fuera de lugar.

Florian sonrió.

—Tranquilo, compañero. Es que tú metes la pata cada dos por tres.

—Entre tú y la Dama de Hielo parece que últimamente la cosa va viento en popa. ¿Sois ya pareja oficial? —Saathoff lo miró con expectación.

Florian dudó. Saathoff había tocado un punto sensible. No tenía ni idea de en qué punto estaban Julia y él. Si estaban juntos o solo se acostaban.

—Va bien —contestó, evasivo.

Pero Saathoff no aflojó.

—Entonces, ¿sois pareja o no?

Florian suspiró. No le apetecía hablar de Julia con Saathoff. El asunto era complicado. Julia era una mujer independiente. Ella no lo necesitaba. Al menos, no como otras mujeres lo habían acostumbrado. Ni lo idolatraba ni se le tiraba al cuello. Tampoco le había preguntado nunca si querría ser su pareja oficial.

—Ya veo —irrumpió Saathoff en sus pensamientos—. No sabes lo que quiere ella.

Florian puso los ojos en blanco.

—Mira, Martin. No es para nada el momento. Vamos a centrarnos en el caso.

Saathoff gruñó y se levantó.

—Vale. Pues vamos a por el padre. ¿Tienes la dirección?

Florian suspiró para sus adentros.

—No está empadronado en ninguna parte.

—¿Cómo?

—Hace medio año, su mujer lo echó de casa. Fue poco después de la sentencia del juzgado de familia que dictó la orden de alejamiento. Desde entonces no ha comunicado ningún nuevo domicilio.

Saathoff soltó un gruñido.

—Pero la señora Winkler lo ha visto hace poco e incluso ha afirmado que tiene una llave. No puede andar muy lejos.

—Tampoco hay ningún coche a su nombre que podamos rastrear —repuso Florian—. Habría que hablar con la madre de Fabienne Lammertz. Quizá pueda decirnos dónde anda metido su marido.

6

La mano izquierda le temblaba tanto que no podía escribir. El miedo, en estado puro, se le había instalado en la nuca. Se le había aferrado y le bloqueaba la capacidad de pensar. A la espalda notaba la abultada barriga de su abuelo. Olía su aliento cargado de alcohol. Pasaba la mirada frenética por el ejercicio. La columna de cifras se le emborronaba ante los ojos. Solo entonces se dio cuenta de que estaba llorando. Sin hacer ningún ruido, porque los hombres no hacían esas cosas. A escondidas se sacudió las lágrimas con un parpadeo. Su abuelo no debía darse cuenta, porque, a sus ojos, él ya era todo un hombre. Y eso que solo tenía doce años.

—Venga ya, chico —le bufó el viejo, agarrándolo por la nuca. Las uñas, gruesas, se le clavaron en la piel. Lo que más le habría apetecido habría sido salir corriendo, pero no sabía adónde. Su madre se había largado cuando él tenía dos años. No había vuelto nunca. Su padre se había ahorcado tres años antes en el granero. Él lo había encontrado. Se había quedado petrificado en la puerta del granero. Su padre pendía del travesaño central. La cabeza, totalmente ladeada. Aún hoy veía ante sí aquella lengua azulada e hinchada y los ojos inyectados en sangre. Aquella imagen atroz lo perseguía día y noche. Había entrado corriendo y había querido sostener a su padre para que pudiera respirar. Pero, cuando lo tocó, ya estaba terriblemente frío y rígido. Lo notó indescriptiblemente

ajeno. Aquel hombre que pendía del travesaño le parecía un completo desconocido. Se había desplomado en el suelo y había alzado la mirada. El cuerpo sin vida se balanceaba de un lado a otro. La cuerda crujía. Él había seguido allí sentado, sin moverse. Mudo y absolutamente indefenso.

Ya no recordaba cuánto tiempo había estado allí, en cuclillas. En algún momento, su abuelo había irrumpido en el granero y lo había puesto de pie a tirones. Le había estampado un par de sonoras bofetadas para sacarlo de aquel trance.

—¡Míralo bien! —le había machacado—. Así son los fracasados.

¿Fracasado? No. Ese era el aspecto de su padre. Su padre no era un fracasado. Solo se había quedado sin fuerzas para discutir cada día con el abuelo. Para resolver cada día sus estúpidos ejercicios. Para soportar cada día sus humillaciones. Y, sin embargo, en lo más hondo del corazón sabía también que su padre lo había dejado tirado. Ahora estaba solo con aquel viejo malvado. ¿Cómo había podido hacerle algo así? Su padre tenía que saber muy bien que él no podía irse a ningún otro sitio. Estaba a merced de aquel tirano, en cuerpo y alma.

Salvo que resolviera los ejercicios. Si se sometía, le daban algo de comer. Solo tenía que aguantar unas pocas horas más; después podría irse a la cama y, por la mañana, empezaba otra vez el colegio. Ya no faltaba mucho; pronto tendría algo de paz.

Suspiró tan bajo que apenas se oyó y se concentró en el ejercicio. Como por arte de magia, en aquel mismo instante se le ocurrió la solución. La anotó y, en efecto, la garra de su abuelo se transformó en algo blando. De pronto unos dedos descansaban suaves y cálidos sobre su piel, sin hacerle daño.

—Buen chico —lo felicitó el abuelo, y él no podía creer su buena suerte—. Hoy nos he traído un asado de la carnicería. Lleva todo el día crepitando en el horno.

Las manos fuertes de su abuelo lo levantaron y lo guiaron fuera del cuarto, escaleras abajo, hasta la cocina.

—Siéntate —ordenó el viejo, y él, sin querer, encogió la cabeza. Observó desconfiado a su abuelo cuando este dejó el asado sobre la mesa y empezó a trincharlo con un gran cuchillo de cocina. Por un

momento se lo imaginó volviendo la mirada hacia él, con los ojos echando chispas y la afilada hoja en alto. El abuelo era siempre imprevisible. Tomó aire de golpe y se aferró al borde de la mesa.

—¿Te encuentras mal? —Los ojos vigilantes del abuelo lo escudriñaron de arriba abajo.

—No. Es que tengo hambre —tartamudeó, y se preparó para recibir una bofetada o algo peor. Eso lo había aprendido bien. Cuanto más amable se mostraba el abuelo, mayor era el peligro de que de pronto, sin avisar, volviera a estallar.

—Sabía que hoy resolverías el ejercicio. —El viejo sonrió, orgulloso, y plantó un plato con asado y patatas delante de él, sobre la mesa.

—Tú ve empezando.

Cogió con inseguridad los cubiertos y, sin pensárselo más, se puso a engullir la comida. El estómago se le había vuelto un agujero enorme. En muy poco tiempo se le quedó el plato vacío, antes incluso de que su abuelo hubiera empezado a comer. Bajó la cabeza y se quedó mirando aquellas manazas que seguían manejando el cuchillo sobre el asado. Su respiración se aceleró. Lo que más le habría gustado habría sido saltar del asiento y esconderse bajo la cama, en su cuarto. Al abuelo no le gustaba nada que no respetase los modales en la mesa. Presa del pánico, rodeó el plato vacío con los brazos.

—¿Qué estás haciendo?

Se quedó petrificado, incapaz de responder.

—Chico, pásame el plato. Hay de sobra.

No reaccionó. Las palabras del abuelo le iban entrando muy despacio en la cabeza, gota a gota. Las repitió en silencio, porque no podía creer lo que acababa de oír. Como en trance, alargó un poco el plato con la mano derecha, sin levantar la cabeza. El otro brazo lo tenía en tensión, listo para parar posibles golpes o capones. Pero, para su sorpresa, no ocurrió nada de eso.

—¿Te pongo ya dos lonchas de asado?

Asintió, desconcertado. Con los ojos muy abiertos, vio cómo dos enormes trozos de carne caían pesadamente en su plato. El

estómago le rugió con fuerza. Carraspeó, avergonzado, y se acercó el plato.

—Espera.

Se sobresaltó.

—¿No quieres patatas?

Sin decir una palabra, volvió a tenderle el plato. Tres patatas humeantes fueron a parar junto a las lonchas de asado.

—Que aproveche.

Bajó la mirada y se llevó a la boca aquella deliciosa comida. A cada instante esperaba alguna nueva calamidad. Pero el abuelo se sentó sonriendo y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Cada vez lo haces mejor, chico —murmuró, y empezó también a comer—. ¿Sabes qué? Vamos a hacer una pausa de uno o dos días en los ejercicios. ¿Qué te parece?

Por poco se atraganta y alzó la vista con recelo.

—Anda, venga, chico. Di algo.

—Sí. —No fue capaz de decir más. La cabeza le iba a mil. ¿Sería una pregunta trampa? ¿No estaría sometiéndolo a una nueva prueba sin que él se hubiera dado cuenta hasta ese momento?

El abuelo le dio unas palmaditas en la mejilla.

—¡Venga, come ya!

Se atiborró el estómago hasta sentir un calor agradable por todo el cuerpo. Hacía una eternidad que no se sentía tan feliz. Notó cómo se iba relajando poco a poco. El abuelo tenía hoy un humor estupendo. Le alegraba que el viejo estuviera contento con él. En lo más hondo del corazón ardía el ansia de cariño. A lo mejor no estaba todo perdido. A lo mejor sí había esperanza y todo iba a salir bien.

7

Julia se quedó indecisa en el aparcamiento iluminado. El crepúsculo había caído hacía rato. No había sido capaz, después del registro del piso de Fabienne Lammertz, de volver al despacho. Las montañas de expedientes que la esperaban allí le agriaban el ánimo. Era médica forense en cuerpo y alma. Adoraba su trabajo, aunque a muchísima gente le pareciera repugnante. Julia había tenido un buen motivo para elegir esa profesión. No solo por la muerte temprana y violenta de su hermano pequeño, que durante mucho tiempo no se había podido esclarecer. Sobre todo, era porque quería darles a los muertos una última voz. En cuanto no hiciera bien su trabajo, esa voz se apagaría para siempre. Y entonces ya no habría nadie que pudiera hacer justicia. Pero las primeras semanas en el puesto de directora del instituto le estaban pasando factura. Lo había sabido de antemano y, en principio, no había querido dejarse desanimar por las numerosas tareas administrativas. Sin embargo, con cada día que pasaba en el antiguo despacho de Manfred Holsten, las montañas de papeles le molestaban más.

Un helicóptero despegó y revolvió el aire de alrededor. Julia se quedó mirando aquel monstruo de acero, que con un ruido ensordecedor se elevó hacia el cielo invernal, casi negro. Se tambaleó un par de veces de un modo preocupante. Julia se alegró de no estar a bordo. Probablemente algún alumno estaba

practicando la maniobra de despegue. Desde el aeródromo de Hangelar, al sur de Colonia, también despegaban los vuelos turísticos en helicóptero sobre la ciudad. Allí se habían instalado varias escuelas de vuelo, además del escuadrón de helicópteros de la Bundespolizei y un centro de entrenamiento para los servicios de rescate aéreo. Existían bastantes helipuertos en Colonia y los alrededores, pero la mayoría los gestionaban únicamente hospitales o servicios de emergencia. El aeródromo de Hangelar también ofrecía a los particulares la posibilidad de volar en helicóptero. Allí era donde Julia veía las mayores probabilidades de averiguar algo sobre el inquietante mensaje del autor, aunque seguramente fuera dar palos de ciego.

Cerró el coche y se dirigió hacia la torre de control. Una corriente de aire frío se le coló por debajo del abrigo de invierno. Tiritando, se subió el cuello. Pese a las temperaturas heladoras, había un hombre con cazadora de cuero negra delante del edificio, fumando un cigarrillo con aire despreocupado. Echó un vistazo fugaz a Julia y volvió a centrarse en el helicóptero, que seguía dando vueltas sobre el recinto.

—Disculpe —le dirigió la palabra Julia, pero el helicóptero hacía tanto ruido que el hombre no la oyó.

Julia le dio un toque en el hombro y él se volvió.

—Tengo un par de preguntas sobre helicópteros. ¿Dónde sería mejor que las hiciera? —preguntó.

El hombre sonrió de oreja a oreja.

—Aquí mismo —dijo, y arqueó las cejas—. Soy instructor de vuelo. ¿Quiere aprender a volar?

—Le estoy dando vueltas —mintió Julia, y vio cómo el helicóptero aterrizaba. Por fin el ruido se hizo soportable.

El instructor de vuelo le tendió la mano.

—Soy Joachim Knauf y llevo más de quince años volando. Si quiere, le hago un recorrido por las instalaciones.

—Encantada. Me llamo Julia Schwarz.

—Venga conmigo —la invitó Joachim Knauf, y apagó el cigarrillo —. Vamos a echarle un vistazo al helicóptero ahora mismo.

Salió al campo de vuelo y esperó hasta que dos hombres se bajaron del helicóptero. Después le hizo una seña a Julia para que se acercara. Ella se aproximó con vacilación, porque las aspas todavía giraban.

—¿Ha volado antes alguna vez? —quiso saber Joachim Knauf. Le abrió la puerta y volvió a encender la luz interior—. Por favor, siéntese. —Le señaló un estribo estrecho.

—La verdad es que no me he subido nunca a un helicóptero —admitió Julia, y se metió dentro.

—Bueno, pues ya iba siendo hora. No hay nada más hermoso que volar al encuentro del cielo.

—¿Está usted aquí todos los días? —preguntó Julia.

Joachim Knauf se subió por el otro lado.

—Sí. Podría decirse que vivo en este aeródromo. La escuela de vuelo es mía. Es lo único que tengo. ¿Por qué le interesan los helicópteros? Más bien la habría imaginado en un planeador. —La miró con tal intensidad que ella le esquivó la mirada.

—Es que solo estoy coqueteando con la idea. Por cierto, ¿son fáciles de pilotar los helicópteros? Quiero decir, ¿pueden estrellarse rápido?

Joachim Knauf pareció sorprendido.

—Mire, un helicóptero es prácticamente a prueba de bombas. Llevo quince años volando y nunca ha pasado nada. ¿No tendrá usted miedo a volar?

—Que yo sepa, no. —Julia soltó una risa forzada. Al contrario que su madre, que se entusiasmaba con cualquier tipo de aparato volador, ella les tenía un respeto considerable a los aviones y a los helicópteros. Tampoco los globos aerostáticos le parecían realmente seguros—. ¿Cuántos helicópteros de tres aspas hay en este aeródromo?

—Querrá decir un rotor principal de tres palas —la corrigió—. Hay modelos muy distintos, de dos, tres o incluso cuatro palas. Pero eso no es todo. Los helicópteros de transporte vienen a menudo equipados con los llamados rotores en tándem. Hay muchísimas variantes. Por ejemplo, estamos sentados ahora en un Robinson R-44, que tiene dos palas y se usa mucho para formación y vuelos

turísticos. ¿Está empeñada en un modelo de tres palas? Esos no son nada apropiados para principiantes.

—Pero desde este aeródromo también despegan modelos de ese tipo, ¿verdad?

—Sí, tenemos algunos de Airbus. —Se interrumpió y la miró—. Para ser una principiante, hace usted unas preguntas la mar de raras. ¿No le interesa saber cuántas horas de vuelo necesita y cuánto se tarda en sacarse la licencia? La formación, por cierto, no es precisamente barata.

Julia se sintió pillada. No quería tomarle el pelo al instructor de vuelo. Y, además, en absoluto era su tarea ir husmeando por allí. Eso era trabajo de la policía. Pero difícilmente podía contárselo.

—¿Se registran todos los despegues y aterrizajes? —siguió preguntando, con la esperanza de que él le respondiera.

—Eso lo hacen en la torre de control. Ahora no me venga con que necesita esos datos y que yo se los consiga. ¿No será que es usted de la policía?

—No —soltó Julia—. Pregunto solo por interés.

Joachim Knauf la miró con desconfianza.

—¿Sabe qué? Enseguida tengo mi siguiente clase de vuelo. ¿Qué le parece si le doy unos folletos? Los mira con tranquilidad y, si decide tomar clases, vuelve a pasarse por aquí.

—De acuerdo —repuso Julia. Le molestaba haberse pasado, claramente, con tantas preguntas. Se bajó y siguió al instructor de vuelo a paso lento. En el vestíbulo de la torre, él le puso un folleto y un formulario de inscripción en las manos y se despidió, dejándola más o menos plantada.

Julia se lo quedó mirando, resignada, hasta que él desapareció por la puerta de cristal, probablemente para fumarse otro cigarrillo. Echó un vistazo al vestíbulo y examinó los carteles que había en la escalera. Las puertas del ascensor, a unos diez metros de distancia, se abrieron y salió un hombre acompañado de una morena atractiva. Julia parpadeó, porque había algo en aquellos movimientos que le resultaba más que familiar. Instintivamente subió unos cuantos peldaños de la escalera y observó cómo él se dirigía hacia la salida. Estaba tan absorto en la conversación con aquella mujer que no se

fijó en Julia. Pero ella lo había reconocido de inmediato. Los helicópteros quedaron olvidados al instante. Julia se quedó mirando al hombre, hipnotizada.

¿Qué demonios pintaba allí su padre? Se separó del pasamanos de la escalera y lo siguió. Ulrich Schwarz, a sus sesenta y cinco años, seguía siendo un hombre de buena planta. Era alto y aún conservaba todo el pelo. Las canas no restaban absolutamente nada a su aspecto; al contrario, la mujer, al menos treinta años más joven, no parecía molesta por ellas. Reía y le tocaba el hombro con una confianza desmedida. Julia tomó aire de golpe. ¿No habían hecho sus padres hacía poco un viaje a Nueva York que llevaban tanto tiempo planeando? Hannelore, su madre, por lo visto había encontrado por fin la manera de sobrellevar la muerte de su hermano pequeño. Julia había creído que entre sus padres todo volvía a ir estupendamente. Salió a toda prisa por la puerta.

—¿Nos veremos pronto? —preguntó el instructor de vuelo, que estaba, en efecto, fumándose un nuevo cigarrillo.

Julia guardó silencio. Solo tenía ojos para su padre. El hombre alto casi flotaba sobre el asfalto del aeródromo. La morena contoneaba las caderas. La imagen le provocó en el estómago una náusea que nunca había experimentado.

—Eh. ¿Nos volveremos a ver? —Joachim Knauf no aflojaba.

Julia consiguió, a duras penas, asentir con la cabeza, y siguió a su padre, que justo en ese momento desaparecía por la esquina. Se escabulló tras él y vio cómo aquella mujer desconocida se subía a su coche. No. No era el coche de él. Era de él y de Hannelore. Y, en parte, también suyo. Era propiedad de la familia Schwarz.

La desconocida se acomodó en el asiento del copiloto como si fuera lo más natural del mundo. Julia se quedó allí sin moverse y vio cómo su padre sacaba el coche del aparcamiento. Solo cuando él ya se había alejado un trecho fue capaz de reaccionar. Corrió a su coche y se lanzó tras ellos a una velocidad excesiva. ¿Adónde demonios iban esos dos? Lo iba a averiguar. Con los dientes apretados, se aferró al volante y se planteó si llamar simplemente a su padre. Podría preguntarle, como quien no quiere la cosa, si estaba fuera de casa. ¿Sería capaz de mentirle a la cara?

El coche de su padre giró. Julia lo siguió a cierta distancia. Bajo ningún concepto quería que la descubriera. Desechó la idea de llamar a su padre. Lo más probable era que, ya por el tono de voz, él se diera cuenta de que algo no iba bien. Se acercaban al límite de la ciudad de Colonia. Su padre no iba camino de casa. Eso estaba claro. Mantenía rumbo oeste y atravesaba el barrio de Sulz. Pasaron junto al Uni-Center, el imponente rascacielos de Colonia, y, poco después, él giró a la izquierda. Algo más adelante, se detuvo delante de un edificio de viviendas. Julia frenó bruscamente y consiguió, a duras penas, meterse en una plaza de aparcamiento en el lado derecho de la calle. Un coche pitó. Su padre, que justo se estaba bajando, miró en su dirección. Julia se quedó petrificada. Por suerte, no la reconoció. En lugar de eso, dio la vuelta al vehículo y le abrió la puerta a su acompañante.

En ese mismo instante, sonó el móvil de Julia. Lo sacó del bolso y respondió sin perder de vista a su padre.

—Soy Florian. Quería preguntarte si te apetece que vayamos ahora a cenar.

A Julia la asaltó el remordimiento. Solo entonces fue consciente de lo tarde que era. Todavía tendría que haber pasado por el instituto, pero las escenas que se desarrollaban ante sus ojos no le dejaban paz.

—Hoy, por desgracia, no me viene bien. Tengo demasiado que hacer —mintió, y se arrepintió de su respuesta en ese mismo instante. Florian sonó alicaído.

—Pues mañana, entonces. Reservaré mesa para los dos.

—Hazlo. Ya te llamo yo luego —dijo Julia, y colgó. Su padre había acompañado a la desconocida hasta la puerta del edificio. Parecía que no tenía la menor prisa. Los dos estaban bajo el saliente de la entrada iluminada, hablando y hablando. Se comportaban como viejos conocidos que llevaran años sin verse. El frío iba subiendo poco a poco por el cuerpo de Julia. Había apagado el motor por precaución. A su padre, por lo visto, las temperaturas le daban igual. Por fin se separó de la mujer y volvió hacia su coche.

Julia tenía un único pensamiento en la cabeza: ¿quién demonios era aquella mujer?

8

Florian colgó y se quedó mirando el móvil. ¿Se le habría pasado algo? Por la mañana, todo había ido bien entre ellos. Y, de pronto, a Julia ya no le apetecía ir a cenar con él. Y eso que él sabía perfectamente que tenía la nevera vacía. Sacudió la cabeza para apartar la idea y siguió a Martin Saathoff, que ya lo esperaba delante de un bloque de viviendas estudiando el cuadro de timbres. Querían hablar con la madre de Fabienne Lammertz. La mujer estaba en paro y vivía en una vivienda de protección oficial cerca del centro de Colonia. Saathoff llamó y, al instante, sonó una voz por el chirriante altavoz del telefonillo.

—¿Sí, diga?

—Saathoff y Kessler, de la Policía Judicial de Colonia. Querríamos hacerle unas cuantas preguntas más.

La puerta se abrió con el zumbido del portero automático y Martin Saathoff fue el primero en entrar en el portal, que olía a humedad. Veronika Lammertz vivía en la planta baja. Estaba ya en el rellano, con el rostro hinchado y enrojecido de llorar.

—¿Lo tienen? —susurró con voz ronca, y les indicó con un gesto que entraran en el piso.

—Estamos en ello —repuso Saathoff, y se acomodó en un sillón del salón.

Florian se quedó parado en el recibidor y dejó que la atmósfera del lugar lo invadiera. Olía a alcohol y a tabaco. Al contrario que el piso de Fabienne Lammertz, el de su madre tenía un aspecto descuidado. Sobre la cómoda se apilaban cartas sin abrir. Había zapatos esparcidos de cualquier manera delante de una estantería. Lo más probable era que Veronika Lammertz ya no tuviera el control de la casa incluso antes de la muerte de su hija.

—Yo desde el primer momento sabía que mi niña nunca se quitaría la vida. Seguro que ha sido alguien del edificio. Encima de ella vive un chico joven. Un desastre de hombre. Estoy segura de que él tiene su muerte sobre la conciencia. La acosó una vez, que lo sepan.

—Como ya le he dicho, estamos investigando en todas las direcciones para esclarecer el asesinato de su hija. ¿Puede decirnos dónde se encuentra ahora mismo el padre? No nos consta ningún domicilio suyo.

Florian entró también en el salón y se sentó sin hacer ruido en un taburete. Vio cómo se le ensombrecía el rostro a Veronika Lammertz.

—Ese cabrón. Nos hizo la vida un infierno. —Negó con la cabeza —. No tengo ni la menor idea de por dónde anda y, sinceramente, tampoco quiero saberlo.

—¿Ha intentado últimamente ponerse en contacto con usted o con su hija? —preguntó Florian.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Aquí no queda nada que sacar. Vivo del Hartz IV, el subsidio social.

—¿Y su hija? Tenía un puesto en la funeraria, ¿no?

—¿Se refiere usted a ese profanador de cadáveres con el que ganaba un sueldo de miseria? —Soltó una especie de bufido—. Si están buscando a mi exmarido, vayan a ver a las putas de la Ebertplatz. Antes le encantaba andar por allí.

Florian anotó algo.

—La vecina de su hija nos ha hablado de dos amigas que la visitaban con frecuencia. ¿Sabe usted los nombres?

—Tienen que ser Daniela Becker y Amelie Schweigert. Las tres iban juntas al colegio. Siempre fueron inseparables.

—¿Cree usted que su marido podría tener algo que ver con la muerte de Fabienne? —preguntó Florian sin rodeos.

El rostro de Veronika Lammertz se petrificó.

—Ese cabrón es capaz de cualquier cosa —murmuró, y levantó el brazo—. ¿Ven las cicatrices? Estos cortes me los hizo él con su navaja. Por poco me desangro. Por mí, ya pueden encerrarlo ahora mismo.

Florian observó horrorizado las cicatrices alargadas que recorrían todo el antebrazo. Lo más probable era que las lesiones se hubieran producido cuando ella había intentado defenderse de algún ataque de su marido.

—¿Notó usted algo raro en Fabienne últimamente? ¿Tenía novio o se comportaba de manera distinta? —quiso saber Martin Saathoff.

Veronika Lammertz se encogió de hombros con cansancio.

—Llevábamos semanas sin vernos. —De pronto soltó un sollozo hondo y rompió a llorar—. Es horrible que mi niña ya no esté. ¿Cómo se supone que voy a vivir con esto?

—Lo lamentamos muchísimo —dijo Martin Saathoff con cara de circunstancias—. Por desgracia, tenemos que seguir. Muchas gracias por habernos dedicado su tiempo. Si se le ocurriera algo más, llámeme a mí o a mi compañero, por favor. La iremos manteniendo informada. —Se levantó y le tendió la mano a la madre de Fabienne para despedirse.

—Nancy —murmuró la mujer, mirándolo con lágrimas en los ojos —. Nancy se llama la zorra con la que más le gustaba andar a Werner.

9

Aunque su padre volvía a estar solo en el coche, Julia no conseguía deshacerse de la tensión. Aquella desconocida le revoloteaba todo el rato por la cabeza, con la sonrisa que le dedicaba a su padre. La idea de lo que podía estar pasando entre ellos dos a puerta cerrada le helaba el estómago. ¿Qué demonios veía él en una mujer al menos treinta años más joven, que perfectamente podía pasar por su hija? Lo más probable era que tuviera, igual que ella, poco más de treinta. Había oído hablar muchas veces de hombres que se desquiciaban al hacerse mayores y se enredaban en una aventura. Pero de su padre jamás se lo habría esperado. A pesar de todos los tiempos difíciles, cargados de dolor y duelo, parecía que él siempre había apoyado a su madre sin condiciones. Y ahora, cuando ya habían pasado lo peor y por fin empezaba a verse luz en el horizonte, ¿se le iban a desbocar las hormonas a su padre? ¿Sería capaz de hacerle algo así a su madre? Julia pisó el acelerador para no perderlo de vista. Por lo menos parecía que ahora se iba a casa.

Lo siguió hasta la calle donde estaba la casa unifamiliar en la que ella había crecido. Verlo entrar y besar a su madre, que probablemente lo estaría esperando en la puerta, era algo que no estaba dispuesta a presenciar. Esa imagen no iba a poder soportarla, al menos no esta misma noche. Primero tenía que averiguar quién era aquella desconocida. Así que dio media vuelta y desanduvo el

camino. Se había aprendido la dirección y solo le hacía falta comprobar los nombres en la puerta del edificio. No vivían más de ocho familias allí, y ya descubriría qué nombre llevaba aquella mujer. Después podría pensar qué hacer. A lo mejor le pedía cuentas a su padre, o quizá a aquella mujer. ¿Es que no sabía que Ulrich Schwarz tenía pareja? Por lo que ella recordaba, su padre nunca se quitaba la alianza.

Julia pisó a fondo y, por los pelos, pasó un semáforo en ámbar. La oscuridad ya se había extendido sobre la Colonia invernal. Tiritó. Sin apartar la vista de la calzada, subió la calefacción de su viejo Golf, pero enseguida volvió a bajar el regulador, porque el aire entraba demasiado caliente. En cuestión de pocos minutos llegó a la Luxemburger Straße. Justo enfrente se alzaba el Uni-Center. Miró aquel enorme edificio, el cuarto más alto de Colonia. Aquel feo bloque de hormigón de los años setenta había alcanzado una triste celebridad. Terroristas de la RAF habían alquilado allí un piso para preparar el secuestro y asesinato de Hanns Martin Schleyer, el entonces presidente de la patronal alemana. El complejo de rascacielos albergaba tanto viviendas como locales comerciales. Cada una de las tres alas del edificio, de alturas distintas, disponía de una amplia plataforma de observación. De repente, detrás de varias ventanas se encendió la luz, y Julia pisó el freno. Alguien tocó el claxon, impaciente, pero ella ignoró al conductor. Los pensamientos sobre la mujer a la que su padre había acompañado hasta su casa pasaron a un segundo plano. Julia se quedó mirando el edificio y todas aquellas luces. Se le aceleró el pulso.

¿Y si el autor no se refería a un helicóptero, sino a aquel rascacielos? Acercó el coche al bordillo y se bajó. Una lluvia espesa caía ahora del cielo y le empapaba el pelo. El viento frío soplaba sin piedad a través de su abrigo demasiado fino. No iba vestida para una excursión, sino solo para los trayectos cortos entre el Instituto de Medicina Legal y su piso. Aun así, siguió avanzando. El edificio la atraía como un imán. No estaba de más echar un vistazo dentro. Mientras se acercaba a la entrada, el mensaje del autor le rondaba la cabeza sin descanso:

«Si la puerta no se abre antes de la puesta de sol, correrá un río de sangre. Tres aspas baten desiguales en la noche, y en algunas de ellas la luz despierta sin reproche.»

¿A qué puerta podía referirse? Julia decidió probar suerte en el sótano. Entró en el edificio, ignoró la recepción y pasó por delante de los ascensores hacia una puerta que daba a la escalera. Se deslizó por ella hacia abajo. Los espacios del sótano recorrían la planta como un laberinto. La mayoría estaban cerrados con llave. A juzgar por los carteles de algunas puertas, contenían las instalaciones técnicas del edificio. Julia inspeccionó las zonas sin cerrar, pero al cabo de un rato se rindió. El edificio era demasiado grande. Sola tardaría horas en registrarlo todo. Tal vez debería probar con las plataformas de observación; aquellas, al contrario que el resto del edificio, seguro que sí eran de acceso público. Aunque odiaba los ascensores, hoy hizo un esfuerzo. Treinta y ocho plantas eran, sencillamente, demasiadas. La idea de que su vida dependiera de unos cuantos cables de acero finos no le hacía ninguna gracia. Subió hasta la planta treinta y recorrió el resto a pie. Le sentaba bien moverse. Además, subir escaleras era muy saludable. Resopló un poco cuando, por fin, llegó a la plataforma más alta.

Por suerte, las puertas no estaban cerradas con llave. Le golpeó un frío helador. Estaba completamente sola. Y no era de extrañar. ¿Quién iba a salir a disfrutar de la vista de Colonia con ese tiempo? Llovía y estaba oscuro. Para nada ayudaban las luces de la ciudad. Julia usó la linterna de su smartphone e iluminó la plataforma de observación. Las otras dos quedaban en las plantas treinta y uno y veintiséis. Como no descubrió nada digno de mención, bajó las escaleras para revisar la plataforma siguiente. En el hueco de la escalera hacía calor y todo estaba seco. Fuera, en la plataforma intermedia, tampoco encontró nada que llamara la atención. Lo más probable era que se hubiese equivocado. Helada hasta los huesos, se puso en marcha hacia la última plataforma. Al menos, en la escalera estuvo unos segundos a resguardo del viento gélido. En la tercera parte del edificio vivían sobre todo estudiantes. Oyó reír a unos jóvenes y aceleró el paso. En la azotea se detuvo en seco, aproximadamente en el centro. Algo le bloqueaba el camino. Se

acercó despacio y levantó más la linterna. Plantas de bambú a la altura de un hombre, en grandes macetas, le tapaban la vista. El viento silbaba ensordecedor contra las paredes del edificio. Si hubiera alguien más allí fuera, no se daría cuenta. Tensa, miró a su alrededor y siguió avanzando hacia las macetas. Detrás del bambú se alzaba un objeto anguloso, que parecía un gran marco de puerta. Rodeó las plantas con cuidado. Una vela parpadeaba. Julia se sobresaltó. Había alguien allí. En ese mismo instante percibió un movimiento brusco dentro del marco. Espantada, retrocedió de un salto. Se le cayó el móvil de la mano y aterrizó en algún punto entre las plantas de bambú. Por desgracia, ya no se encendía. Julia tanteó el suelo a oscuras. Buscando a tientas, se arrastró de rodillas por el duro hormigón. Todo estaba mojado por la lluvia. De pronto oyó un golpe sordo a sus espaldas. Una figura salió disparada de entre las sombras de las plantas y tropezó con ella. Le pisó la mano izquierda. Julia gritó y agarró a aquella persona. Oyó una voz grave que soltó un juramento breve. El hombre la apartó de un empujón y, sin más, se fue. Ella se quedó mirándolo en la oscuridad. Una puerta se cerró de golpe. Los dedos de la mano izquierda le latían de dolor. Con la derecha había alcanzado por un instante el grueso abrigo de invierno del desconocido. Pensó en seguirlo, pero primero retomó la búsqueda del móvil. Temblando de frío y de nervios, se arrastró por el suelo. Después de unos minutos que se le hicieron eternos, lo encontró.

Aliviada, volvió a encender la luz. Se incorporó e iluminó el enorme marco de madera. Julia vio madera, metal y... sangre. Horrorizada, tomó aire de golpe y bajó el haz de luz hasta sus pies. Estaba de pie en un lago de sangre. A dos pasos de ella había una cabeza humana cercenada. Conmocionada, alumbró primero el suelo y luego, otra vez, el armazón de madera. Por poco se le para el corazón cuando comprendió de qué se trataba. La sangre brotaba entre una cuchilla de guillotina afilada y un travesaño de madera. Conteniendo la respiración, rodeó el armazón y encontró el cuerpo al que pertenecía la cabeza que había en el suelo. Con los dedos rígidos marcó el número de Florian.

—Hola, ¿lo has pensado mejor?

Julia notó por su voz amable que estaba sonriendo. Detestaba tener que decepcionarlo.

—Me temo que hoy lo de cenar no va a poder ser. Tienes que venir ahora mismo al Uni-Center. Aquí ha tenido lugar una ejecución.

—¿Una qué?

—Han decapitado a una mujer; estoy en la azotea, dentro de un enorme charco de sangre.

10

Julia se apretó la manta con más fuerza. Temblaba de frío y, sobre todo, por la conmoción. Los dos dedos seguían doliéndole. Por suerte, parecía que no estaban rotos. Julia estaba acuclillada en la escalera y miraba fijamente la puerta que daba al exterior, a la plataforma de observación. Al menos las gafas habían sobrevivido al ataque sin daños. Una y otra vez, la misma escena le pasaba por delante de los ojos. Entraba en la plataforma y veía el bambú. Cuando, de repente, algo se movió, se le cayó el móvil de la mano. Buscaba a tientas en el suelo, empapado por la lluvia, cuando se oyó un golpe. Un hombre tropezó con ella. Intentó retenerlo, pero él le dio un empujón y salió corriendo.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Florian, pasándole el brazo por el hombro y abrazándola con fuerza.

—Estaba todo muy oscuro. Se me había caído el móvil con la linterna y se había apagado. La verdad es que solo vi una sombra oscura.

—¿Crees que era un hombre?

—Probablemente sí. Soltó un juramento. —Julia volvió a evocar la figura—. Era alto. Seguro que medía más de uno ochenta. Parecía muy corpulento y tenía mucha fuerza. Me agarré a su abrigo, pero él me apartó de un empujón. —Miró a Florian y se encogió de hombros

—. Lo siento. Para colmo, no puedo decir mucho más. Nunca podría reconocerlo.

—Tranquila —murmuró Florian, y la apretó contra sí—. Me alivia muchísimo que no te haya pasado nada. ¿Por qué no me avisaste antes de tu expedición? —La miró con sus ojos azul cielo.

A Julia le entró remordimiento.

—No lo sé. Pasé por delante de este edificio y caí en la cuenta de que está formado por tres alas, que es como se llama a sus tres cuerpos. Tenía que comprobarlo. Jamás habría imaginado que iba a dar en el clavo.

Florian la miró con seriedad.

—Entiendo. Pero a mí me dijiste que no tenías tiempo. Yo pensaba que estarías en el instituto, haciendo una autopsia. ¿Qué se te había perdido por esta zona?

Julia suspiró. ¿Por dónde empezar? No solo había acabado en el Uni-Center; tampoco había vuelto en absoluto al instituto. ¿Debía contarle lo del aeródromo? ¿Y lo de su padre? Tragó saliva.

—Es una historia larga. ¿Te la cuento luego, con calma?

Florian torció el gesto, decepcionado.

—Has vuelto a investigar por tu cuenta, ¿verdad?

Julia asintió, vacilante. No quería mentirle. Tarde o temprano él lo averiguaría de todos modos. Florian, a esas alturas, la conocía ya lo suficiente.

—Estuve en el aeródromo de Hangelar y hablé con un piloto de helicópteros, mejor dicho, con un instructor de vuelo. Al volver, pasé por delante del Uni-Center. —El resto se lo guardó de momento. No iba a hablar de su padre delante de media comisaría. Aquello estaba lleno de policías y de personal de la policía científica. Al fin y al cabo, su vida privada no era asunto de nadie. Lo de su padre le daba muchísima vergüenza. No quería que precisamente él fuera a confirmar los prejuicios sobre los hombres pasados los cincuenta. Quién sabía, quizá pronto aparecería una explicación inocente para lo que había presenciado.

—Estamos a punto de terminar —explicó Anna Schubert, dejando entrar una bocanada de aire helado cuando se reunió con ellos en la escalera—. Ahí fuera ya está cayendo una tormenta que es para no

aguantarla. Y, encima, la lluvia. Después voy a necesitar, lo primero, una ducha bien caliente. —Se sacudió unas gotas de los hombros—. Las pistas, con este tiempo, son muy escasas. Hemos encontrado unas partículas de una tela negra y gruesa. A lo mejor son del abrigo de invierno del sospechoso al que usted alcanzó a agarrar. Por desgracia, en la guillotina no hemos podido sacar ninguna huella dactilar. Y, hablando de huellas dactilares: las tres huellas ajenas del piso de Fabienne Lammertz las hemos pasado por la base de datos. Cero resultados. Solo hemos podido identificar las de la víctima. Es posible que, en la autopsia del nuevo cadáver, todavía aparezca alguna otra pista.

—¿Ya sabemos quién es la víctima? —preguntó Florian.

Schubert negó con la cabeza.

—Todavía no le hemos dado la vuelta al cadáver para registrarle los bolsillos. Imagino que la señora Schwarz querrá examinarlo primero. —Se interrumpió y observó a Julia—. Por cierto, ¿cómo está usted? Vio al cabrón, ¿verdad?

Julia asintió y levantó la mano derecha.

—Me aferré a su abrigo. Mire, aquí, debajo de la uña, puede que haya restos de fibra.

Al instante, la responsable de la policía científica se le acercó con unas pinzas.

—Lo tenemos enseguida —murmuró, y le extrajo una pelusa negra de debajo de la uña del índice derecho.

—¿Dónde más la tocó? —quiso saber Anna Schubert mientras examinaba la pelusa con una lupa.

—Me empujó, más o menos por aquí. —Julia señaló un punto del hombro.

—¿Llevaba guantes?

—No tengo ni idea. Fue todo muy rápido.

Anna Schubert examinó a fondo el abrigo de Julia y negó con la cabeza.

—Aquí no encontramos nada aprovechable. Vuelvo a salir, para que por fin podamos terminar la jornada.

Julia la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta y se incorporó.

—Quiero echarle un vistazo a la fallecida ahora mismo.

—Pero si estás en estado de shock —objetó Florian, negando con la cabeza—. Hace un momento estabas temblando como una hoja. Con este frío vas a coger una buena gripe.

—Estoy bien —declaró Julia, y se dirigió a la puerta. Con un objetivo claro, le volvieron las fuerzas. Decidida, pulsó el picaporte. Para entonces llovía a cántaros. Julia se apresuró a entrar en la carpa que la policía científica había levantado sobre el lugar del hallazgo. Al menos allí dentro se estaba relativamente seco, aunque el viento se colaba por cada rendija. Una mujer menuda con mono blanco de protección metía en ese momento la vela en una caja. Estaba dentro de un farol de cristal antiviento. No era de extrañar que no se hubiera apagado al instante.

—En el cristal, por desgracia, tampoco había huellas. A lo mejor el laboratorio encuentra algo —dijo Anna Schubert al ver entrar a Julia—. ¿Cuándo quiere que retiremos el cadáver?

—Deme media hora. Quiero examinar a la fallecida con todo detalle.

—Muy bien. —Anna Schubert asintió y dejó dos cajas sobre un carrito de transporte.

Julia rodeó la guillotina y miró hacia arriba: el travesaño superior abultaba el techo de la carpa.

—No hemos podido montar la carpa más alta. Con este viento, habría salido volando. De todos modos, es un milagro que aguante tan bien.

Varios bloques de hormigón anclaban la carpa al suelo. El viento pugnaba con las lonas y las empujaba ya hacia dentro, ya hacia fuera. Se balanceaba de manera preocupante.

—¿De dónde ha sacado el autor la guillotina? Una cosa así no se compra en el supermercado. —La pregunta venía de Florian, que había salido detrás de Julia.

—Tiene toda la pinta de que alguien se ha fabricado este chisme con sus propias manos.

—Entonces tiene que ser muy hábil con las manos —constató Julia, contemplando la madera tosca y la afilada cuchilla con la que le habían cercenado la cabeza a la mujer.

—¿La vela encendida fue quemando la cuerda hasta cortarla? —preguntó Florian, que entre tanto se había acuclillado para estudiar el mecanismo de disparo.

—El autor se lo ha currado bien. ¿Ven este gancho de la parte delantera? Ahí estaba atada la cuerda. Justo debajo se colocó el cristal con la vela. La cuerda se introducía un trecho dentro del recipiente, de manera que la llama tenía contacto directo. Encima había una tapa que protegió el fuego del viento.

—¡Dios mío! —dijo Julia, agachándose junto a Florian—. Entonces la víctima pudo ver cómo la vela iba quemando lentamente la cuerda. Es horroroso.

—Por lo visto, estamos ante alguien al que le gusta ver sufrir a sus víctimas. De lo contrario, seguro que no se habría tomado tantas molestias con la cuerda y la vela. Habría bastado con cortar la cuerda y listo. Me pregunto si se habría quedado más tiempo si tú no lo hubieras interrumpido.

Julia se encogió de hombros.

—Es posible. Al fin y al cabo, hablaba de un río de sangre. Y se lo ha perdido. El golpe que oí, seguro que fue la cuchilla al caer. La mujer murió en el acto. —Julia miró a Florian, asustada—. Ojalá no mate ya mismo a otra persona por la frustración.

Florian se frotó la barbilla, pensativo.

—Yo ni siquiera estoy seguro de que estemos ante el mismo autor. El modo de matar es muy distinto del asesinato de la bañera.

—Pero estamos en un edificio de tres alas y ha corrido un río de sangre, al caer la oscuridad. Exactamente lo que él describió. —Se interrumpió y se preguntó si aquello no era más bien terreno de Florian. Él era quien se ocupaba de la psicología del autor, no ella.

Florian asintió.

—Es probable que tengas razón. Pero es muy poco habitual. Un autor suele mantener su modus operandi. Lo refina, a lo sumo, pero no se reinventa por completo.

—Si su objetivo es solamente ver morir a su víctima, en el fondo es el mismo modus operandi —insistió Julia, y se volvió hacia la fallecida. El corte del cuello era limpio y coincidía exactamente con la cuchilla, que entre tanto la policía científica había vuelto a subir.

—¿Podemos retirar la cuchilla? Me parece muy peligroso dejarla así.

—Claro —repuso Anna Schubert, soltó la cuerda y bajó la hoja despacio—. La cuchilla va directa al laboratorio.

Julia contempló el cuerpo decapitado. El autor había atado a la mujer a un banco y le había colocado el cuello bajo la cuchilla. El afilado filo lo había seccionado de un solo golpe.

—¿La mujer murió en el acto, o pudo todavía sentir dolor? —preguntó Florian.

—Es una pregunta difícil —contestó Julia—. Hay opiniones muy distintas sobre el tema. Antes se daba por hecho que la decapitación con una cuchilla de guillotina, es decir, con una guillotina, era indolora y rápida. Pero, a finales del siglo XIX, se acumularon las observaciones de cabezas cortadas que aún movían los ojos y la boca. En algunos casos se relata que, al llamarlas por su nombre, abrían los ojos. Lo que sí está claro es que el ajusticiado pierde la conciencia, como muy tarde, diez segundos después del corte de los nervios y los vasos sanguíneos. La muerte de las células cerebrales empieza tres minutos más tarde, porque el cerebro deja de recibir oxígeno. Si se secciona la médula espinal, el tacto y la motricidad se interrumpen al instante, pero otras funciones cerebrales siguen intactas durante un rato. Se discute hasta qué punto sigue funcionando la percepción del dolor y, sobre todo, durante cuánto tiempo.

Florian torció el gesto.

—A mí me suena a una forma horrorosa de morir.

—Y no le falta razón —terció Anna Schubert—. La guillotina no se abolió por casualidad. Solo de pensar en la cantidad de sangre que salpica... Vaya invento más espantoso.

Julia volvió a concentrarse en el examen del cadáver. La mujer llevaba una gruesa chaqueta de invierno. El cuello de la chaqueta había caído al suelo junto con la cabeza. Tenía las manos atadas a la espalda y las piernas sujetas con una correa al banco sobre el que yacía boca abajo. El banco de madera no lo había traído el autor; el mismo modelo estaba junto a la entrada de la plataforma de observación. La víctima llevaba un pantalón oscuro y unas botas de

invierno con ribete de piel. En las suelas no había sangre. Por lo demás, la ropa también parecía intacta. Julia le aflojó las ataduras de las muñecas y buscó signos de defensa o restos de fibras debajo de las uñas. Lo más probable era que el meñique de la mano derecha estuviese roto. Un arañazo profundo recorría el dorso de la mano. Al contrario que la primera víctima, esta parecía haberse resistido. Por último, se ocupó de la cabeza. En la boca tenía una gruesa mordaza. La gran cantidad de sangre y el pelo largo apelmazado hacían imposible un examen más a fondo.

—Primero tengo que lavar la cabeza —dijo, y se acercó otra vez al banco. Quitó la correa de las piernas de la mujer y miró a Florian —. ¿Puedes echarme una mano para darle la vuelta? Quiero registrarle los bolsillos.

Con manos ágiles, revisó primero los bolsillos exteriores y luego los del forro interior de la chaqueta.

—El autor no se ha tomado la molestia de ocultar la identidad de su víctima. —Julia sacó una cartera plana—. Paula Markowitz, treinta y siete años. Vive a solo unas calles de aquí. —Metió el documento en una bolsa y se lo tendió a Florian.

—Ya pueden retirar el cadáver —avisó Julia a dos agentes que esperaban ya con una bolsa para cadáveres y un carrito de transporte.

Solo cuando estuvo otra vez en la escalera notó de nuevo el dolor en la mano izquierda. Los dos dedos estaban hinchados y se le habían puesto morados.

—Te llevo al médico —le susurró Florian al oído, y la condujo hacia el ascensor.

Julia no opuso resistencia. Ahora necesitaba sentirlo cerca. La médica forense que había en ella necesitaba urgentemente una pausa; y también la hija que había visto a su padre con otra mujer.

11

Michelle se sentó jadeando sobre la tapa del retrete y se enjugó el sudor de la frente. Esa mañana ya había vomitado por tercera vez. Su embarazo no iba a poder ocultarse mucho más. Se palpó la curvatura del vientre. Todavía no se veía gran cosa. Ojalá Lars no se diera cuenta tan pronto. Su novio no quería niños. Y eso que era él quien se negaba constantemente a usar preservativo. Otra vez la asaltó un mareo violento. Se levantó de un salto, alzó la tapa y tuvo arcadas. Ya no salía nada, porque hacía rato que tenía el estómago vacío. Aun así, las náuseas no le daban tregua.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —Lars dio unos golpes enérgicos en la puerta y zarandeó el picaporte—. ¿Desde cuándo cierras con pestillo? ¡Abre de una puta vez!

Michelle se volvió temerosa hacia la puerta.

—Ya voy. Solo es que tengo el estómago revuelto.

—¡Abre! —ordenó, aporreando la puerta.

Michelle se miró rápidamente en el espejo. Estaba pálida. Con prisa se mojó la cara con agua. Después abrió el pestillo.

Lars entró en tromba y la agarró brutalmente por las muñecas.

—¿Qué cojones has hecho? ¡Venga, dímelo! —La sacudió, fuera de sí—. ¡Contesta! ¿Cuándo te decides a hablar?

—Me encuentro mal —gimoteó Michelle, intentando zafarse de él, pero Lars era demasiado fuerte.

La empujó contra el lavabo.

—Se te nota que estás mintiendo.

¡Plas! Su mano abierta aterrizó con un chasquido en la mejilla.

—¡Contéstame, o te saco la respuesta a hostias!

Michelle sabía que iba en serio. Instintivamente se llevó las manos al bajo vientre.

—Creo que ayer me sentó algo mal la comida. —Se acurrucó, llorando.

Lars se erguía sobre ella con la mano alzada. Parecía vacilar. Por fin la dejó en paz.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo. ¡Te prohíbo que te encierres! ¿Lo pillas?

Michelle asintió, sumisa, y él se marchó con paso pesado. Lo más probable era que se hubiera ido a la cocina a beberse una cerveza. En efecto, oyó cómo abría una botella.

Ella se escabulló al dormitorio y se vistió. Su turno no empezaba hasta dentro de una hora, pero se preparó igualmente. Tenía que salir de allí cuanto antes. En cuanto Lars empezaba a beber, su rabia crecía sin medida. Tarde o temprano, descargaba la ira contra ella. Cogió sus cosas y prácticamente salió corriendo del piso.

Mientras Michelle bajaba las escaleras, se preguntó en qué se había convertido. Tenía treinta y un años. No estaba nada mal, con su figura esbelta y su larga melena rubia. Tenía un buen trabajo como enfermera y, en realidad, no habría tenido motivos de queja, si no fuera porque Lars no paraba de perder los estribos. ¿Por qué no era capaz de librarse de él? Solo le daba disgustos. Ni siquiera quería al bebé.

Michelle cogió el autobús al hospital y, durante todo el trayecto, no dejó de darle vueltas a su vida desastrosa. ¿Qué iba a hacer? ¿Abortar y no contarle a Lars nada del embarazo? No, eso no podía. Ya quería con locura a aquel pequeño ser, aunque todavía no se notase. No sabía qué más podía hacer. Porque tampoco iba a ser capaz de separarse de Lars. Si es que él, además, se lo permitía siquiera.

Se bajó y, completamente ensimismada, se dirigió a su planta. Mecánicamente, se puso la bata y empezó a trabajar. Había que

repartir los desayunos. Con el carrito recorrió el largo y estrecho pasillo de la planta, del que salían las habitaciones a derecha e izquierda. Llevó las bandejas a las mesas de cada cuarto. Solo delante de la puerta de Elfriede salió de su ensimismamiento. Por un momento le entró el miedo de encontrar la habitación ya vacía. Elfriede tenía ayer muy mal aspecto. A lo mejor había muerto durante la noche. Abrió la puerta y comprobó, aliviada, que la paciente dormía en la cama. Michelle dejó la comida sobre la mesilla.

—Buenos días —dijo con amabilidad, y esperó a que Elfriede se despertara.

—Hija, mire, ya está usted aquí. —La anciana se incorporó con energía y la examinó con ojos penetrantes—. ¿No se encuentra bien?

Michelle, sorprendida, dio un paso atrás. Las fuerzas vitales de Elfriede parecían haber vuelto durante la noche. Estaba llena de energía.

—Estoy bien. Le he traído el desayuno. En cuanto termine la ronda, vuelvo para tomarle la tensión. El médico pasa visita hacia las diez; ahora mismo está en el quirófano. Así que tardará todavía un rato.

La mirada de Elfriede se hizo cada vez más intensa. A Michelle le resultaba incómoda. Aun así, le sostuvo la mirada. De pronto, los labios de Elfriede dibujaron una sonrisa.

—Últimamente tiene náuseas a menudo, ¿verdad?

Michelle asintió con debilidad.

—Ay, hija, alégrese. No hay nada más bonito que un hijo.

Michelle se quedó mirando a Elfriede, horrorizada. ¿De dónde demonios lo sabía? En el vientre todavía no se notaba nada. Sintió cómo se le subía el color a la cara.

—Ay, no. ¿Es que no se lo ha contado todavía a nadie? —La anciana se llevó una mano a la boca—. Lo siento. No pretendía ponerla en un compromiso. ¿Qué le ocurre?

Una lágrima gruesa rodó por las mejillas de Michelle. No podía seguir conteniéndose.

—Mi novio no lo quiere —consiguió decir entre sollozos—. No le gustan los niños.

—Vaya —se limitó a contestar Elfriede, y apretó los labios.

—Su novio no siempre es amable con usted, ¿verdad? —siguió preguntando al cabo de un rato, señalando el antebrazo de Michelle.

—¿Eso se lo ha hecho él?

A Michelle, de pronto, todo la sobrepasó. Las náuseas habían vuelto. Se giró deprisa y salió corriendo de la habitación sin responder.

12

—¿Por qué no me avisaste? —protestó Lenja—. Me habría gustado echar un vistazo a la escena del crimen.

—Lo siento. —Julia le quitó al cadáver el abrigo y la blusa—. Era muy tarde, hacía un frío de mil demonios y, además, yo estaba en estado de shock.

—Tranquila. —Lenja le quitó importancia con un gesto y recogió la ropa—. Me lo imagino totalmente terrorífico. De noche. Bajo la lluvia. Y, encima... —Hizo un gesto con la mano para imitar una guillotina—. ¿A quién se le ocurren esas cosas?

Julia se encogió de hombros.

—Tendría que haber agarrado bien al cabrón. Podría haberlo detenido. Vete a saber qué más va a hacer todavía.

—Ni se te ocurra. Da gracias de que no te haya pasado nada —repuso Lenja, y echó la ropa en una caja para el laboratorio.

—Empiezas a parecerte a Florian. —Julia se inclinó sobre las piernas de la fallecida y recogió unos pelos claros de animal del pantalón. Los metió en una bolsita para el laboratorio y le quitó las últimas prendas. En el examen externo del cadáver se concentró primero en la cabeza. Le retiró la mordaza y le limpió el cráneo de sangre y suciedad. Después buscó un tatuaje parecido al que había debajo del pelo de Fabienne Lammertz. Pero no encontró nada. Ni siquiera un arañazo, salvo por el hecho de que el cuello había sido

seccionado a la fuerza. Julia inspeccionó toda la piel de la fallecida y documentó los hematomas, las escoriaciones y demás lesiones que pudieran dar información sobre los últimos momentos de la mujer. El meñique de la mano derecha tendría que radiografiarlo. Era casi seguro que estaba roto. Ambos antebrazos presentaban numerosas señales de defensa recientes. Debajo de las uñas había restos oscuros de fibra. El laboratorio averiguaría si coincidían con los que se habían encontrado debajo de la uña de Julia y, por tanto, si procedían del abrigo de invierno del autor.

—El autor está loco. Eso está clarísimo. Es increíble que se te ocurriera lo de las tres alas del Uni-Center. A mí jamás se me habría ocurrido.

—Fue una casualidad. Pasé justo por delante y se me ocurrió lo de las tres alas. —Julia había terminado con el examen detallado del torso y se dedicó a las piernas. Le revisó las caras internas de los muslos. Las inflamaciones o lesiones localizadas en esa zona podían indicar abuso sexual. Sin embargo, la piel estaba intacta. La mirada se le deslizó por las rodillas hasta las pantorrillas y se detuvo en una herida de corte en la pantorrilla izquierda.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —Cogió de inmediato una lupa y examinó la herida.

—Yo apuesto a que es un corte con una hoja lisa. Los bordes de la herida no están deshilachados, solo un poco hinchados —explicó Lenja—. La pregunta es cómo ha podido llegar esta herida al lateral de la pantorrilla.

—Yo creo que el corte se lo hizo el autor. Es bastante profundo. La hinchazón apenas se aprecia. Probablemente le practicaron el corte poco antes de la muerte. Al faltar el riego sanguíneo, los bordes ya no pudieron hincharse más. —Julia cogió un instrumento y separó los bordes de la herida. En la profundidad de la carne había algo. Lo extrajo con cuidado.

—Es una tarjeta de memoria. No me lo puedo creer. De esas que se usan, por ejemplo, en nuestra cámara de fotos. —Sostuvo el hallazgo a la luz—. Vamos a ver qué hay dentro. Quizá sea la prueba de que estamos ante el mismo autor. Anoche Florian lo puso en duda.

Julia limpió la tarjeta de memoria, se quitó los guantes de látex y se acercó a un portátil. Con curiosidad, insertó el soporte en el lector de tarjetas y esperó. Aparecieron dos archivos. Julia abrió primero el archivo de imagen. Tardó un rato en cargarse el contenido.

—Ay, no. Es una foto de la víctima —soltó Lenja, asustada—. La mujer tiene los ojos hinchados de llorar y está muerta de miedo. Dios mío.

Julia contempló la imagen con algo más de frialdad. En la esquina superior derecha figuraban la fecha y la hora. La foto se había tomado el día anterior a las siete de la tarde, es decir, unas dos horas antes de que Julia pusiera un pie en la plataforma del Uni-Center. Paula Markowitz estaba en cuclillas en el suelo, con las manos atadas a la espalda y sujetas al poste derecho de madera de la guillotina. La mordaza ya estaba en su boca.

—Al contrario que con Fabienne Lammertz, a esta la fotografió en vida —constató Julia.

—¿Qué iba a hacer si no? ¿Una foto de la cabeza y luego otra del tronco? —Lenja se llevó una mano a la boca—. Perdón. No quería que sonase así de bestia.

—No, no. No pasa nada. Solo le doy vueltas. Tampoco habría tenido posibilidad de hacer una foto del cadáver. Se dio cuenta de mi presencia justo después de decapitar a Paula Markowitz y salió corriendo de inmediato. —De nuevo, Julia se enfadó consigo misma por no haber retenido al hombre. El factor sorpresa había estado de su parte y, sin embargo, no había aprovechado la oportunidad. Bien era cierto que ella tampoco había esperado toparse con el asesino en la plataforma de observación.

—Probablemente, a Fabienne Lammertz también le sacó fotos cuando aún estaba viva —concluyó Julia—. No podía saber que yo iba a interrumpirlo. Sencillamente usó la foto que ya tenía hecha.

Abrió el segundo archivo guardado en la tarjeta de memoria y dio con un texto breve.

—«Si no cortas la cuerda, la caída es mortal. En la noche, un ángel a medias se alza sobre los tejados de Colonia» —leyó en voz alta. A continuación había una fórmula matemática complicada con la que no sabía qué hacer.

La puerta se abrió y Martin Saathoff entró tranquilamente, seguido de Florian.

—Buenos días, damas —canturreó Saathoff, y le tendió la mano a Lenja con efusividad; después saludó a Julia con un gesto de cabeza.

—La reunión operativa se ha alargado —explicó Florian, y le dio a Julia un beso en la mejilla. A continuación saludó a Lenja.

—Espero que hayáis averiguado algo. Por nuestra parte no hay grandes novedades. Hemos hablado con Jacob Meyer, el inquilino que vive una planta por encima de Fabienne Lammertz. El chico tiene una coartada a prueba de bombas. Estuvo jugando a un juego en línea con sus amigos. Los expertos en informática ya han revisado las horas y, además, había dos adolescentes con él en el piso. No puede haber sido él. Después hemos interrogado a las dos amigas de Fabienne Lammertz; por desgracia, no notaron nada. Aunque, a mí, Amelie Schweigert, en comparación con Daniela Becker, me pareció algo nerviosa, ¿no te lo pareció también a ti, Martin? —Florian miró a Saathoff.

—Si alguien me hubiera asesinado a mi mejor amiga en la bañera, yo también estaría nervioso. Las chicas tienen solo veintidós años y se conocen desde la infancia —gruñó Saathoff.

Florian se encogió de hombros.

—En cualquier caso, la entrevista no ha dado mucho. Nuestros expertos en informática tampoco han podido rastrear la dirección IP. Por lo visto, no es ningún gran problema publicar de forma anónima en Twitter con una cuenta falsa. Lo mismo vale para la página web a la que se subió la foto. La investigación se está complicando bastante por la falta de pistas aprovechables. Espero que con la segunda víctima demos con nuevos indicios.

Julia asintió.

—Hemos recibido otro mensaje del asesino. Con toda probabilidad, se trata del mismo autor. —Abrió la foto de Paula Markowitz. Las facciones de Saathoff se petrificaron de golpe. También a Florian se le marcó la tensión en el rostro de un segundo a otro.

—En efecto —gruñó él, inclinándose sobre la pantalla—. Esto es en la plataforma de observación. Ya estaba oscuro. ¡Dios santo, qué miedo tenía en los ojos...! —Se incorporó y apartó la vista.

—Hay además un segundo archivo con un texto breve y un revoltijo de números detrás. Tenemos que averiguar como sea qué significa esto. Me temo que ya tiene en el punto de mira a su siguiente víctima. Hay que darse prisa. Solo así podremos salvar a la próxima. —Julia cambió a la ventana con el mensaje.

—¡Joder! —maldijo Saathoff al cabo de un rato—. ¿A qué juego enfermizo está jugando con nosotros ese chalado?

Florian se frotó la barbilla, pensativo.

—A Fabienne Lammertz la mataron hace tres días. Eso quiere decir que entre los crímenes solo pasaron dos días. —Miró a Julia—. Si sigue a este ritmo, pronto volverá a matar.

—Tenemos que ponernos manos a la obra sin perder un segundo —concluyó Julia—. Empecemos por la primera frase. Que cada uno diga lo primero que se le ocurra. Acordémonos de la víctima anterior: se hablaba de un río de sangre y se refería a una decapitación. Ahora estamos ante una cuerda.

—«Si no cortas la cuerda, la caída es mortal» —leyó Lenja en voz alta—. A mí lo primero que me viene a la cabeza es un salto en paracaídas. Se corta la cinta de sujeción y el paracaidista se estrella contra el suelo. —Negó con la cabeza, pensativa—. No. Eso no encaja. Aquí dice «no cortar la cuerda». En ese caso, el salto sería inofensivo.

—A lo mejor quiere estrangularla. Tendría que ser alguien quien cortase la cuerda para que la víctima pudiera volver a respirar —apuntó Saathoff.

Florian cogió una hoja de papel y anotó las propuestas.

Julia solo tenía una imagen en la cabeza.

—Yo creo que se refiere a un ahorcamiento. Empuja a la víctima desde una silla y la deja colgando de la cuerda. Si la cuerda se cortara antes o justo después, sobreviviría. ¿Cómo sigue el texto?

Lenja leyó:

—«En la noche, un ángel a medias se alza sobre los tejados de Colonia.»

—Suena como si su alma fuera a subir al cielo después de la muerte, pero ¿por qué solo un ángel a medias? —Florian torció el gesto—. Estos acertijos son sencillamente demasiado retorcidos. Nadie puede sacar nada en claro. Y, encima, ese código numérico tan raro.

—Tenemos que concentrarnos —les recordó Julia—. En el texto anterior, el autor hablaba de tres aspas desiguales. Eso era una referencia a un lugar. Por consiguiente, detrás de este ángel a medias también podría esconderse un lugar. A mí me viene a la cabeza una iglesia o un cementerio.

—De eso, claro, en Colonia hay poquísimos —refunfuñó Saathoff —. ¡Joder! Tenemos que encontrar pistas. Por estos mensajes no vamos a llegar hasta ese cabrón. Y ¿qué se supone que son esos números? Parece una fórmula. Pero ¿qué pintamos nosotros con esto?

Florian levantó la mano.

—Si habláis de una iglesia o un cementerio, a mí me viene a la cabeza la funeraria. Fabienne Lammertz trabajaba en una, ¿no? De todas formas, queríamos pasarnos por allí a echar un vistazo.

—¿Y qué hay del padre, por cierto? —preguntó Julia, y, sin querer, pensó en su propio padre.

—De momento, sin éxito. Es como si al hombre se lo hubiera tragado la tierra. Incluso hemos avisado a los albergues para personas sin hogar de la zona. Algunas patrullas están atentas a una prostituta que se llama Nancy, con la que parece que tenía contacto con cierta frecuencia.

Julia suspiró.

—Vale, no quería desviar el tema. Echemos un vistazo a la fórmula que hay debajo del texto. —Tecleó los números en la calculadora—. Me sale un resultado diminuto, con tres ceros después de la coma. Reconozco que con raíces, fracciones y potencias hace muchísimo tiempo que no trato. —Frunció el ceño, pensativa, e intentó encontrar una explicación.

—No se me ocurre nada —dijo al cabo de un rato, frustrada, y miró a los presentes.

Lenja y Saathoff se encogieron de hombros casi a la vez y negaron con la cabeza.

—El número puede significar cualquier cosa. Tengo que pasárselo a un experto. A lo mejor es algún tipo de código.

—¿Un código? —preguntó Julia.

—Sí. Los números podrían corresponderse con letras del alfabeto o algo por el estilo.

—No —exclamó Lenja de pronto, levantando el smartphone—. Acabo de buscar una dirección y las tres últimas cifras podrían ser un número de portal. Coinciden con el de la funeraria en la que trabajaba Fabienne Lammertz.

13

Aún no habían concluido del todo la autopsia. Aun así, Julia se había despedido ya de Lenja tras el examen de los órganos internos. Quería acompañar a Florian a la funeraria, mientras Martin Saathoff iba a ver al padre de Paula Markowitz para darle la triste noticia de la muerte de su hija. Lenja, entre tanto, debía suturar el cadáver y enviar las muestras de sangre y tejidos al laboratorio. Al contrario que la primera víctima, Paula Markowitz no tenía alcohol en el estómago. Eso encajaba tanto con la foto de la tarjeta de memoria como con las lesiones de defensa de los brazos. Parecía haber estado sobria y plenamente consciente cuando su asesino la decapitó. En cambio, en Fabienne Lammertz el laboratorio había detectado más de un gramo de alcohol por litro en sangre. En consecuencia, no debió de enterarse demasiado de su propia muerte. A eso apuntaba también la ausencia de lesiones de defensa. Aun así, Julia nunca llegaría tan lejos como para afirmar que una muerte había sido mejor que la otra. Nadie sabía con exactitud qué registraban todavía las células nerviosas moribundas y qué no.

—Ya hemos llegado —dijo Florian, y detuvo el coche frente a un típico edificio de los años setenta. La funeraria ocupaba una casa de dos plantas. Unos azulejos oscuros decoraban la fachada. Dos grandes escaparates con marcos dorados mostraban unas velas envueltas en hiedra y esquelas, además de un óleo de un entierro

bajo un cielo sombrío. Detrás, en la sala, había varios ataúdes alineados. Julia se fijó en un ataúd blanco, especialmente pequeño, y tragó saliva. Vio a su hermano Michael dentro de él. Aunque hacía más de quince años que un pederasta le había quitado la vida, el dolor le atravesó el pecho con tanta violencia que se quedó parada en medio de la acera.

—¿Estás bien? —preguntó Florian, rodeándole la cintura con el brazo.

Julia se sacudió las tristes imágenes del entierro de Michael y salió de aquella parálisis. Una campanilla clara sonó cuando empujó la puerta de la funeraria Ahlbach. Desde la zona del fondo se acercó un hombre alto y enjuto, de mirada penetrante y traje negro.

—Encantado, Theodor Ahlbach. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó con voz grave y solemne, esbozando una sonrisa carente de alegría.

—Tenemos unas preguntas sobre Fabienne Lammertz —comenzó Florian, presentando primero a Julia y, a continuación, a sí mismo.

El dueño de la funeraria los condujo a una habitación trasera, donde les pidió que tomaran asiento. La calefacción había resecado tanto el aire del cuarto que a Julia se le irritó al instante la garganta. En un rincón había un ataúd que le recordó a un piano de cola. La laca negra brillaba fría bajo la luz del fluorescente.

—Lo de Fabienne nos da muchísima pena a todos. Un accidente terrible. Nuestros pensamientos están con su familia. —Theodor Ahlbach se acomodó en una silla y unió las manos delante del pecho.

—Pues estamos investigando un caso de asesinato. Fabienne Lammertz no murió en un accidente —aclaró Florian.

—¿Asesinato? —susurró el dueño de la funeraria, soltando un fuerte suspiro—. Esto... esto es inconcebible. Me faltan las palabras.

—¿Puede contarnos algo sobre Fabienne Lammertz? ¿Cuánto tiempo trabajó para usted y notó algún cambio en ella últimamente? ¿Tenía enemigos, personas a las que no les cayera bien?

—Ay, no. A Fabienne la apreciaba todo el mundo. Era una empleada muy trabajadora. Ordenada, rápida y nada melindrosa. No tenía problemas para trabajar con los fallecidos. Verán, hay

muchísima gente que no puede ni siquiera tocar a un muerto y, mucho menos, lavarlo o prepararlo para el entierro. Con Fabienne era distinto. No tenía ningún problema con esa labor y no le daba ningún reparo el contacto. Hoy en día no es fácil encontrar buenos empleados. Llevaba cuatro años con nosotros. —Suspiró teatralmente.

—¿Y cómo era su relación con Fabienne Lammertz? —quiso saber Florian.

Theodor Ahlbach levantó las manos.

—La que suele haber entre el jefe y sus empleados. Yo le encargaba tareas y ella las ejecutaba. Trabajaba sobre todo en las salas de lavado del sótano, es decir, limpiando y maquillando.

—¿No mantenían trato fuera del trabajo?

—No. ¿Por qué?

Florian se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Estuvo invitado en su casa alguna vez, o ella en la suya?

En el rostro del dueño de la funeraria pasó un tic. Se frotó las manos, nervioso.

—No me acuerdo con exactitud. Pero seguro que estuve una o dos veces en su casa. ¿Por qué me lo pregunta?

—Pura rutina —explicó Florian, y anotó algo.

El dueño de la funeraria miró con curiosidad el papel.

—Pues bueno, no está prohibido preocuparse por los propios empleados, ¿no? Somos una pequeña empresa familiar. Mi mujer, mi hijo, un servidor y cuatro personas de refuerzo. Estamos todos muy unidos y nos ayudamos los unos a los otros.

—Por supuesto —repuso Florian—. ¿Ha notado usted algo inusual en el comportamiento de Fabienne Lammertz últimamente? ¿Le ha parecido nerviosa o asustada, quizá?

—No. Como les he dicho, todo el mundo la apreciaba y tenía un carácter amable y tranquilo. Se comportaba como siempre.

—¿Y en qué estuvo trabajando ella últimamente? ¿Y qué hizo usted la tarde y la noche en cuestión?

—Preparó un cadáver para el entierro y se fue hacia las dieciséis treinta, como casi todos los días. Todo parecía completamente

normal. Yo estuve aquí toda la tarde y la noche. Vivimos en la planta de arriba. Mi mujer puede corroborarlo.

—¿Y qué hay de su hijo? ¿Vive también aquí?

Theodor Ahlbach negó con la cabeza.

—No. Ya tiene treinta años y, hace dos, se mudó a un piso propio aquí cerca, en el barrio.

—¿Fabienne Lammertz dejaba alguna cosa personal en su puesto de trabajo?

—Tenía una taquilla. Tenía pensado entregarles las cosas a sus padres.

—De momento solo queremos echar un vistazo —dijo Florian, poniéndose en pie—. ¿Dónde está la taquilla?

—En el sótano. Esperen, los acompaño.

Cuando el dueño de la funeraria también se levantó, Julia se fijó en las gotas de sudor que se le habían formado en la frente. No era de extrañar, con el calor que hacía en aquel cuarto. ¿Cómo aguantarían los familiares cuando tenían que sentarse allí a organizar el entierro de sus seres queridos?

Bajaron por una amplia escalera de piedra hasta el sótano.

—Estas son las cámaras frigoríficas —explicó Theodor Ahlbach—. Las salas de preparación están allí delante y, al lado, en el pasillo, están las taquillas de los empleados. —Señaló unos armarios metálicos estrechos y sacó una llave del bolsillo del pantalón—. Es una llave maestra —murmuró, y abrió la puerta de una taquilla.

—Estas son sus cosas. Si me disculpan un momento. Espero a unos clientes en cualquier momento. —Sonrió y dio media vuelta sobre los talones. A Julia, de algún modo, le dio la sensación de que Theodor Ahlbach se alegraba de poder librarse de más preguntas.

—Mira esto. Aquí hay una libreta. —Florian sacó un cuaderno rosado del estante superior de la taquilla y empezó a hojearlo de inmediato. Al cabo de un rato lo cerró, decepcionado—. Por desgracia, no es un diario. Solo ha estado puntuando series de Netflix y apuntando una lista de la compra. —Examinó el resto de las cosas. Una bata oscura de trabajo, unos zapatos toscos, unos vaqueros oscuros, una bolsa de la compra vacía. No había nada más.

Florian registró los bolsillos de la bata y del pantalón y volvió a colgar las dos prendas.

Julia fue a echar un vistazo a las salas de preparación. Las mesas de acero con toma de agua, bajo unos fluorescentes feos, esperaban al siguiente cadáver. Vio unos bisturíes, material de costura y útiles de maquillaje.

Florian torció el gesto al entrar y dijo:

—No tenía ni idea de que los empleados de una funeraria pudieran abrir cadáveres.

—La mayoría no lo hace. Por norma general, solo retiran con el bisturí algún marcapasos. O algún catéter y la bolsa de orina. Vamos, todo lo que no se haya hecho ya en el hospital o en cuidados.

—¿Y para qué sirve el material de costura? —preguntó Florian, pálido.

Julia sabía que a Florian las autopsias no le hacían demasiada gracia. No era de extrañar que aquel lugar le resultara desagradable.

—La boca suele quedar abierta —explicó—. Se cierra con la llamada ligadura. La mandíbula inferior y el tabique nasal se cosen por dentro con una aguja quirúrgica para que la boca permanezca cerrada. Algunos funerarios simplemente pegan los labios o utilizan soportes para la barbilla. —Miró a Florian y notó que su respuesta no le hacía mucha gracia.

—Nada más —añadió—. Al final, son los familiares los que deciden qué se hace. La preparación estética solo es relevante, en el fondo, para el velatorio.

—Pues entonces yo me hago incinerar —repuso Florian, seco, y volvió a subir, mientras Julia se entretenía un momento mirando alrededor. Descubrió una puerta al fondo de la sala y la abrió con curiosidad. En la segunda sala de preparación, las dos mesas de lavado estaban ocupadas. Un empleado lavaba a dos fallecidos al mismo tiempo, un hombre y una mujer. Pasaba una manguera con un chorrito de agua sobre aquellos cuerpos sin vida. Cuando notó la presencia de Julia, cerró el agua.

—¿Qué busca usted aquí? —gruñó.

Aquel rostro sin afeitar le resultaba familiar de un modo inquietante. Julia no se movió ni un milímetro del sitio. El hombre la miraba con unos ojos que ya había visto antes. Recordaba con precisión el rostro pálido de Fabienne Lammertz y su mirada fija cuando yacía sobre la mesa de autopsias.

El hombre que tenía delante mostraba exactamente los mismos ojos: debía de ser su padre.

14

Nada había acabado nunca bien. Su abuelo era, y seguía siendo, un tirano. Por más vueltas que le diera, no había forma de cambiarlo. A ratos las cosas iban bien entre ellos y, cinco minutos después, ya había vuelto a romperse. El abuelo gritaba, vociferaba y le pegaba. No había forma de detenerlo. Aunque ya tenía casi catorce años, seguía sin ver venir los ataques de ira de su abuelo. Había pasado una eternidad intentando descubrir qué hacía cambiar su humor. Pero no había manera de preverlo. Bastaba con que hubiera una mosca de la fruta sobre la fruta para que el vaso rebosara.

—¡Joder, chico! ¡Espabílate!

Tragó saliva con una arcada.

—No puedo.

—O lo haces tú, o te corto el meñique de un hachazo.

Se miró el dedo y se planteó muy en serio sacrificarlo. ¿Valía más un meñique que una vida entera? La respuesta saltaba a la vista.

—Por favor, abuelo... —sollozó, sintiéndose infinitamente cobarde. ¿Es que nunca era capaz de tener contento a aquel hombre? ¿Es que no lo había intentado todo?

Los fuertes dedos del abuelo se le clavaron en la nuca. El viejo se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Lo haces ahora mismo, chico.

La presión sobre el cuello se intensificó. Otra vez le entraron arcadas y cerró los ojos. «No llorar», se ordenó en silencio. Los hombres no lloraban. Pero él no se sentía en absoluto como un hombre. En su pecho seguía latiendo el corazón de un niño pequeño. No quería ser malo. No quería cortarle la cabeza a aquella gallina.

¡Su meñique a cambio de la cabeza de la gallina!

Sabía que no iba a ser la última tarea de aquel tipo. Hoy le tocaría un dedo y, quizá mañana, otro. Miró triste a la gallina a los ojos y buscó perdón. Pero el ave no lo miraba. Volvía la vista a un lado y a otro, presa del pánico, y batía las alas como loca. Apretó con más fuerza y se sobresaltó cuando la gallina soltó un chillido de muerte. Sonó casi como un ser humano.

—¡Hazlo!

En la mano izquierda temblaba el hacha. Con la derecha apretaba al animal contra el tajo. No le quedaba más que dejar caer el hacha y el asunto estaría resuelto. Pero odiaba la sangre. No, no podía. Bastó con pensar en la muerte para que el desayuno le subiera por el esófago. Una papilla hedionda cayó sobre la gallina. Su mano se desplomó como una piedra. Con ella, el hacha. Saltó un chorro rojo. Una oleada de líquido caliente le alcanzó la cara, el cuello y el pecho. Vomitó otra vez y soltó el cuerpo, que aún se sacudía. Las patas de la gallina se agitaban en el aire. La imagen se le grabó a fuego en el cerebro. No podía apartar la vista. Y, de pronto, empezó a reír. Una risa muy profunda y gutural. Sonó como la voz de un desconocido. Aquello no lo había hecho él. Al menos, él no había querido hacerlo.

—Vaya, por fin —gruñó el viejo, dándole una fuerte palmada en el hombro—. Ya casi eres un hombre.

Él guardó silencio y se quedó mirando la gallina muerta. Su mirada iba y venía entre la cabeza y el cuerpo. Sentía la sangre pegajosa sobre la piel. Era repugnante. Solo entonces se fijó en los ojos de la gallina. Ya no se movían enloquecidos. Ahora lo miraban fijos.

—¡Venga, limpia toda esta porquería!

Asintió, sin apartar la vista del animal muerto. Aquellos ojos fijos y reprobadores lo tenían completamente hipnotizado. El abuelo desapareció del establo. Oyó cómo se cerraba con un portazo la puerta a su espalda. Con cuidado, extendió la mano para cerrarle los ojos a la gallina. No quería seguir bajo su mirada. En la televisión parecía tan sencillo cerrar los ojos a un muerto... Pero, al parecer, los párpados de la gallina habían desaparecido. Pasó varias veces los dedos por encima de los globos oculares, sin que ocurriera nada. Al cabo de un rato se rindió y cubrió la cabeza de la gallina con un trapo. Después se preguntó qué hacer con el animal muerto. ¿Qué esperaba el abuelo de él? ¿Tenía que enterrarla sin más, detrás del granero, donde acababan los cadáveres? ¿O desplumar al ave para que pudieran hacer un caldo con la carne?

En lo más hondo de sí, conocía la respuesta. Suspiró, levantó el cuerpo sucio y le arrancó unas cuantas plumas. Al principio le resultó fácil, pero luego se fue haciendo cada vez más difícil y trabajoso. Nunca había desplumado una gallina; como mucho, había visto a alguien hacerlo alguna vez. Hilde, la vecina, sacaba un dinero extra con esa clase de trabajos. ¿Y si iba a verla? Pero no tenía dinero. El abuelo guardaba su hucha bajo llave. Por seguridad, para que no hiciera ninguna tontería con el dinero.

Quizá Hilde pudiera al menos enseñarle a desplumar bien la gallina.

Enterró la cabeza de la gallina con los demás cadáveres y se fue a casa de Hilde. El camino atravesaba un campo pelado, de más de un kilómetro de largo. Allí, en aquellos parajes, apenas había vecinos. La granja del otro lado quedaba a más del doble de distancia. Cuando llegó a casa de Hilde, ella estaba tendiendo la ropa.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿No tienes colegio?

Negó con la cabeza.

—Tengo que ayudar al abuelo. Ha avisado de que estoy enfermo. ¿Podrías enseñarme a desplumar una gallina? —Le tendió a Hilde el animal muerto.

—¡Puaj! ¿Por qué huele tan mal?

Al instante se puso rojo. No había pensado en su propio vómito.

—Anda, no pasa nada —murmuró Hilde, y empezó a arrancar las plumas, una tras otra.

—Cuando ganes tu propio dinero, me pagas algo a cambio. ¿De acuerdo? —Sus dedos ágiles trabajaban como un robot. Las plumas iban cayendo, una tras otra, suavemente, hasta el suelo. En muy poco tiempo, la gallina quedó perfectamente desplumada.

—Aquí tienes —dijo Hilde, y le puso el cadáver en la mano—. Mejor vuelves ya a casa. Antes de que tu abuelo se entere. —En sus ojos había compasión.

Sintió que se le saltaban las lágrimas. Ella lo sabía.

—Gracias —graznó él, y se dio la vuelta deprisa. No quería que ella le viese las lágrimas.

Volvió corriendo a través del campo, abrió la puerta de casa sin hacer ruido, dejó la gallina desnuda en un plato y la metió en la nevera. Después se coló en el cuarto de baño y se aseó por encima. No tenía ni idea de dónde estaba el abuelo. Normalmente estaba sentado en el sillón del salón, pero allí no lo había visto. Subió en silencio hasta su cuarto y se quedó petrificado al encontrar, sobre el escritorio, un plato vacío con una nota y un tenedor.

«¡Los hombres se ocupan de sus cosas ellos solos!», ponía la nota. Debajo seguía un nuevo ejercicio. ¡Maldita sea! El abuelo sabía que había ido a casa de Hilde. Recorrió el texto a toda prisa. Esta vez era un acertijo de palabras. Esos siempre le resultaban especialmente difíciles. Con lágrimas en los ojos leyó aquellas palabras malintencionadas, elegidas de tal modo que jamás conseguiría descifrar su significado. Así que esa noche el plato volvería a quedarse vacío. Se enjugó una lágrima de la mejilla.

De pronto oyó un crujido. Asustado, se dio la vuelta y se quedó mirando la puerta del cuarto. Pero el ruido no venía de fuera. Se tumbó en la alfombra y miró debajo de la cama. Una sombra se escurrió hacia el rincón. Se estiró y se arrastró tras ella. De repente lo invadió una rabia incontenible. ¿Qué hacía una puñetera rata en su cuarto? Agarró al animal, que chillaba, y apretó con tal fuerza que a la rata se le saltaron los ojos. Al menos aquel bicho asqueroso lo miraba a él. Lleno de miedo, no embotado como la estúpida gallina. La culpa de todo la tenía la gallina. ¿Por qué no le había cortado la

cabeza enseguida? De todos modos iba a morir. Tarde o temprano, el abuelo le habría dado el pasaporte.

—Tú aquí no pintas nada —siseó, fuera de sí, y golpeó al bicho contra el suelo, de cabeza. Ya no se movía: colgaba totalmente lacio de su mano. Soltó aquella rata asquerosa, se levantó de un salto y la mandó de una patada debajo de la cama. Odiaba a aquella alimaña. Odiaba al mundo entero y, sobre todo, se odiaba a sí mismo.

15

—¿Señor Lammertz? —preguntó Julia, incrédula, mirando aquellos ojos verdes que le había transmitido idénticos a su hija.

La gran nuez del hombre subía y bajaba, nerviosa. ¿Qué pintaba el padre de Fabienne Lammertz en aquella funeraria? Julia no obtuvo respuesta a su pregunta. En su lugar, Werner Lammertz dejó caer de pronto la ducha y se abalanzó sobre ella. Pasó velozmente por su lado y salió por la puerta.

—¡Florian! —gritó Julia, y salió tras él, sorprendida.

Lammertz, en la primera sala de lavado, arrastró deprisa una mesa de cadáveres hasta el centro y le bloqueó el paso. En unos pocos pasos atravesó la sala y subió corriendo la escalera.

—¡Florian! —volvió a gritar Julia con presencia de ánimo, y sorteó la mesa de un salto. Se detuvo en el rellano. Florian había agarrado al hombre por el cuello de la ropa.

—Tranquilo, amigo. ¿Cuál es su nombre?

—¿Y a usted qué le importa? Pero ¿quién es usted? ¡Suélteme! —El hombre, bajo y fornido, se debatía con brazos y piernas, pero contra el atlético Florian no tenía la más mínima oportunidad.

—Es el padre de Fabienne Lammertz —soltó Julia—. Lo he encontrado en la sala del fondo. Estaba lavando dos cadáveres.

Werner Lammertz la miró con reproche.

—¿Y qué? Trabajo aquí. ¡Maldita sea!

Florian lo observó con frialdad.

—Oficialmente, está usted registrado como desempleado y no tiene domicilio fijo. Además, no podía acercarse a su hija, que también trabajaba aquí. Así que no le creo ni una palabra.

—Pues no me crea, qué le vamos a hacer —siseó Lammertz, retorciéndose otra vez bajo la presa de Florian.

—Somos de la Policía Judicial de Colonia y quiero saber ahora mismo qué hace usted aquí. Si no, me lo llevo a comisaría y se va a pasar las próximas horas pudriéndose en un calabozo. —El tono de Florian no dejaba lugar a dudas sobre la seriedad de sus palabras. Hacía mucho que Julia no lo veía así.

Werner Lammertz, al menos, dejó de patalear. Florian lo soltó.

—Haberlo dicho desde el principio, que es usted un madero. Tampoco me habría costado tanto adivinarlo. ¿Qué quiere? ¿Colgarme a mí la muerte de mi hija?

Los ojos de Florian se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas. Julia intuía lo que él estaba pensando. Hasta ese momento, solo la madre de Fabienne sabía que la muerte de su hija había sido violenta. A eso se sumaba el dueño de la funeraria, al que se lo habían comunicado al llegar.

—¿Así que ya sabe usted que su hija ha muerto? —preguntó Florian con cautela, sin mencionar el asesinato.

—¡Por Dios! Claro que lo sé. ¡Era mi vida entera! —Lammertz contrajo el rostro en una mueca que Julia no fue capaz de descifrar. En cualquier caso, no parecía especialmente triste ni alterado, al contrario que la madre de Fabienne, a quien se le había visto el duelo a la legua. Florian dibujó un signo menos bien grueso en su libreta.

—¿Dónde estaba usted la noche en que murió?

—Pues aquí. ¿Dónde iba a estar, si no? Mi mujer me ha echado de casa y mi hija no quería que viviera con ella. No hay nadie que quiera acogerme, y a un albergue para sin techo seguro que no voy.

—¿Hay alguien que pueda corroborar que estuvo aquí?

—Sí, el señor Ahlbach. Me ha dado permiso para dormir aquí. A cambio, ayudo con la preparación de los fallecidos.

—¿Y la orden de alejamiento respecto a su hija no le ha preocupado lo más mínimo?

Lammertz se encogió de hombros.

—¿Y le consta a usted cómo perdió la vida su hija? —Florian clavó la mirada en Lammertz como un leopardo a punto de saltar sobre su presa.

—Bueno. Por lo que me he enterado, se le cayó el móvil a la bañera. Electrocución.

Florian guardó silencio y se quedó mirando a Lammertz, que enseguida bajó la vista.

—No sé más —gruñó el hombre, pasándose la mano por el pelo.

Julia se plantó delante de Werner Lammertz.

—¿Y el señor Ahlbach está al tanto de la orden de alejamiento respecto a su hija? —Le lanzó al hombre una mirada furiosa. Le recordaba un poco a Mario Kimpel, el asesino de su hermano. Había abusado primero de Michael, lo había matado después y, al final, lo había abandonado en el bosque como si fuera basura. Habían hecho falta varios años para que lo cogieran por fin. Las personas que abusaban de otras solían actuar de manera manipuladora. Hacían como si fueran incapaces de matar una mosca y, al final, eran ellas las que se erigían en víctimas. Igual que Werner Lammertz, a quien nadie quería ofrecer un techo bajo el que dormir.

La suave presión de la mano de Florian sobre su hombro la devolvió a su papel de médica forense fría. Julia tragó saliva y dio un paso atrás.

—Lo que propongo es que se lo preguntemos directamente al señor Ahlbach. —Florian empujó a Werner Lammertz por delante de él. Subieron la escalera y encontraron al dueño de la funeraria enfrascado en una conversación con una señora mayor.

—Disculpen un momento —pidió Ahlbach al darse cuenta de su presencia. Le lanzó a Lammertz una mirada fulminante—. ¿Han descubierto a mi empleado? —le preguntó a Florian, con un tic en las comisuras de la boca.

—Sí. Estaba precisamente preparando a unos fallecidos. ¿Saben sus clientes que tiene empleados sin contrato?

Las cejas de Ahlbach se dispararon hacia arriba.

—Quizá sea mejor que pasemos a mi despacho. —Sus ojos viajaron hasta la clienta, que ojeaba un folleto. Los condujo a un amplio despacho trasero en el que había una mesa enorme.

—El señor Lammertz nos echa una mano en estos tiempos difíciles. Ya les he explicado lo problemático que resulta conseguir personal cualificado. —Señaló unas sillas. Julia y Florian se sentaron a la vez. Lammertz tomó asiento a un lado y el dueño de la funeraria se refugió detrás de su mesa, como si allí pudiera protegerse de sus preguntas.

—Existía una orden judicial de alejamiento entre el señor Lammertz y su hija. ¿Está usted al tanto? —preguntó Julia sin rodeos.

Ahlbach puso los ojos en blanco.

—Mire, ¿a mí qué me importa eso? Yo necesito empleados. El señor Lammertz ha demostrado ser útil en muchos aspectos.

—¿En muchos aspectos? ¿A qué se refiere? —insistió Florian.

—No le da reparo tocar un cadáver. Es minucioso y diestro manejando cuerpos sin vida. Nuestros clientes aprecian su asesoramiento. Y, además, el señor Lammertz trabaja con mucha eficiencia y siempre termina a tiempo. —El dueño de la funeraria miró a Florian con expresión sombría—. Tengo que volver enseguida con mi clienta. ¿Tienen alguna otra pregunta?

—¿Le ha dado permiso al señor Lammertz para pernoctar aquí?

—Sí, excepcionalmente, hasta que encuentre otra cosa.

—¿Estaba aquí el señor Lammertz la noche en que asesinaron a su hija?

—¡Un momento! —interrumpió Werner Lammertz—. ¿Qué acaba de decir? ¿A mi hija la asesinaron?

Julia estudió la expresión de Lammertz. Parecía sorprendido, pero su reacción no le convencía del todo. En cuestión de segundos, su rostro volvió a quedar impasible. ¿Es que no lo conmovía en absoluto el destino de su hija?

—¿No lo sabía? —preguntó Florian. Tenía la mandíbula tensa. Observaba la reacción de Lammertz en ese momento, al menos, con la misma intensidad que ella.

Lammertz no contestó. La nuez le subía y le bajaba. Clavó la mirada en las punteras de sus zapatos.

A Ahlbach parecía costarle aguantar aquel silencio. La mirada le iba y venía entre Florian y Lammertz. Después empezó a hablar:

—Para responder a su pregunta: creo que Werner Lammertz estuvo abajo, en el sótano. Pregunten a mi mujer, que es la que cierra por la noche. Es posible que lo viera.

Julia vio cómo Florian, junto a la palabra «coartada», garabateaba otro signo menos bien grueso. Werner Lammertz, sin duda, era ahora uno de los sospechosos del caso. Solo quedaba por saber si también era capaz de construir una guillotina.

—¿Qué más hace el señor Lammertz para usted, aparte de preparar a los fallecidos? —preguntó ella, interesada.

—De vez en cuando arregla ataúdes o fabrica cruces. Por cierto, su cama también está en el taller, por si quieren echarle un vistazo.

Florian asintió.

—De hecho, nos vendría muy bien.

Theodor Ahlbach le lanzó una mirada a Lammertz.

—Si tuviera usted la amabilidad de acompañar a nuestros invitados al taller... —Se levantó de la silla—. Tengo que volver con mi clienta. Disculpen, por favor.

—Aún me queda una pregunta. —Florian se levantó de un salto y le mostró una foto de la segunda víctima—. ¿Conoce a esta mujer?

El dueño de la funeraria solo miró la imagen un instante.

—Nos encargó el entierro de su madre. Esperen un momento. —Se apresuró a volver a la mesa y abrió un grueso libro—. Renate Markowitz, enterrada hace cosa de medio año. La hija se llama Paula Markowitz. —Señaló a Werner Lammertz—. Él preparó el cadáver de la madre y asesoró a Paula Markowitz para el entierro.

La última frase dio en el clavo. Diana. Lammertz conocía a las dos víctimas. Florian le lanzó a Julia una mirada que lo decía todo.

—Muchas gracias. Pues vamos a echar un vistazo al taller, entonces.

El dueño de la funeraria salió del despacho con movimientos ágiles. Florian dejó pasar primero a Lammertz y lo siguió pegado a sus talones. Julia fue detrás, manteniendo cierta distancia. La cabeza

le iba a mil. ¿Podía ser Werner Lammertz el autor? Evocó las imágenes de aquella noche en el Uni-Center. El hombre, o más bien la sombra que había percibido, le había parecido bastante más alto y corpulento. Aunque también podía ser que el viento, el frío y la conmoción le hubieran enturbiado el juicio.

Le sonó el teléfono cuando bajaba la escalera del sótano. Lo cogió, distraída.

—¿Sabes dónde está tu padre?

Julia se tropezó del susto y consiguió, por los pelos, agarrarse a la barandilla.

—¿Mamá? —susurró, y se detuvo—. ¿Qué pasa?

—Tu padre no está aquí y no sé dónde se ha metido. —A Hannelore le temblaba la voz.

A Julia se le apareció enseguida la imagen de aquella joven desconocida con la que había visto a su padre. Con el ajetreo de los acontecimientos, se le había olvidado seguir indagando sobre su nombre. Lo retomaría sin demora.

—Normalmente te dice adónde va. ¿No puedes llamarlo?

Hannelore soltó un sollozo.

—Ya lo conoces. A veces avisa y, otras, se le olvida. Tengo un mal pálpito porque no contesta. Ojalá no le haya pasado nada. A lo mejor está tirado en alguna calle, herido, y nadie lo está ayudando. Hace ya dos horas que se ha ido.

—No digas tonterías, mamá. No exageres tampoco. Es un hombre adulto, ya no es un niño. Seguro que está bien. —«Se está divirtiendo con esa mujer mientras tú te preocupas», añadió en silencio.

—Mira, mamá. Ahora mismo no puedo irme de aquí. Te llamo dentro de una hora, ¿vale? Lo más probable es que para entonces ya haya vuelto; y, si no, me paso por casa. Ahora descansa un poco y no te vuelvas loca.

—¿Me vas a llamar? —preguntó su madre con un hilillo de voz al otro lado del teléfono.

—Te lo prometo —repuso Julia con suavidad, y colgó. Maldita sea, justo lo que le faltaba. Que su padre engañara a su madre era algo que ella no iba a poder soportar. No después de todo lo que

habían pasado juntos. Julia maldijo en voz alta y bajó los peldaños que faltaban hasta el sótano. ¿En qué demonios pensaba su padre? ¿Acaso, con sesenta y cinco años, tenía que demostrarse todavía que era todo un hombre? Eso no encajaba en absoluto con él. Irrumpió en el taller y por poco tropieza con el catre que estaba justo al lado de la puerta y en el que, al parecer, dormía Werner Lammertz.

—¿Estás bien? —preguntó Florian, observándola con sus ojos azules. Hoy llevaba el pelo rubio disparado en todas direcciones. Tenía un aire desenfadado. A Julia le gustaba. Al contrario que el de Florian, su corte paje le caía liso y perfecto sobre la cabeza. Se recolocó las gafas de pasta y asintió.

—¿Desde cuándo malvive usted aquí? —Julia contempló las sábanas manchadas y arrugó la nariz. A juzgar por el olor, debían de ser ya bastantes semanas. En la pared le llamaron la atención unas tablas y unos postes de madera de pino.

—Desde hace unos tres meses; antes me daba solo para una tienda de campaña en el parque. Pero luego empezó a hacer demasiado frío. Mi mujer me echó de casa hace medio año. Me metió en un lío enorme.

—¿Qué hace usted con esos postes de madera de ahí? —preguntó Julia. La guillotina también estaba hecha de madera de pino.

—Hay que cambiar la valla —gruñó Lammertz—. ¿Hemos terminado ya? Su compañero acaba de preguntarme todo eso.

A Julia se le ocurrió una idea.

—¿Podría apuntarnos su número de teléfono y su correo electrónico? Por si necesitamos más información.

Werner Lammertz farfulló algo entre dientes. Probablemente, estaba refunfuñando. Pero a Julia le daba lo mismo. Contuvo la respiración cuando, con la mano izquierda, él cogió el bolígrafo y empezó a escribir.

16

Florian se esforzaba por no quedarse mirando fijamente a Julia. Algo no iba bien con ella. No era la primera vez que lo notaba. Desde el segundo hallazgo de un cadáver en el Uni-Center, se comportaba de manera distinta. De algún modo más distante, como si tuviera algo pesándole encima. Nunca la había visto así. El pie pisó el freno como por sí solo. Se detuvo ante un semáforo en rojo.

—De momento, lo que está claro es que Werner Lammertz está en lo más alto de la lista de sospechosos. Antes de que tú entraras en el taller, le pregunté por la discusión con su hija de la que nos había hablado la vecina. Él intentó quitarle importancia. Pero yo a esa vecina la creo. Y, además, lo más probable es que no tenga una coartada de verdad. Aunque la mujer del dueño de la funeraria lo hubiera visto al cerrar la puerta del edificio, eso no demuestra ni de lejos que se pasara toda la noche en el taller. Su reacción al saber que habían asesinado a su hija también me pareció rarísima. No parecía especialmente sorprendido ni horrorizado. Y, encima, te ha escrito su correo electrónico. Eso quiere decir que tiene acceso a internet; o sea, que podría publicar mensajes en Twitter o grabar datos en una tarjeta de memoria. Y, por último, esos postes de madera del taller. El hombre tiene buena mano con la madera.

—Y es zurdo —añadió Julia—. No es seguro al cien por cien, pero lo más probable es que estemos buscando a una persona zurda.

Florian gruñó en señal de asentimiento.

—¿Va todo bien en el instituto, por cierto? —preguntó como sin querer, mientras la observaba a hurtadillas.

—Sí, salvo por todo ese papeleo que se me acumula sobre la mesa día tras día. Parece que hay un formulario para todo, y yo, como directora del instituto, tengo que revisarlo y firmarlo todo. —Sonrió con esfuerzo y lo miró.

Pisó el acelerador y condujo el coche en dirección al Uni-Center. Allí tenía que interrogar a unos cuantos testigos. Martin Saathoff había salido antes y ya había empezado con las entrevistas. Antes, su compañero había informado al padre de Paula Markowitz de la muerte violenta de su hija. No envidiaba a Martin. Dar ese tipo de noticias era la parte más dura del trabajo policial. Las palabras apenas salían de los labios y las miradas de los familiares eran insoportables. Se quedaban grabadas en la memoria y ya no había manera de borrarlas. No era de extrañar que su compañero hubiera vuelto enseguida a la rutina. La rutina ayudaba a olvidar o, al menos, a apartarlo a un lado de momento.

Se detuvo en el siguiente semáforo y puso en marcha los limpiaparabrisas para retirar unos copos de nieve del cristal delantero. Julia cruzó los brazos con frío. Florian subió la calefacción.

—¿Puedes torcer a la izquierda ahí delante, por favor? Tengo que hacer una cosa —pidió Julia, y se enderezó por completo en el asiento.

Florian se sorprendió. Julia parecía, de pronto, alterada. Se frotaba las manos, nerviosa. ¿Qué le pasaba? En silencio, giró.

—Tengo que bajarme en ese bloque de viviendas —dijo Julia con voz ronca, y forcejeó con la manilla de la puerta del copiloto.

—¿Qué se te ha perdido ahí? —preguntó, y aparcó el coche.

—Tengo que comprobar una cosa, solo será un momento —repuso Julia, y saltó a la acera antes de que él pudiera seguir indagando.

Negando con la cabeza, Florian la vio alejarse. Julia se acercó a una de las puertas del edificio y se detuvo. Delante del cuadro de timbres se agachó un poco y se puso a estudiar los nombres. Al

final, sacó el móvil del bolso y le hizo una foto. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Florian se recostó en el asiento y se quedó observando a Julia, pensativo. Seguía delante del portal, alterada por algo. Casi furiosa. Tecleó algo en el móvil y esperó. Mientras tanto, se volvía a cada rato. Pero no miraba hacia él, sino hacia la lejanía. Como si esperase a alguien. Y, en efecto: de pronto se sobresaltó y echó a correr en línea recta hacia el portal siguiente. Julia se escondió en el marco de la puerta y asomó la cabeza por la esquina. Pasados unos instantes, se coló detrás de un árbol que había enfrente. Florian apenas podía dar crédito a lo que veía. Julia se comportaba como una ladrona que estudia su objetivo. Estaba tan absorto que no se había fijado en la mujer y el hombre que debían de haber pasado por delante de su coche. Solo cuando se dirigieron hacia el portal en el que Julia acababa de estudiar el cuadro de timbres le llamaron la atención.

Florian se quedó parado. Conocía a aquel hombre. Era el padre de Julia. ¡Junto a una mujer bastante más joven! Julia seguía escondida. Se apretaba contra el tronco del árbol. Si hubiera sido una escena de televisión, se habría echado a reír a carcajadas. Pero la cara de Julia lo decía todo. De sus ojos oscuros salían dardos. Normalmente Julia tenía las emociones bajo control. Pero ahora Florian la entendía. Si fuese su propio padre el que apareciese con una mujer joven a remolque, también a él se le iría la cabeza.

Ulrich Schwarz estaba allí plantado, muy erguido y con las piernas abiertas, y le posó una mano en el hombro a aquella mujer. Solo un instante. Después se dio la vuelta y, sin reparar en Julia ni en él, volvió a su coche. Cuando se marchó, Julia salió de detrás del árbol y volvió a subir al coche. Tenía el rostro pálido como la cera. Le temblaban los dedos.

Florian meditó febrilmente lo que debía decir.

—Era tu padre —murmuró, porque no se le ocurría nada mejor.

—Sí. Anda por ahí con esa mujer, mientras mi madre está en casa sin saber dónde se ha metido él. Ella preocupada, y él, divirtiéndose. —Soltó un suspiro fuerte y lo miró—. No me lo puedo creer, Florian. ¿Por qué hace algo así?

—A lo mejor hay una explicación totalmente inocente... —Se interrumpió, porque la mirada de Julia se ensombreció—. Mierda —masculló—. Lo siento de verdad. —Tiró de ella hacia sí y la abrazó.

—Seguro que se queda todo en nada —dijo al cabo de un rato, y la soltó otra vez.

Entendía a Julia perfectamente. La situación parecía bastante clara, y ella no podía hacer nada al respecto. Sabía que Julia se sentía mejor en el terreno de los hechos. La aventura que su padre, posiblemente, tuviera con aquella mujer no podía impedirla. En último término, no era ni asunto suyo. No podía hacer nada, y eso la sacaba de quicio.

Solo había una manera de ayudarla.

17

Michelle se coló en la habitación de Elfriede y se acercó sin hacer ruido a la ventana para airearla. Confiaba en que la anciana estuviera profundamente dormida. Desde su último encuentro, la había estado evitando. De algún modo, le había inquietado que Elfriede le hubiese notado el embarazo. Se sentía avergonzada.

—No tiene por qué darle vergüenza.

Michelle se dio la vuelta de golpe. De pronto, Elfriede estaba sentada erguida en la cama y la miraba con dulzura.

—¿Sabe? Yo también tuve un marido que me pegaba en cuanto se tomaba más de tres cervezas. Hay hombres así. Son así y siguen siéndolo. No cambian, prometan lo que prometan. —La anciana suspiró hondo—. Volví con él, lo menos, cien veces. Solo cuando empecé un trabajo nuevo en el comedor de una empresa grande, encontré de pronto las fuerzas para irme. —Señaló el vientre de Michelle—. Ese pequeño ser que lleva dentro algún día le dará el valor para dejarlo y vivir una vida en libertad. —Le sonrió con tanta franqueza y calidez que, de repente, Michelle dejó de sentir vergüenza.

Michelle descorrió las cortinas y dejó entrar aire fresco en la habitación. Después comprobó el gotero que había junto a la cama de Elfriede y le cambió un vendaje de la parte inferior de la pierna. Apenas había terminado cuando saltó una alarma.

—Vuelvo enseguida —soltó Michelle, y salió corriendo al pasillo.

—¡Parada cardíaca en la cinco! —gritó alguien. Cogió el desfibrilador y se precipitó en la habitación. La médica ya estaba allí; le quitó el aparato y le colocó los electrodos sobre el pecho al paciente, que estaba inconsciente. El torso se le arqueó cuando la médica aplicó la descarga. Michelle miró hacia el monitor que vigilaba el pulso. La línea oscilaba plana; el aparato emitía un pitido de alarma. La médica intentó otra descarga. De nuevo, el cuerpo debilitado del paciente se arqueó. Por fin oyeron un pitido claro, primero irregular y, después, rítmico. La médica le dio unas instrucciones. Michelle salió disparada y trajo los medicamentos. Todo tenía que ir muy deprisa. Colgó la bolsa de suero en el soporte y la conectó a un largo tubo transparente que terminaba en una vía colocada en la flexura del codo. El latido del paciente se había ido estabilizando, de modo que Michelle pudo respirar aliviada. De pronto notó la presión en la vejiga, la médica asintió y Michelle se fue rauda al servicio. Le llamó la atención un visitante que parecía desorientado en el pasillo. La miró con atención. Pero a ella le apretaba tanto que pasó por delante de él sin más y consiguió, por los pelos, llegar a tiempo al cubículo. Cuando sintió el alivio, se quedó sentada un momento en el inodoro tratando de calmar la respiración. El cuerpo le estaba dando guerra. Las paredes del cubículo le daban vueltas y el estómago se le encogía. ¿Cuándo se le iban a quitar de una vez aquellas náuseas? Cerró los ojos y se concentró en la siguiente respiración. Inspiró hasta llenar los pulmones del todo y soltó el aire muy despacio. Poco a poco se fue encontrando mejor. Abrió los ojos, se levantó y se frotó el vientre, que aún seguía plano. Sin querer, se le escapó una sonrisa. Le hacía tantísima ilusión el bebé... Entonces se acordó otra vez de Elfriede. Necesitaba sus medicamentos. En el antebaño se lavó las manos y, a toda velocidad, se mojó la cara con agua fría. De camino a la habitación de Elfriede tuvo que pasar por el mostrador de la planta. Ya de lejos vio al visitante con el que se había cruzado hacía un instante. La enfermera, detrás del cristal, estaba justo pronunciando el nombre de Michelle. Se quedó parada, atónita; no podía haber oído mal. Y, sin embargo, a aquel hombre no lo conocía de nada.

¿Por qué preguntaba por ella? Con los años, había desarrollado un olfato para los problemas. Sin pensarlo, abrió la puerta siguiente y se deslizó en el cuarto oscuro donde se guardaban los productos de limpieza y desinfección. Esperó a oscuras. El desconocido pasó por delante de la puerta entreabierta sin reparar en ella. ¿Es que se habría quejado de ella? Pero ¿por qué? Michelle se asomó al marco de la puerta y se quedó mirando al hombre fijamente. No lo había visto nunca. Normalmente, tenía una memoria excelente. A pacientes o familiares solía reconocerlos incluso años después. Pero a aquel tipo no era capaz de recordarlo. Esperó hasta que él se metió en el ascensor del fondo de la planta y se dirigió, sin dudar, hasta el mostrador. Bettina estaba sentada detrás del cristal, con cara de aburrimiento.

—¿Qué quería ese tío? —preguntó Michelle sin rodeos.

Bettina la miró con ojos apagados.

—¿Quién?

—Pues el tipo que ha estado aquí hace nada. Le has dicho cómo me llamo.

—Ah, ese. —Bettina bostezó—. Quería saber cómo te llamabas porque has ayudado a salvar a su tío. Ha visto cómo entrabas corriendo en la habitación con el desfibrilador. Seguro que te manda unas flores. —Sonrió de oreja a oreja a través del cristal.

Michelle se relajó. Por lo visto, últimamente hacía una montaña de un grano de arena. Volvió hacia la habitación de Elfriede y no se dio cuenta de la mirada que se le clavaba en la espalda. Entre las puertas abiertas del ascensor seguía estando aquel hombre.

18

Julia tecleó el nombre en el buscador del ordenador: Nadine Mueller. Le había resultado muy fácil averiguar que, de las ocho viviendas del edificio, ese era el único nombre que podía corresponder a la desconocida. En aquel portal vivían tres hombres solteros, cuyos nombres y apellidos aparecían en las placas del timbre. A eso se sumaban dos familias que Julia había localizado en Facebook. Los otros dos apellidos pertenecían a una pareja mayor y a una mujer más joven, cuya foto había encontrado en otra plataforma de redes sociales.

Julia maldijo: la búsqueda de Nadine Mueller arrojaba más de cincuenta entradas. ¿Por qué demonios la mujer con la que se veía su padre tenía que tener precisamente un nombre tan común? ¿Por qué no podía llamarse de otra forma? Julia fue haciendo clic en los resultados sin dar con la persona que buscaba. Maldita sea. Necesitaba averiguar a toda costa quién era aquella mujer y por qué se había liado con su padre. ¿Pensaba que él tenía dinero? Sus padres vivían bien, pero estaban muy lejos de tener una fortuna millonaria en el banco.

Le sonó el móvil y, al ver en la pantalla que era su madre, contestó al instante.

—Solo quería decirte que tu padre ya está aquí otra vez. Me había escrito una nota y la había dejado encima de la cómoda del

recibidor. Debió de caerse al pasar la aspiradora. La encontré dentro de una de mis botas. Imagínate, todo el sofocón para nada. —Hannelore sonaba tan aliviada que a Julia se le clavó un pellizco en el corazón. Una parte de ella quería ponerlo todo sobre la mesa; la otra no se atrevía, porque tenía miedo de hacerle daño.

—¿Y dónde estaba? —preguntó con calma, apretando el puño sin darse cuenta.

—Estaba con Martin en el concesionario. Se han pasado a ver un modelo nuevo y lo han probado. Ya conoces a tu padre. Con los coches pierde la cabeza. —Hannelore rio mientras Julia, por dentro, casi mordía el filo de la mesa. Su padre le mentía. No se lo podía creer.

—Me alegro de que haya quedado todo en nada. Ya te lo había dicho. No te preocupes siempre tanto. —Tragó saliva. «Solo te está engañando a conciencia», pensó, y negó con la cabeza, sin dar crédito.

—Quería invitaros a Florian y a ti a cenar mañana. ¿Hacia las ocho? Hace muchísimo que no nos vemos.

Era justo lo que le faltaba a Julia. En ese momento no podía, bajo ningún concepto, plantarse delante de su padre. No iba a soportarlo.

—Vendréis, ¿verdad? —preguntó Hannelore, contenta.

—Encantada, muchas gracias —consiguió decir Julia con esfuerzo —. Hasta mañana, pues. —Colgó y soltó un suspiro hondo.

Repasó por última vez la lista de resultados de la búsqueda y, al final, se rindió. Necesitaba hacer algo y no podía pasar ni un segundo más allí sentada. Su secretaria ya se había marchado a casa. Le había dejado sobre la mesa una larga nota con tareas e información. Julia la ignoró y se fue a la sala de autopsias, donde Lenja y el doctor Neumann seguían con una autopsia, pese a lo tarde que era. Se colocó al lado de la mesa y torció el gesto cuando le llegaron a la nariz las fuertes emanaciones del cadáver masculino. Bastó con un vistazo al hígado para saber que se encontraban ante un bebedor empedernido. Aquel hombre, que rondaría los cincuenta años, había desarrollado un hígado graso que, a diferencia de un

hígado sano de color rojo oscuro, presentaba un tono mucho más claro.

—En plena borrachera se tumbó en la vía y se desangró —explicó el doctor Neumann, saludándola con un gesto de cabeza—. Tenemos que darnos prisa. —Echó un vistazo nervioso al reloj de la pared—. Mi mujer me está esperando. Hoy es su cumpleaños.

—¿Sabe qué? Aún tengo algo de tiempo. Vaya a sorprender a su mujer y váyase a casa. Yo me encargo en su lugar —se ofreció Julia. No lo hacía solo por el doctor Neumann, sino también por sí misma. Adoraba su trabajo y necesitaba distraerse. No quería pensar ni un segundo más en su padre ni en la cena del día siguiente.

—Es muy amable por su parte. —El doctor Neumann sonrió, sorprendido, y se quitó al instante los guantes de látex—. Con usted sé que va a quedar en las mejores manos. Por cierto, hasta ahora todo apunta a un accidente, pero eso Lenja se lo puede explicar con calma. —Dio media vuelta sobre los talones y desapareció.

—Si no lo hubiera matado el tranvía, en unas semanas habría sido el hígado —explicó Lenja, extrayendo el órgano—. Se aprecian cicatrices evidentes. La cirrosis hepática está muy avanzada. Las piernas están seccionadas por encima de las rodillas. Se dañaron vasos sanguíneos vitales. La muerte se produjo por desangrado, salvo que los resultados del laboratorio digan otra cosa.

—Entiendo —dijo Julia, poniéndose los guantes de látex—. ¿Hubo algo destacable en el examen externo del cadáver?

Lenja negó con la cabeza.

—Llevaba unos billetes y el DNI encima. En el dedo, un anillo. Así que no parece un robo. No había lesiones de defensa específicas. Hematomas aquí y allá, eso sí, algunos antiguos y otros recientes. Parece que se caía con frecuencia o que se golpeaba a menudo. Probablemente, estaba siempre borracho. Por cierto, ¿hay novedades en nuestro caso? En el descanso del mediodía me he puesto con esa fórmula, pero no he avanzado nada.

—Florian se la ha pasado a un experto en descifrado, pero necesita tiempo para el análisis. —Julia se centró en el intestino y lo abrió—. Nos hemos encontrado a Werner Lammertz en la funeraria. El hombre es altamente sospechoso, no tiene coartada, es zurdo y

no está empadronado en ninguna parte. La lista es interminable. Lo único que me chirría es su estatura.

—¿Su estatura? —preguntó Lenja, tendiéndole una batea.

—Tengo la impresión de que el autor del Uni-Center era alto y fuerte. El padre de Fabienne Lammertz es fornido, sí, pero más bien bajo. —Suspiró—. Hacía un frío del demonio y estaba todo tan oscuro en la azotea... Sencillamente, ya no consigo acordarme bien.

—Pues mi abuela Annele siempre decía que el primer pensamiento es el bueno. Todo lo demás se lo inventa nuestra cabeza. —Sonrió—. Tendrías que haberla conocido. Era casi una cabeza más alta que yo.

—¿De verdad? —Julia rio. Lenja ya le sacaba un buen pedazo.

Lenja bajó la mirada.

—Por desgracia, hace ya mucho que no está. La quise muchísimo y la sigo queriendo. Levantó la carnicería desde la nada, junto con mi abuelo. Al final daban servicio a todos los pueblos de los alrededores. Cuando se hicieron mayores, mi tío se quedó con el negocio.

—¿Cuándo fuiste a Finlandia por última vez? —Julia se quedó mirando a su segura ayudante, que llevaba la melena larga y rubia recogida en un moño. Cuando volvió a levantar la cabeza, Julia se fijó en la repentina tristeza de sus ojos.

—Hace bastante. Echo mucho de menos a mi familia —confesó en voz baja, mientras volvía a colocar los órganos en la cavidad abdominal abierta—. Mi madre hace cada domingo un asado para toda la familia. No te imaginas el hambre que me entra siempre a esa hora. Por desgracia, yo no sé cocinar nada.

—Pues compartimos el mismo destino, las dos. Quizá podrías venir algún domingo a casa de mis padres. Te prometo que el asado de mi madre está buenísimo. Aunque, en ese caso, claro, tendrías que aguantar todo tipo de preguntas. Mi madre es terriblemente curiosa. —Su padre también lo era, pero a él Julia prefirió no mencionarlo.

—¿En serio? —preguntó Lenja, mirándola con sus ojos azules iluminados—. Me haría mucha ilusión. —Vaciló—. Aunque no quiero quitarle a Florian su visita a tus padres.

—¡Anda ya, qué tontería! A Florian, como a todos los hombres, no le entusiasman demasiado estos encuentros. —Observó a Lenja con atención—. Por cierto, ¿qué tal aquel estudiante que el otro día te esperaba delante del instituto?

—¿Marcel? —Lenja se sonrojó—. No me había contado que se hubiera encontrado contigo.

Julia rio.

—Es que no lo hizo. Pero sé sumar dos y dos. Eres la única mujer joven de Medicina Legal que sigue en el instituto después de las seis de la tarde. Y, si delante hay un chico joven yendo y viniendo y mirando la hora cada tres segundos, una se va atando cabos.

—¿Y cómo sabes que estudia? —preguntó Lenja, incrédula.

—Pues porque llevaba un libro de anatomía debajo del brazo.

Lenja sonrió.

—Solo hemos quedado una vez. Es dos años menor que yo.

Julia cogió aguja e hilo.

—¿Y qué? Eso no es nada grave, ¿no?

—No sé —contestó Lenja, evasiva—. Él todavía estudia y yo ya trabajo.

Julia cosió en silencio la cavidad abdominal del fallecido. Notaba la inseguridad de Lenja. ¿Sería de verdad solo por la edad? ¿O le pasaba a Lenja lo mismo que a ella? Le costaba dejarse llevar con alguien porque, sencillamente, no quería que la hiriesen. Por eso, en lo que tocaba a Florian, era todavía más cautelosa. No tenía ni la menor idea de por qué él quería estar con ella. Con una mujer que se rodeaba de muertos y a la que le costaba mostrar sus emociones.

—Ya tendrás tiempo de conocerlo con calma —dijo Julia, y dejó la aguja. Como si obedeciera una orden, sonó con estridencia el móvil de Lenja. Lenja se sobresaltó visiblemente y lo sacó del bolsillo.

—Es Marcel. —Volvió a ponerse colorada.

Julia sonrió.

—Venga, contesta de una vez y luego vete a casa. Nos vemos mañana. —Devolvió el cadáver a la cámara frigorífica y, después, se fue a su despacho para que Lenja pudiera hablar tranquila por teléfono.

Allí estudió la documentación que su secretaria le había dejado encima de la mesa. Había mucho que hacer. Julia suspiró y firmó unos cuantos formularios. Mientras ordenaba los documentos, dio con los resultados del laboratorio de Fabienne Lammertz. De manera sistemática, volvió a repasar los hallazgos que tenían hasta el momento sobre las dos mujeres asesinadas.

La primera víctima había estado muy borracha. En el piso de Fabienne Lammertz faltaba la ropa interior que debía de haber llevado puesta antes de meterse en la bañera. Los resultados del laboratorio del análisis de sangre todavía no habían llegado; pero, frente a eso, en el estómago de Paula Markowitz Julia no había encontrado ni una gota de alcohol. La policía científica había puesto patas arriba el piso de la cuidadora de mayores, de treinta y siete años. El cesto de la ropa sucia lo habían encontrado medio lleno. No habían podido determinar si faltaba algo. Paula Markowitz, además, estaba completamente vestida. Las bragas y el sujetador se los había quitado la propia Julia del cuerpo de la fallecida. Julia se anotó el detalle de la ropa interior, que, desde su punto de vista, suponía una incongruencia. Había muchos agresores que se llevaban objetos o prendas de sus víctimas como trofeo. El nivel de alcohol en sangre también la dejaba perpleja. ¿Por qué Paula Markowitz no había estado tan borracha como Fabienne Lammertz? ¿Era pura casualidad o un acto deliberado? Julia no acababa de creer en la casualidad. Para eso, el autor parecía actuar con demasiada premeditación. Los acertijos que les planteaba apuntaban a un alto grado de organización. ¿Estaría enfocando ella el asunto de manera errónea? Quizá se concentraba demasiado en los detalles. El móvil del autor estaba en otra parte. Allí donde no había variaciones. ¿Y si lo que lo impulsaba eran los acertijos? ¿Le interesaban, sobre todo, las pistas que escondía en las víctimas? ¿Quería aquel monstruo jugar a un juego con ellos?

Julia siguió enumerando los hechos. La diferencia de edad entre las dos mujeres no era pequeña. Tenían profesiones distintas y no vivían en el mismo barrio. Cada una había muerto de un modo cruel, pero distinto. Incluso las pistas sobre los acertijos aparecían cada vez en un lugar diferente. ¿Sería Werner Lammertz, un hombre que

no controlaba ni su propia vida, capaz de cometer asesinatos así? Julia suspiró y hojeó el informe preliminar de la policía científica. Anna Schubert, como siempre, lo había anotado todo con esmero. A Julia le gustaba su objetividad. Las huellas dactilares ajenas del piso de Markowitz no coincidían con las del piso de la primera víctima ni figuraban tampoco en la base de datos. Repasó por encima una larga lista de objetos hallados en el piso. La mirada de Julia se detuvo en el análisis de la ropa y en las pruebas que se habían recogido sobre ella. En el pantalón usado del dormitorio se habían identificado pelos claros de perro, de un golden retriever. Julia se quedó parada. En la ropa de Fabienne Lammertz, ella también había encontrado pelos claros de animal. Comprobó de inmediato su correo electrónico. El laboratorio aún no había respondido, pero en el expediente electrónico descubrió una referencia. Abrió el archivo y comprobó que, también en aquel caso, se trataba de pelos de un golden retriever. Julia examinó las imágenes ampliadas de los dos hallazgos. El color y la estructura se parecían muchísimo. ¿Sería el mismo perro? Encargó de inmediato al laboratorio la comparación de los pelos. Después revisó los expedientes de las dos víctimas. Por lo visto, ninguna tenía perro.

—¿Sigues ocupada con el papeleo?

Levantó la vista, sorprendida.

Florian estaba en la puerta y le sonreía.

—¿Florian? ¿Qué haces tú aquí? —De pronto se acordó de que él había reservado mesa en su restaurante favorito. Miró el reloj. Ya eran más de las nueve.

—Lo siento. Se me había olvidado por completo lo de la cena.

—He anulado la reserva. Tranquila. Tenemos algo más importante entre manos.

Julia lo miró expectante.

—¿Hay novedades?

Florian sonrió.

—Un montón, pero, por desgracia, de momento, nada relevante. Hemos peinado medio Uni-Center. Aun así, confío en que pronto sepamos algo más. Venga, vamos a vigilar a Werner Lammertz. Si

tiene algo turbio entre manos, tendrá que ir preparando su siguiente asesinato.

19

Por inquietante que le hubiera resultado la funeraria a la luz del día, de noche el edificio le pareció todavía más siniestro. Una farola arrojaba una luz escasa sobre los azulejos oscuros de la fachada. Detrás de las estrechas ventanas del sótano, justo encima del suelo, ardía una luz fría. Julia tiritó. Echó un vistazo a la planta de arriba, que se fundía con el negro del cielo nocturno y apenas se distinguía. Aún no eran las diez de la noche. O el dueño de la funeraria y su mujer ya estaban en la cama, o se encontraban con Lammertz en el sótano. De pronto se apagó la luz y la funeraria casi desapareció en la oscuridad. Solo el leve brillo de los azulejos seguía dando fe de su existencia.

Julia se arrebujó en el abrigo, tiritando, y miró a Florian, que tenía la vista clavada en el edificio.

—Espero que no se hayan ido todos a la cama —murmuró Florian, aferrando las manos al volante.

Julia bostezó.

—Yo también. A estas alturas podríamos estar tranquilamente sentados en el italiano.

—No me digas que no te gusta mi sándwich.

Julia sonrió y le dio un mordisco al pan blandurrio que habían comprado en un restaurante de comida rápida.

—Está exquisito.

—Mira, Julia. Sale alguien del edificio.

Un hombre fornido con casco de motorista salió de las sombras de la entrada y se dirigió al aparcamiento. Julia observó, hipnotizada, cómo arrancaba una moto y se ponía en marcha.

—A juzgar por la estatura, tiene que ser Lammertz —susurró ella, y devolvió el sándwich a la bolsa.

Florian siguió al sospechoso despacio y manteniendo cierta distancia. A esas horas, las calles ya no estaban especialmente llenas, así que era fácil que los descubriera. Lammertz conducía sin prisa. Se detenía dócilmente en cada semáforo y dirigía la moto por las calles de Colonia a no más de cuarenta kilómetros por hora. Lo siguieron en silencio durante varios cruces.

—Va hacia el piso de su hija —constató Florian al cabo de un rato, y giró a la izquierda.

Mientras Julia todavía se preguntaba si Florian estaría en lo cierto, se detuvieron en una pequeña calle secundaria. Florian esperó un momento y, después, giró hacia la calle en la que se encontraba el piso de Fabienne Lammertz. Werner Lammertz no aparcó justo delante del edificio, sino unos cien metros más adelante, en la acera de enfrente.

—Seguro que no quiere que los vecinos se enteren de nada —concluyó Julia, y rebuscó en la guantera de Florian unos prismáticos.

Werner Lammertz se deslizó pegado a la pared del edificio.

—Ese tío tiene algo turbio entre manos —gruñó Florian, e hizo una foto—. Me pregunto de quién será esa moto. A su nombre, desde luego, no está registrada.

—Tal vez sea del dueño de la funeraria —repuso Julia, señalando el portal—. Tiene una llave, en efecto. Justo como decía la vecina. ¿Cómo es eso posible? Si tenía una orden de alejamiento...

—Yo creo que Fabienne Lammertz, a pesar de todo el sufrimiento que él le causó, no fue capaz de cortar con su padre. ¿Me dejas los prismáticos un momento?

—Claro.

Julia se ajustó las gafas y clavó la vista en el piso de Fabienne Lammertz. No tardó en aparecer el haz de una linterna recorriendo las habitaciones.

—Está buscando algo —dijo Florian—. Tendríamos que detenerlo. Ha entrado en un piso precintado por la policía. —Florian abrió la puerta del coche, pero Julia lo detuvo.

—Mejor esperemos hasta que tenga lo que busca. Si lo detienes ahora, lo único que va a hacer es mentir, y nunca sabremos para qué ha entrado en el piso. A lo mejor pretende llevarse alguna prueba que se le pueda haber pasado por alto a la policía científica.

Florian volvió a cerrar la puerta del coche. Vigilaron las ventanas un buen rato. Pero el haz de luz ya no volvió a aparecer. Lammertz debía de estar en las habitaciones que daban al patio interior.

—Espero que no se nos haya largado ya —susurró Julia, inquieta, y miró hacia la moto, que, sin embargo, seguía aparcada en el borde de la calzada.

—No creo que vaya a irse a pie. Como no nos ha visto, tampoco tiene motivo para largarse. Pero, joder, quiero saber qué está haciendo tanto rato en ese piso. —Florian volvió a abrir la puerta del coche y se bajó. Julia lo siguió. Se acercaron al portal y se detuvieron. Sobre el edificio y sobre sus habitantes pesaba un silencio nocturno profundo. La puerta del edificio no estaba cerrada con llave. Florian la empujó y se quedó muy quieto en el umbral. Aguzaron el oído hacia el interior del inmueble. Después subieron las escaleras hasta el tercer piso con sigilo. La puerta del piso solo estaba entornada. Julia se sorprendió y, en ese mismo instante, dentro del piso sonó un portazo. Una voz femenina chilló.

—¡Ya sabía yo que era usted! ¡Delincuente! ¡Salga de aquí ahora mismo! ¡Si no, llamo a la policía!

Julia se quedó petrificada. Reconoció la voz de la señora Winkler, la vecina.

—¡Lárguese de aquí, vieja cotilla! Este piso ahora es mío, y a usted le importa una mierda lo que yo haga aquí.

—¿Ah, sí? ¡Usted ahogó a su hija en la bañera, cerdo! Yo...

—¡Cierra la boca, vieja bruja!

Hubo un golpe. La señora Winkler soltó un grito agudo. El impacto sordo le caló a Julia hasta los huesos. Florian se lanzó al piso. El perro de la señora Winkler se enredaba ladrando entre los

pies de Julia. Julia entró dando tumbos en el recibidor y chocó contra la espalda de Florian.

—Baje el arma —dijo Florian con calma, sin moverse del sitio.

—¡Y una mierda! ¡Lárgate de aquí, madero de mierda! —siseó Werner Lammertz, abriendo los ojos tanto que se le veía el blanco alrededor de las pupilas.

—Sea razonable —gruñó Florian con voz grave, extendiendo un brazo.

—¡Alto! ¡Quédese donde está, o le agujereo el cráneo a esta vieja!

La señora Winkler gimoteaba en voz baja. Estaba tumbada de costado en el suelo. Lammertz se había agachado detrás de ella. La tenía agarrada con el brazo derecho en una llave al cuello y, con la otra mano, le apretaba una pistola contra la sien. El teckel gruñía como enloquecido, pero no se atrevía a atacar a Lammertz. Tomó varias veces impulso para saltar, pero, en el último segundo, cada vez metía el rabo entre las piernas. Julia habría dado lo que fuera por tener allí un pastor alemán que dejara a Lammertz fuera de combate. Así no tenían opciones. La vida de la rehén era lo primero. Florian dio un paso atrás, empujando a Julia, a su vez, por encima del umbral, hacia la escalera.

—Respire hondo y suelte a la señora Winkler —le exigió con calma, pero Lammertz reaccionó con aún más agresividad.

—Mira lo que te digo, madero. Si a la de tres no estás fuera de esa puerta, aprieto el gatillo. Una... dos...

Florian se movió despacio hacia atrás y se detuvo al otro lado del umbral.

Werner Lammertz puso de pie de un tirón a la vecina, presa del pánico.

—Como hagas el más mínimo ruido, te pego un tiro —amenazó, y empujó a la mujer, que lloraba, por delante de él como un escudo.

Julia notó un tic en los dedos de Florian. Sabía que le habría gustado sacar su arma. En su lugar, dio un paso más hacia atrás, asegurándose, todo el tiempo, de quedarse delante de ella. Florian le hacía de escudo con su propio cuerpo.

Lammertz apretó a la señora Winkler contra sí y se abrió paso por delante de ellos. Antes de bajar la escalera, se detuvo una vez más.

—Dame el móvil, madero —siseó.

Florian dudó.

—¡Venga! —Lammertz apretó el arma contra la sien de la señora Winkler con tanta fuerza que esta soltó un grito ahogado.

Florian dejó el móvil en el suelo.

—¡Usted también! —Lammertz miró fijamente a Julia y levantó el mentón. Ella obedeció de inmediato. El tipo no estaba en sus cabales. En cualquier momento podía perder el control y costarles quizá la vida a todos. Sacó el móvil y, como Florian, lo dejó en el suelo.

Werner Lammertz obligó a la señora Winkler a ponerse en cuclillas, sin retirar el arma de su cabeza. Se guardó los móviles y empujó a su rehén delante de él, escaleras abajo. Florian se pegó a los talones de Lammertz. Pero bastó con una mirada de este para hacerlo retroceder. Florian suspiró y vio, impotente, cómo los dos se alejaban. Cuando desaparecieron de su campo de visión, bajaron los peldaños con sigilo. En cuanto abajo se oyó un portazo, ambos echaron a correr a la vez. Florian se bajó casi toda la escalera de un salto. Julia no era tan rápida. Florian ya estaba fuera cuando ella abrió la puerta de golpe. Lammertz empujaba a la señora Winkler por la acera hacia su moto.

—No podemos perderlo de vista. —Florian corrió al coche. Lammertz ya estaba arrancando la moto y salió a toda velocidad. Julia se detuvo en seco, porque, al mismo tiempo, oyó un grito. Al instante dio media vuelta. La señora Winkler estaba acurrucada justo donde había estado aparcada la moto. Julia se precipitó hacia ella. Florian se le acercó.

—Señora Winkler, ¿está usted herida? —preguntó Julia sin aliento. Lammertz había dejado caer los móviles a su lado, en el suelo. Julia los recogió.

La señora Winkler estaba sentada en el asfalto, hecha un guiñapo, y asintió con debilidad.

—En el último segundo me apartó de un empujón. Pensaba que iba a matarme de un disparo.

—¿Está usted herida? —volvió a preguntar Florian, ayudando a la señora Winkler a ponerse en pie.

—No. No me ha hecho nada —sollozó. Temblaba como una hoja.

Acompañaron a la mujer a su piso y llamaron a un médico. La señora Winkler había sufrido un shock severo. Florian avisó a la central de la policía y emitió una orden de busca y captura contra Lammertz.

—Señora Winkler, ¿por qué no llamó a la policía? —preguntó, sentándose a su lado en el sofá y tendiéndole un vaso de agua que había sobre la mesa.

—No lo sé. Lo estuve viendo por la mirilla. Entró en el piso a pesar de que estaba precintado. Entonces fui detrás de él. Quería saber qué pretendía. —Se frotó la frente, temblando—. Para mi edad, fue bastante ingenuo por mi parte. Lo siento. Se ve que la cabeza me dejó de funcionar por un momento. Él se dio cuenta enseguida, claro. Yo le grité y, de repente, tenía esa pistola en la mano. Eso sí que no me lo esperaba, la verdad.

—¿Llegó a ver qué buscaba Lammertz en el piso? —preguntó Julia.

—Estuvo rebuscando en una caja antes de descubrirme. Se la puedo enseñar. —La señora Winkler se incorporó con resuello. Todavía se tambaleaba un poco, así que Florian tuvo que volver a sujetarla.

—El médico debería llegar enseguida —dijo, mientras empujaba la puerta del piso de enfrente.

—Está ahí al fondo, en el armario empotrado —explicó la señora Winkler, señalando una caja de madera—. Ahí dentro estuvo rebuscando. Parecía bastante alterado. Ese hombre es una furia. No quiero ni imaginar todo lo que tuvo que sufrir la pobre chica.

Julia examinó la caja. Aparecieron varios cepillos y artículos para limpiar zapatos. A primera vista, no detectó nada especial. Vació la caja y la observó por todos los lados. Las proporciones le resultaron, de algún modo, raras. La caja era relativamente alta, pero, cuando miraba dentro, no cabían más que tres cepillos uno encima de otro.

Julia tomó medidas con los dedos. Algo no encajaba. Golpeó con energía el fondo de madera. Sonaba un poco a hueco. Examinó los bordes y encontró una pequeña muesca. Con la llave de su piso hizo palanca y levantó el fondo. Y, en efecto, debajo había otro compartimento.

—Aquí ha escondido unos DVD —dijo, cogiendo una funda—. Aquí pone «Fabienne». —A Julia se le revolvió el estómago. Intuía qué habría grabado allí Werner Lammertz. La mayoría de los violadores grababan vídeos de sus actos para poder seguir recreándose en ellos después. Con la punta de los dedos volvió a soltar los DVD. No tenía la menor gana de revisar aquel material.

—A lo mejor también grabó el asesinato de su hija —apuntó Florian, como si pudiera leerle el pensamiento—. Por las buenas o por las malas, vamos a tener que echarles un vistazo.

—Va a ser una noche larga —suspiró Julia. Werner Lammertz debía de haber sometido a su hija a torturas atroces. Julia nunca llegaría a entender qué impulsaba a algunas personas a esa clase de crueldades. Por qué algunos engordaban su ego humillando a los demás. Cerró la caja con los DVD dentro y se la metió bajo el brazo. En el hueco de la escalera resonaban unos pasos. Probablemente, por fin llegaba el médico. En las escaleras vieron a un joven con un maletín médico en la mano.

—¿Es usted la paciente? —preguntó él, pero Julia negó con la cabeza.

—La señora Winkler está ahí dentro. Tiene problemas de circulación y un shock severo.

Julia bajó la escalera despacio. Necesitaba aire fresco.

20

En los últimos años había aprendido. Claro que sí. Estaba lejos de ser perfecto, pero de vez en cuando incluso conseguía dejar contento al abuelo. Como ahora.

—¡Venga, corre ya, cerda! —Se palmeó los muslos y se dobló de la risa.

—¡Vamos, vamos, vamos! —bramó el abuelo, y empujó al cerdo con una barra de hierro.

El animal chillaba, presa del pánico, y se coló por un túnel estrecho de madera en el que casi se quedó atascado.

—¡Vamos! —El abuelo descargó la barra con fuerza sobre los cuartos traseros del cerdo, que aún asomaban por la abertura.

El animal forcejeó hasta soltarse y salió disparado por el pasillo estrecho.

Miró de reojo al abuelo y comprobó, satisfecho, que el viejo sonreía de oreja a oreja. Aquel juego se lo había inventado para él. Era un parkour para cerdos, una especie de carrera de baquetas. Dos animales listos para el matadero tomaban la salida; el ganador vivía una semana más. Tenían que apretujarse por túneles estrechos, saltar una zanja, abrirse paso por el barro hasta llegar, por fin, a la meta. No podían dar media vuelta. A derecha e izquierda había una valla de tablones. En cuanto dejaban atrás un tramo, él lo cerraba con un travesaño. A los animales no les quedaba

más remedio que seguir hacia delante. El abuelo y él corrían a la par, barra de hierro en mano, y azuzaban a los cerdos. En el último tercio había construido una bifurcación. A la derecha aguardaba la libertad; a la izquierda, un lodazal del que no había escapatoria. Era pura cuestión de azar qué rumbo tomaban los animales.

De pura excitación se pasó la lengua por los labios secos. ¿A quién le tocaría hoy? ¿A la cerda o al verraco? El abuelo dio palmas, entusiasmado, cuando el robusto verraco enfiló la dirección correcta.

—Ya te lo dije: es listo. Hoy le toca a la cerda.

Él miraba cómo la cerda echaba a perder su oportunidad. Se quedó parada y olfateó el suelo con el hocico. Después se puso a masticar a gusto una patata que él había dejado de cebo en la ruta equivocada. La cerda no sospechaba que aquella era la última cena del condenado. Una compuerta bajó de golpe. El animal se sobresaltó y retrocedió a trompicones contra las tablas firmes. El abuelo le dio un empujón a la cerda, y el animal salió disparado, presa del pánico, justo hacia el lodazal.

¡Chof! El abuelo se rio a carcajadas.

La cerda se hundió en el barro. Agitaba las patas y luchaba por llegar al borde. Intentaba salir del lodazal, pero, claro, resbalaba una y otra vez.

—Acaba con ella —ordenó el abuelo, y le dio una palmada de aprobación en el hombro.

—Este parkour es una idea estupenda, muchacho. Yo siempre dije que algo había en ti. Despiezamos a la cerda y nos damos hoy el gusto de un asado tierno. —Sonrió con regodeo y se marchó dando zancadas.

La cerda lo miraba fijamente, como si de pronto supiera lo que se le venía encima.

—Tranquila —le dijo en tono apaciguador, y empujó dentro del lodazal una tabla a la que había clavado unos listones para que el animal hiciera pie. La cerda salió a toda prisa del barro y trotó de vuelta hacia el establo. No tenía ni idea de que a la entrada la esperaba el aturdidor. Él adoraba aquel aparato, porque mataba con absoluta fiabilidad. No se movió del sitio hasta que el animal se

calmó del todo, y luego lo arreó por delante de él hasta el dispositivo.

Zas. Un zumbido corto, y se acabó.

El cuerpo muerto aún se sacudió unas cuantas veces de manera descontrolada y después se quedó inmóvil en el barro. A esas alturas ya no se molestaba en cerrarles los ojos. Tenía diecisiete años y se había acostumbrado a la imagen de la muerte. Había aprendido que la muerte y los juegos eran un buen recurso para apartar de sí la atención del abuelo. En cuanto el viejo podía mirar cómo otros sufrían, se daba por satisfecho y no descargaba en él su agresividad. Se pasó la mano por la nalga izquierda, que el abuelo le había machacado con una pala el día anterior. Hoy no le iban a caer palos. Apartó al animal muerto de la entrada y lo arrastró unos metros hasta la sala de despiece. La cerda pesaba lo suyo. Decidió despiezarla en el acto. El cuchillo se deslizó por la piel como por mantequilla. La sangre salpicaba. Él ya no sentía nada al hacerlo. Cortó y cortó y cortó hasta que no quedó más que un montón de trozos de carne.

21

Julia se despertó con un dolor de cabeza que le retumbaba. Las imágenes la perseguían sin tregua. Fabienne Lammertz recién nacida, de pequeña, ya en edad escolar, de adolescente. Fotos familiares felices de las que no se podía sacar absolutamente nada inquietante. Habían descubierto un vídeo en uno de los DVD, pero tampoco daba ningún indicio del abuso al que Fabienne Lammertz había estado sometida durante años. Habían revisado el material a fondo. No había nada. Lo más probable era que Werner Lammertz hubiera conseguido sustraer los DVD decisivos. Si es que existían siquiera. Pese a todo, Julia había dormido mal aquella noche. Quizá tenía que ver con Florian, que se había quedado con ella y todavía no paraba de dar vueltas en la cama.

Le pasó la mano con suavidad por el pelo y se le quedó mirando la cara. Estaba tan increíblemente guapo que casi habría preferido despertarlo. Sintió un leve cosquilleo bajo el vientre, uno que solo Florian sabía despertar en ella. Probablemente porque era muy delicado, todo lo contrario que su ex. Con Florian, en cualquier caso, se olvidaba de todo lo que la rodeaba. Nunca antes había podido entregarse así en brazos de un hombre. No es que no hubiera llegado nunca al orgasmo. Pero con Florian todo sucedía de un modo espontáneo, sin control. Con Valentin, en cambio, había sido una especie de técnica. Lo había dirigido y lo había guiado. Su mente no

se había desconectado ni un solo segundo. Casi había podido calcular de antemano el orgasmo. A veces echaba de menos aquella previsibilidad. Era menos complicado. El hombre tan guapo que dormía a su lado en la cama era y seguiría siendo un enigma para ella. Cuánto le habría gustado hablar de todo aquello con su padre. Era el mejor consejero en cuestiones de pareja que tenía. Pero, desde que lo había visto con aquella mujer, se sentía traicionada por él. Julia suspiró y se deslizó fuera de la cama para hacerse un café. El latido desagradable detrás de la frente fue cediendo poco a poco. Se sentó en el banco de la cocina y miró los copos de nieve que se estampaban en masa contra la ventana. Bebió un sorbo de café y abrió de nuevo los expedientes que habían analizado por la tarde y por la noche. Volvió a repasar las entrevistas a testigos que Florian había llevado a cabo a propósito del asesinato de Paula Markowitz en el Uni-Center. Habían interrogado al empleado de recepción, a dos conserjes, a cuatro mujeres de la limpieza y a los vecinos del piso veintiséis. Nadie había notado nada. A Julia no le extrañó. Ella misma había entrado en el edificio sin ningún problema y había recorrido con toda la tranquilidad del mundo el sótano y las tres plataformas de observación.

La pregunta decisiva era: ¿cómo había podido el autor subir el material de la guillotina hasta el piso veintiséis sin que nadie lo viera? La respuesta estaba en las declaraciones de los conserjes. Estaban renovando la fachada en aquel momento, de modo que había muchos operarios entrando y saliendo del edificio. Ya había habido varias quejas de vecinos enfadados por el ruido de las obras y por la suciedad en los ascensores y los pasillos. Probablemente no le había supuesto un gran problema al asesino moverse por el edificio disfrazado de operario sin que nadie le prestara atención. Julia se detuvo en el análisis de los pelos de perro adheridos a la ropa de las dos víctimas. Comprobó si Lammertz o el dueño de la funeraria tenían perro. Nada. El laboratorio aún no había vuelto a llamar, así que tampoco sabía si los pelos procedían del mismo animal. Suspiró y vació la taza de café. La paciencia no era precisamente su fuerte.

—¿Ya estás despierta? —murmuró Florian, atontado por el sueño, y se sentó junto a ella en el banco de la cocina—. Pero si ya estás trabajando otra vez —constató, y le plantó un beso en la boca.

—Se nos acaba el tiempo —dijo Julia, abatida—. Como muy tarde mañana muere la próxima víctima si el asesino mantiene el ritmo de hasta ahora.

—Lo sé —respondió Florian—. Ese código numérico lo está analizando un criptoanalista. No me ha dado muchas esperanzas, igual que nuestros expertos informáticos. El móvil de Fabienne Lammertz no se puede reactivar. Todos los datos, los contactos, los mensajes, se han ido a la porra. La dirección IP del asesino tampoco ha podido determinarse todavía. En la tarjeta de memoria no había, por lo demás, ningún indicio aprovechable. En este momento se están revisando el móvil y el portátil de Paula Markowitz. De momento no se ha establecido ninguna conexión suya con el asesino. Así que tenemos que confiar en que alguien haya observado algo. —Miró a Julia—. Tú eres la única que ha visto al asesino.

—Genial —se quejó Julia—. Y ni siquiera soy capaz de describirlo, ni de lejos. —De pronto se sintió culpable. ¿Cómo iba a vivir con ello si moría otra persona? ¿Por qué no había sido capaz de detener a aquel asesino?

—Pero si tú no tienes la culpa. A mí me alivia muchísimo que no te haya pasado nada —susurró Florian, y la besó—. Deja de hacerte reproches, anda.

Julia se calló. Sabía, en algún plano de su entendimiento, que Florian tenía razón, pero los sentimientos de culpa seguían ahí igual. Había desperdiciado una oportunidad importante.

—¿Puedo acompañarte hoy a los interrogatorios? Lenja puede hacer la próxima autopsia con un compañero. Mi secretaria mantiene el fuerte en el despacho. Me sentiría de verdad mucho mejor.

Florian sonrió de oreja a oreja.

—Esta es mi Julia. Por supuesto que puedes venir conmigo.

—Por cierto, ¿qué sabemos de Paula Markowitz? —preguntó Julia, y sirvió café recién hecho para los dos.

—La mayor parte la habrás leído ya, seguro. Treinta y siete años, cuidadora de personas mayores, vive a una bocacalle del Uni-Center,

cerca de la residencia en la que trabajaba. No tiene hermanos. La madre, como sabes, ya murió. El padre vive en esa misma residencia, pero no ha podido contar nada llamativo. Por desgracia, padece demencia, así que el interrogatorio fue más que difícil. El pobre hombre está hecho polvo. Martin Saathoff ha interrogado a la mejor amiga de Paula Markowitz, pero tampoco tenía ni idea de quién podía haberla tenido en el punto de mira. Las compañeras consideraban a Paula Markowitz simpática, pero también muy discreta. Casi nadie podía aportar datos más concretos sobre ella. Era soltera, no tenía pareja. Eso no nos pone las cosas precisamente fáciles. —Florian miró el reloj—. Deberíamos irnos —dijo, y se levantó de un salto.

Alrededor de media hora más tarde llegaron al Uni-Center. Llovía a mares. Cruzaron corriendo la acera; Julia se sujetaba la capucha sobre la cabeza, el viento soplaba con un frío insoportable. Empujó la puerta y se alegró de encontrarse de nuevo en un sitio cálido.

—¿Les apetece a los señores un té? —preguntó un hombre con bata azul oscuro y un destornillador en el bolsillo del pecho—. Su compañero ya está manos a la obra. —Arqueó las cejas con aire de connivencia—. Está hablando con la señora Schroder. Eso seguro que va a ser divertido.

—No, gracias, té no. No es necesario —repuso Florian, y le presentó a Julia al conserje—. Es mi compañera, la señora Schwarz. ¿La señora Schroder es complicada?

El señor Pauke hizo un gesto despectivo con la mano.

—Es una bruja —susurró, y se volvió con cuidado hacia la recepción. La mujer que había detrás del mostrador estaba absorta en su ordenador—. Mejor manténganse alejados de ella. Esa mujer siempre tiene algo de lo que quejarse. Ayer mismo aseguraba que desde la cama oía los ascensores.

Julia no entendió lo que quería decir el conserje y lo miró con expresión interrogante.

—Los ascensores están al otro extremo del pasillo, a treinta metros como mínimo —añadió Pauke, y se dio unos golpecitos en la sien—. Está confundiendo este piso con el antiguo, allí tenía el ascensor pegado y las puertas chirriaban.

—Entiendo —respondió Florian con una sonrisa cortés.

La puerta de entrada se abrió y entraron en el vestíbulo varios operarios con maquinaria pesada.

—Buenos días, Sebastian. ¿Nos llamas tú al ascensor? —preguntó un hombre barbudo de espaldas anchas.

—Discúlpenme, por favor —dijo el conserje, y se alejó a toda prisa.

Los operarios lo siguieron. Sebastian Pauke levantó la llave maestra con la que podía manejar el ascensor directamente. Florian y Julia tomaron otro ascensor y subieron al piso veintiséis, donde se encontraba la vivienda de la señora Schroder. El apartamento estaba a apenas unos metros de la plataforma de observación en la que habían decapitado a Paula Markowitz.

Martin Saathoff estaba apoyado de espaldas contra la pared del pasillo y resoplaba.

—Hombre, ya era hora —dijo dirigiéndose a Florian, y saludó a Julia con un gesto de la cabeza—. Acabo de tener una conversación completamente inútil. Por mucho que intenté convencerla, la mujer me tomó por un conserje y quería que le arreglase el ascensor. —Saathoff puso los ojos en blanco—. El próximo interrogatorio lo haces tú, yo ahora necesito reponerme un poco.

Florian sonrió.

—Hecho. Queríamos ocuparnos de los operarios que entran y salen por aquí estos días. A lo mejor alguien se ha fijado en un desconocido con unas vigas y un hacha grande y bien afilada. Aunque seguro que el asesino no fue tan tonto como para transportar la hoja al descubierto. Aun así, de algún modo tuvo que subir aquí todo aquel material. ¿Has preguntado por cámaras de vigilancia?

—En el vestíbulo hay cámaras instaladas. Por desgracia llevan una semana estropeadas. La empresa encargada de la reparación no viene hasta dentro de unos días —respondió Martin—. Este edificio es sencillamente demasiado grande y demasiado anónimo. Aquí nadie se entera de nada.

Florian asintió y se llevó a Julia hasta la plataforma de observación. Allí los esperaba el jefe de obra que dirigía la

renovación de la fachada. Por suerte ya no llovía. A cambio, el viento soplaba ahora aún más frío. Le revolvió el pelo a Julia y se le coló por cada rendija del abrigo de invierno.

—¿Es usted el señor Brugge? —preguntó Florian a un hombre robusto con ropa de trabajo azul oscuro, chaleco amarillo flúor y zapatos negros de cuero macizos.

—Sí, ¿y usted? ¿Es el de la Policía Judicial?

—Así es. Esta es mi compañera, Julia Schwarz, de Medicina Legal.

El hombre del bigote les tendió aquellos dedos gruesos sin dejar de examinar a Julia abiertamente.

—Mejor entramos. Su compañera está tiritando de frío. —Brugge fue delante y le sostuvo la puerta a Julia—. Solo nos dejan volver a trabajar en esta planta desde esta mañana. Hasta entonces, sus compañeros de la policía científica lo habían bloqueado todo. ¿Han atrapado ya al asesino?

—Estamos solo al principio de la investigación —explicó Florian, y dejó que la pesada puerta de cristal se cerrara a su espalda. Julia se sintió inmediatamente mejor.

—A la víctima la decapitaron con una guillotina. Nos preguntamos cómo logró el autor subir todo el material aquí sin que lo vieran. ¿Se ha fijado usted en algo?

Brugge negó con la cabeza con pesar.

—Me esperaba esa pregunta. Pero verá, somos como mucho cincuenta personas, se está renovando toda la fachada del edificio. Y, además, yo no siempre estoy aquí. Además, la mitad de la plantilla es personal de refuerzo que cambia constantemente. Ayer mismo interrogué a la plantilla fija. Por desgracia, nadie se fijó en nada. Lo más probable es que el tipo se colara aquí después del cierre, porque una cosa sí se la puedo decir: hasta las cuatro de la tarde mis hombres estaban trabajando en este piso. Hasta ese momento, allí, desde luego, no había ninguna guillotina.

Florian tomó nota.

—¿Puede darme los nombres de los empleados que trabajaron aquí a la hora en cuestión?

—Pues claro. Lo preparé en cuanto recibí su llamada. —Brugge sacó un papel del bolsillo y lo desplegó—. Toni era el responsable. Él y otros tres empleados fijos trabajaron en esta planta. A los eventuales no los pudo nombrar con exactitud, ya que no están asignados a una planta fija. Suelen recorrer todo el edificio y abastecer a los equipos con material de obra y herramientas. De todos modos, se los he apuntado a usted a todos con nombre y apellidos.

—Eso está muy bien —dijo Florian, y echó un vistazo a la lista—. ¿Hay entre su gente alguien que últimamente se haya comportado de manera llamativa o simplemente distinta a lo habitual?

Brugge se encogió de hombros.

—A mí no me ha llamado la atención nada. Por la plantilla fija pongo la mano en el fuego. Llevo años trabajando con esos chicos, conozco a la mayoría de las familias. Ninguno de ellos haría algo tan abominable. De los eventuales no puedo decirle mucho. La mayoría son jornaleros del este de Europa. Hoy están con nosotros en la obra y mañana ya están en la siguiente.

—Entiendo —respondió Florian, y giró la cabeza. La puerta de una vivienda se abrió y salió una señora mayor. Florian se hizo a un lado para dejarle paso. La mujer se le quedó mirando y pasó por delante sin decir palabra. Se detuvo ante Julia y la examinó con intensidad. Por fin sacó algo del bolso y se lo plantó delante de la nariz.

—Esto es de su novio. Mejor búsquese a un hombre decente. ¡Un sinvergenza así no le pega nada a una jovencita lista como usted!

—¿Cómo dice? —preguntó Julia, sorprendida. No conocía ni a la anciana ni el guante apestoso que la mujer agitaba ante sus ojos.

—Hija mía, hija mía. Yo lo oigo y lo veo todo. —Esbozó una sonrisa de complicidad. La cara se le plegó en cientos de arrugas. Debía de rondar los noventa.

—¿Nos conocemos?

—No. —La anciana negó con la cabeza con decisión, de modo que el largo pelo blanco le revoloteó en el aire—. Pero la he oído. Estaba gritando. Una discusión con su amado. —Le dio unos golpecitos a Julia en el pecho con los dedos huesudos—. Pasó por

delante de mí y se le cayó este guante. Eso fue justo hace dos noches. Estaban los dos en la plataforma y, de repente, él echó a correr por aquí hasta la escalera. Iba con tanta prisa que a mí ni siquiera me vio. Usted no necesita a un tipo tan maleducado. —Le puso a Julia el guante en la mano y se volvió hacia el jefe de obra.

—¿Y usted qué hace ahí plantado? Pero si es uno de esos operarios. ¿Ha arreglado ya por fin el ascensor? —Y, sin añadir nada más, desapareció de nuevo, sencillamente, dentro de su vivienda.

El jefe de obra negó con la cabeza.

—Esa era la señora Schroder. Se pasa el día deambulando por el edificio y regañando a mis hombres. Creo que a la pobre habría que cuidarla en condiciones. Cada día parece más confusa.

Julia se quedó mirando fijamente el guante. Una mezcla de cuero, humo de tabaco y un perfume áspero le entró por la nariz. De golpe, le vino un recuerdo a la cabeza. Llamó con energía a la puerta de la señora Schroder.

—Ábrame, por favor. Tengo que hablar con usted otra vez.

22

—¿Sí, querida? ¿Nos conocemos?

Julia miró a la señora Schroder, sorprendida.

—Acabamos justo de hablar aquí, delante de la puerta. —Seguía teniendo aquella nota olfativa en la nariz. El olor que había percibido al toparse con el asesino. Solo había sido un instante fugaz. Primero le había pisado la mano. Aún le dolían un poco los dedos. Ella había intentado agarrarlo del abrigo, y él la había apartado de un empujón con todas sus fuerzas. Justo en ese momento lo había olido. Aquella mezcla de cuero y perfume de hombre era inconfundible. En la oscuridad no había llegado a ver nada, pero, a cambio, los otros sentidos los había tenido aguzados. Julia levantó la bolsa en la que ya había guardado el guante como prueba.

—Tiene usted que decirnos qué aspecto tenía el hombre al que pertenece este guante.

—Ay, hija. ¿Quiere usted tomarme el pelo? Pero si lo conoce mejor que yo. —La señora Schroder se apartó el pelo plateado de la frente y la observó—. Bueno, está bien, entonces pase. Pero los demás señores se quedan fuera.

Julia le lanzó a Florian una mirada interrogante. Él asintió fugazmente. Siguió a la anciana hasta el salón. Las vistas eran fantásticas. Daban directamente a la catedral de Colonia.

—Siéntese, hija. —La señora Schroder señaló una butaca de orejas y Julia tomó asiento.

—Tiene usted unos buenos problemas, ¿puede ser?

Julia se ajustó las gafas de pasta.

—Eso puede usted decirlo bien alto. Necesito sin falta una descripción de ese hombre. Tiene usted toda la razón en que estábamos discutiendo. Pero él no es mi novio. Es un asesino y mató a una mujer en la plataforma de observación.

La señora Schroder se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—¿En serio? No me estará usted tomando el pelo, ¿no?, como aquel operario que ha estado antes en mi casa.

—Ese era un compañero de la Policía Judicial. De momento, usted es nuestra única testigo. Por favor, señora Schroder, ayúdenos.

—Anda, anda. Conque el carnet era de verdad. No me lo habría imaginado. ¿La Policía Judicial ya no lleva una placa dorada y reluciente como las de la tele?

—No. Los agentes llevan un carnet profesional. ¿Puede usted describir al hombre? ¿Lo reconocería si lo viese?

—Qué quiere usted que le diga, llevaba el cuello del abrigo subido y un gorro puesto. Iba con mucha prisa. Corría como si le fuera la vida en ello. —Se inclinó hacia Julia y susurró—: En cualquier caso, era blanco.

Julia torció el gesto, decepcionada. Por lo visto, la mujer no tenía buena memoria. Probó por otro lado.

—¿Y qué hacía usted en el pasillo?

—Había oído ese ruido. Retumbaba todo y el ascensor no paraba de subir y bajar. En un momento dado se me hizo demasiado y abrí la puerta. Ustedes corrieron hacia la plataforma de observación y yo fui detrás. Poco después entró él desde fuera y casi me atropelló. Me cubrí la cabeza con las manos. Me empujó y luego, no sé cómo, acabé con su guante entre los dedos. —Se frotó la barbilla, pensativa—. Hablaba un alemán sin acento.

—¿Cómo? —Julia miró a la señora Schroder con curiosidad—. ¿Ha hablado con usted?

—No directamente —admitió—. Soltó algo entre dientes. —Hizo una pausa breve y respiró hondo—. «Vaca estúpida», dijo, y luego

abrió la puerta de la escalera.

—¿Cuánto medía el hombre?

—Me pregunta usted cosas, hija. En los últimos años he encogido tanto que hasta usted me parece alta, aunque, claro, ya veo que es una personita muy menuda. Pues... era de estatura media para ser un hombre, pero no estoy del todo segura.

—¿Y la cara no se la vio? —insistió Julia. La anciana negó con la cabeza.

—Lo siento, hija. Pasó todo demasiado deprisa. Eso sí, debo decir que, no sé cómo, me sonaba de algo. —Se pasó la mano cansada por el pelo—. Aunque puede que me equivoque. —Miró a Julia con aire ausente—. ¿Quiere usted tomar un café? Tengo también tarta de manzana recién hecha.

—Es muy amable por su parte, pero tengo que seguir. Si se le ocurre algo más, por favor, póngase en contacto con la policía. —Se levantó y dejó a la anciana en su vivienda.

—¿Has averiguado algo? —quiso saber Florian cuando ella cerró la puerta a su espalda.

Julia se encogió de hombros.

—No estoy segura. Pero podría imaginar que el asesino perdió el guante cuando la señora Schroder estaba husmeando delante de su vivienda. Por lo visto, casi la atropelló. Por desgracia, no fue capaz de reconocerlo. —Julia suspiró—. El guante va inmediatamente al laboratorio. Con un poco de suerte encontrarán huellas dactilares y rastros de ADN.

—Vaya. ¿Es usted de la policía científica?

Julia se dio media vuelta. Un hombre fornido con ropa de trabajo, de unos treinta y cinco años, la observaba con interés.

—No, de Medicina Legal. ¿Y usted quién es?

—¿Medicina Legal? Madre mía. ¿Y abre usted cadáveres entonces? —El hombre palideció un poco. El interés se le apagó en los ojos. Incluso retrocedió un paso.

—Soy Oskar Grunert, el conserje. —Se aclaró la garganta y le tendió la mano a Julia—. La recepción me ha mandado subir. La empresa que tiene que reparar las cámaras del vestíbulo acaba de

llegar y quiere hablar con la Policía Judicial. Por lo visto es por unas grabaciones.

Siguió a Florian y al hombre corpulento al ascensor; las puertas se cerraron con un zumbido. Julia intentó no pensar en los finos cables de acero de los que pendía el ascensor. Contó los segundos hasta que por fin sonó una señal y llegaron a la planta baja. Salió la primera.

En el vestíbulo había bullicio. Operarios y algún que otro vecino iban de un lado a otro. Era un ir y venir muy ajetreado. Florian se volvió hacia la recepción, donde seguía sentada la joven. La mujer hizo una seña al ver a Julia y a Florian.

—El señor Schmidt ya se ha adelantado con su compañero. Lo mejor es que les acompañe el señor Grunert. Hay una sala específica para la parte técnica.

El conserje los guio por unos pasillos estrechos con paredes de hormigón visto. Olía a aire cargado, a producto de limpieza y a humedad.

—Por aquí solo se pierden los empleados y los operarios. ¡Cuidado! Tienen que agachar la cabeza. —Oskar Grunert se giró para comprobarlo y señaló una arista pintada de amarillo y negro en el techo. Ella no tuvo problemas con la altura; Florian, en cambio, sí. Avanzaron unos metros más y, a continuación, el conserje abrió una puerta de hierro.

—¡Adelante, por favor! —dijo, y se quedó parado en el umbral.

Pasaron por delante de él. Martin Saathoff ya había tomado asiento ante un monitor. A su lado, un hombre joven, espigado y muy delgado, de pelo ralo, se volvió hacia ellos.

—Soy Holger Schmidt, el responsable de las cámaras. —Llevaba unas gafas verdes y explicó, con mirada entusiasta—: Primero busqué el fallo y descubrí algo que seguro que le interesa a la Policía Judicial. —Esperó hasta que todas las miradas estuvieron clavadas en él. Luego continuó—: Cortaron el cable de alimentación. A propósito.

—¿Y cómo se ha dado cuenta de eso? —preguntó Florian, y se unió a Saathoff y a Schmidt.

—Por eso les he hecho venir. La cámara grabó cómo cortaron el cable y enseguida pensé en la policía. —Holger Schmidt tecleó y en el monitor empezó un vídeo.

—Estos son los últimos tres minutos en los que la cámara de vigilancia aún estaba grabando —anunció, con aire trascendental.

Julia se quedó mirando la pantalla, hipnotizada. Durante sesenta segundos enteros no pasó absolutamente nada. Lo mismo habrían podido estar mirando una imagen fija. La cámara vigilaba la zona junto a la recepción. Desde allí se accedía a las salas técnicas. La propia recepción estaba vacía. El reloj que aparecía sobreimpreso en la esquina superior derecha marcaba las dos de la madrugada. No pasaba absolutamente nada, ni siquiera entraba una mosca en el plano. Transcurrieron los siguientes treinta segundos sin que sucediera nada. Después Julia vio una sombra que apareció en el marco de una puerta y se fue acercando despacio. Julia se subió las gafas por el caballete de la nariz; aun así, no consiguió distinguir más. Solo una cosa estaba clara: no se trataba de una persona. Lo que se movía por el plano parecía un brazo telescópico. Avanzaba pegado a la pared y se dirigía hacia unos cables que pasaban junto a un conducto revestido. El brazo de agarre se detuvo. Tembló un poco hacia un lado y otro, y, finalmente, de un solo tirón, seccionó los cables. Apenas un segundo después, el monitor se quedó en negro.

—¿Eso es todo? —preguntó Martin Saathoff, visiblemente decepcionado—. Pensaba que íbamos a verle la cara al asesino.

—Lo siento. Solo quería enseñarles cómo cortaron el cable eléctrico.

—¿No habrán grabado las otras cámaras a alguna persona que entrase en el edificio a esa hora? De algún modo, el asesino tuvo que entrar.

—Yo no me he fijado en nadie, pero aquí, claro, vive muchísima gente. He revisado todas las cintas. Pueden llevárselas, si quieren —respondió Holger Schmidt, encogiéndose de hombros.

—Si no se ha fijado usted en nada en las grabaciones, quizá no necesitase entrar por la puerta principal. A lo mejor llevaba aquí

desde hacía un buen rato. —Julia frunció el ceño—. ¿Querrá decir eso que podría tratarse de un vecino del edificio?

Florian suspiró.

—¿Podemos ver otra vez el vídeo de la cámara? Pero, por favor, solo el último minuto.

Holger Schmidt volvió a poner el vídeo y lo adelantó hasta que apareció el brazo telescópico.

—Para —dijo Florian, y casi se metió dentro del monitor—. ¿Puede ampliar esa esquina del fondo?

—Claro —murmuró Schmidt, y pulsó unas teclas.

—Mierda. Solo se ve el brazo —se quejó Martin, y bostezó—. Deberíamos seguir con las entrevistas a los testigos.

—No —intervino Julia, y señaló algo oscuro al final del brazo telescópico—. ¿Eso de ahí no es un guante? ¿No será incluso el que nos ha dado antes la señora Schroder?

Florian entornó los ojos para examinarlo y fijó la vista en el monitor.

—Parece la mano izquierda. Deberíamos pasárselo a los técnicos. Pueden hacer un par de ampliaciones. ¿Y qué clase de herramienta es esa?

—¿El qué? —preguntó Martin, señalando el brazo telescópico—. ¿Nunca has podado un árbol? Mi padre usa una tijera así en otoño. Esas cosas las venden en cualquier tienda de bricolaje y la hoja corta de verdad.

—¿Y quién se encarga de las labores de jardinería en los exteriores del Uni-Center? —preguntó Julia, y miró a su alrededor inquisitivamente.

Holger Schmidt se quitó las gafas y se frotó los ojos. Por fin dijo:

—Eso ahora mismo no se lo sé decir, total, estamos en invierno. Pero en recepción seguro que se lo pueden contar.

Julia se alegró de poder escapar unos minutos del aire viciado y se ofreció encantada:

—Voy a preguntar.

Volvió por el pasillo estrecho hasta la recepción. Las paredes de hormigón visto desprendían un frío desagradable. Oskar Grunert estaba subido a una escalera y cambiaba una bombilla del techo.

Julia pasó por delante de él en silencio y, tras unos pasos, llegó al vestíbulo. Buscó con la mirada a la joven de la recepción. Pero ya no estaba. El otro conserje, Sebastian Pauke, estaba acuclillado detrás del mostrador y hojeaba una revista.

—¿Y bien? —preguntó con una sonrisa arrogante—. ¿Ha hablado con la señora Schroder? La vieja no cuenta más que disparates. —Negó con la cabeza y se dio unos golpecitos en la sien—. No hay quien le haga nada bien.

Julia no entró en las pullas del hombre. No le gustaba que se metieran con personas más débiles. Sebastian Pauke tenía más o menos la misma edad que su compañero Oskar Grunert; sin embargo, no le parecía ni de lejos igual de educado. De buena gana le habría borrado de la cara aquella sonrisa de suficiencia. No es que la señora Schroder le hubiese resultado especialmente simpática, pero se trataba de una anciana frágil a la que se le debía el respeto correspondiente.

—¿Y quién se encarga de las plantas en macetones y de los árboles que hay alrededor del edificio? —preguntó con frialdad.

A Pauke le tembló al menos la comisura de los labios y la sonrisa desapareció.

—De eso se ocupa la empresa Immergruen. Pero no tienen mucho trabajo. Casi siempre solo vienen en primavera. ¿Quiere que le dé los datos de contacto?

—Sí, por favor. ¿Ha venido últimamente alguien de esa empresa? —Julia cogió la tarjeta de visita que el conserje le entregó.

—No. Como le digo, vienen sobre todo en primavera.

La joven que antes estaba detrás del mostrador volvió.

—Gracias por relevarme, Sebastian —masculló, y miró a Julia con expresión interrogante—. ¿Puedo ayudarla?

—No, gracias. El señor Pauke ya me ha atendido. —Julia dio media vuelta sobre los talones y regresó, dándole vueltas a la cabeza, a la sala técnica, donde Florian y Saathoff seguían pegados al vídeo.

—¿Y? —preguntó Florian sin apartar la vista del monitor.

—Nada —respondió Julia, y se quedó indecisa en el umbral—. Tenías razón, la empresa de jardinería no ha estado por aquí

últimamente. —Miró la pantalla, pero no distinguió más que antes. Veía un brazo telescópico, la mano que asomaba detrás del marco de la puerta, y nada más.

—¿Por qué miran con tantísima atención el vídeo? —preguntó, extrañada, porque no reconocía así ni a Florian ni a su compañero. Normalmente Saathoff ya habría perdido la paciencia hacía rato. Ninguno de los dos reaccionó, y tampoco Holger Schmidt parecía hacerle caso. Julia se coló entre Florian y Saathoff y se acercó pegada al monitor.

De pronto, Florian tocó con el dedo un punto del marco de la puerta. Julia parpadeó y aguantó la respiración. No podía creer lo que veía allí.

23

Michelle sudaba. A veces se sentía completamente desbordada con su trabajo de enfermera. Justo hoy su compañera estaba enferma, de modo que tenía que lavar sola al anciano. Normalmente estaba bastante en forma, pero el embarazo le estaba pasando factura. Las náuseas seguían acompañándola a todas horas. Envidiaba a las mujeres que vomitaban un par de veces por la mañana y luego ya podían seguir con su rutina. Ella, en cambio, se pasaba el día en estado de alerta. Hacía nada había llegado al baño a duras penas. Casi había vomitado en el pasillo del hospital. La mayoría de las compañeras seguramente sospechaba ya lo que le pasaba. Gracias a Dios, Lars no se había enterado todavía. Tenía mucho miedo de sus ataques de ira. Las dos últimas noches se había hecho la dormida cuando él se desplomaba borracho en la cama a su lado. Se había alegrado tantísimo de que no quisiera acostarse con ella. Aquello seguro que no le hacía bien al bebé. Además, la idea le resultaba extraña. No quería que el feto percibiera nada.

Giró al paciente sobre el costado, pero se detuvo porque sintió un tirón en el bajo vientre. ¿Estaría notando ya al bebé? ¿O acababa de romperse algo? Sabía que aquello no podía ser. Aun así, soltó al hombre con cuidado y volvió a salir disparada al baño. Se sentó en una cabina, sobre la tapa cerrada del inodoro, y encogió las piernas con un gemido. Michelle no quería volverse loca todo el rato, pero el

miedo por el bebé y, sobre todo, el miedo a Lars la acompañaban en cada momento. Había cosas entre el cielo y la tierra sobre las que no podía influir. Respiró hondo y soltó el aire poco a poco. El pulso se le calmó un poco. Joder, ahora justo me llama Lars, pensó, cuando el móvil empezó a sonar. Sencillamente lo rechazó. En aquel momento no tenía fuerzas para hablar con él. Lo más probable era que él quisiera descargar de nuevo algún cabreo en ella. Ayer mismo le había tirado un plato porque los huevos revueltos le habían salido demasiado oscuros. ¡Demasiado oscuros! Era para echarse a reír. Pero si tenía que dar gracias de que ella le cocinara siquiera. Hoy en día eso ya no era algo que se diera por sentado. Al fin y al cabo, ella también trabajaba todo el día. Y, encima, era ella la que llevaba la casa. Como mínimo, Lars podría colaborar un poco. En vez de eso, no paraba de descolocarlo todo. Tiraba los calcetines sucios al armario o dejaba los platos sucios en la cocina, en lugar de meterlos directamente en el lavavajillas.

El móvil de Michelle volvió a sonar. Otra vez Lars. ¿Pero qué demonios quería de ella? Se mantuvo en sus trece y no cogió. Para no enterarse más de sus llamadas, puso el móvil en silencio. Desesperada, hundió la cara entre las manos y se echó a llorar. ¿Qué iba a ser de ella? Siempre había deseado con tantas ganas tener una familia. Soñaba con una casa con jardín, un hombre estupendo y un par de hijos. Se veía correteando con los pequeños por el césped. Pero, por lo visto, eso no llegaría a ocurrir. Al menos no con Lars. Tal vez debería hacer caso al consejo de Elfriede y separarse de él. En el fondo estaba claro que su relación nunca sería lo que ella anhelaba. Lars no era un ancla ni un protector, ni siquiera un proveedor. En aquel momento era ella la que llevaba la mayor parte del dinero a casa. Michelle suspiró hondo y, al mismo tiempo, se sobresaltó cuando llamaron a la puerta de la cabina.

—Michelle, ¿estás ahí dentro?

Respiró aliviada. Delante de la cabina del baño estaba su compañera Bettina.

—Sí —gimió—. Termino enseguida.

—Tómate tu tiempo, tranquila. Solo quería decirte que ha llamado Lars. No te localiza y parecía bastante cabreado.

—¿Muy cabreado? —preguntó Michelle. Notó cómo se le caía el corazón a los pies. Si Lars se ponía a montar un numerito, era imposible irse a casa. Pero ¿adónde, si no, iba a ir?

—Está preocupado porque no coges el teléfono. Le he dicho que estás liadísima porque hoy ha faltado una compañera. Creo que se ha calmado de nuevo. Pero he pensado que mejor te avisaba.

—Gracias —sollozó Michelle, y se esforzó con todas sus fuerzas por contener las lágrimas. Por Dios santo. Sencillamente, ya no se controlaba.

—De nada. Avísame si puedo ayudarte de alguna manera.

Bettina desapareció de los aseos. Michelle oyó cómo la puerta se cerraba despacio. Se mordió el labio inferior. Era ya tarde y aún le quedaba mucho por hacer. Se levantó con esfuerzo y se sujetó a la pared de la cabina. Todo le daba vueltas a su alrededor. Sintió arcadas y esperó un rato hasta encontrarse mejor.

Fuera se cruzó con Bettina.

—Me he ocupado yo del señor Herrmann. Puedes seguir con el siguiente paciente. —Bettina le guiñó un ojo y la abrazó un instante —. Me alegro tanto por ti. —Sonriendo, le acarició el vientre.

—Gracias —consiguió decir Michelle, sorprendida. Por lo visto, la noticia ya había llegado también a oídos de ella—. Te debo una —añadió, y decidió pasar primero a ver a Elfriede.

Tras un toque breve en la puerta, Michelle entró en la habitación. La anciana hoy volvía a tener peor aspecto. De inmediato se le encogió el estómago.

—Acérquese —musitó Elfriede, y sonrió débilmente.

—¿Quiere que le dé algo para el dolor?

—Enseguida —respondió Elfriede, y le rodeó la muñeca con la mano—. Primero coja esto. —Le pasó disimuladamente un papelito —. El número pertenece a una amiga que trabaja en una casa de acogida para mujeres. Solo tiene que llamarla un momento; ella se encargaría del resto. —Elfriede se quedó en silencio e intentó mirarla a los ojos.

Pero Michelle bajó la mirada precipitadamente.

—Sé que es difícil. Pero los cardenales nuevos que tiene usted en los brazos me dicen que tiene que alejarse de su novio. Rápido.

Antes de que también le pase algo al bebé. Piénselo. Hay mucha gente dispuesta a apoyarla. Aunque puede que yo dentro de poco ya no esté.

Michelle cerró los dedos sobre el papel, que parecía pesar como un ladrillo. Se le saltaron las lágrimas. No sabía si tenía fuerzas para llevarlo a cabo. Lars la buscaría. Llevaba dentro un hijo de Lars. Bruscamente, se dio media vuelta.

—Me lo pensaré —dijo, y huyó de la cercanía de Elfriede, que hoy le volvía a resultar insoportable.

Michelle conocía la verdad. Pero entre darse cuenta y cambiar había un abismo. Hacía falta valor, mucho valor, para soltarse de la rutina y de lo conocido, por horrible que fuera la vida.

Miró el reloj, cansada, y comprobó que su turno había acabado hacía rato. Lars ya la estaba esperando. El móvil le indicaba que él lo había vuelto a intentar. Michelle corrió a la sala de enfermeras y cogió sus cosas. Aún podía justificar el retraso con que había habido demasiado estrés en el trabajo. Para entonces, él probablemente ya llevaría unas cuantas botellas encima. Por lo menos hoy había dejado el coche en el aparcamiento subterráneo y, así, no perdía un tiempo precioso en el camino a casa. Michelle se metió en el siguiente ascensor y bajó al segundo sótano. Las plazas de aparcamiento del personal no estaban tan bien iluminadas como las de los visitantes. El hospital recortaba constantemente por todas partes. ¿Dónde había aparcado el coche aquella mañana? De pronto sintió las piernas como si fueran de plomo. Estaba todo muy oscuro. Solo una pálida lámpara de techo daba algo de luz. Un movimiento en la sombra de un pilar la hizo detenerse. Se quedó mirando en aquella dirección y comprobó que allí no había nada. Por lo visto, los nervios le estaban jugando otra vez una mala pasada. Se sacudió el miedo y siguió a toda prisa. En algún lugar del lado izquierdo estaba su coche. ¿O no? Desesperada, miró a su alrededor. ¿Dónde había aparcado? Soltó el aire y cerró un momento los ojos. Entonces volvió a acordarse de que el coche estaba justo al lado de la barrera. A buen paso, pasó junto a unos pilares de hormigón. Una llave o algo metálico tintineó cerca. Michelle ignoró el sonido. Se acabó meterse miedo. Pronto iba a ser madre. ¿Qué iba a pensar de ella su criatura,

si no? Vio su coche y apretó un poco más el paso. Un motor arrancó. Unos neumáticos chirriaron justo detrás de ella. Michelle dio un paso a un lado para que el coche pudiera pasar la barrera. Uno de los médicos pasó zumbando a su lado en su gran BMW. No le prestó la menor atención. Michelle no se enfadó. Tenía otros problemas. Enseguida tendría que tranquilizar a Lars. Buscó a tientas la llave del coche cuando un fogonazo le cruzó el campo visual, seguido de un dolor violento en la cabeza. Se le aflojaron las rodillas. Una mano fuerte la agarró por el cuello. Michelle apenas alcanzó a entender que alguien le había golpeado el cráneo. Después todo se le volvió negro ante los ojos y ya no fue capaz de distinguir nada.

—Socorro —jadeó sin voz; su último pensamiento fue para su pequeño bebé.

24

—Venga ya, por favor. ¡Sáquele más nitidez! —Florian iba y venía nervioso. Resoplando, se paró junto al experto informático sentado ante su ordenador.

El hombre con sobrepeso, que tenía una bolsa de patatas fritas sobre el escritorio, le lanzó a Florian una mirada sombría.

—Cuanto más me agobie, más tardaré. Hombre, me está volviendo loco. O se sienta, o se sale. —Metió la mano en la bolsa de patatas fritas y se llevó unas cuantas a la boca.

Julia sonrió para sus adentros. La escena superaba cualquier prejuicio que uno pudiese tener sobre un nerd. Aun así, Jan Martinek no se dejaba poner nervioso por Florian. Tecleó tranquilamente unos comandos en el portátil y luego esperó hasta que en el monitor apareció una ampliación de la imagen del marco de la puerta. Justo después de descubrir en el vídeo de vigilancia del Uni-Center el reflejo del asesino en el marco de la puerta, se habían ido sin demora a la comisaría. El experto informático Jan Martinek había conseguido determinar, al menos con relativa rapidez, que el guante de la señora Schroder coincidía, con toda probabilidad, con el de la cinta. El guante tenía en la muñeca un botón a presión de color plateado, que Martinek pudo aislar con bastante celeridad. Por fin tenían algo del asesino. Pero llevaba ya casi cuarenta minutos enredando con la grabación. La imagen, sí, estaba ampliada muchas

veces, pero seguía siendo demasiado borrosa para reconocer más que una sombra. Jan Martinek volvió a meter la mano en la bolsa de patatas fritas, que Julia le habría arrebatado de buena gana. El hombre tendría como mucho veintinueve años y rondaba sin problemas los cien kilos. Julia se había dejado puesto el abrigo, tenía frío. Un constipado en aquel momento no se lo podía permitir.

Jan Martinek trituraba las patatas fritas con su poderosa mandíbula. Martin Saathoff puso los ojos en blanco. Florian miraba por la ventana. Por lo menos se había quedado quieto. Julia ya no aguantó más y empujó la bolsa de patatas fritas un poco a un lado. Martinek la miró, pero no se atrevió a contradecirla. Suspiró y siguió aporreando el teclado. Poco a poco la imagen fue ganando nitidez. Pasaron unos cuantos minutos más, exasperantes.

—Más nítido no se puede —anunció por fin Martinek, y se echó hacia atrás en la silla.

Florian se acuclilló junto al experto informático.

—Maldita sea, lleva un gorro. ¿No podemos ver más de su cara, aparte de los ojos y la zona de la frente?

Jan Martinek negó con la cabeza.

—Pueden darse con un canto en los dientes por ver algo siquiera. Más, en serio, no se puede sacar. —Pulsó una tecla y cogió el papel que iba saliendo despacio de la impresora—. Tomen. Ahora les mando un enlace al archivo. —Se levantó y fue hacia la ventana. En la espalda se le habían formado unas manchas de sudor.

—Gracias —murmuró Florian, y miró a Saathoff.

Este se encogió de hombros.

—Hay que aceptarlo como venga —dijo, y se levantó también—. Tengo que irme a casa. Mañana deberíamos seguir.

El móvil de Julia sonó. Era el laboratorio. Levantó el dedo índice al descolgar e indicó a Martin Saathoff que esperase. Él se quedó en el umbral con las cejas arqueadas.

—Gracias por la información —dijo Julia, y colgó—. Los pelos de perro que hemos encontrado en las dos víctimas vienen del mismo golden retriever —anunció, preguntándose al mismo tiempo cómo podía ser eso.

—Ninguna de las dos víctimas ni sus familias tienen perro —dijo Saathoff, y se retorció el bigote, pensativo.

—El asesino podría haber entrado en contacto con los pelos — apuntó Florian.

—Werner Lammertz no tiene perro —intervino Julia—. ¿O se nos ha pasado algo?

—Por lo que yo sé, eso es correcto. El funerario para el que trabaja, tampoco. Pero ¿qué pasa con esa tal Nancy? —Florian miró a Saathoff—. Martin, ¿hemos localizado por fin a esa mujer?

—No, los compañeros me habrían llamado. Lo mismo vale para Lammertz. A los dos se los ha tragado la tierra. —Saathoff volvió a mirar el reloj—. Yo tengo que irme ya en serio. He quedado con un amigo del colegio. Nos vemos mañana. —Se despidió con la mano y desapareció por la puerta.

Julia y Florian se quedaron a solas. Jan Martinek también seguía allí. Continuaba de pie delante de la ventana abierta.

—Yo también me marcho —anunció, y sacó la mochila de debajo de la mesa de Florian—. Siento que la imagen no haya quedado mejor. Pero, para ser un reflejo en un marco de puerta a oscuras, ha quedado bastante bien. —Se despidió de ellos con un breve gesto de cabeza y siguió a Martin Saathoff.

—Tendríamos que localizar al chulo o a unas cuantas amigas de esa Nancy. Sabrán dónde se ha metido. Es posible que esté escondida con Werner Lammertz —murmuró Florian, y se sentó al ordenador—. Podríamos echar un vistazo por la Ebertplatz; por allí se mueven muchos de ellos.

Pero Julia tenía sus reparos.

—Me temo que eso tiene que esperar a mañana. Estamos invitados a cenar en casa de mis padres.

Florian le lanzó una mirada que lo decía todo.

Ella torció el gesto.

—No puedo cancelar de ningún modo. Hannelore se quedaría destrozada. Probablemente ha estado todo el día en la cocina.

—Tampoco hace falta. Eso nunca te lo pediría. Solo que ahora mismo es un poco inoportuno. Ahí fuera anda suelto un asesino y seguimos sin tener una pista de verdad. —Hizo un gesto de descarte

con la mano—. Total, nunca viene bien. Así que vamos a casa de tus padres. Seguro que será una velada agradable.

Julia no respondió, pero le sonrió, agradecida. Florian era diplomático casi en cualquier situación. Seguro que intuía, igual que ella, que aquella velada tenía todas las papeletas para acabar en catástrofe. Al fin y al cabo, también él había visto a su padre con aquella mujer. Solo con pensarlo la invadía una sensación de impotencia. ¿Había algo entre ellos o existía una explicación sencilla? Aún no había averiguado quién era aquella mujer.

Julia le plantó a Florian un beso fugaz en la mejilla y fue con él, a paso cansino, hasta la escalera.

El trayecto a casa de sus padres transcurrió mayormente en silencio. Cada uno iba metido en sus propios pensamientos. Julia se acordaba del asesino, de su olor y de cómo la había apartado de un empujón. Intentaba evocar a aquel hombre con más detalle en su memoria. ¿Podría haber sido Werner Lammertz? ¿Acaso usaba Lammertz perfume? Vio ante sí su figura rechoncha en la funeraria. La duda la corroía.

—Ya hemos llegado —dijo Florian, y detuvo el coche.

Julia miró hacia la casa de sus padres. Era el lugar en el que se había criado. Un lugar que guardaba mucha tristeza y mucho dolor, pero también felicidad. Antes de la muerte de Michael, el mundo siempre le había parecido feliz. Después, unas nubes negras habían oscurecido el cielo. Nunca se habían disipado del todo. Julia suspiró, porque su padre ya estaba esperando en la puerta y les hacía señas para que entrasen. En aquel momento le costaba mucho soportar siquiera verlo. Por eso tenía que aguantar el tipo. Hannelore no podía notar nada bajo ningún concepto. Si su padre la estaba engañando de verdad, su madre no lo soportaría. Julia compuso una sonrisa y se bajó del coche.

—Hola, papá —dijo lo más alegre que pudo, y le dio un abrazo breve.

Florian se puso a hablar con su padre de inmediato. Julia pasó junto a ellos y entró rápidamente en la casa. Aquello no era propio de ella, porque solía conversar con Ulrich con gusto. Pero hoy no. Antes, más bien, evitaba a Hannelore y su duelo por Michael. Le

pesaba que su madre fuera sencillamente incapaz de pasar página. En cambio, ahora buscaba su cercanía. Julia se alegró incluso al ver la pequeña flor blanca en el sitio de Michael. No sabía ni ella misma por qué. Quizá ya no soportaba más cambios. ¿Qué iba a ser de su madre si su padre la dejaba? Y, si no la dejaba, ¿cómo iba a poder Hannelore conservar la confianza en él? Con su exnovio Valentin, Julia había aprendido en sus propias carnes lo que significaba la infidelidad. La confianza en la pareja desaparecía para no volver, y reanimarla era imposible. Durante meses había intentado perdonar a Valentin, pero no había funcionado. Al contrario, había empezado a controlarlo continuamente y a contar siempre con lo peor. Bastaba con que Valentin llegase tarde para que se le disparasen los pensamientos sombríos. Ya no era ella misma. Llegado un punto, había tirado del freno de emergencia y se había separado de él.

Julia se quedó mirando la mesa del comedor y acarició con ternura el respaldo de la silla de Michael. Olió la flor y pensó en su hermano pequeño. Por lo menos su asesino estaba entre rejas. De la cocina llegaba un olor delicioso a asado de ternera. A Julia se le hizo la boca agua.

—¡Por fin estás aquí, pequeña mía! —Hannelore la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

—¿Cómo estás? —preguntó Julia, y la examinó. Tenía aspecto feliz. La cara se le veía tersa, los rasgos relajados.

—¡Ay, si supieras lo bien que lo pasamos tu padre y yo en Nueva York! —exclamó embelesada—. Desde entonces soy otra persona. —Cogió a Julia de la mano—. Ven a probar la salsa. Ya sé que te gusta bien condimentada. —Y se llevó a Julia con ella a la cocina y le metió en la boca una cuchara con una salsa deliciosa de asado.

—Mmm. Está buenísima. —Julia probó otra vez y se puso a preparar la mesa del comedor. Florian y su padre ya se habían sentado cuando entró con una fuente de patatas.

—Estás pálida —observó su padre, examinándola con atención.

Julia dejó la fuente sobre la mesa en silencio. Se sentía incómoda.

—Todo bien —masculló, mientras ignoraba la mirada de extrañeza de su padre. Volvió a toda prisa a la cocina y enredó a

Hannelore en una conversación sobre Nueva York. Su madre ya no paraba de hablar maravillas. A Julia le venía perfecto. Lo importante era no tener que hablar con su padre. Algo dentro de ella quería, sin remedio, pedirle explicaciones. No era de las que se andaban por las ramas. Le estaba costando muchísimo contenerse. En cuanto la comida estuvo en la mesa, se lanzó sin decir palabra sobre el asado de ternera. Sentía sobre sí las miradas interrogantes de su padre.

—¿No queréis repetir el viaje, si tan bien os lo habéis pasado? —preguntó Julia.

—¡Qué buena idea! —Hannelore soltó una risita—. No se me había ocurrido. ¿Qué dices, Ulrich? Podríamos volver el mes que viene.

Ulrich Schwarz tragó saliva, visiblemente.

—Claro, ya iremos viendo —respondió evasivo, y se metió en la boca un trozo grande de asado.

Julia registraba cada uno de sus gestos. ¿Por qué no entraba más en la propuesta de su madre? ¿Acaso no podía prescindir, dos o tres semanas, de aquella mujer desconocida mientras hacía un viaje con su esposa a otro continente?

Julia deseaba con todas sus fuerzas estar equivocada.

—A mí me parece que, en cualquier caso, deberíais daros ese gusto, si tanto os ha gustado —observó Julia. Por debajo de la mesa, le dio a Florian un golpecito en la rodilla.

Él captó al instante lo que ella quería decir.

—Lo tenéis que hacer, en serio. Al fin y al cabo, solo se vive una vez.

—Venga, Ulrich. Di que sí —rogó Hannelore.

Ulrich se rascó junto al cuello de la camisa y tardó en responder. Al cabo de un rato dijo:

—A lo mejor el año que viene, cielo. Y, además, es bastante caro. Yo... —No pudo continuar, porque sonó el móvil de Florian. Se disculpó y atendió la llamada. Quienquiera que estuviera al otro lado del teléfono, debía de tener algo importante que decirle, porque Florian se levantó de un salto.

Julia vio una oportunidad de escapar de la situación un momento y lo siguió hasta el recibidor.

A Florian le ardían las mejillas.

—Salimos para allá ahora mismo —le oyó decir. Cuando colgó, miró a Julia con expresión seria.

—Era el criptoanalista, el que ha estado todo este tiempo intentando descifrar el código numérico. Acaba de averiguar algo. Nos vemos en la comisaría. Lo siento, pero tengo que irme.

—¿No quieres que vaya contigo? —Julia negó con la cabeza, enérgica—. Voy contigo.

Florian se sonrojó.

—Pensaba que querías hablar todavía con tus padres. —Se mordió el labio inferior—. Perdona. Por supuesto que te llevo.

—Bien —respondió Julia, cortante, y volvió otra vez al salón.

—Lo siento. Hay novedades en los casos de asesinato en los que estamos trabajando. Tenemos que ir a la comisaría ya mismo. —Julia le plantó a su madre un beso en la mejilla—. La comida estaba riquísima. Guárdame algo para mañana, por favor.

Le acarició a su padre el hombro de pasada y huyó de la casa antes de que él pudiera decir nada.

25

—Ha llevado mucho tiempo, sí, el ordenador ha echado humo —explicó el experto en descifrado—. Al principio partí de la base de que se trataba de un texto que había que decodificar. Pero el software hizo correr el alfabeto en miles de variantes, arriba y abajo, y no consiguió formar ni una sola frase con sentido. Después se me ocurrió que tal vez sí pudiera tratarse de una indicación de lugar, y modelé un poco el programa. Pero, aun así, al principio fracasé. A una compañera le llamó la atención la palabra ángel. Por ese motivo nos concentramos en iglesias y, mire por dónde: el ordenador escupió unas coordenadas GPS. —El criptoanalista sonrió, orgulloso, y volvió a leerles en voz alta el texto original:

—«Si no cortas la cuerda, la caída es mortal. En la noche, un ángel a medias se alza sobre los tejados de Colonia».

Tocó con el dedo una hoja sobre el escritorio.

—Aquí intentamos decodificar la fórmula. Según cómo se interprete el pasaje del ángel a medias, podrían ser dos iglesias.

Julia echó un vistazo a los datos.

—Cincuenta grados, cincuenta y siete minutos, dieciocho segundos norte; seis grados, cincuenta y siete minutos, veintiséis coma cinco segundos este —leyó en voz alta una de las dos referencias—. ¿Y dónde se supone que es eso? Por lo del ángel,

habíamos pensado también en cementerios o, posiblemente, en una funeraria.

—Esos lugares los hemos tenido en cuenta, pero el ordenador no ha podido calcular unas coordenadas que cuadraran —respondió el especialista, y abrió un plano de la ciudad en su portátil—. Las únicas dos combinaciones que tienen algún sentido apuntan a estas dos iglesias de Colonia. Sankt Kunibert o Sankt Agnes, según si un valor concreto se reduce todavía a la mitad o no. He pensado en comunicarles este resultado de inmediato, a pesar de la hora. —Miró hacia la ventana.

—Fuera lleva mucho tiempo oscuro —constató Florian, y cogió las llaves del coche.

—Gracias por la información —le gritó al criptoanalista al salir, mientras le sostenía la puerta a Julia—. Nos quedamos con la primera iglesia. Yo aviso a Saathoff para que vaya a la otra. Más refuerzos no vamos a conseguir a estas horas —explicó, y bajó los primeros escalones de un salto.

Julia se apresuró tras él con pasos cortos y ágiles. La cabeza le iba a mil. El asesino había vuelto a golpear dos noches después del primer asesinato. ¿Y si ya hoy o mañana una próxima víctima corría peligro? Se obligó a darse prisa. Florian también apretó el paso.

—Tengo un muy mal presentimiento —dijo Florian cuando estuvieron sentados en el coche y arrancaron—. Espero que lo pillemos a tiempo. —Se aferró al volante y atravesó Colonia a una velocidad de vértigo. Los neumáticos chirriaron cuando, al cabo de pocos minutos, llegaron a Sankt Kunibert. Era una de las doce basílicas románicas de Colonia. El espléndido edificio estaba bellamente iluminado. Sin embargo, Julia no tenía ánimos para admirar la obra maestra. El viento gélido de la noche le silbaba en los oídos. Tiritando, siguió a Florian a toda prisa. Por lo menos no llovía ni nevaba. La plaza sobre la que se alzaba la iglesia parecía desierta. Era poco antes de medianoche.

Florian tiró del picaporte de la puerta.

—Está cerrada con llave —constató, y avanzó unos pasos para asomarse por la siguiente ventana.

—Ahí dentro está oscuro como boca de lobo.

Julia pasó por delante de él y buscó otra entrada. Rodeó el edificio y encontró otra puerta en el lado opuesto. Pero también aquella puerta estaba cerrada con llave. Miró a su alrededor.

—Aquí hay una ventana abierta —dijo Florian—. Solo está entornada.

La abrió con maña, haciendo palanca, y alumbró con la linterna el interior de la iglesia.

—Ahí dentro no parece haber nadie —murmuró al cabo de un rato.

—Pero la parte delantera no la podemos ver desde aquí. —Julia se inclinó sobre el marco de la ventana para ver todo lo que pudiera —. ¿Y si hay alguien escondido allí delante? Lo más probable es que también haya una cripta.

Florian la frenó.

—No podemos entrar ahí sin más. Lo sabes. Echemos otro vistazo a fondo y luego nos vamos a Sankt Agnes.

Julia suspiró. Él tenía razón. Como mínimo, tendrían que preguntar al párroco. Volvieron a rodear el edificio sigilosamente y aguzaron el oído. Había un silencio sepulcral, pero Julia no quería rendirse. Florian ya iba de vuelta al coche. Echó por la borda todos los reparos y corrió de nuevo a la ventana abierta. No veía indicios de una entrada por la fuerza, pero le resultaba extraño que la ventana estuviera abierta sin más. Era posible que alguien hubiera conseguido entrar por allí. Se coló al interior de la iglesia y miró a su alrededor. El edificio constaba de tres grandes naves. Julia escudriñó las altísimas bóvedas. Si el asesino quería ahorcar a su próxima víctima, necesitaba cierta altura. Vio una barandilla en un púlpito. De la barandilla colgaba una cuerda fina. El corazón empezó a latirle a toda velocidad.

—¿Florian? —llamó, aunque intuía que él no podía oírla.

Descubrió un papel que pendía del extremo de la cuerda, a unos veinte centímetros por encima de su cabeza.

«Escribí: un ángel a medias», ponía allí.

Se quedó mirando aquellas pocas palabras, horrorizada. El asesino había estado allí. Les estaba tomando el pelo.

—Maldita sea, Julia. Se supone que no debías meterte así por la ventana. —Florian estaba de pronto a su lado—. ¿Qué demonios cuelga aquí?

Julia no necesitó responder.

Florian leyó el mensaje y soltó un juramento.

—Es la otra iglesia —soltó—. Martinek dijo, ¿no?, que para el segundo lugar había reducido algunos valores a la mitad.

Julia entendió de inmediato lo que quería decir.

—Vale. Pues vamos a Sankt Agnes.

Pocos minutos más tarde estaban delante de la pesada puerta de la iglesia. Martin Saathoff todavía no había llegado. A Julia le saltó a la vista enseguida que habían forzado la puerta. En la madera había varias muescas. Aquí ha estado alguien trabajando con un destornillador o algo parecido, pensó Julia. En alerta, siguió a Florian al interior de la iglesia. Él se volvió a la izquierda; ella se lanzó al frente y miró hacia arriba, a la bóveda. Si no cortas la cuerda, la caída es mortal. Temía lo peor. Algo aliviada, comprobó que, al menos en la parte delantera de la iglesia, no había nadie colgando. Miró hacia el imponente altar al otro extremo de la nave. Parecía sombrío, casi negro. Solo a través de las vidrieras de colores entraba la luz de los focos que había fuera y de algunas farolas. Julia dio media vuelta y reconoció la silueta de Florian en una esquina cerca de la entrada. Algo en su postura rígida la inquietó. De pronto se le encendió la linterna. El haz se desplazó hacia el techo. Julia vio el enorme órgano, en lo alto de la tribuna. La mirada le descendió un poco, hasta la barandilla. De ella colgaba una cuerda. Julia sintió cómo toda esperanza moría dentro de ella. Un cuerpo sin vida se balanceaba de un lado a otro, colgado de la soga. La recorrió un escalofrío. Había entrado tan deprisa en la iglesia que no había mirado ni a derecha ni a izquierda; de lo contrario, lo más probable era que se hubiera fijado de inmediato en la mujer muerta.

—Hemos llegado tarde —constató Florian en voz baja, pero Julia no le hizo ni caso.

Subió la escalera corriendo.

—A lo mejor todavía vive —gritó. Julia intentó alcanzar a la mujer, pero estaba colgada demasiado baja. De la cuerda no quería

tirar.

—Necesitamos una escalera de mano para poder levantarla. —Miró a su alrededor.

Florian recorrió la iglesia y volvió poco después con una escalera de mano. Subió y elevó el cuerpo.

—No le encuentro pulso —dijo con un jadeo, y sacó un cuchillo para cortar la cuerda. Julia bajó corriendo la escalera para ayudarlo.

La puerta de la iglesia crujió. Lo siguiente que oyó fue la voz de Martin Saathoff.

—¿Florian?

—Aquí —dijo él con voz ronca, y Saathoff corrió hacia la escalera de mano. Recogió a la mujer entre sus brazos. El cuerpo aún estaba caliente.

Julia volvió a palpar de inmediato el cuello en busca del pulso. Negó tristemente con la cabeza.

—Está muerta.

—Los refuerzos están en camino —dijo Saathoff, y se frotó la cara, cansado—. Los pedí en cuanto vi tu coche delante de la iglesia. Habéis ido más rápido de lo que permite la policía.

—No lleva muerta más de dos horas —dijo Julia, y se apoyó, exhausta, en Florian.

Al cabo de un rato se rehízo y alumbró el rostro de la fallecida. La habían depositado en el suelo.

—La saliva de las comisuras de la boca brilla, así que no está seca.

—Maldita sea. —Florian se mesó los cabellos—. Dos horas antes y habríamos podido salvar a esta mujer. A lo mejor el cabrón sigue todavía por aquí, en algún sitio. Voy a echar un vistazo. —Salió corriendo de la iglesia.

—¿Qué mancha es esa en el suelo de la iglesia? —preguntó Saathoff, y la alumbró con su linterna.

A Julia no le había llamado la atención el líquido hasta entonces. Tenía un pie dentro y lo apartó deprisa.

—Podría ser orina. Es bastante frecuente cuando hay un ahorcamiento. Vaciado involuntario de la vejiga. Algo parecido puede pasar con el intestino.

Martin Saathoff torció el gesto.

—Qué muerte más espantosa.

Julia asintió y examinó a la fallecida. Las manos no estaban atadas. Un dedo había quedado atrapado bajo la soga, junto al cuello. La cara estaba pálida, apenas hinchada. La lengua le colgaba fuera. El nudo de la cuerda quedaba por encima del nacimiento del pelo de la nuca, en la línea media del cuerpo. La mujer estaba completamente vestida.

—Ha luchado por su vida hasta el último momento y ha intentado aflojar la soga —explicó con voz ronca, y señaló el dedo.

Saathoff suspiró.

—¿Ha tenido que sufrir mucho?

Julia negó con la cabeza.

—Más bien no. La pérdida del conocimiento suele producirse en los cinco primeros segundos, porque las venas y las arterias quedan comprimidas por completo de manera brusca. Lo más preciso, por desgracia, solo podré decirlo tras la autopsia. En este momento no puedo determinar si la inmovilizaron antes de empujarla hacia abajo. El hecho de que haya logrado meter un dedo bajo la soga, sinceramente, va en contra de esa hipótesis. Lo más probable es que ocurriera antes de la caída.

Florian volvió a entrar.

—La policía científica está en camino —anunció, con la cara muy enrojecida—. He dado una vuelta a la iglesia. Del asesino, ni rastro. Todo el tiempo veo a Werner Lammertz delante de mí. Maldita sea, deberíamos haberlo retenido directamente en la funeraria.

De pronto, a Julia se le vino Lenja a la cabeza, y marcó al instante su número.

Ya al segundo tono respondió su ayudante.

—Lenja Nielsen al habla.

—Espero que no estés por ahí con tu estudiante. Por desgracia, no hay buenas noticias. Tenemos una nueva víctima. Ha fallecido poco antes de que la encontráramos. Hemos llegado tarde. Si quieres examinar el escenario, mejor que te des prisa. Y, por favor, trae el maletín de instrumentos. —Le dio a Lenja la dirección y colgó.

En ese momento se percató de la expresión de extrañeza de Florian.

—Te parece bien, ¿no? Se lo prometí.

—Tú eres la jefa. Solo que no podemos estorbar a la policía científica.

La puerta de la iglesia volvió a crujir y un equipo de agentes con monos blancos de protección irrumpió, cargado hasta arriba. En pocos minutos la noche se convirtió en día. Por todas partes se instalaron focos cuya luz cegadora no dejaba escapar nada. Un fotógrafo hacía fotos sin parar. Anna Schubert iba dando a su equipo instrucciones cortas y secas. Los agentes de la policía científica se movían con rapidez por la iglesia, pero con oficio. Julia sabía que tras el caos aparente había un procedimiento bien pensado. Se hizo a un lado para no estorbar. La puerta de la iglesia volvió a abrirse y entró un hombre alto y enjuto.

—Por el amor de Dios, ¿qué hacen ustedes en mi iglesia? —exclamó, y juntó las manos delante del pecho.

—¿Es usted el párroco? —preguntó Julia.

El hombre asintió y se persignó.

—¿Qué está pasando aquí?

—Hemos encontrado a una persona muerta. La Policía Judicial está aquí con la policía científica. Venga, allí está el inspector Florian Kessler. Él podrá explicárselo todo con calma y seguro que también tiene unas cuantas preguntas para usted. —Julia esperó a que el hombre se serenara un poco y lo acompañó hasta Florian.

—Este es el párroco —explicó, y le pidió al hombre, blanco como la cera, que se sentara en un banco de la iglesia. Pero él no reaccionó. Estaba claro que acababa de descubrir el cadáver. Tenía la mirada fija en la fallecida.

—Dios santo —murmuró el párroco, temblando, y miró hacia arriba—. Veo la cuerda. ¿Quién se atreve a quitarse la vida en una casa de Dios?

—No fue un suicidio —repuso Julia, y obligó al hombre a sentarse en el banco que tenía más a mano.

—¿No se ahorcó ella misma? —susurró el párroco con voz ronca —. ¿Qué quiere decir eso?... A ella... ¿la asesinaron? No puede ser,

no en mi iglesia.

—Respire hondo primero. Para todos es una conmoción. —Florian se plantó delante del párroco, de modo que le tapaba el cadáver.

—¿Ha estado usted hoy en la iglesia? Y, si es así, ¿hasta cuándo? —preguntó con voz suave.

El párroco bajó la mirada y se cubrió la cara con las manos.

—Cerré la iglesia hacia las seis. Ya no había nadie dentro. Eso lo compruebo cada vez. Hace años se nos quedó dentro una mujer sin querer. Tuvo que pasar toda la noche aguantando el frío. Eso no puede volver a pasar.

Florian tomó nota.

—¿Le ha llamado la atención algo? ¿Tal vez una cara nueva, o alguien que se comportara de manera extraña?

—La iglesia estaba llena. Hoy ha cantado el coro. Aquí habría casi ciento cincuenta personas, seguro. Las puertas están abiertas a cualquiera. Tengo que pensarlo. —Cerró los ojos y apretó los labios, concentrado.

—No —dijo el párroco al cabo de un rato—. Caras desconocidas sí, pero nadie que se comportara de manera llamativa. Era un acontecimiento alegre. De esos que debían calentar los corazones en esta época fría y oscura. Cada uno de los asistentes se fue a casa con la mirada brillante. —Se levantó y se dirigió a la escalera—. ¿Puedo ver a la mujer? —preguntó.

—Por supuesto. Es posible que incluso reconozca usted a la fallecida —respondió Florian, y se hizo a un lado.

El párroco dio unos pasos vacilantes y se detuvo ante la víctima.

—A esta mujer no la había visto nunca. Que yo sepa, no es miembro de nuestra parroquia, y esta noche tampoco estaba en el oficio.

—Bien —murmuró Florian, y tomó nota—. Han forzado la puerta de la iglesia, sí, pero, aun así, necesito saber quién tiene una llave de la iglesia. Es pura rutina.

—Yo, mi asistente pastoral, y hay una llave en el despacho. —El párroco se palpó los bolsillos, nervioso, y sacó una llave—. La mía sigue aquí —constató, aliviado.

—Gracias —repuso Florian, y siguió interrogando al párroco mientras Julia se percataba de Lenja Nielsen, que entraba en la iglesia con un maletín de instrumentos en la mano. Se dirigía hacia Julia.

—Ya estás aquí. —Julia levantó la mano a modo de saludo.

—Gracias por avisarme —dijo Lenja, e hizo un gesto de cabeza hacia la ahorcada. Las facciones se le crisparon.

Julia conocía la diferencia entre la sala de autopsias y una escena del crimen. Eran dos cosas muy distintas examinar un cadáver en un entorno neutro, sobre una mesa de acero inoxidable, o verlo en el lugar del hallazgo. El lugar del hallazgo, que en este caso era probablemente también la escena del crimen, contaba una historia sobre la persona que había muerto allí. Todo aquel sufrimiento, todo aquel horror, quedaban suspendidos en el aire. Era imposible ignorar el espanto de la muerte y reducir el cadáver a un simple cuerpo sin vida. Sin embargo, para determinar la hora y la causa de la muerte resultaba muy útil conocer la escena. Así entraban en la investigación bastantes más detalles que, de otro modo, se podrían haber pasado por alto. Las fotos del lugar de los hechos no podían sustituir a la realidad.

—Ha muerto exactamente como el asesino lo anunció en su mensaje —musitó Lenja.

—Examinemos el cadáver de cerca —propuso Julia. El espanto se dominaba mejor mediante la rutina y la distracción. Se acuclilló junto a la mujer muerta y le cogió la mano derecha. Le flexionó los dedos pálidos y luego dejó deslizar el brazo de nuevo hasta el suelo.

—¿Cómo valoras el rigor mortis? —le preguntó a Lenja, que la observaba con interés.

Su ayudante se puso de rodillas y le cogió la otra muñeca. Comprobó también la movilidad de cada uno de los dedos y, por último, repitió la operación con los codos y las rodillas.

—El rigor mortis aún no se ha instaurado —constató—. Normalmente aparece a las dos o cuatro horas. Aquí dentro hace frío. En este caso tarda más. —Lenja deslizó el dedo enguantado desde la comisura izquierda de la boca de la fallecida hasta la barbilla—. El rastro de saliva aún está húmedo. Deberíamos medir la

temperatura corporal. Parece que tampoco ha bajado de forma significativa.

—Buena idea —la elogió Julia, y le puso a Lenja un termómetro en la mano. Mientras Lenja le subía a la víctima el abrigo y la falda para tomar la temperatura rectal, Julia examinó la cabeza y la parte superior del cuerpo. La fallecida llevaba el pelo negro y corto y tenía unos cuarenta años. La cara estaba discretamente maquillada; el pintalabios solo se distinguía ya en el borde de los labios. El cuero cabelludo parecía intacto. Julia buscó un tatuaje u otra señal llamativa, pero, a primera vista, no encontró nada. Le subió las mangas del abrigo y buscó cortes. Inspeccionó las medias, que no presentaban roturas. Julia se preguntó dónde habría dejado el asesino esta vez un mensaje.

—La temperatura aún no ha bajado. Eso significa que la mujer lleva muerta dos horas, tres como máximo. —Lenja embolsó el termómetro y lo devolvió al maletín.

—Si se tiene en cuenta el frío del entorno, son más bien dos horas que tres —observó Julia, y le abrió la blusa a la mujer. Tampoco en la parte superior del cuerpo descubrió indicio alguno.

—Tenemos que darle la vuelta —decidió Julia—. Quizá el asesino haya vuelto a esconder un mensaje.

Juntas hicieron rodar con cuidado a la fallecida boca abajo. Un profundo verdugón rojo le recorría la espalda. Pegado a ella había un papel. Julia se ajustó las gafas en la nariz, horrorizada, y empezó a leer.

26

—¡Abuelo! ¡Déjate ya de tonterías! —gritó. Un grito de dolor se le escapó cuando el viejo le descargó la barra de hierro contra la cabeza.

—Maldita sea. Quiero salir de aquí. —Embistió la pared de tablones con todo el peso del cuerpo. Pero era demasiado sólida. La había construido él mismo y aguantaba a un verraco adulto. Maldijo y se retiró refunfuñando. Pues nada, jugaría a aquel juego estúpido. El abuelo tenía que darse cuenta, de una vez, de que ya no era un niño pequeño y miedoso. Ni un debilucho indefenso y lloriqueante. Ahora era un hombre. Casi dieciocho años.

—Sé lo que estás pensando, muchacho —gruñó el viejo, y se dio unos golpecitos en el muslo con la barra—. Pero el respeto te lo tienes que ganar primero. En mi granja no tolero la desobediencia. Tú solito te has metido en este berenjenal y ahora te la tragas. Si hubieras resuelto las tareas sin más, no estarías ahora sentado en la mierda de los cerdos. Conque recompóntete y echa a correr de una vez.

Crac. El abuelo cerró el pasillo con una plancha de madera. Ya no había vuelta atrás.

De pronto se sintió otra vez indefenso y a su merced. Casi como cuando era pequeño. El estómago le rugía. Tenía hambre y sed. Levantó la vista. El abuelo lo miraba fijamente desde arriba. Estaba

subido a un podio, detrás de la valla de tablones, y le dirigía una sonrisa burlona. En los ojos le brillaba un destello traicionero.

Bajó la mirada y le pegó una patada de rabia a las tablas, que no cedieron ni un milímetro. Por fin avanzó unos pasos al trote. Bah, qué va a pasar, pensó, e intentó calmar la respiración. El parkour lo había creado él mismo; lo conocía al dedillo. O acababa en el lodazal o en el campo.

El abuelo lo arreaba, pero apenas reaccionaba. Que el viejo se pusiera hecho una furia. De comer hoy ya no le iban a dar, de todos modos. A eso se había acostumbrado a lo largo de los años. Podía con un poco de hambre, y en cuanto al día siguiente resolviera la nueva tarea, le darían algo de comer. Siguió corriendo y esquivó con habilidad la barra de hierro con la que el abuelo intentaba alcanzarlo una y otra vez. Llegó a la bifurcación, donde se decidía si caía al lodazal o quedaba libre. Una tabla gruesa cerraba el camino hacia la libertad. Se detuvo al ver un papel que el abuelo había clavado allí, en una de las tablas. Otra tarea más. Resopló. Números y juegos de palabras enrevesados se encadenaban unos a otros. No tenía ni la menor gana de romperse la cabeza con aquello. Pues acabaría en el barro. En el peor de los casos, el abuelo lo dejaría unos días sin ducharse. Tendría que permanecer en el suelo para no estropear los muebles. Arrancó el papel y quiso hacerlo una bola. De buena gana se lo habría tirado al abuelo a los pies. Pero, de pronto, le volvió el miedo. No tenía a nadie más. ¿Adónde iba a ir? Si no le seguía el juego, el abuelo lo echaría de casa. De eso no había duda. Miró a su alrededor y se topó con los ojos al acecho del viejo. Algo tramaba. Conocía aquella expresión.

—Por desgracia tu tiempo se ha agotado, debilucho —se burló el abuelo, y levantó una tabla detrás de él.

Se quedó parado, desconcertado, con el papel todavía en la mano. Justo después oyó algo, o, más bien, a él. Hugo, el verraco, irrumpió por el pasillo. El corazón se le aceleró. Hugo llevaba dos días sin recibir comida. Hambriento y agresivo, el verraco gigantesco se comería todo lo que no se subiera a los árboles antes de que contara hasta tres. Presa del pánico, salió corriendo. Hugo avanzaba con estrépito detrás de él por el pasillo estrecho. El verraco

resoplaba, furioso. Sentía su aliento caliente. Aquel animal enloquecido iba a matarlo si no escapaba. Con el corazón a punto de estallar, recorrió el pasillo que acababa en el barro. Si es que llegaba siquiera. Detrás de la siguiente esquina había un hueco. Hizo una finta y se metió dentro. El verraco pasó disparado por delante de él. Chilló de rabia, se estampó con toda su fuerza contra la pared y luego empezó a retroceder. No podía darse la vuelta: el pasillo era demasiado estrecho.

Saltó hacia arriba e intentó agarrarse al tablón más alto. Si conseguía izarse, quizá pudiera salir. Los cuartos traseros de Hugo se le acercaban a una velocidad peligrosa. Saltó, pero solo consiguió arañar la pared de tablones con las uñas. Lo intentó otra vez, pero la pared era sencillamente demasiado alta. Cada vez resbalaba. Hugo ya estaba a su altura y soltaba coces descontroladas hacia atrás. Desesperado, tomó carrerilla y consiguió aferrarse a la pared con una mano. La otra braceaba en el aire. Reunió todas sus fuerzas y logró sujetarse también con la otra mano. Hugo se volvía loco debajo de él. Con su enorme hocico le dio un golpe doloroso en la pierna izquierda. Presa del pánico, se izó. Los músculos le temblaban con fuerza. No era de extrañar: el hambre lo debilitaba. Hugo gruñó, furioso, y trató de morderle los pies. Le dio una patada fuerte al bicho, en la cabeza. El animal se apartó un instante, pero solo para atacar de nuevo. De pronto el abuelo estaba encima de él. Lo miraba desde arriba con cara sombría.

—Ayúdame —suplicó, pero los ojos del viejo solo se volvieron aún más negros.

—Tendrías que haber hecho los deberes —escupió con saña, y descargó la barra de hierro sobre él.

—¡No! —gritó, y sintió cómo los dedos se le iban resbalando de la pared.

27

La luz fría se reflejaba sobre el acero inoxidable bruñido. Una piel de tono azulado y exangüe descansaba sobre el metal desnudo. Para Julia, la imagen de la muerte tenía algo de familiar. Allí, en la sala de autopsias del Instituto de Medicina Legal, la muerte resultaba neutra. La fallecida de la iglesia de Sankt Agnes parecía ahora casi apacible en comparación con la escena del crimen.

—De verdad que es algo completamente distinto examinar un cadáver en la escena del crimen —dijo Lenja, como si le hubiera leído los pensamientos a Julia—. Las imágenes ya no se me van de la cabeza. He pasado media noche en vela. —Lenja soltó un suspiro —. ¿Cómo puede alguien ser tan cruel y ejecutar a otra persona?

Julia le sostuvo una larga mirada a Lenja. Aquella pregunta se la había hecho ella tantas veces, sobre todo a propósito de Michael.

—Hay tipos que sencillamente son degenerados —repuso—. Yo me lo imagino como un tumor. Al principio se desarrolla sin que se note, y luego, en un momento dado, ya no hay forma de detenerlo. Algo así debe de ocurrir en la cabeza de un asesino como este. — Julia examinó la ropa de la víctima y se extrañó.

—Qué curioso. En las dos primeras mujeres encontramos pelos de perro. Aquí no parece haber ninguno.

—Quizá fuera solo casualidad. Espero que pillen al asesino pronto —dijo Lenja, pensativa—. Es horrible que ni siquiera sepamos su

nombre. —Le retiró el sujetador—. Ya está. Ahora podemos ponerla boca abajo.

Con cuidado, le dieron la vuelta al cadáver. La fea marca que Julia había visto ya por la noche volvió a quedar a la vista. Pegado a ella estaba el papel plastificado. Julia, hasta el momento, no había podido despegarlo. Por lo visto, el asesino había usado pegamento. Contempló la letra fina y curvada, que también podía ser de una mujer.

—La caligrafía contrasta del todo con este asesinato espantoso —murmuró, pensativa—. Esperemos que el análisis grafológico esté listo pronto. Así sabremos por lo menos si era una persona zurda. —Aun así, aquella letra fina no encajaba demasiado con Werner Lammertz. El funerario, con su elegante traje y su porte tan distinguido, encajaba mejor con aquella escritura.

—¿Qué piensas de Theodor Ahlbach? ¿Crees que estuvo con su mujer las noches de los asesinatos? Podría imaginarme que ella le ha dado una coartada falsa.

—¿Es zurdo? —preguntó Lenja, mientras hacía unas fotos más del mensaje del asesino.

Julia la miró fijamente.

—Eso no lo sé —repuso, y se propuso preguntárselo a Florian más tarde.

—«En la noche debes mantenerte caliente. Si no, te congelarás. La muerte sabe a fresa y vainilla». —Lenja asintió mientras leía dos veces seguidas el nuevo mensaje del asesino.

Las frases venían acompañadas de una serie confusa de letras que no formaba ninguna palabra coherente. Florian había puesto al criptoanalista a trabajar con aquel galimatías de letras la noche anterior. Sospechaban que se trataba, de nuevo, de una indicación de lugar. Por lo demás, las dos frases podían significar cualquier cosa. Con las temperaturas invernales que había, uno se congelaba sin tener que hacer nada, en cuanto lo dejaban a la intemperie. Por supuesto, también podía referirse a una cámara frigorífica o a un arcón congelador.

—¿Por qué tiene que hablar siempre el asesino con acertijos? ¿Qué saca con eso?

—Apuesto a que nos observa —dijo Lenja—. Le pone que nos desesperemos con sus mensajes, y se alegra, seguramente, cuando llegamos tarde. Pero, esta vez, le vamos a aguar la fiesta.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? —preguntó Julia, y, con la ayuda de Lenja, volvió a poner al cadáver boca arriba.

—Muy fácil. He pasado media noche dándole vueltas a ese mensaje y creo que sé qué significa.

—¿Ah, sí? —Julia estaba intrigada.

Lenja sacó como por arte de magia un folleto publicitario del bolsillo.

—¿Conoces esto? Es el eslogan de una heladería de Colonia. El dueño hace los helados él mismo. La conozco por una amiga que está totalmente entusiasmada con los sabores tan diferentes que tienen. El eslogan coincide exactamente con el mensaje del asesino: solo cambia una palabra. No puede ser casualidad, ¿no?

Julia miró el folleto y murmuró:

—«El verano sabe a fresa y vainilla». Cielo santo, podrías tener razón.

Lenja se iluminó.

—He investigado un poco. El dueño tiene otra heladería cerca y abastece también a un supermercado de la zona.

—¿Se lo has contado ya a Florian? —preguntó Julia.

Lenja negó con la cabeza.

—Sinceramente, primero quería saber qué opinabas tú. Nunca acudiría a la Policía Judicial sin ti.

Julia se quitó los guantes. Lenja le caía bien de verdad. Era una mujer competente y segura de sí misma, pero que tenía los pies en la tierra. Lenja sonreía contenta, con las mejillas algo sonrosadas.

—¿Le echamos un vistazo en el plano de la ciudad?

—Buena idea. Ya he marcado algunas cruces —respondió Lenja, y se llevó a Julia desde la sala al despacho. Extendió el plano de la ciudad sobre su escritorio.

—He estado una eternidad rompiéndome la cabeza con ese código de letras. Al final tuve que reconocer que es una tarea que, si acaso, solo puede resolver el criptoanalista. Aunque a lo mejor

también me equivoco del todo con lo de las heladerías. —Lenja señaló tres cruces rojas sobre el plano.

—Aquí se encontraron los cadáveres. La primera mujer, en su piso; la segunda, en el Uni-Center; y la tercera, en la iglesia de Sankt Agnes. Los tres lugares están en barrios distintos, alejados entre sí. Por eso he marcado también el lugar de residencia de las víctimas. Aquí los tienes, en círculos azules.

Las viviendas de las dos primeras víctimas estaban en barrios distintos, sí, pero, aun así, a no más de diez minutos la una de la otra. Como aún no habían identificado a la tercera mujer, no sabían si su domicilio se encontraba cerca. Además, Lenja había trazado un gran círculo amarillo en torno a una zona con otras tres marcas negras.

—¿Es ahí donde venden el helado? —preguntó Julia; al instante había sumado dos y dos.

Lenja asintió.

—¿No es una casualidad demencial que las heladerías y el supermercado queden dentro del radio de los dos domicilios? Colonia es una ciudad de un millón de habitantes. —Dio una palmada—. Tengo claro, eso sí, que para el mensaje del asesino podría haber miles de otras interpretaciones.

—Pero la tuya es muy convincente —respondió Julia, pensativa—. Lo que no entiendo en absoluto es por qué esta vez el asesino ha escrito un papel. De las dos primeras víctimas hizo fotos, colgó mensajes en internet o los dejó en una tarjeta de memoria. ¿Por qué ahora deja de usar esos medios?

Lenja tecleó algo en el ordenador.

—¿Has mirado en Twitter?

—No —reconoció Julia, y se enfadó consigo misma por no haber caído en ello.

—Hay un tuit nuevo —dijo Lenja, excitada—. Ha vuelto a enlazar una foto.

Julia rodeó la mesa de Lenja para poder ver el monitor.

—Es ella, sí. —En la foto colgaba ya muerta de la soga. ¿Por qué no la había fotografiado, como a Paula Markowitz, todavía con vida? ¿No le importaba, acaso, que la víctima estuviera viva en sus fotos?

Julia examinó la imagen con detenimiento y esperó descubrir en algún punto un reflejo o algo revelador. Pero, a primera vista, no había absolutamente nada.

—Primero vamos a hacer la autopsia. Quiero saber con exactitud cómo la ahorcaron y qué tiene en el estómago. —Julia regresó a la sala de autopsias y estudió el surco de estrangulamiento alrededor del cuello de la fallecida. La soga había dejado un calco de su trenzado, que en algunos puntos ya empezaba a desaparecer. Era totalmente normal tras una retirada precoz post mortem del lazo.

—Desde tu punto de vista, ¿qué tipo de ahorcamiento es?

Su ayudante examinó el cuello y respondió:

—Diría que un ahorcamiento típico, porque la marca de estrangulamiento es simétrica. Sube por ambos lados hasta la zona de la nuca y el nudo queda exactamente en la línea media, por encima del nacimiento del pelo de la nuca.

—Correcto —dijo Julia—. Además, el cuerpo colgaba libremente en el aire, de modo que es probable que las venas y las arterias se comprimieran de manera brusca. ¿Qué significa eso para nuestro diagnóstico?

—La congestión o hinchazón del rostro es solo leve y... —Lenja se interrumpió y le levantó los párpados a la mujer— no hay petequias en la conjuntiva palpebral. Normalmente, al ejercerse violencia sobre el cuello, la cara se hincha mucho y se forman hemorragias en la conjuntiva ocular. Lo más probable, por tanto, es que perdiera el conocimiento en pocos segundos.

—Tampoco deberíamos encontrar hemorragias en el oído ni en la boca —concluyó Julia, y le puso a Lenja una pequeña linterna en la mano.

Lenja examinó con cuidado la cabeza del cadáver.

—No hay hemorragias. Sí puedo distinguir regueros de secreción en la nariz, en la boca y en los ojos. —Lenja levantó la vista—. Sinceramente, me alegro de que no la encontrásemos justo después del ahorcamiento.

—¿Por qué? —preguntó Julia, mientras examinaba el dedo que había quedado bajo la soga y que también presentaba el dibujo trenzado de la cuerda.

—Pues porque seguro que tuvo convulsiones. Me lo imagino totalmente espeluznante: un cuerpo agitándose con espasmos en una iglesia a oscuras.

Julia tenía mala conciencia. Tal vez fuera aún pronto para llevar a Lenja a las escenas del crimen.

—Lo mejor es que te concentres solo en los hechos —le aconsejó —. Cualquier otra cosa te distrae y puedes acabar sintiéndote mal. Al principio a mí me pasaba lo mismo. Créeme, enseguida me quité la costumbre de imaginarme las circunstancias con todo detalle, porque tenía unas pesadillas espantosas.

Terminaron con el examen del cráneo. A continuación, Julia cogió un bisturí y empezó la apertura de la cavidad torácica. Cortó desde ambas clavículas en diagonal hasta el esternón y trazó con la hoja afilada una Y roja que terminaba en el pubis.

—Desde luego, esta mujer no cenó —constató al abrir el estómago y olerlo—. No huele a alcohol. La primera víctima estaba borracha; las otras dos, no. Además, solo a Fabienne Lammertz le falta la ropa interior. ¿Por qué se lleva esas prendas tan íntimas de ella, pero no de las otras?

—A lo mejor le parecían demasiado mayores. Tienen casi cuarenta años —apuntó Lenja.

Pero Julia no estaba convencida. Si el asesino hubiera querido mujeres más jóvenes, ahora no estarían muertas Paula Markowitz y aquella desconocida. Cambiando una y otra vez de modus operandi, el asesino se lo ponía muy difícil para encajar las piezas del rompecabezas. Probablemente estaba cometiendo un error de razonamiento. Pero no sabía cuál.

Llevaron a cabo la autopsia hasta el final sin nuevos hallazgos. La víctima, de unos cuarenta años, habría tenido por delante muchos años de vida saludable. Una y otra vez, el cerebro de Julia le devolvía a la consciencia la escena en la plataforma de observación del Uni-Center. Si hubiera retenido al asesino, aquella mujer estaría hoy con vida. Después de coser las incisiones, Julia, agotada, tiró los guantes de látex a la papelera.

Cogió el móvil y marcó el número de Florian. Pero no contestó nadie.

28

Florian estaba sentado en un banco cerca de la Ebertplatz y se pasaba los dedos por el pelo. Después hizo scroll en el móvil sin fijarse en realidad en nada. Aquella pose servía solo de camuflaje. El frío gélido le convertía el aliento en un vapor fino. Disimuladamente, controlaba una y otra vez el entorno. Martin Saathoff iba y venía, a cierta distancia, delante de un edificio en el que las prostitutas podían retirarse con sus clientes. En las inmediaciones se habían apostado otros dos agentes de paisano. Buscaban a una prostituta pelirroja llamada Melanie. Era una de las mejores amigas de Nancy y quizá supiera adónde había desaparecido. Florian sospechaba que Nancy se había largado con Werner Lammertz. Su chulo no tenía ni idea de dónde se había metido, pero al menos había podido darles la dirección de su apartamento. Allí habían ido puerta por puerta hablando con todos los vecinos. Una compañera de piso, por fin, les había dado el chivatazo sobre Melanie.

Florian observó a tres prostitutas que hablaban con un cliente. Una flacucha alta balanceaba las caderas y torció el gesto, ofendida, cuando el hombre se decantó por la morena más bajita. Las mujeres tenían un aspecto bastante ajado. Por lo visto, no les quedaba más remedio que aguantar el frío glacial del invierno. Le daban pena. Nadie debería tener que vender su cuerpo por dinero. Y mucho menos en aquella zona, en la que abundaban traficantes de drogas y

otros delincuentes. Pese a la importante ampliación de la presencia policial, seguía habiendo incidentes graves. Suspiró y siguió mirando por si veía a una pelirroja. La policía científica continuaba peinando la escena del crimen de la iglesia de Sankt Agnes. Era desesperante que aún no supieran quién era la fallecida. En la base de datos de personas desaparecidas no había ninguna entrada que coincidiera, y en la parroquia nadie parecía conocer a la mujer. Unos agentes de patrulla interrogaban en ese momento a los vecinos de las calles aledañas, pero, hasta entonces, ningún compañero había llamado con resultados. Florian volvió a mirar el móvil. Julia había intentado localizarlo. Tenía el teléfono en modo vibración y no se había enterado de la llamada. Tecleó rápidamente un mensaje y le comunicó que daría señales tras la vigilancia. No quería arriesgarse a quedar al descubierto. Las prostitutas, por regla general, eran muy desconfiadas. Cuando se guardó el móvil, vio cómo Martin Saathoff abordaba a una joven rubia. La mujer negó con la cabeza y siguió caminando.

El móvil le vibró en el bolsillo del pantalón. Convencido de que era Julia con algo muy importante, lo cogió.

—¿Hablo con Florian Kessler? —La voz femenina al otro lado de la línea no era la de Julia.

—Sí. ¿Con quién hablo? —preguntó Florian, extrañado por el temblor que percibía en la voz.

—Soy Amelie Schweigert —susurró la mujer, alterada. A Florian le costó unos segundos rebuscar en la memoria. Después se acordó de que era una amiga del instituto de Fabienne Lammertz. Amelie Schweigert y Daniela Becker habían declarado no haber observado nada llamativo en el comportamiento o en el entorno de la víctima. Sin embargo, Amelie Schweigert se había mostrado muy nerviosa durante el interrogatorio.

—¿Podemos vernos en algún sitio? Por favor.

—¿De qué se trata?

—Eso no se lo puedo explicar así, por teléfono. Ha pasado algo. Algo malo. ¿No podría venir? Estoy en el Café Paris, cerca del Uni-Center.

—Ahora mismo no me viene especialmente bien.

—Ay, no. Por favor, no me diga que sigue detrás del padre de Fabienne.

Florian se quedó desconcertado.

—¿Por qué iba a ser un error? —preguntó, y con los dedos le hizo una seña a Martin Saathoff.

—Pues porque es inocente. Yo conozco al asesino. Conque venga al café, por favor. Rápido.

Amelie Schweigert había colgado.

Florian se quedó mirando la pantalla, atónito.

—¿Qué pasa, compañero? —resopló Martin Saathoff, que se había acercado al trote.

—Era Amelie Schweigert. Asegura que conoce al asesino de Fabienne Lammertz.

Saathoff soltó una risa.

—Vaya, no me extraña especialmente. Apuesto a que Werner Lammertz va detrás de toda jovencita que no se ponga a salvo a la de tres.

—No. No se refería a Lammertz. Solo nos lo dirá cuando nos veamos con ella.

Saathoff lo miró sin entender; luego dijo:

—Vale. Pues los compañeros siguen aquí sin nosotros y nosotros nos pasamos un momento.

Florian se levantó del banco de un salto.

—Tenemos que ir al Café Paris. Conduces tú.

No tardaron ni diez minutos en entrar en el café. El mobiliario era moderno, sí, pero, aun así, resultaba algo cutre. Sobre una mesa de madera oscura se habían formado cercos blancos de agua. Una camarera limpiaba otra mesa de cualquier manera y se le pasaban varias migas.

Saathoff se frotó las manos.

—Por lo menos aquí dentro hace calor. Ahí fuera se me ha congelado el culo. —Se retorció el bigote y señaló con la cabeza hacia los aseos—. Mira tú, la señorita se ha escondido bien al fondo.

Florian fue delante. Las mesas del café estaban apenas ocupadas, a pesar de que eran poco más de las cuatro de la tarde. Lo achacó al local descuidado.

—Aquí estamos —dijo a modo de saludo a Amelie Schweigert, que miraba a su alrededor con nerviosismo.

—Gracias a Dios, ya están aquí. Me ha llamado ya dos veces. —La voz le volvió a temblar.

—¿Quién? —preguntó Florian, y se sentó a su lado.

Amelie Schweigert no respondió. Esperó a que Martin Saathoff tomara asiento y, entonces, rebuscó en el bolso.

—Mire, señora Schweigert, vamos verdaderamente con prisa —dijo Florian—. ¿Y si nos dice usted, sin más, qué pasa?

—Un momento —respondió la joven—. Voy a enseñarles algo que se explica solo. —Sacó del bolso unas bragas negras y un sujetador y los puso sobre la mesa, delante de ellos.

—Pero, bonita, no lo dirá en serio —gruñó Saathoff, y arqueó las cejas.

A Florian la cabeza le iba a mil.

—¿Es esa, acaso, la ropa interior de Fabienne Lammertz?

Amelie asintió con energía.

—Sí. ¿No es horrible? Miré debajo de la cama de pura casualidad y estaba ahí. Supe enseguida lo que ocurría. Tienen que detenerlo.

Florian no entendía una palabra. Saathoff tampoco; en la frente le apareció una arruga profunda.

Amelie los miraba a uno y a otro, confundida.

—Pero ¿es que no lo entienden? Es... —Le sonó el móvil y se sobresaltó—. Cielos, ya está otra vez —susurró con voz ronca.

Florian alcanzó a ver la pantalla. T. A., ponía. No tenía ni idea de quién era.

—A lo mejor empezamos desde el principio —propuso—. ¿Dónde ha encontrado usted la ropa interior?

A Amelie Schweigert se le saltaron las lágrimas.

—Si acabo de decirlo. Debajo de la cama, en su piso. —Se interrumpió, porque, por lo visto, se daba cuenta ella misma de lo confuso que era lo que decía—. Discúlpenme —dijo, sollozando—. Me siento muy culpable.

—¿En el piso de quién? —preguntó Florian con paciencia.

Ella tragó saliva y se retorció las manos.

—En el de Theodor Ahlbach, el dueño de la funeraria.

A Florian le costó un rato encajar la noticia. Vio ante sí al hombre enjuto que, desde su punto de vista, parecía todo menos atractivo. ¿Qué hacía Amelie Schweigert en la cama, o debajo de la cama, de aquel hombre? El cerebro de Florian buscaba a la desesperada una explicación, pero las miradas de la joven hablaban por sí solas.

—¿Y cuál es exactamente su relación con el señor Ahlbach? —A Florian la boca se le había secado de pronto. Apenas había podido pronunciar la pregunta.

Martin Saathoff estaba sentado a la mesa, pálido, y ya no se movía. La idea de que una joven se metiera en una aventura con el dueño de la funeraria le revolvía, por lo visto, el estómago.

—Quedamos de vez en cuando —tartamudeó Amelie Schweigert, abochornada—. No es lo que ustedes piensan.

—¿Ah, no? —dejó escapar Martin Saathoff—. ¿Pues entonces qué es?

A Amelie le temblaron los labios.

—Por favor, no se lo cuenten a nadie. —Miró a Florian a los ojos, con firmeza.

Él asintió a regañadientes. Saathoff asintió también.

—Él tiene un segundo piso. Solo es una habitación. De vez en cuando nos vemos y, a cambio, me da algo de dinero. —Levantó las manos en gesto defensivo—. ¡Pero no soy una puta, por si lo están pensando! —De inmediato rompió a llorar—. Sé que esto no se hace. Si mis padres lo supieran, me desheredarían. Yo misma no sé por qué me metí en esto. —Sacó un pañuelo de papel del bolso y se sonó—. Fue una gran tontería por mi parte. —Negó con la cabeza y se metió el pañuelo en el bolsillo del pantalón—. Pero ¿quién iba a sospechar que fuera semejante cabrón? ¿Pueden hacerse una idea de cómo me siento? Es espantoso. Me acosté con él, y en ese momento él ya tenía la muerte de Fabienne sobre la conciencia. Lo más probable es que yo también hubiera acabado pronto en la bañera. —Y se echó a llorar sin contenerse.

Florian estaba pasmado. Intentaba ordenar las ideas. Ni en mil años habría imaginado que Amelie Schweigert pudiera enredarse con Theodor Ahlbach.

—¿Y de dónde saca usted, exactamente, que es la ropa interior de Fabienne Lammertz? —preguntó Martin Saathoff, que, al parecer, se había rehecho.

Amelie Schweigert señaló en silencio unas iniciales casi invisibles, bordadas en el borde de las bragas.

—Le regalé el conjunto por su cumpleaños.

—¿Y desde cuándo se ve usted con el señor Ahlbach? —Saathoff parecía ya en su elemento. Sacó una libreta.

—A lo mejor desde hace tres o cuatro meses. Lo conocí por Fabienne. Era su jefe.

—Y, por lo que parece, también estuvo más de una vez en casa de Fabienne Lammertz en privado. ¿Puede contarnos algo de eso?

Amelie Schweigert asintió y bajó la mirada.

—Siento no haberles informado de eso enseguida. Pero a Theodor no le creía capaz de esto. Es muy amable y apacible. Para nada violento.

—Vale, vale. Le creemos. Por favor, responda a la pregunta.

La joven suspiró.

—Empezó hace ya un par de años. Con su mujer ya no se entendía y se le insinuó a Fabienne. A ella, al principio, no le hacía mucha gracia. Él ya es mayor y todo eso. Pero después le hizo regalos caros. La invitó a sitios, lo pagó todo, y, en un momento dado, ocurrió. Yo le metí la idea en la cabeza de que le pidiera dinero. —Amelie Schweigert levantó la vista; los labios le temblaron de nuevo—. Quiero decir, estaba claro que aquello no iba a pasar del sexo. La mujer de Theodor está enferma; algo del metabolismo. Él jamás la dejaría tirada. Y, por eso, me pareció justo que pagase por su diversión.

—¿Y por qué empezó algo con usted? Si tenía a Fabienne Lammertz —preguntó Florian.

—Yo necesitaba dinero para el piso nuevo. Por Fabienne sabía cómo era él, y a ella no le importaba. Me lo presentó y luego quedamos un par de veces para comer. Al final, él quería más.

Florian tragó saliva. A Amelie Schweigert no la habría creído capaz de semejante sangre fría. Parecía una adolescente insegura, no alguien que vendiera su cuerpo por dinero.

Como si le hubiera adivinado los pensamientos, se puso a llorar otra vez.

—Fabienne ya no quería acostarse con él. Para entonces, además, él tenía mucho lío conmigo. Y me dijo que no le importaba. Pero cuando antes he descubierto la ropa interior debajo de su cama, ya lo he entendido. —Sorbió por la nariz y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—La ropa interior podría llevar allí ya bastante tiempo. Y, además, Theodor Ahlbach tiene una coartada.

Amelie Schweigert hizo un gesto de descarte.

—Lo sé, por eso le he registrado el móvil mientras se duchaba. He encontrado un vídeo. Por lo visto, nos grabó a escondidas mientras teníamos sexo. La grabación lo muestra a él junto con Fabienne y es de la noche en que la asesinaron.

29

Florian le había mandado un mensaje y le había hecho saber que estaba vigilando la zona de la Ebertplatz. No iba a poder coger el teléfono durante un buen rato, pero a Julia le hormigueaban los dedos. A Lenja le pasaba lo mismo. Su ayudante volvía a darle vueltas al plano de la ciudad.

—¿Sigue sin saberse quién es la fallecida? —preguntó, agotada, y rodeó una y otra vez el mismo punto con un círculo.

—Si la Policía Judicial lo hubiera averiguado, nos habrían avisado. Estas cosas llevan su tiempo. En algún momento alguien la echará en falta y, esperemos, podrán identificarla. —Julia daba vueltas de un lado a otro. De pronto se dio cuenta de lo tarde que era; se detuvo y miró el reloj.

—Hace rato que ha terminado la jornada. No deberías hacer tantas horas extra.

Lenja ni siquiera levantó la mirada del plano. Murmuró algo ininteligible. Por su tono, no obstante, quedaba claro que no tenía la menor intención de irse a casa.

—Vale —dijo Julia—. Podríamos echar un vistazo a las dos heladerías y al supermercado. No puede hacernos daño y, de verdad, es una casualidad rara que el asesino utilice el eslogan publicitario para su mensaje. Y, además, las heladerías serían lugares idóneos, porque están cerradas todo el invierno. Quien

quiera trastear allí no tiene que temer a invitados inoportunos. Mejor mirar una vez de más que una de menos. Hazme un favor y mándale a Florian las direcciones y el texto del anuncio. No quiero que se enfade porque no le hayamos avisado. —Julia cogió su abrigo de invierno y esperó en el marco de la puerta a que Lenja terminara.

—¿Y si nos topamos con el asesino? ¿Qué hacemos entonces?

—Tendremos cuidado. En cuanto algo nos parezca sospechoso, nos largamos y llamamos a la policía. Espero que el asesino no vuelva a golpear tan pronto. Pero sabemos que es muy organizado y que planea por adelantado. Imagínate que descubrimos algo. Un arcón congelador, herramientas para atar, fotos. Podríamos salvar una vida.

La primera parada fue la heladería cercana al Uni-Center. Fueron en el viejo Golf de Julia.

Lenja se acercó sigilosamente a la puerta de cristal de la heladería y atisbó el interior.

—Todo a oscuras —murmuró, y bajó el picaporte—. Y bien cerrado con llave.

—Miremos también por detrás —propuso Julia. Llegaron al patio trasero por una entrada de coches y comprobaron una puerta que, sin embargo, también estaba cerrada con llave. Julia descubrió una escalera corta que bajaba al sótano y probó suerte con la puerta. El corazón empezó a latirle más deprisa: la puerta se abrió sin dificultad. Echaron otro vistazo a su alrededor y, entonces, se colaron en el edificio.

—¿Dónde está la luz? —susurró Julia, y palpó las paredes.

Lenja utilizó la linterna del móvil. Alumbró el hormigón desnudo y accionó un interruptor azul de palanca. En el acto, una bombilla mortecina iluminó el sótano, en cuyos rincones y techos colgaban toda clase de telarañas.

—Parece relativamente seco aquí abajo —observó Julia, y fue delante. Buscaba un arcón congelador o algo parecido. Pero el pasillo estrecho y largo del sótano terminaba sin más en una pared de hormigón. Julia se detuvo. A derecha e izquierda había varias puertas. Bajó los picaportes de las de la derecha mientras Lenja comprobaba el otro lado. Por fin Julia dio con una puerta que cedía.

—Aquí está la escalera —susurró, y buscó a tientas el interruptor de la luz. Las paredes, antes blancas, de aquella escalera vetusta tenían churretes oscuros. Los peldaños desgastados crujían a cada paso. Si Lammertz estuviera escondido por allí, los oiría llegar a kilómetros de distancia. Julia se acordó, con horror, de su ficha. El hombre tenía clarísimas tendencias violentas.

Llegaron a la planta baja y volvieron a tener suerte. La puerta no estaba cerrada con llave. Julia dudó un instante y luego resistió el impulso de darse, sin más, la vuelta. Un vistazo rápido no podía hacer ningún daño. Nadie se enteraría. Abrió la puerta y se topó con otra.

—Mierda —maldijo cuando bajó el picaporte en vano—. Aquí está cerrado con llave.

—Espera —dijo Lenja, y se agachó para mirar por la cerradura—. Está demasiado oscuro, no se ve absolutamente nada —comentó al cabo de un rato, y se incorporó de nuevo.

—Podríamos forzar la cerradura —propuso, pero Julia hizo un gesto de descarte.

—Mejor no. Florian me arranca la cabeza. Sinceramente, parece como si desde que cerraron la heladería para la pausa invernal no hubiera pisado aquí ni un alma. —Señaló la espesa capa de polvo sobre el suelo de tarima oscura, en la que se distinguían claramente sus huellas frescas.

—Vale. Lo probamos en la siguiente dirección. Aquí, por lo visto, está todo en orden.

Avanzaron unas calles más y aparcaron a cierta distancia de la heladería. La segunda sucursal parecía tan desierta como la primera. Para colmo, empezó a llover. Un viento gélido les silbaba en los oídos mientras corrían por la acera. Julia se alegró de que las farolas iluminasen casi cada rincón del camino. Acababan de refugiarse bajo el alero saliente del edificio vecino cuando Julia se quedó petrificada.

—Mira. Hay alguien ahí dentro. —Vio el haz de una linterna y quiso dar media vuelta en el sitio, pero Lenja la sujetó.

—Llama a Florian. A lo mejor puede mandar una patrulla.

Julia marcó su número de inmediato y respiró aliviada cuando, al quinto tono, por fin lo cogió.

—¿Qué pasa? —preguntó él en voz baja, y Julia dedujo que seguía con la vigilancia y no quería que lo molestasen.

—Aquí tenemos posiblemente a un sospechoso —le contó, alterada. Vio cómo el haz de la linterna se desplazaba por la heladería.

Al otro lado de la línea hubo silencio.

—¿Florian?

—Escucha, Julia. No tengo ni idea de cómo has llegado a esa conclusión. Pero vamos ahora mismo a casa de Theodor Ahlbach. Tenemos información nueva. Lo siento, tengo que colgar. Te llamo después.

Julia se quedó mirando el móvil; después siguió con la vista el haz de luz en la heladería, que se movía sin parar, y, por fin, miró a Lenja.

—Van a detener al dueño de la funeraria —explicó, atónita.

—¿Qué? Pero si no puede ser —soltó Lenja. Negó con la cabeza con energía—. ¿Por qué a ese?

Julia levantó las palmas.

—Esta mañana ya lo teníamos en el punto de mira. Es bien posible. Conoce a las dos víctimas, igual que Lammertz, y la coartada que le da su mujer no es muy sólida. Es bastante frecuente que los familiares mientan por la familia.

—Pero a ese yo no le veo capaz de esa frase del helado. El tío no le ha pegado un lametón a una bola de helado en cuarenta años. — Pasó pegada al muro de la casa antes de que Julia pudiera detenerla.

—Lenja —llamó en voz baja—. Lenja, vuelve aquí.

Pero su ayudante no reaccionó. Decidida, fue hasta el edificio vecino y desapareció en la sombra del muro de la casa, junto a la heladería.

Con el corazón a mil, Julia saltó tras ella. Maldita sea, ¿por qué tenía que ser Lenja tan cabezota? Su antiguo ayudante Emanuel jamás habría hecho algo así.

—¿Lenja? —susurró, pero no obtuvo respuesta. Lenja había desaparecido en dirección al patio trasero. Julia avanzó a tientas en la oscuridad y maldijo en silencio cuando metió el pie en un charco.

El agua helada le caló la bota derecha. Lo olvidó al instante y siguió adelante. Ni rastro de Lenja. En el aparcamiento del patio había una furgoneta con el rótulo de la heladería. Se coló al interior de la casa por una puerta trasera abierta y, ya en el pasillo, se topó con un arcón congelador. Echó dentro un vistazo rápido. El arcón estaba vacío. Julia cerró la tapa y siguió adelante hasta que, de pronto, oyó una voz masculina.

Se puso a cubierto de inmediato.

—Eche un vistazo —dijo alguien con un tono que sonaba todo menos hostil o amenazante.

Julia salió de su escondite y abrió la siguiente puerta de un tirón. Lenja estaba entre las mesas de la heladería, charlando con un hombre. Cuando se dio cuenta de la presencia de Julia, le hizo un gesto.

—Esta es mi amiga Julia.

El hombre la examinó de arriba abajo. Sonrió.

—Su amiga, fíjese usted, ha pensado que yo era un ladrón. Pero esta heladería es mía. —Se le iluminó la cara entera—. Por desgracia, en invierno la máquina de helado no está enchufada; si no, las invitaría ahora mismo.

—Gracias —dijo Julia—. Hemos visto la linterna desde fuera y hemos pensado que aquí pasaba algo raro.

—La electricidad está cortada en invierno —explicó el dueño, y se encogió de hombros—. Hay que ahorrar donde se puede. ¿Quieren beber algo?

—Es muy amable por su parte, pero tenemos que irnos a casa —respondió Julia rápidamente, y sacó a Lenja de la heladería.

—Quería echarle todavía un vistazo al arcón congelador —susurró Lenja, y se detuvo en el pasillo.

—Ya lo he hecho yo. Venga —repuso Julia—. Vamos al supermercado.

—Ahí seguro que tampoco encontraremos nada —dijo Lenja, decepcionada—. Tenía tantas esperanzas de poder detener al asesino...

—¿Y si es de verdad ese de la funeraria? Deberíamos alegrarnos de no habernos topado con él.

Lenja torció el gesto.

—Posiblemente. Aun así, a Theodor Ahlbach no le creo capaz de los asesinatos; eso sí, un tío raro lo es, desde luego.

—¿Y el dueño de la heladería? ¿Qué piensas de él? Parece agradable, pero a lo mejor no solo quería echar un vistazo para comprobar que todo iba bien. Podría ser perfectamente que viniera a enchufar el congelador. Florian debería investigar a ese hombre, en cualquier caso; tal vez no tenga coartada para las horas de los asesinatos.

Lenja la miró con los ojos muy abiertos.

—A ese aún me lo imagino menos como asesino. Y, además, me he fijado en que es diestro. En todo caso, antes ese de la funeraria.

Julia asintió. Ahlbach se había mostrado nervioso durante su visita, y que su mujer no se pusiera en su contra saltaba a la vista. ¿Habría sido aquel hombre enjuto el monstruo que la había empujado en el Uni-Center? Era una pena que los resultados del laboratorio sobre el guante no estuvieran todavía. Si se encontraran allí rastros de ADN, por ejemplo en restos de sudor, solo necesitarían una contramuestra y sabrían si era Lammertz, Ahlbach o un desconocido.

Volvieron a montarse en su viejo coche; Julia pisó el acelerador y se lanzó por las calles mojadas por la lluvia hacia el supermercado. El aparcamiento estaba fantasmagóricamente vacío. Solo una furgoneta solitaria permanecía aparcada al borde de la explanada. Unos cuantos carros de la compra estaban desperdigados en todas direcciones. Daba la impresión de que un grupo de jóvenes había hecho allí una gamberrada. Julia llegó lo más cerca posible del supermercado. La fachada acristalada estaba completamente a oscuras. Ninguna linterna que enviara, de cuando en cuando, sus haces por el interior. El sitio parecía totalmente desierto. No era de extrañar. Para entonces estaba ya cerca la medianoche. La lluvia se iba transformando poco a poco en nieve. El frío y el viento aumentaban sin tregua. Mejor escenario para una película de terror no podría haber pedido ningún director. La farola de la entrada parpadeaba al ritmo del corazón de Julia. Lo más probable era que también aquella visita fuera en balde, pero, aun así, Julia notaba el

subidón de adrenalina y bajó del coche. Tenía la bota derecha aún empapada. Pero la emoción le palpitaba en la sangre y hacía que apenas notara el frío.

Pegó la nariz al primer cristal. Lenja se puso a su lado.

—Mierda, solo veo estanterías. Los arcones congeladores seguro que están al otro extremo.

—Yo también lo creo —susurró Lenja—. Detrás del supermercado seguro que también tienen un almacén, donde puede haber más arcones.

—Echemos un vistazo —respondió Julia, y se puso delante. Esta vez prestó atención a los charcos. Saltó por encima de uno profundo y observó el patio. Al fondo había unos contenedores, otra furgoneta de reparto y un montón de palés. Los copos de nieve se le posaban en los cristales de las gafas, de modo que casi no veía nada. Aun así, siguió avanzando a tientas hasta que, sin más, se chocó contra un banco. Se mordió el labio inferior y se limpió las gafas como pudo en el abrigo. La visibilidad, sin embargo, no mejoró mucho. Julia le hizo a Lenja un gesto para que pasara delante. Su ayudante no se lo hizo decir dos veces. Adelantó a Julia y se precipitó hacia la puerta trasera del supermercado.

—Está cerrada con llave. Por lo visto aquí también está todo en orden —murmuró Lenja, algo decepcionada.

Julia se detuvo y miró a su alrededor. Más al fondo distinguió otro acceso. Delante había una rampa, donde los camiones descargaban sus envíos. Lenja había visto la rampa y ya estaba saltando para subir a ella. Julia admiró su agilidad y se izó con esfuerzo. Pasaron por unas lamas de goma negras delante de una compuerta y Lenja encendió la linterna.

—Puf. Aquí huele a podrido —se quejó, y arrugó la nariz. Tiró del asa central de la compuerta metálica. Pero no había manera de subirla. Lenja volvió a tirar con todas sus fuerzas. Julia la ayudó. La compuerta se movió unos centímetros, pero luego ya no.

—No la vamos a poder abrir —gimió Lenja.

—Mejor así —repuso una voz grave, y a Julia casi le dio un infarto.

Lenja se quedó petrificada. Julia se dio la vuelta despacio. La luz cegadora de una linterna le pasó por la cara. No distinguía absolutamente nada.

—¿Quién es usted? —ladró Julia, y aferró el bolso con fuerza, por si tenía que usarlo como arma en un ataque.

—Policía. Diga, por favor, su nombre e identifíquese.

—¿La policía? —preguntó Julia, aliviada—. Tal vez ustedes puedan ayudarnos a echar un vistazo dentro del supermercado.

—Resérvese las bromas para otra ocasión, buena mujer. Bajen las dos. Las llevamos a la comisaría. Han intentado acceder de manera ilícita a este establecimiento. —La voz del hombre no admitía réplica.

—Escúcheme, llame, por favor, sencillamente al inspector Florian Kessler. Él se lo puede explicar todo. —Julia no se movió ni un milímetro. Lenja también permaneció clavada en su sitio.

—No estiren ustedes mi paciencia, o las dejo a las dos toda la noche en comisaría por resistencia a la autoridad. Ahora se vienen conmigo. Ya.

Julia obedeció. Estaba claro que el agente no estaba interesado en llegar a un acuerdo. Vaya un burro, pensó, y saltó, desafiante, de la rampa de carga.

—¿Podría dejar de iluminarme la cara con la linterna? —le bufó, y se dejó meter sin oponer resistencia en un coche patrulla. Lenja la siguió. Durante el trayecto intentó localizar a Florian, pero no contestaba al teléfono. Julia soltó un juramento. Aquel agente de patrulla les había chafado bien los planes. Ni siquiera habían podido echar un vistazo a los arcones congeladores del supermercado.

30

Theodor Ahlbach estaba sentado, completamente rígido y con la cara petrificada, en la silla de la sala de interrogatorios. Tenía los ojos fijos, sin parpadear, en un punto imaginario de la pared.

—Su mujer ha retirado su coartada. La noche en que murió Fabienne Lammertz no estaba usted en casa, y lo mismo vale para las noches en que asesinaron a Paula Markowitz y a una tercera mujer. En cualquier caso, conocía usted a las dos primeras víctimas y, además, mantuvo una aventura demostrada con Fabienne Lammertz. ¿Puede explicarnos cómo llegó a su apartamento la ropa interior de Fabienne Lammertz? —Florian se recostó hacia atrás y contempló al dueño de la funeraria, a quien le temblaban las comisuras de los labios. El interrogatorio llevaba ya más de una hora, y esperaba que Ahlbach acabara cediendo y, por fin, confesara.

—Aquella noche estuve con Fabienne. Tuvimos relaciones; después ella se fue a su casa y yo, con mi mujer. La ropa interior se la debió de olvidar en mi piso.

—¿Y dónde estaba usted en las otras dos noches mencionadas?

Ahlbach soltó un gemido.

—Si acabo de decirlo. Quedé con Amelie. Ella lo puede atestiguar.

El hombre era un hueso duro de roer. Florian apretó, tenso, una pata de la silla. La repetición constante de las preguntas formaba parte de su táctica. Pensaba seguir así hasta que Theodor Ahlbach,

por fin, se contradijera o soltase la verdad. Aunque aquello lo irritara a él no menos que al sospechoso.

—Amelie Schweigert solo puede confirmar que esas noches usted estuvo en su apartamento durante unas dos horas. En un apartamento del que, por cierto, su mujer no sabía absolutamente nada hasta ahora.

Ahlbach volvió a gemir y negó con la cabeza.

—Yo no maté a esas mujeres. Entiéndalo, por favor. Fue Lammertz, ¿quién, si no? Por algo tiene prohibido el contacto con su familia. Fabienne le tenía miedo; no sé por qué, a pesar de todo, hablaba con él una y otra vez y lo ayudaba. A lo mejor, simplemente, porque era su padre.

—Si tanto miedo le tenía a su padre, ¿por qué lo contrató usted, para empezar? —intervino Saathoff—. ¿Le daba completamente igual cómo podía sentirse Fabienne Lammertz trabajando bajo el mismo techo que su violador?

—Fue ella la que me lo pidió. De haber sido por mí, ese tipo no habría puesto el pie en mi umbral. Pero a Fabienne le daba lástima. Tenía buen corazón. —Suspiró y se frotó las sienes, frustrado.

—¿Cómo se sintió cuando Fabienne Lammertz dejó de querer aquellos encuentros amorosos con usted? ¿La asesinó por eso?

Theodor Ahlbach miró a Florian con ojos rabiosos.

—Se lo repito por última vez. No maté ni a Fabienne, ni a Paula Markowitz, ni a esa otra mujer.

—¿Y de esto qué tiene que decir? —Martin Saathoff le deslizó un smartphone por la mesa—. Venga, dele al vídeo.

Ahlbach pulsó la flecha y, tras unos segundos, detuvo la grabación.

—¿Esto se lo ha mandado Amelie? Esa pequeña víbora me tocó el móvil y se reenvió varios de los vídeos.

—Reconoce, por tanto, que grabó a las mujeres sin su consentimiento.

—¿Y qué? ¿Y qué pasa? Es asunto mío. Tampoco iba a subir los vídeos a internet.

—Eso es un delito. Pero, ahora, primero quiero saber más sobre Paula Markowitz. ¿Cuándo la vio usted por última vez?

Ahlbach explotó. Golpeó la mesa con los dos puños.

—En el entierro de su madre. Después, nunca más. A lo mejor podrían ustedes ir tomando nota, para no repetir una y otra vez las mismas preguntas imbéciles.

—Solo quiero saber por qué mató usted a Paula Markowitz —respondió Florian con calma.

—Yo no fui —dijo el dueño de la funeraria, sin inflexión.

—La policía científica está poniendo su apartamento patas arriba en este momento. Vamos a encontrar pruebas, y a usted, de verdad, le convendría cooperar con nosotros. El juego se ha terminado. Eso tiene que tenerlo usted claro. —Florian quería seguir aumentando la presión, pero llamaron a la puerta. Una compañera joven entró con un papel en la mano y se lo dejó delante, en silencio, sobre la mesa.

—¿Conoce usted a Sabine Helm? —preguntó en tono neutro, aunque por dentro hervía. Como esperaba, Ahlbach negó con la cabeza. Estaba haciendo el papel de inocente, y los indicios contra él eran aplastantes. En el caso de Fabienne Lammertz, además, tenía un fuerte móvil de asesinato. La conexión con Paula Markowitz seguro que la sacarían pronto a la luz. El móvil le vibró en el bolsillo del pantalón, pero lo ignoró. Daba igual quién fuera; nada podía ser ahora más importante que el papel que tenía delante. Habían conseguido identificar a la tercera víctima. Sabine Helm, cuarenta años, empleada en el seguro alemán de pensiones, casada, dos hijos casi adultos. Su marido la había dado por desaparecida hacía media hora, después de volver de unas vacaciones de esquí con los hijos.

—Sí, la conozco —soltó de pronto Ahlbach—. Creo que es gestora administrativa en el seguro de pensiones. Aprobó las prestaciones para la rehabilitación de mi madre tras su importante operación de cadera. Hablé con ella unas cuantas veces. Pelo negro corto, ¿no?

Florian asintió pesadamente. Nunca había visto a un supuesto inocente que se mantuviera tan tranquilo en una confrontación así. Normalmente, precisamente los inocentes se defendían con vehemencia. También los culpables, claro, pero esos, tras varias rondas de preguntas, solían enredarse en contradicciones. Theodor Ahlbach no encajaba en ninguno de los dos grupos. Por seguridad,

lo dejarían pasar la noche allí. Que el hombre se cociera un poco. Quizá cambiara de idea y, después, sí confesara.

El móvil de Florian volvió a vibrar. Esta vez miró la pantalla. Julia, otra vez. Se levantó y salió de la sala de interrogatorios; ya fuera, cogió la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

—La policía nos ha detenido. Por favor, ven a sacarnos de aquí. —La voz de Julia no sonaba en absoluto a broma.

Florian respiró hondo. En las últimas horas, todo, de algún modo, se le estaba torciendo.

—¿Dónde estáis?

Ella le dio la dirección de la comisaría de Sulz, no lejos del Uni-Center. Florian se sintió, de pronto, culpable. Había mandado un par de patrullas a los tres sitios que Lenja Nielsen había mencionado en el correo. Que Julia fuera a meterse en líos por eso no se le había pasado por la cabeza. Y eso que se lo podía haber imaginado: que ella saldría por su cuenta. Suspiró.

—Estoy de camino —dijo, y colgó. La puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Martin Saathoff salió y negó con la cabeza, frustrado.

—El tío es un psicópata. No muestra una sola reacción; seguramente lleva demasiado tiempo manoseando cadáveres. Voy a hacer que lo lleven a una celda enseguida. Mañana por la mañana seguimos. Esperemos que la policía científica encuentre para entonces pruebas firmes. —Señaló el móvil de Florian—. ¿Era algo importante?

—Han detenido a Julia y a su ayudante.

Saathoff abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Detenidas? ¿Por qué?

Florian se encogió de hombros, cansado.

—Aún no lo sé. Las tienen en la comisaría de Sulz. Voy ahora a recogerlas.

Saathoff sonrió.

—Te acompaño; así, por lo menos, hoy nos llevamos también un éxito como rescatadores de las dos damas. —Chasqueó los dedos y le pidió a un compañero que se ocupara de Theodor Ahlbach.

Tardaron unos quince minutos en llegar a la comisaría. Un agente algo somnoliento, un tanto rellenito, los acompañó por detrás del mostrador de recepción hasta una sala de reuniones.

Julia se levantó de un salto en cuanto los vio.

—Por fin estás aquí. —Miró furiosa al joven policía sentado enfrente—. Si ahora tuviera usted la amabilidad de hablar con sus compañeros de la Policía Judicial, a lo mejor entendería lo que está pasando.

Florian se presentó brevemente y presentó también a Saathoff, y, a modo de saludo, estrechó los dedos fríos del joven, que se había levantado solícitamente.

—¿Podría saber por qué tiene aquí retenidas a la doctora Julia Schwarz y a su ayudante?

—Las dos señoras han intentado entrar a la fuerza en un supermercado. Las hemos pillado in fraganti. El asunto, en cualquier caso, va a traer consigo una denuncia.

Florian resopló: un tipo así era justo lo que le faltaba aquel día.

—Las dos forenses nos están apoyando en una investigación. No las puede mantener aquí más tiempo. La policía de patrulla tenía órdenes de controlar determinados lugares. De una detención, ni hablar.

—Estaban a punto de penetrar en el supermercado a través de una rampa de carga. Eso es, como mínimo, allanamiento.

Martin Saathoff se plantó delante del joven policía.

—A las compañeras las mandamos nosotros allí, para que comprobaran que todo estuviese en orden. De ustedes ni siquiera llegó una confirmación de que hubieran salido. Por lo visto, han llegado ustedes muchísimo más tarde de lo debido. De lo contrario, la doctora Schwarz y su ayudante no habrían tenido que ponerse en camino. Pero, si quiere, mañana por la mañana se lo comunico encantado a su superior: que para un trayecto de cinco minutos han tardado más de una hora. A Juergen Kubnick, por cierto, lo conozco bastante bien. ¿Qué han estado haciendo en lugar de eso? —Saathoff sacó el móvil del bolsillo del pantalón—. ¿Sabe qué? Lo mejor es que lo aclaremos ahora mismo. —Pulsó una tecla y se llevó el teléfono a la oreja.

El policía se puso colorado y levantó las manos en gesto defensivo.

—De acuerdo. Las dos pueden irse. No sabía que la señora Schwarz y la señora Nielsen habían venido por encargo suyo.

Saathoff torció el gesto, satisfecho, y colgó.

—Pues entonces queda aclarado. Vengan, señora Schwarz, señora Nielsen. Por hoy ya está bien de jornada. —Se colocó en el marco de la puerta y les hizo una seña galante, sin apartar la mirada de Lenja. Florian se sintió aliviado. Lo importante era que el asunto no trajera consecuencias, en particular para Julia.

—¿Y tú cómo conocías a su superior? —preguntó Florian, cuando ya estaban en el coche.

Saathoff sonrió.

—¿No te has fijado en las fotos de la pared de la entrada? Salía toda la plantilla de la comisaría. Por casualidad memoricé el nombre del jefe. Como ves, no viene mal.

Vaya, pensó Florian. La verdad es que había subestimado a su compañero.

—Lo ha hecho usted muy bien —lo elogió Julia desde el asiento trasero—. Llegué a temer que tuviéramos que pasar la noche allí.

—De verdad, con esos tipos no había quien se entendiera —añadió Lenja, y le dio una palmada a Saathoff en el hombro—. ¿Adónde quiere ir? Tenemos que volver al supermercado.

Saathoff pisó el freno y se giró un instante.

—¿Aún no han tenido bastante con la excursión? Y, además, son las dos de la madrugada. No creo que hoy podamos hacer ya nada.

—¿Y si tengo razón y hay otra víctima en uno de los arcones congeladores? Para mañana ya estará muerta. —Lenja se inclinó hacia delante y miró a Saathoff de lado, con intensidad.

Este soltó un gemido al lado de Florian y respondió:

—Por lo visto, ya está usted casi como su jefa. —Cambió el sentido y siguió en dirección contraria.

31

Michelle estaba acuclillada, desesperada, en un rincón de su dormitorio. Lars la había encerrado para que entrara en razón. ¿Razón? ¿Qué sabía él de eso? ¿Acaso había sido razonable asaltarla en el aparcamiento subterráneo y hacerla temer por su vida? Michelle sabía perfectamente que él había esperado que ella perdiera al bebé del susto. ¿Por qué no había podido cerrar la boca su compañera Bettina? Él no tenía por qué haberse enterado de lo del bebé. Así, ella habría tenido tiempo para pensar. Pero, en cambio, a él no se le ocurrió nada mejor que tenderle una emboscada, arrastrarla hasta casa y encerrarla. Hasta que aceptara abortar.

Antes muerta. En su vientre vivía algo. Un pequeño ser que dependía de ella. No iba a arrancárselo y tirarlo a la basura. Por fin había alguien que la necesitaba de verdad. Alguien que la querría. Sonrió sin querer y se acarició el vientre. Aun así, tenía que encontrar una salida. Tarde o temprano Lars volvería a estallar. No quería un hijo, ni con ella ni con ninguna otra. Los niños le resultaban demasiado pesados y demasiado caros. Le robaban la libertad. Eso, al menos, era lo que había afirmado. Le había gritado y le había soltado un par de bofetones de los buenos. Por lo menos, pese a todo, no le había pegado patadas en el vientre.

Michelle gimió, desesperada. ¿Qué habría hecho Elfriede en su lugar? ¿Huir? Pero ¿adónde? ¿Pelear? Contra Lars no había nada que hacer. Solo quedaba una posibilidad. Tenía que engañarlo, para salir entera del asunto. Pero le daba un miedo espantoso. En cuanto él calara semejante plan, la molería a palos sin piedad. Le entraban temblores con solo pensarlo. Por otra parte, si no era ahora, ¿cuándo? Se levantó con esfuerzo; las piernas le flojeaban como gelatina, y llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Lars? Me lo he pensado. Tienes razón. Un hijo significa demasiado estrés. Dame el móvil y pido cita para el aborto.

Lars no reaccionó. Y eso que ella sabía que estaba allí. Lo había oído cuando, junto al frigorífico, golpeó con una botella de cerveza contra las otras.

—¿Lars? Ábreme, por favor. Mi turno empieza enseguida. Necesitamos el dinero.

Lo oyó arrastrar los pies por la tarima. Pasos toscos, pesados. Estaba borracho. Presa del pánico, se quedó junto a la puerta. El corazón se le subía hasta la garganta. Esperaba no estar empeorándolo todo, sin más.

—¿Qué quieres, zorra?

—Pido cita en la clínica de abortos. Te lo prometo. ¿Puedes dejarme salir, por favor? Mi turno empieza enseguida. —Intentó sonar convencida y despreocupada. Pero, sencillamente, no consiguió disimular el temblor de la voz.

La llave giró en la cerradura. Lars la examinó por la rendija de la puerta. El aliento le olía a alcohol. En los ojos le ardía una mezcla de desconfianza y rabia. Empujó la puerta con tanta fuerza que golpeó contra la pared.

—Venga, ¡fuera de aquí! —Levantó el puño, rabioso, pero se tambaleó de pronto y se sujetó al marco de la puerta—. Anda, vete a trabajar, zorra.

Pasó por delante de él a toda prisa. Él intentó atraparla y consiguió agarrarla del jersey. Se zafó y trastabilló hasta el pasillo. A toda prisa cogió el bolso y se lanzó hacia la puerta del piso.

Lars se tambaleó tras ella.

—Hasta luego —dijo, se coló en el rellano y dejó que la puerta se cerrara tras de sí. En la escalera se dio cuenta de que ni siquiera llevaba la chaqueta. Hacía un frío de muerte. Rebuscó en el bolso la llave del coche. Gracias a Dios, estaba ahí. Michelle bajó corriendo las escaleras hasta el sótano. En una caja vieja guardaba el dinero para emergencias. Ahora lo iba a necesitar. A toda velocidad apartó unos cuantos cazos viejos. Detrás apareció la caja. Sacó una bolsa de plástico de un tirón. Algo más de mil euros llevaba ahorrados. Cada mes había ido añadiendo algunos billetes. Se metió la bolsa bajo el jersey y volvió a cerrar el trastero.

Subió corriendo las escaleras, se detuvo un momento en la puerta del portal y aguzó el oído, pero no se oía nada. Corrió hasta el coche, se montó y, de inmediato, echó el seguro.

Había sido casi demasiado fácil escapar de Lars. Esperaba en cualquier momento que apareciera junto a la puerta del conductor e intentara sacarla del coche a rastras. Pero estaba claramente demasiado borracho para seguirla. Soltó el aire, aliviada. Elfriede tenía razón. El bebé que llevaba dentro le daba fuerzas. Su plan iba a funcionar. Lo había pensado con todo detalle. Primero iría a trabajar y, después, directa a una casa de acogida para mujeres. Allí se quedaría hasta que naciera el bebé. En caso necesario, tendría que dejar el trabajo durante unos meses. Como las enfermeras estaban muy solicitadas en aquel momento, después seguro que conseguiría sin problemas un puesto a tiempo parcial. Hasta se planteó mudarse a otra ciudad. A algún sitio donde Lars no pudiera encontrarla. Tal vez ni siquiera la buscaría una vez que el niño hubiera nacido. Al fin y al cabo, no quería tener nada que ver con el bebé.

Por última vez vigiló, desconfiada, el bloque de viviendas en el que estaba su piso. En la puerta del portal no se movía nada. Tranquila, Michelle giró la llave para arrancar el motor. Metió la marcha atrás y miró por encima del hombro. En el asiento trasero brilló algo que no debería haber estado allí. De inmediato se le aceleró el pulso. Pisó el freno y parpadeó.

Una hoja fría salió disparada hacia delante y se le detuvo justo en la garganta.

—Vas a hacer exactamente lo que yo te diga —susurró una voz siniestra.

32

—Con las damas, mejor no meterse —explicó Saathoff con un punto pícaro, y pisó el acelerador—. Me podría imaginar, eso sí, que Ahlbach confiese mañana por la mañana. De verdad, deberíamos dar la jornada por terminada.

—Eso espero —respondió Florian, y se frotó los ojos, cansado—. Por otra parte, tenemos que seguir cada pista. Nada sería peor que fijarnos antes de tiempo en un sospechoso equivocado.

—Yo esta noche no pegaría ojo si no volvemos a echar un vistazo. Tenemos que asegurarnos de que en ese supermercado no haya nada —dijo Julia.

—Yo lo veo igual —intervino Lenja—. Si ustedes mismos han dicho que la frase del helado no puede ser casualidad. ¿No les ha dicho todavía nada su analista?

Florian negó con la cabeza.

—No, su programa informático necesita un rato para descifrar el código de letras. Pero, en el fondo, da igual. Ahlbach se queda esta noche en comisaría. No puede hacer nada malo.

—¿Y si, después de todo, es Werner Lammertz? Sigue en fuga. Es zurdo. ¿Lo han comprobado, por cierto, con Ahlbach? —preguntó Julia.

Florian no respondió de inmediato. Ella se dio cuenta de que no sabía qué decir. Por lo visto, no se habían fijado en ese detalle.

—Vamos a comprobarlo ahora. Pero os aviso ya: solo podemos mirar desde fuera. Cualquier otra cosa no se puede sin una orden de registro.

—A no ser que oigamos a alguien gritar —apuntó Saathoff—. Entonces habría peligro inminente y podríamos entrar.

Florian le lanzó una mirada sombría de reojo.

—No conviene exagerar. No quiero que Julia tenga problemas. Acaba de empezar como directora del Instituto. Una denuncia ahí no quedaría especialmente bien.

Martin Saathoff asintió y frenó el coche. Habían llegado al aparcamiento del supermercado.

—Deberíamos probar en la rampa de carga de la parte trasera —dijo Julia.

Saathoff llevó el coche, pegado al edificio, hasta la entrada trasera. Lenja bajó la primera y corrió de inmediato hasta la rampa de carga. Julia salió tras ella. Tenía la sensación de que aún hacía más frío. Tiritando, se ciñó más el abrigo de invierno e intentó ignorar la bota mojada. Esperaba no acatarrarse. Lenja ya estaba subiendo a la rampa. Martin Saathoff y Florian iban detrás. Antes de que Julia pudiera subir también ella, Lenja soltó un grito agudo. Julia no pudo descifrar, en el primer momento, si le había pasado algo o si alguna cosa la había sorprendido. Florian pasó por delante de Julia y desapareció con Saathoff entre las lamas de goma negras. Julia se abrió paso a duras penas hasta allí.

—¿Todo bien? —preguntó jadeando.

Lenja estaba delante de la compuerta y, alterada, les susurró:

—Alguien la ha subido. Antes la compuerta estaba bajada. Las dos lo hemos intentado y no había manera de moverla.

Florian alumbró con la linterna la compuerta abierta.

—La cerradura está taladrada —constató.

—Mejor aviso a la central —masculló Saathoff, y volvió a salir por la cortina hasta la rampa para hacer la llamada.

A Julia, de pronto, el corazón se le subía hasta la garganta. Vio ante sí la sombra oscura del Uni-Center y volvió a sentir el fuerte empujón con el que el asesino la había derribado.

—¿Y si el intruso sigue dentro? —preguntó, inquieta.

—Voy a mirar —respondió Florian—. Esperad aquí.

Desapareció en el supermercado. Julia se paseaba, nerviosa, de un lado a otro. Lo que más le apetecía era ir tras él. Bajo ningún concepto le podía pasar nada a Florian. Por otro lado, sabía que se podía cuidar muy bien solo. Aun así, no aguantó ni un segundo más.

—Entramos —le dijo a Lenja, y encendió la linterna del móvil. Recorrieron un amplio pasillo que, en línea recta, daba al supermercado, y buscaron a Florian con la mirada. Su linterna se encendía de manera irregular en la zona delantera.

De pronto, alguien resopló a la espalda de Julia. Sobresaltada, se dio la vuelta y levantó la linterna.

—Eh. Me está deslumbrando —se quejó Martin Saathoff, y se apartó un poco.

—¿Dónde está Florian?

—Por ahí delante, en algún sitio —respondió Julia, y notó que Lenja ya no estaba a su lado. Avanzó entre las hileras de estanterías hacia la linterna de Florian y, a los pocos metros, dio con él.

—Aquí no hay nadie —dijo—. Ahora podemos comprobar los arcones congeladores. Al fondo, a la derecha, está el helado.

Julia se adelantó. Lenja, en aquel momento, alumbraba dentro de un arcón congelador.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Julia, y empezó a revisar los arcones de la fila contigua; Florian avanzaba hacia ella desde el otro extremo.

—De momento no —dijo Lenja, y pasó al siguiente arcón—. Aquí hay patatas fritas congeladas. ¿Hay helado en el tuyo?

Julia negó con la cabeza.

—No. Aquí no hay nada.

—Tenía tantas esperanzas de encontrar algo. A lo mejor no es el momento adecuado. Deberíamos vigilar el supermercado y... —Lenja no pudo seguir, porque el móvil de Florian sonó tan estridente que ella se calló a mitad de la frase.

—Kessler al habla —respondió, y Julia observó con curiosidad su cara—. ¿Me lo puede repetir? —pidió Florian, y sacó la libreta del bolsillo. Colgó y anotó algo.

—No me lo creo. Ha tenido buen olfato, Lenja. El criptoanalista ha podido generar de nuevo unas coordenadas GPS a partir del código de letras y, adivinen, ¿qué lugar ha localizado?

Lenja miró un momento a Julia y, después, otra vez a Florian.

—¿Quiere decir aquí?

Florian asintió.

—Es exactamente este supermercado.

—Pues entonces, aquí tiene que haber algo —dijo Lenja—. La compuerta está forzada. —Dio una vuelta sobre sí misma—. Seguro que hay otra puerta en algún sitio. Aún no hemos estado en el almacén.

Claro, ¿cómo podían haber sido tan miopes? Julia había visto la puerta del almacén. Estaba delante, junto a la rampa de carga. Una puerta gris, anodina. Julia corrió hacia allí.

—Está abierta —dijo, y esperó hasta que Lenja se puso a su lado. Entró. El almacén era más grande de lo esperado. Estanterías interminables, que llegaban hasta el techo, se sucedían unas a otras y le tapaban la vista. Hacía un frío que pelaba. Saathoff encendió la luz.

—Ahí al fondo están los arcones congeladores —dijo Lenja.

Julia se acordó del eslogan publicitario del helado: «El verano sabe a fresa y vainilla». Resultaba verdaderamente perverso sustituir la palabra «verano» por «muerte».

Lenja ya estaba mirando dentro del primer arcón. Había tres seguidos. En el último, Lenja, de pronto, soltó un sonido angustiado.

—Aquí hay alguien —gritó, y empujó la tapa para abrirla—. Una mujer.

Julia corrió hacia ella y se inclinó sobre el arcón. La cara de la mujer sin vida estaba blanca como la cera; los labios, azulados. Llevaba un anorak grueso, un pantalón y unas botas. Las manos las tenía dentro de unos guantes; en el cuello, una bufanda; y el pelo, cubierto por un gorro. Tenía los ojos cerrados; lo más probable era que llevara muerta un buen rato. Aun así, Julia le levantó un poco la bufanda para tantear la carótida. De pronto, los párpados de la mujer se movieron. A Julia se le disparó el pulso.

—Hay que sacarla de ahí ya —gritó, y se volvió en busca de Florian.

—¿Está viva? —preguntó él con una chispa de esperanza en la voz, y corrió a ayudarla.

—Sí, le noto el pulso. Es débil, pero está ahí. Necesitamos una ambulancia. —La sujetaron entre todos a la vez e izaron a la mujer fuera del arcón congelador. Estaba helada. Era un milagro que siguiera viva. Con cuidado la depositaron en el suelo.

Julia se quitó el abrigo y lo extendió por encima de la mujer. En aquel momento no podía hacer más. En cuanto llegara el médico de urgencias, irían calentándola muy poco a poco. De lo contrario, podía sufrir un shock circulatorio. Hasta entonces no se había fijado en que la mujer llevaba un móvil en la mano derecha. Julia le abrió con cuidado los dedos rígidos y liberó el teléfono de la presa. Pese al frío, todavía funcionaba. Julia apoyó el dedo índice de la mujer sobre el sensor del móvil. La pantalla se iluminó.

—Madre mía —exclamó—. La ha fotografiado dentro del arcón congelador, con la tapa cerrada. La foto se tomó hace apenas cuarenta minutos.

—No me lo puedo creer. Vamos a pasar esto enseguida a búsqueda y captura —gruñó Florian, y le cogió a Julia el teléfono. Tocó la pantalla varias veces—. Ha utilizado el móvil de ella. Aquí hay otra foto, una captura de pantalla de Twitter. Un tuit nuevo. —Florian soltó un gemido—. El tipo va a seguir hasta que lo paremos.

—¿Qué ha publicado? —preguntó Lenja, y sacó un trozo de papel y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta.

—«Cuando el camino se bifurca, decides sobre la vida y la muerte. Blanca se desprende la inocencia de la madera en la tierra de nuestros padres». —Florian levantó la vista—. Curioso. Aquí no hay ningún código, ni letras ni números.

A lo lejos, Julia oyó la sirena del médico de urgencias. Ahora había que ocuparse de la víctima. El médico no podía perder tiempo buscando la entrada. De modo que cruzó corriendo el almacén hasta la rampa de los camiones y le hizo señas al coche para que se acercara. Justo detrás del médico de urgencias llegó también la

ambulancia. Dos técnicos sanitarios sacaron una camilla del vehículo con movimientos diestros.

—¿Dónde está la paciente? —preguntó la médica, y dejó que Julia le indicara el camino por el almacén. Una vez junto a la paciente, dio instrucciones rápidas a los dos técnicos sanitarios y le abrió una vía en la flexura del codo. En muy poco tiempo, subieron a la mujer inconsciente a la camilla y se la llevaron.

—¿Lo conseguirá? —preguntó Martin Saathoff cuando los sanitarios pasaron a su lado con la mujer.

La médica de urgencias solo se encogió de hombros sin detenerse.

—Tiene una hipotermia severa. Solo podemos esperar.

—Maldita sea —soltó Florian—. La policía científica tiene que venir y poner esto patas arriba. A lo mejor esta vez ha cometido un error y ha dejado su ADN en algún sitio. Esperemos que la mujer salga adelante; entonces podrá contarnos quién es ese cabrón.

33

Un año antes

—Por aquí —gorjeó alegre, y observó cómo el viejo se movía con esfuerzo por el pasillo estrecho. A diferencia de él, no llevaba consigo una barra de hierro. Al fin y al cabo, no era un monstruo, aunque el abuelo, desde luego, se lo hubiera merecido.

—¿Muchacho? —El viejo, con ojos casi ciegos, giró sobre sí mismo—. ¿Muchacho? ¿Dónde estás? Venga ya. Sácame de aquí. Yo no soy tu juguete.

Algo en la voz del abuelo le hizo aguzar el oído. El anciano sufría demencia, pero a veces afloraba de nuevo su yo de antaño. Lo notaba por el tono autoritario. Por un instante, hasta sintió la tentación de obedecerlo.

—¿Dónde estoy? —se quejaba ya el viejo al minuto siguiente. Apenas se enteraba de nada. En el fondo, tampoco tenía gracia devolverle todas las cosas malas que él había tenido que aguantar durante tantos años. No todo había sido malo, le contradijo una voz dentro de él. A su manera, tu abuelo siempre te ha querido.

—Puede ser —chilló, y se apretó las manos contra la cabeza—. Pero me pegaste y me humillaste. Me dejaste pasar hambre. —Las dos últimas frases no las pronunció en voz alta. Seguía sin atreverse

a enfrentar al viejo con sus propios actos. Y eso que ya tenía treinta y cinco años, y el abuelo casi ochenta.

—En casa —respondió, con más dulzura de la que había pretendido.

—¿Muchacho? Anda, ahí estás. Ven. Déjame que te dé un abrazo.

El viejo daba pasitos por el pasillo, aquel en el que en otra época corrían los cerdos, y le tendía la mano huesuda. ¿Cuántas veces lo habían maltratado aquellas manos? ¿Y en qué se había convertido ahora el hombre que se había divertido haciéndolo sufrir? A veces ni siquiera lo reconocía.

—Tú sigue caminando, sin más —le dijo.

El abuelo bizqueó con ojos turbios a través de una rendija.

—Muchacho, qué grande te has hecho. ¿Cuándo volvemos a comer juntos?

Puso los ojos en blanco. ¿Cómo iba a castigar a alguien que no solo era viejo y frágil, sino que, encima, ahora, de pronto, también era amable?

—Maldita sea, ¿por qué no corres? Como yo, en aquel entonces.

El viejo lo miró sin entender y sonrió.

—Cuánta energía. No te pareces en nada a tu padre. —El abuelo se iluminó, y a él casi se le partió el corazón. No tenía valor para dejar a aquel despojo deambulando más rato por el parkour de los cerdos. Hasta el lodazal seguramente no llegaría jamás. Con sentimientos encontrados, abrió una salida. Desde dentro, solo se distinguía por un lado. Había que mirar hacia atrás para reconocer el hueco entre los tablones. Detrás había una palanca para abrirla. El abuelo había instalado aquella salida de emergencia sin que él lo supiera. Solo así había podido escapar, años atrás, de Hugo. Su abuelo le había dado un golpe con la barra de hierro al verraco enloquecido y, después, lo había sacado a él por la abertura. De lo contrario, el cerdo lo habría herido mucho más gravemente. De aquel incidente le había quedado una cicatriz alargada en la parte inferior de la pierna. Nunca olvidaría que el viejo, al final, sí lo había salvado.

—Anda, sal de ahí, abuelo. Te llevo a casa —dijo, frustrado, y guio al anciano tambaleante por el patio, en el que se acumulaban basura y escombros. Desde que el abuelo vivía en la residencia de ancianos, él se había abandonado y no se había ocupado de nada en condiciones. No podía. Todavía no. Algún día renunciaría a su piso en la ciudad y volvería del todo allí. Pero, hasta que llegara ese momento, tenía otras cosas pendientes. Empujó al viejo delante de él. Muy despacio, para que no se cayera, y luego lo ayudó a montarse en su coche.

—Eres un buen muchacho —balbuceó el viejo con los ojos húmedos.

Él consiguió esbozar una sonrisa forzada y arrancó. De pronto, en medio de la carretera comarcal, el abuelo lo agarró por la nuca.

—¡Eso no lo vuelves a hacer en la vida, muchacho!

Pisó el freno y lo miró, horrorizado.

—No me vuelves a encerrar nunca más en el parkour de los cerdos. Eso, hazme el favor, te lo guardas para algún otro. ¿Entendido?

Asintió, arrepentido, y bajó la mirada.

El abuelo le soltó una bofetada.

—Y ahora, anda, sigue —gruñó, y señaló la carretera—. Vuelves a la granja. No tengo ganas de esa mierda de viejos. Antes reviento en la pocilga. Venga, ya. Da la vuelta.

Dudó. El abuelo necesitaba la medicación. Sin ella no aguantaría ni dos días. Decidió ignorar la orden del abuelo y siguió recto. Pero, en la siguiente curva, le entraron las dudas. Y, total, ¿por qué no?, se preguntó, y dio media vuelta.

34

Julia le había dado a Lenja el día libre. Claro que no sabía si Lenja iba a cumplirlo. Pero, como directora del Instituto, tenía que velar por que sus empleados no se agotaran del todo. El móvil le sonó por tercera vez aquella mañana, pero volvió a rechazar la llamada. Fuera lo que fuese lo que su padre quería de ella, no podía hablar con él en aquel momento. Tenía bastante con los casos de asesinato y con todo el papeleo del despacho. El nuevo mensaje del asesino le daba vueltas sin parar en la cabeza. Si pudiera detenerlo de algún modo... Confiaba en que Florian pudiera interrogar pronto a la mujer gravemente herida. Estaba en la UCI, pero, al menos, ya estaba fuera de peligro vital. Por desgracia, todavía no podía declarar. Julia firmó unos cuantos documentos para que su secretaria no terminara, definitivamente, perdiendo los nervios. Como si sus pensamientos pudieran atravesar la pared hasta la antesala, llamaron a la puerta. La señora Brandt asomó la cabeza.

—Sí, sí —dijo Julia, apresurada—. Lo he firmado todo.

Kerstin Brandt la examinó durante un segundo.

—¿Se acuerda usted de la presentación ante la junta directiva del hospital? Es esta tarde.

Julia se quedó helada. La presentación se le había olvidado por completo. ¿Cómo iba a poder con eso? Quería, sin falta, apoyar a

Florian y atrapar a aquel asesino enloquecido antes de que se llevara a la siguiente víctima.

—¿No podría aplazar de algún modo la cita? Verdaderamente, ya no sé ni dónde tengo la cabeza —le confesó a su secretaria.

La señora Brandt asintió, con cara de saberlo.

—Sinceramente, ya me esperaba algo así. Espero que no me lo tome a mal y, por favor, no me malinterprete... —Su secretaria dudó —. Bueno, le he pedido ayuda a Manfred Holsten. Llega dentro de diez minutos.

A Julia se le cayó la mandíbula al suelo. ¿De verdad era tan mala directora del Instituto como para que Kerstin Brandt tuviera que llamar a su antiguo jefe? Suspiró. En el fondo, no le hacía ninguna gracia. Por otra parte, la presentación era de enorme importancia. Al fin y al cabo, se trataba del presupuesto del año siguiente. Por más que Julia, en aquel momento, no quisiera reconocerlo, la decisión de su secretaria, probablemente, era acertada. Así le daba aire para acometer las cosas verdaderamente importantes. No tenía por qué significar que la considerara una jefa lamentable.

Antes de que pudiera responder algo, Manfred Holsten estaba en la puerta. Más que puntual, como siempre. Así lo conocía ella, y, además, nunca en la vida se habría quedado dormido para una presentación; menos aún ante la dirección del hospital.

—Ha sido una buena idea, señora Brandt. Gracias —dijo, y esperó a que Manfred Holsten cerrara la puerta a su espalda.

—Julia, ¿qué tal está? —Manfred Holsten le sonrió radiante—. Ya pensaba que no iba a pedir ayuda nunca. ¿Y sabe qué? Me alegro de que, por fin, lo haya hecho. No se imagina lo que es despertarse cada mañana y no tener ninguna tarea. Un día se parece al siguiente. Los domingos se reconocen ya solo porque los supermercados están cerrados. —Se le acercó a paso vivo y la abrazó—. He oído que lo está haciendo de maravilla. La señora Brandt no elogia a cualquiera. Ya la conoce. Tiene mucho carácter. —Se volvió con cuidado y aguzó el oído—. Espero que no esté detrás de la puerta —susurró—. Es terriblemente curiosa. Pero, aun así, un verdadero tesoro. Sin ella, yo aquí me habría hundido del todo.

A Julia se le pasó el enfado al instante. Hasta entonces, ni una sola vez se había preguntado si Manfred Holsten llevaba bien la jubilación. Ahora se avergonzaba. Por lo menos podría haberlo llamado alguna vez.

—De verdad que estoy en un aprieto —reconoció, y se dejó caer en su silla de despacho—. Esta tarde es la presentación anual ante la junta directiva del hospital, y no tengo ni idea de qué les voy a contar. Y, además, ahí fuera anda suelto un asesino en serie atroz. Tres muertas, una herida grave y el mensaje de que va a volver a golpear. —Suspiró y le explicó a Holsten los detalles.

—Pues parece que soy el hombre que usted necesita —dijo su antiguo jefe, sonriendo—. Lo mejor es que nos dé tres horas a la señora Brandt y a mí. Después vuelva al despacho y yo la prepararé para que, esta tarde, deje a la junta directiva, garantizado, impresionada. —La levantó de la silla y se desparramó en ella—. Madre mía, cómo lo había echado de menos.

—Es mi salvador —dijo Julia, y miró el reloj—. Vuelvo aquí en cuatro horas como mucho.

—Váyase ya —respondió Holsten, y ya estaba pasando hojas en un montón de papeles del escritorio.

Julia cogió el bolso y salió del despacho.

—Gracias, es usted un ángel —le dijo a Kerstin Brandt, y se apresuró hacia el coche. Florian, junto con Saathoff, estaría seguramente, en aquel mismo momento, peinando el piso de Sabine Helm. Florian le había pasado por la mañana la dirección de la tercera víctima. Aquella gestora administrativa de cuarenta años, del seguro de pensiones, no tenía alcohol alguno en sangre. Los restos de fibras bajo sus uñas coincidían con los de la segunda víctima, Paula Markowitz. Y coincidían también con las fibras que se habían recogido en la propia Julia tras el encuentro con el asesino. Por desgracia, el laboratorio no había encontrado en el guante del asesino ni rastros de ADN ni huellas dactilares. Julia daba vueltas a todos los hallazgos conseguidos hasta el momento y, totalmente perdida en sus pensamientos, condujo hasta la casa de Sabine Helm. El número de portal no necesitó buscarlo. El coche de la policía

científica estaba aparcado delante del portal y unas cintas de balizamiento rojas y blancas ondeaban ruidosamente al viento.

Julia se bajó del coche y miró al cielo gris, cubierto de nubes. En cualquier momento empezaría a llover. Tal vez incluso volviera a nevar. Tiritando, subió las escaleras hasta el primer piso.

—No me lo puedo creer —protestaba Martin Saathoff, y se interrumpió cuando se percató de Julia—. Imagínese, una patrulla ha visto a Werner Lammertz y lo ha dejado escapar. No me lo creo, ¿usted sí? A veces pienso que solo estamos rodeados de idiotas. —Negó con la cabeza, frustrado, y dejó el teléfono. Después le tendió a Julia la mano a modo de saludo.

—¿Y qué pasa ahora con el dueño de la funeraria? —preguntó Julia, con curiosidad.

—Ya no podíamos retenerlo más tiempo, así que lo hemos mandado a casa. Por cierto, ha vuelto a confirmar su declaración de que no tiene nada que ver con los asesinatos. Aun así, lo seguimos teniendo en el punto de mira. Es posible que esté compinchado con Lammertz —masculló Saathoff.

—¿Y la testigo? ¿La han interrogado ya?

Martin Saathoff puso los ojos en blanco.

—Jasmin Turak no está en condiciones de hablar. Antes de esta tarde no se va a poder hacer nada. Y la noche, ni quiero pensarla. Para entonces tenemos que tener al cabrón, si no, se va a llevar a la próxima mujer. —Le hizo una seña con la mano a Julia para que pasara.

—Florian está en el dormitorio, husmeando en la ropa interior. —Saathoff sonrió, pícaro—. Es broma. Solo está comprobando si falta algo.

Julia asintió escuetamente y pasó por delante de varios miembros de la policía científica hasta Florian. Lo encontró sumido en una conversación con Anna Schubert.

—Pero ¿cómo llega su ropa interior a la casa del dueño de la funeraria? Yo había supuesto que la habría emborrachado y, después, la habría llevado, desnuda o en albornoz, a su casa. Esa sería, por lo menos, una posibilidad de cómo ocurrió.

—Pero si tampoco podemos determinar si esa ropa la llevaba realmente aquel día. Quizá estuvo en casa de Ahlbach, mantuvo relaciones con él y, después, se metió, sin bragas ni sujetador, en los vaqueros y el jersey. Pudo tener prisa, o estar mareada por el alcohol. Posiblemente también estaba tan ebria que se olvidó de ponerse la ropa interior. Si recuerdo bien, era más de uno por mil —repuso la jefa de la policía científica.

Cuando se dio cuenta de Julia, se giró, sorprendida.

—Pero si está aquí la experta. ¿Cuánto alcohol llevaba en sangre Fabienne Lammertz? —preguntó, y la saludó con un gesto de cabeza.

—Exactamente, uno coma treinta y dos —respondió Julia, y acarició a Florian en el hombro.

—No sé qué pensar —dijo él, y suspiró—. Yo creo que Ahlbach está metido. Conocía a las tres víctimas y no tiene coartada para ninguna noche de asesinato.

—Salvo para la de ayer. Esa se la proporcionamos nosotros mismos —gruñó Saathoff.

Florian torció el gesto.

—Podría haber actuado de común acuerdo con Lammertz —especuló—. Lammertz sigue en Colonia. De eso no hay duda.

—Y la patrulla idiota la ha pifiado. ¿Cómo se les pierde de vista? —añadió Saathoff—. No quiero hundir totalmente el ánimo, pero se nos acaba el tiempo.

—Tenemos su mensaje —dijo Julia, e intentó sonar optimista—. En eso deberíamos concentrarnos. ¿Vuestro experto en descifrado tiene ya algún resultado? El supermercado lo determinó con toda precisión. Aunque Lenja fue más rápida. —Se propuso llamar a su ayudante; quizá ya se le había ocurrido alguna idea.

—Está a tope con eso. A propósito de Lenja Nielsen. ¿Dónde está, por cierto? —Los ojos de Saathoff se iluminaron.

—Le he dado el día libre. Estuvimos media noche dando vueltas. Tampoco puedo pretender que por la mañana esté otra vez puntual en la sala de autopsias.

Martin Saathoff se retorció un poco el bigote, decepcionado.

—Disculpen —irrumpió un hombre que iba de arriba abajo metido en un mono blanco de protección. Con un portátil entre las manos, se quedó en el umbral del dormitorio—. He descubierto algo importante en el ordenador de Sabine Helm. Hay unos correos electrónicos bastante feos entre ella y Theodor Ahlbach. Él la insultó de manera muy fuerte porque ella no quería autorizar las medidas de rehabilitación, tras una operación de cadera, para su madre. El último correo lo escribió hace dos semanas, después de que volvieran a rechazarle la solicitud. —Giró el portátil hacia Florian, que, con el ceño fruncido, se puso a leer.

—Tienen ustedes que asegurar estos mensajes, sin falta. Hasta la amenazó con ir a verla en privado. Increíble —dijo al cabo de un rato—. Cuando lo interrogamos, admitió conocer a Sabine Helm. Pero que se hubiera peleado con ella de esta manera nos lo ocultó.

Julia estiró el cuello y echó un vistazo al correo abierto. Releyó varias veces la última frase: «Si mete usted a mi madre en la tumba, no volverá a ser feliz en su vida». No sonaba precisamente encantador. Por otra parte, ella conocía las dificultades para tratar con las instituciones públicas. También sus padres habían tenido que pelear por cada céntimo. Naturalmente, eso no era razón para faltar al respeto, y amenazar a alguien estaba, sencillamente, fuera de lugar. Además, el estilo no le cuadraba en absoluto con la apariencia del dueño de la funeraria. Por lo visto, les estaba tomando el pelo a todos.

Florian se dirigió a Anna Schubert.

—Intente encontrar huellas dactilares o cualquier otra cosa para que podamos volver a meter a Ahlbach en custodia. Nosotros vamos ahora a echar un vistazo a las oficinas del seguro de pensiones. A lo mejor a algún compañero de Sabine Helm le ha llamado la atención algo que nos pueda servir.

Dejaron a Anna Schubert con su equipo y se fueron al lugar de trabajo de Sabine Helm. El seguro de pensiones tenía su sede en un edificio triste, funcional. Había empezado a nevar otra vez. Los copos gélidos caían en cristales desde el cielo turbio y se deshacían en el suelo convertidos en barro, que se iba acumulando en charcos sucios. Por lo menos las botas de Julia estaban secas otra vez. Tenía

cuidado de no pisar los charcos. La bota mojada había pasado el resto de la noche delante del termoventilador para conseguir secarse.

Entraron en el edificio por una puerta giratoria de cristal y se dirigieron a una mujer mayor que estaba sentada detrás del mostrador de recepción y los examinaba con mirada despierta.

—¿Vienen ustedes por la señora Helm? —preguntó, visiblemente afectada, antes incluso de que pudieran identificarse.

Florian asintió y deslizó su carnet profesional por encima del mostrador.

—Así es. Hemos llamado por teléfono. ¿Podríamos hablar con el superior de la señora Helm?

—Por supuesto. Ahora mismo. —La mujer cogió el teléfono, alterada—. Ya están aquí —dijo en el auricular, y colgó.

—¿Saben ya cómo ocurrió? Todos estamos sufriendo por su marido. Eran compañeros y ya no ha vuelto al trabajo. Habrá tenido que ser sedado con medicación. Y los pobres niños, no le digo. —Negó con la cabeza y se llevó las manos a la cara—. ¿Quién, por el amor de Dios, hace algo así? —Parpadeó por el hueco entre dos dedos—. Corren rumores de que fue un asesino en serie. Un sádico espantoso, que tiene también a otras mujeres sobre su conciencia. En el periódico salía algo de una muerta en el Uni-Center.

Los miró con los ojos abiertos de espanto y abrió la boca para seguir hablando, cuando Florian la interrumpió:

—Como le digo, queremos hablar con el superior de la señora Helm. Es urgente.

La recepcionista tomó aire, alterada.

—Por supuesto. El señor Habert ya viene.

Señaló las puertas del ascensor, que justo en ese momento se abrían.

—Ahí está.

Un treintañero atlético, en vaqueros y camisa, se dirigió hacia ellos.

—Jens Habert —dijo con un breve gesto de cabeza—. Lo mejor es que vayamos a mi despacho. —Los condujo al ascensor. Subieron

a la quinta planta y llegaron a una enorme sala en la que casi solo se veían escritorios y empleados con auriculares.

—Este es nuestro centro de atención telefónica —explicó Habert, y atravesó la sala con ellos hasta detenerse delante de un cubo de cristal que, por lo visto, era su despacho.

—Siéntense —pidió Habert, y les sostuvo la puerta. Él mismo se apoyó en el marco, ya que solo había tres sillas.

Martin Saathoff llevó la conversación. Le explicó a Habert que ya habían interrogado en profundidad a la familia de la víctima, pero que a nadie le había llamado la atención nada significativo.

—Sabemos que el marido de la señora Helm también trabaja aquí. ¿Ha notado usted alguna particularidad en su comportamiento?

En la frente de Habert se formaron, sorprendentemente, muchas arrugas. Lo negó y soltó una larga explicación, llena de rodeos. La concentración de Julia se diluyó entre sus frases interminables. Cansada, los pensamientos se le fueron, sin querer, hacia el último mensaje del asesino. Esperaba que el criptoanalista llamara pronto con novedades. Le había parecido buena idea interrogar al jefe de Sabine Helm, pero, a esas alturas, casi le parecía una pérdida de tiempo.

—¿Conoce a un tal Theodor Ahlbach? —preguntó Saathoff, y con ello recuperó la atención de Julia.

—¿Quién es ese? —Habert negó con la cabeza.

—La señora Helm tramitó las medidas de rehabilitación para su madre y, al parecer, hubo una disputa. ¿Le mencionó la señora Helm el caso?

Habert torció el gesto.

—Casi nadie está verdaderamente contento con nuestro trabajo. La gente espera siempre una pensión más alta, más subvenciones u otras concesiones. Por desgracia, la gestión de los conflictos nos quita una buena parte de la jornada laboral. La señora Helm, eso sí, lo llevaba bien. Casi nunca me pedía apoyo. Pero, si quieren, les puedo mandar una lista de las personas que tenía a su cargo y con las que había habido dificultades.

—Hágalo, por favor —respondió Saathoff.

En ese momento sonó el móvil de Florian. Escuchó en silencio, y la cara se le quedó pálida.

—Es por la cuarta víctima —dijo, una vez terminada la llamada.

Julia no necesitaba oír más. Vio en los ojos de Florian que había ocurrido algo catastrófico.

35

Esta vez se había pasado de verdad, pensó Michelle, y se prometió denunciar a Lars. No tenía ni idea de adónde la había llevado. Desde luego, no estaba en su piso. Probablemente la voz le había temblado demasiado y, por eso, él había notado su mentira. No quería abortar al bebé. A lo mejor él también había intuido que ella pensaba largarse. Si por lo menos se hubiera ido antes a la casa de acogida para mujeres... Entonces no estaría ahora atada a una silla con unas cuerdas que se le clavaban. El suelo de hormigón del sótano estaba helado. Por una ventana estrecha entraba algo de luz. Le seguía doliendo el punto del cuello en el que Lars le había presionado el cuchillo. La había obligado a conducir un trecho y, al cabo de medio kilómetro, a detenerse de nuevo. La había sacado del coche a rastras y la había metido en el maletero. Mientras tanto, llevaba todo el rato un pasamontañas estúpido. Como si por eso ella no fuera a reconocerlo de todos modos. Le extrañaba un poco que tuviera la voz algo cambiada, pero eso seguramente era por el alcohol. Seguía echándose en cara el descuido. Pero si había vigilado el portal. ¿Cómo había podido pasar él, sin que ella se diera cuenta?

—¡Lars! —gritó, seguro que por milésima vez—. ¡Abre ya de una vez! Esta vez te pasas. ¡Voy a la policía!

Ella misma no sabía de dónde le venía, de pronto, el valor para amenazarlo. Quizá por el bebé que llevaba en el vientre. Se imponía

el instinto maternal: haría lo que fuera por proteger a su bebé. Como cabía esperar, Lars no reaccionó. Por lo que ella lo conocía, otra vez estaría borracho como una cuba y seguiría bebiendo hasta perder el sentido. ¿Cómo se había podido meter con semejante tipo? De verdad, tendría que haberlo sabido. Pero todo aquel lamento no servía de nada. Tenía que salir de allí, y rápido.

—¡Lars! —Lo intentó una última vez; después se fijó, por primera vez con detenimiento, en el sótano. Latas de conserva, herramientas, cajas. Todo estaba revuelto. El caos más absoluto. La silla a la que la había atado estaba sobre una alfombrilla vieja, con olor a humedad. Recorrió la superficie con los pies. Quizá encontrase un cuchillo o algún otro objeto con el que cortar las cuerdas. Notó un bulto firme bajo la alfombrilla, probablemente una piedra. Esa solo le serviría si tenía aristas afiladas. Pero llevaba botas de invierno y, a través de las suelas gruesas, no podía notarlo. Así que siguió buscando. De pronto percibió un ruido. Venía de arriba. Algo se arrastraba por el suelo. Algo pesado.

—¿Lars? ¿Qué haces? —preguntó, asustada. Cuanto más se acercaba el ruido, más le iba abandonando el valor. Lars quería meterle miedo. Iba a presionarla hasta que perdiera al bebé. Dobló la alfombrilla con los pies. A lo mejor podía utilizar la piedra, después de todo. Necesitaba algo para defenderse. Lars ya estaba en la puerta. La llave giró, crujiendo, en la cerradura. Michelle se acercó la piedra. La escondió detrás de los pies, bajo la silla.

Lars seguía con el pasamontañas estúpido en la cabeza. La miró con expresión sombría.

—Anda, déjame salir ya —rogó—. Pido la cita, como te he prometido.

Pero él no reaccionó; se limitó a desaparecer otra vez por la abertura de la puerta. Cuando regresó, poco después, llevaba en los brazos a una mujer inerte. Michelle parpadeó, incrédula. ¿Qué demonios pretendía? Arrastró a la mujer hasta otra silla y a ella también la ató. Casi se le cae. Por lo visto, estaba inconsciente. La amarró como si fuera un paquete. La cuerda le cruzaba varias veces el torso. Algo en la postura corporal de Lars le dio miedo a Michelle. Casi no lo reconocía. Parecía tan disciplinado... Normalmente él no

era así. Lars era un desastre, y eso se le notaba también en la postura.

—¿Lars? —preguntó, temblando—. ¿Qué estás haciendo? ¿Quién es esa?

Él se dio la vuelta y la miró con ojos enloquecidos; ella, asustada, se encogió un poco en la silla.

—¡Cierra la boca! —Sonaba molesto. Distinto.

No era Lars. Dios mío, ahora lo veía. El hombre estaba delante de ella, tieso como una vela. Era atlético. Y la voz ya no se parecía en nada a la de Lars.

—¿Quién es usted? —susurró, conmocionada.

El desconocido se acercó más. Tan cerca que pudo olerlo. Una mezcla de perfume áspero y de tabaco le entró por la nariz. Definitivamente, no era Lars. ¿Cómo se había podido engañar tanto? Presa del pánico, se deslizó hacia atrás en la silla, todo lo que pudo.

De pronto, sacó un cuchillo y se lo agitó delante de la cara.

—Estoy embarazada —soltó, pero a él no le interesaba.

La cogió del brazo y le subió la manga del jersey.

—No —gritó ella.

Apoyó la punta del cuchillo y le hizo un corte profundo en el antebrazo.

A Michelle todo se le volvió negro ante los ojos. El dolor la dominó. Sintió cómo la sangre manaba de la herida.

—Esto las atrae —dijo, sonriendo.

36

—Pero si estaba fuera de peligro vital —dijo Martin Saathoff—. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—Lo sentimos mucho. Tenía una hipotermia severa. El sistema circulatorio no lo ha resistido. Al final, el corazón, sencillamente, se le ha parado. —El médico se encogió de hombros con tristeza—. Por desgracia, estas cosas pasan.

—¿No ha dicho nada más? —preguntó Florian.

—No. No recuperó la consciencia. Ahora voy a avisar a sus familiares —explicó el médico, y se alejó.

Julia contempló a la mujer muerta, que aún estaba en la cama del hospital. Parecía que durmiera. Apacible. Jasmin Turak solo había llegado a cumplir veinticinco años. Tenía toda la vida por delante. Sus padres seguramente habían estado orgullosos de su hija. Había terminado los estudios de Farmacia como primera de su promoción y quería abrir pronto su propia farmacia. Y ahora iban a tener que llevarla a la tumba. Nada pesaba más que sobrevivir al propio hijo. La naturaleza no lo había previsto, y Julia sabía que los familiares no llegaban a encajar nunca esa clase de golpe del destino.

Buscó el móvil para informar a Lenja. Pero su ayudante no cogía el teléfono. Así que le dejó un mensaje.

—Ya no nos queda ninguna testigo. —Florian se dio la vuelta, frustrado—. La búsqueda de Lammertz tampoco avanza. Ahlbach

anda suelto y el criptoanalista tarda demasiado. Por cierto, la pista de los pelos de perro tampoco es relevante. Hemos comprobado que las dos mujeres tenían el mismo peluquero. Y él tiene un golden retriever.

—Deberíamos volver a reconstruir con detalle los pasos de Jasmin Turak —propuso Saathoff—. De algún modo, él tuvo que reducirla. Quizá una cámara lo haya pillado. Seguro que la farmacia en la que trabajaba está equipada con un sistema de videovigilancia.

—Tienes razón. —Florian asintió—. Vamos para allá ahora mismo.

Julia miró el reloj.

—Tengo que volver al Instituto. Manfred Holsten me está esperando. ¿Me avisáis en cuanto tengáis algo nuevo? Creo que la autopsia, en este caso, tampoco nos va a aportar nuevos hallazgos. —Se despidió y volvió en taxi.

Manfred Holsten ya iba y venía, inquieto, por su despacho. Su secretaria había acabado la jornada.

—Nos quedan cuarenta minutos —dijo Holsten, y le hizo entender que debía sentarse.

—La presentación va de dos cosas, nada más —explicó—: contención de costes y maximización del beneficio. —Le acercó la presentación impresa.

—Naturalmente, no podemos influir en cuántos muertos o heridos nos llegan al año. Solo podemos influir en su tratamiento. Este año han cambiado las remuneraciones de determinadas prestaciones médicas. He marcado lo que da más y lo que da menos. Si adaptamos el procedimiento, caso por caso, de manera dirigida, el beneficio aumentará y, aun así, los costes se mantendrán estables. —Manfred Holsten le mostró, punto por punto, lo que tenía que presentar ante la junta directiva del hospital.

A Julia ya le daba vueltas la cabeza. Le costaba concentrarse. La muerte de Jasmin Turak la corroía. Se preguntaba una y otra vez si no podría haberse evitado. Si aquel policía no las hubiera retenido tanto tiempo, habrían acudido a auxiliar a la joven mucho antes. Quizá habría sobrevivido.

Manfred Holsten se interrumpió y la miró, interrogante.

—Lo sé —dijo Julia—. Tengo que recomponerme ya. El Instituto no puede pagar el precio de que yo esté metida en un caso enrevesado. —Pasó los ojos por la presentación y vio la suma relativamente grande que quedaría a final de año con los cálculos de Holsten.

—Tengo una idea —dijo, y tocó con el dedo el beneficio potencial —. ¿Qué le parecería ejercer de asesor del Instituto de Medicina Legal? La reorganización que usted propone exige mucha experiencia y, sin ayuda, yo no la puedo abordar de ninguna manera. Nuestra plantilla está, de por sí, justa, y las medidas solo se pueden poner en marcha con apoyo adicional.

—Pruebe suerte. Contra unas horas semanales para cambiar de aires, no tendría yo absolutamente nada que objetar.

—La verdad es que no quería intentarlo sola. —Julia se mordió el labio inferior—. Podría acompañarme directamente a la presentación. En su presencia, a los señores les costará mucho más decir que no. Al fin y al cabo, usted no es cualquiera.

—No quiero que se infravalore usted, Julia. Y, así, lo más probable es que diera esa imagen. Lo va a hacer usted perfectamente. —Holsten se levantó y cogió su bolsa.

A Julia, de pronto, el corazón se le subía hasta la garganta. Estaba casi tan nerviosa como si tuviera el examen por delante otra vez. Presentar no era lo suyo. Prefería practicar autopsias. Los muertos no hacían preguntas difíciles, y tampoco la contradecían.

—Pero... —soltó, y se quedó callada porque no sabía qué replicar.

—Mucha suerte —dijo Manfred Holsten—. Yo, ahora, voy a disfrutar del final de la jornada con mi mujer. Avíseme cómo ha ido. —Sonrió y desapareció del despacho.

Julia suspiró. ¿Cómo iba a poder con eso? Ya no le quedaban ni diez minutos. Cogió a toda prisa la presentación y fue al baño a arreglarse el pelo. Se lo alisó un poco con las manos, recolocándose el corte paje, y se pellizcó las mejillas para no parecer tan pálida. Respiró hondo y se puso en marcha.

37

Contempló su nuevo juguete. Era, sin duda, el mejor de todos. Y, sencillamente, le había caído del cielo. El corazón le latía con fuerza, y se preguntaba si de verdad no era más que un juguete. Como la otra, que se había pasado todo el rato llamándolo Lars. ¿Qué tenía él en común con aquel tipo? Nada. Aquella mujer era tonta. Una cordera a la que se había llevado sin el menor asomo de resistencia. Si hubiera sido lista, se habría dado cuenta de que él no se había puesto el cinturón de seguridad. Un buen pisotón al freno lo habría hecho salir despedido contra el parabrisas. Habría podido escapar con tanta facilidad... No suponía ningún reto. Puro aburrimiento.

Volvió la mirada a su nuevo juguete y le recorrió la figura esbelta y el pelo largo y brillante. Una verdadera delicia para la vista. Y qué inteligencia. Era una de las mujeres más listas con las que se había topado en su vida. Encima, no se lo había puesto demasiado fácil. Había tenido que sedarla, porque había estado a punto de escapársele. Él lucía tres arañazos gruesos en la mejilla. Tenía entre las manos a una gata salvaje. Sorprendido por sus propios pensamientos, sonrió. Sería una verdadera lástima dejarla morir sin más. La policía seguía sin tener la menor idea de quién era él. No iban a encontrarla a tiempo. Entonces ella se habría ido, y él acababa de acostumbrarse tan maravillosamente a contemplarla. No. No era un juguete. Era una posible compañera. ¿No le decía

siempre el abuelo que un día, cuando menos lo esperase, se cruzaría con ella?

Y allí la tenía. Una mujer a su altura. Con la que podría conversar de igual a igual. ¿Le gustarían también a ella los juegos? Seguro que sí. Al fin y al cabo, había entrado en su juego. Había resuelto el enigma. Le acarició el pelo con un gesto de reconocimiento. Le pertenecía. Para siempre.

Pero antes tenía que ocuparse de la otra mujer. Le soltó las ataduras y la levantó del pelo de un tirón.

—No, por favor. ¿Por qué hace esto?

Su lloriqueo lo ponía de los nervios, una barbaridad. ¿Por qué hacía aquello? Eso no era asunto de ella. Era un asunto entre él y el abuelo. Desde que el viejo había muerto, un año atrás, no había encontrado la paz. Le faltaban las tareas, el juego y el subidón de adrenalina. La vida no tenía gracia y, además, se lo debía al abuelo. Al fin y al cabo, no quería ser un inútil. Su abuelo tenía que estar orgulloso de él. ¿Qué había mejor que tomarle el pelo a la policía? Ni siquiera eran capaces de rastrear sus tuits en Twitter. La primera vez había tenido miedo de verdad. Apenas se atrevía a volver a casa. Pero, después, se dio cuenta de que no tenían ni idea. Nunca habría imaginado que fuera tan fácil. Una conexión a través de una tarjeta prepago. Un sencillo software de cifrado del darknet. Y nada más. Por fin se sentía algo menos solo. Tenía la sensación de estar más cerca del abuelo. Porque, ya puestos, casi echaba de menos sus palizas y su maldad.

La mujer no paraba de quejarse.

—Por favor, déjeme marchar —imploraba.

Solo le faltaba que ahora volviera a intentar hacerle creer que estaba embarazada. La barriga la tenía plana. Aun así, aunque no mintiese, daba lo mismo. Él solo buscaba a personas que tuvieran alguna relación con su abuelo. Al fin y al cabo, el viejo tenía que divertirse, y él sabía qué le gustaba.

—¡Venga, anda! —gruñó, y empujó a la mujer escaleras arriba. Como cabía esperar, ella obedeció como una cordera. No tenía ni idea de lo que a él le gustaba. Aquello era un error. Le dio una patada y ella trastabilló hacia delante. Con ella tenía pensado algo

muy especial. Sería su coronación. Después se esfumaría y se llevaría con él a su nueva compañera. Su obra estaba consumada. Iba a cerrar el pasado de manera definitiva y a empezar de nuevo en otra parte.

—Déjeme ir —gimoteaba la mujer, y se quedó parada—. Por favor.

La miró. Vio los ojos cargados de lágrimas, el miedo y la desesperación. Las manos se le fueron al bajo vientre. Quizá, después de todo, había un bebé ahí dentro. Que sobreviviera o no, sin embargo, dependía de la Policía Judicial. Hasta había facilitado el enigma y, esta vez, había renunciado al código GPS cifrado. A decir verdad, esta vez deberían conseguirlo. Pero, sencillamente, no llegaban a entender qué era lo que a él le importaba. Perdían el tiempo con interrogatorios, con la recogida de indicios, con el análisis de grabaciones de cámaras... y nada de eso iba a servir para nada. Solo tenían que hacer una cosa, si querían salvar una vida: resolver su prueba.

38

Los sentimientos de Julia eran una montaña rusa. Casi estallaba de felicidad. Tenía claro que ahí fuera seguía suelto un asesino en serie. Pero, en aquel momento, no le estaba dedicando un solo pensamiento. Bajó animada las escaleras hasta su despacho. La presentación había salido genial. Holsten la había preparado a la perfección. La junta directiva del hospital había estado pendiente de cada palabra y le había aprobado casi todo. Hasta consiguió un presupuesto para Manfred Holsten que daba gusto. A partir de ese momento, él podría asesorar como colaborador externo al Instituto de Medicina Legal.

Julia abrió la puerta del despacho y lo llamó. Le informó brevemente del resultado y se alegró cuando él le dijo: «Sabía que lo iba a hacer usted bien».

Aliviada, colgó. A partir de entonces tendría más tiempo para lo importante. Se dejó caer en la silla giratoria y, con un suspiro satisfecho, apartó el montón de papeles de asuntos pendientes. A su secretaria también le iba a encantar que Holsten, a partir de ese momento, volviera a pasarse con regularidad.

A Julia se le esfumó el buen humor de golpe cuando la mirada se le fue al mensaje del asesino que había imprimido. Las palabras malignas sobre el papel la observaban, imperturbables, y le exigían toda su atención.

«Cuando el camino se bifurca, decides sobre la vida y la muerte. Blanca se desprende la inocencia de la madera en la tierra de nuestros padres».

Miró el móvil. Florian aún no había vuelto a dar señales. Trabajaba con Saathoff a tope. Fuera, hacía ya rato que era de noche. Le rugía el estómago. Tenía que comer algo, urgentemente. Eran casi las veinte horas. Pero no podía. Echó un vistazo al mensaje del asesino y se preguntó, por enésima vez, qué se escondía detrás. Tras la primera frase intuía la forma de la muerte. Al menos hasta entonces todos los mensajes habían tenido esa estructura. Solo que, esta vez, la frase no decía gran cosa. La segunda frase se refería al lugar del crimen. La tierra de nuestros padres. Le dio vueltas, pero no tenía ni idea de qué quería decir exactamente.

Sonó el timbre de la puerta y Julia se sobresaltó. ¿Quién quería algo del Instituto a esas horas? ¿Alguien se habría olvidado las llaves? Se levantó de un salto y fue hasta la entrada trasera.

—¿Quién es? —preguntó, sabiendo que ella tenía que ser la única en el Instituto.

—Soy Marcel. ¿Está Lenja?

—¿Qué? —Julia abrió la puerta—. Yo pensaba que estaba usted con ella, pasando un día agradable.

El joven la miró, desconcertado.

—No entiendo. ¿Hoy no ha trabajado?

—No. —A Julia se le disparó el pulso—. Le di el día libre.

—Ah, vaya. —Marcel sonaba decepcionado—. Pues, seguramente, estará por ahí con alguna amiga.

—¿Ha hablado usted hoy con ella?

Marcel negó con la cabeza.

—No coge el teléfono.

A Julia le extrañó y marcó de inmediato el número de Lenja. Saltó el buzón.

—Lenja, en cuanto oigas este mensaje, llámame, por favor —dejó Julia, y colgó.

—Entonces ¿no tiene usted ni idea de dónde puede estar? —le preguntó a Marcel.

El joven se encogió de hombros, desanimado.

—Tampoco nos conocemos tan bien todavía —murmuró, y se despidió.

Julia cerró la puerta y volvió corriendo al despacho. Abrió la agenda de Lenja en el ordenador. Quizá había apuntado algo. Pero para aquel día no había nada. No era de extrañar: tenía el día libre. Julia llamó al doctor Neumann. Aquel compañero le pedía ayuda a Lenja de vez en cuando. Pero no le cogió nadie. Lo intentó en su móvil.

—Neumann —respondió una voz grave.

—Siento molestar a estas horas. Estoy buscando a Lenja. ¿Ha estado hoy con usted?

—No. La señora Brandt me ha comentado que le había dado usted el día. Lo cierto es que el apoyo de Lenja me habría venido bien hoy, en una autopsia laboriosa. ¿Va todo bien?

—No lo sé del todo. No coge el teléfono y su novio acaba de pasar por el Instituto, porque la busca.

El doctor Neumann se rio.

—Bueno, yo no me preocuparía demasiado. Lenja tiene su carácter. Seguro que no le cuenta todo a su novio. Esperemos hasta mañana. Que pase usted una buena noche. —Colgó, y a Julia le quedó una sensación incómoda. Lo intentó otra vez con Lenja. No cogía. ¿O acaso estaba ella pasándose? Al fin y al cabo, Lenja no tenía que rendirle cuentas. Era adulta y muy independiente. Pero ¿era normal que se esfumara sin decir una palabra?

Julia, sin querer, pensó en Emanuel. Ella no tenía la culpa de la muerte de su antiguo ayudante; aun así, a menudo le daba vueltas a escenarios en los que él podría haber seguido con vida. Julia se levantó de un salto. A lo mejor estaba exagerando. Pero, si a Lenja le pasaba algo, ya era el momento de ir a comprobarlo. Recogió y se puso en marcha hacia el piso de Lenja. Por el camino llamó a Florian, que tampoco cogía. Julia metió el coche en el pequeño aparcamiento. El piso de Lenja, de dos habitaciones, estaba en un edificio sobrio, pero limpio, en pleno centro de Colonia. Examinó la fachada. La vivienda de Lenja estaba a oscuras.

Julia bajó del coche y se apresuró, en medio del frío invernal, hasta el portal. Llamó al timbre y esperó un momento. Como cabía

esperar, no abrió nadie. ¿Dónde podía estar Lenja? Su familia vivía en Finlandia. Su novio también la buscaba. De amigas, Julia no sabía nada. Se propuso cambiar eso pronto y conocer mejor a Lenja. El miedo se le clavaba cada vez más hondo en la boca del estómago.

¿Y si, después de todo, le había ocurrido algo? Julia llamó al timbre de otro vecino, con la esperanza de que le abrieran el portal. En efecto, al cabo de pocos segundos zumbó el portero automático. Julia subió a toda prisa al segundo piso. Cuando vio la cerradura de Lenja, casi se le paró el corazón. Estaba forzada. Atontada, marcó el número de Florian. Esta vez le dejó un mensaje en el buzón. Después entró en el piso de Lenja. Dio uno o dos pasos por el pasillo y aguzó el oído.

Nada.

Ni un solo sonido rompía el silencio nocturno. Encendió la luz y parpadeó varias veces. Enseguida le saltó a la vista el móvil de Lenja sobre la cómoda del pasillo. Un jarrón con siemprevivas estaba caído en el suelo. Había zapatos repartidos por todas partes. Un abrigo colgaba, medio arrancado, del perchero, y sobre el parqué distinguió unas manchas de un rojo oscuro. Se puso en cuclillas, se calzó unos guantes de látex y pasó el dedo índice por encima.

Sangre.

Julia lo veía, lo olía. Se le cerró la garganta. Cerró un segundo los ojos para no entrar en pánico. Tenía que mantener la calma. Abordar el asunto con lógica. La sangre ya estaba seca. Quienquiera que hubiese asaltado a Lenja, ya hacía un buen rato de aquello. A juzgar por el caos, ella había forcejeado con fuerza. Julia dio un paso amplio para no contaminar posibles indicios y corrió hasta el dormitorio. Le sonó el móvil con estridencia. Por fin contestaba Florian.

—Probablemente han secuestrado a Lenja —explicó alterada, antes de que Florian llegase a hablar.

—¿Qué? ¿Estás segura? —preguntó él, incrédulo.

—Claro. La puerta del piso está forzada. En el pasillo hay cosas tiradas por todas partes. En el suelo hay rastros de sangre.

—Joder —soltó Florian—. No toques nada. Vamos para allá ahora mismo. —Colgó, y Julia sintió cómo le temblaban las piernas.

Estaba en estado de shock. Respira, se dijo. Ve despacio. Mantente tranquila y, sobre todo, no te vengas abajo ahora. Echó un vistazo al dormitorio de Lenja. Todo parecía normal y ordenado. Allí no había signos de pelea. Ni cosas tiradas.

Maldita sea. ¿Y si a Lenja la habían secuestrado ya la noche anterior, al volver a casa?

«Entonces se le está acabando el tiempo», respondió una voz horrible dentro de su cabeza.

Julia estudió cada rincón de la habitación. Rebuscó entre los documentos del pequeño escritorio de Lenja, en la esquina. Con Emanuel había sido lo mismo. Había descubierto algo. El asesino se dio cuenta, y aquella fue su sentencia de muerte.

—Ay, no —soltó en voz alta, porque se acordó de que Lenja había dado con el supermercado. Cogió el plano de la ciudad. Una copia, en la que Lenja había marcado los puntos correspondientes con un círculo. ¿Las habrían observado? Lenja se había adelantado a la rampa de carga de los camiones. ¿No habría sido el asesino al que llevaban tiempo persiguiendo el que la había visto y, por eso, había deducido que Lenja había descifrado su mensaje? ¿La habría secuestrado por eso?

A Julia le temblaban las manos. Repasó hoja por hoja los papeles del escritorio de Lenja. Había analizado los mensajes del asesino con minuciosidad. Julia encontró un papel con el último mensaje. A esas alturas ya se sabía el texto de memoria.

«Cuando el camino se bifurca, decides sobre la vida y la muerte. Blanca se desprende la inocencia de la madera en la tierra de nuestros padres».

Lenja había garabateado debajo unas líneas que se ramificaban sin orden. Julia reconoció un árbol. Su ayudante había anotado «abedul» y había trazado una flecha hasta la primera mitad de la segunda frase.

Abedul.

Claro. Los abedules tenían la corteza blanca. El blanco era el color de la inocencia. Por tanto, estaba buscando un trozo de tierra en el que crecieran abedules. Esos árboles eran muy frecuentes en Colonia y alrededores. Julia le dio vueltas y revisó el plano en busca

de nuevas marcas. Pero no había nada. Rebuscó en los cajones del escritorio y encontró el portátil de Lenja. Por desgracia, tenía contraseña. Probó con la fecha de nacimiento de Lenja. La contraseña era incorrecta. Tecleó Marcel. Tampoco. Julia se ajustó las gafas, pensativa. Le vino a la mente la abuela de Lenja. ¿Cómo se llamaba?

Annele.

No estaba muy familiarizada con la grafía de los nombres finlandeses. Así que anotó varias variantes en un papel y, después, las fue tecleando. La pantalla de inicio de sesión desapareció al tercer intento y Julia tuvo acceso al ordenador. Repasó febrilmente los archivos creados más recientemente. Correos electrónicos, una cita con Marcel, un billete de avión a Finlandia para el verano siguiente. Julia maldijo. No encontraba nada.

Abrió el navegador y tecleó «tierra de nuestros padres» en el buscador. Aparecieron el himno regional de Salzburgo y un artículo sobre los trabajadores invitados. Bajó un poco más con el ratón y se topó con una palabra ante la que se detuvo un momento. Combinó la palabra con «abedul» y, después, pulsó en la vista del mapa. Lo dejó todo plantado y echó a correr hacia el coche.

39

—Me gustas —le dijo a su reflejo, y sonrió—. Me gustaría hacerte una propuesta. —Inclinó la cabeza. No quedaba tan resultón como se lo había imaginado. Así que volvió a repetirlo todo. Ya por la décima vez, seguro. Al final, hizo un guiño rápido. Mucho mejor. Abrió el armario con espejo y cogió el perfume. A las mujeres les gustaba el aroma áspero, le había prometido la dependienta. Llevaba más de un año usándolo, pero, hasta entonces, sin éxito alguno. Ningún ser femenino se había vuelto a mirarlo —como ocurría tan a menudo en los anuncios de la tele— ni le había elogiado en absoluto su elección. Aun así, se lo aplicaba; otro, de todos modos, no tenía. Ella tampoco tenía que quererlo por su olor. Tenía que hacerlo por las cosas en común.

Cerró el armario y se examinó una vez más el aspecto. No había nada que objetarle. El pelo, peinado con orden. Tenía bastante músculo, que se intuía hasta bajo el grueso jersey, y era bastante alto. Aun así, se sentía inseguro. ¿Y si no le gustaba a ella? Al fin y al cabo, la había traído allí contra su voluntad. Se lo explicaría, para que lo entendiera. Se sacudió unas escamas de caspa del hombro y volvió, despacio, a la cocina. Olía a té. Lo había puesto a propósito. Fuera, volvía a nevar, y ella no debía pasar frío. La vieja casa no estaba bien aislada. Si se quedaban allí para formar una familia, la arreglaría. Se lo prometía a sí mismo.

¿Cómo serían sus hijos? Sus ojos azules y su pelo rubio, junto con la inteligencia de él. Sonrió para sí y cruzó el umbral.

—Me gustas —dijo con una carraspera extraña en la garganta. La examinó. Seguía pareciendo muy afectada. Tendría que haber usado menos cloroformo.

Ella lo miró. De su mirada no podía sacar mucho.

—Me gustaría hacerte una propuesta —explicó, y se atuvo exactamente a su plan. Sonrió y dio un par de pasos hacia ella. En cuanto captase su perfume, se rendiría.

Ella miró a través de él, como si él no estuviera. Se acercó un poco más y compuso su sonrisa más encantadora.

Ella no reaccionó.

—Me gustas —susurró, y se arrodilló ante ella.

Por fin. Lo miró.

—Quiero hacerte una propuesta —repitió.

En la frente de ella se formaron unas arrugas. No parecía alegrarse.

Él intentó disipar sus dudas con una sonrisa y, armándose de valor, le cogió la mano.

Ella no la retiró.

El corazón le retumbaba en el pecho. Le gustaba a ella. Le notaba la piel fresca y suave. Era perfecta.

—Me gustas —dijo otra vez. Era feliz.

Pero las arrugas no se le iban de la frente. Quizá tenía sed. Se levantó y le sirvió una taza de té. Ella quiso coger la taza, pero las ataduras de las manos se lo impidieron. La cuerda, además, ya no era necesaria. Él la cortó.

Ella lo miró con gratitud y sorbió el té.

—Gracias —susurró, apenas audible, pero con la voz de un ángel.

Él estaba embelesado. Le puso una hoja de papel sobre el regazo. Era un ejercicio muy sencillo. El abuelo se lo había planteado a él cuando tenía diez años.

Le metió un bolígrafo en la mano y asintió con un gesto de ánimo. Ella volvió a fruncir el ceño. Aquello cada vez le iba gustando más. La mano de ella recorrió, con el bolígrafo, la fila de cifras. No tardó ni dos minutos en anotar la solución correcta.

Quedó impresionado. Tanto, que casi se mareó. Qué suerte la suya, dar con aquella mujer. Su mujer.

Seguro que tenía hambre. Se levantó de un salto y rebuscó un yogur en el frigorífico. A las mujeres les gustaban esas cosas; lo había leído.

Ella comió rápidamente y, por fin, sonrió.

—¿Qué quiere usted? —preguntó, dulce como el azúcar.

—A ti —masculló él, nervioso. Se sentía más exaltado que nunca en la vida. Ella sonreía otra vez. No podía cansarse de mirarla.

—¿Dónde está la otra mujer? —quiso saber.

Él hizo un gesto desdeñoso, contrariado. Aquello solo era un juguete. Una marioneta que esperaba representar su papel. Los cerdos aún no estaban del todo hambrientos. Había atado a la mujer en el establo. Allí podía quejarse cuanto quisiera. Nadie la oiría. Y, cuando el verraco se pusiera a embestir las paredes del establo por el hambre, la soltaría.

—¿Está muerta?

Él negó con la cabeza y, al mismo tiempo, se preguntó por qué a ella le interesaba aquello. ¿Es que no sentía la chispa que flotaba en el aire entre ellos?

Se acercó a su rostro precioso, a sus labios carnosos, y cerró los ojos de pura felicidad.

De pronto sintió un dolor agudo en el cuello. Abrió los ojos de golpe. Ella le había clavado el bolígrafo en la carne. Gritando, se levantó de un salto. Le dolía a rabiar. Se arrancó el bolígrafo. La sangre salió a borbotones. Con manos torpes, buscó el paño de cocina y se lo apretó contra la herida.

—¿Qué demonios estás haciendo? —bramó.

Ella intentó soltar las ataduras de los tobillos. Pero él fue más rápido. La sujetó antes de que pudiera escapar. Cayeron juntos al suelo de la cocina. Ella se revolvía como una fiera; lo arañaba por todas partes. La sangre de la herida le salpicaba el jersey y la cara. Aun así, seguía defendiéndose sin descanso. Desesperado, le presionó la mano contra la boca y la nariz. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Quería arruinarlo todo?

—¡Quieta! —chilló, y le estampó la cabeza contra el suelo.

Ella ya no se movió. Por fin. No era más que un juguete, después de todo. Furioso, se puso de pie con el paño apretado contra la herida. Corrió al baño y se examinó la lesión en el espejo. No era grande, pero sí profunda. Le había hecho un buen agujero. Cogió un desinfectante y lo vertió encima. Soltó un grito, porque escocía espantosamente. Después se pegó una tirita grande encima. Con las rodillas blandas como mantequilla, volvió tambaleándose a la cocina. Ella estaba en el suelo y gemía por lo bajo. En cualquier momento iba a volver en sí. La zorra se iba a llevar una sorpresa. La levantó de un tirón y se la echó al hombro. Después salió dando pisotones, furioso, al frío.

40

Julia no tenía ni idea de si su intuición iba bien encaminada. Pero tenía que intentar todo lo que estuviera en su mano y, sobre todo, no podía perder tiempo. Tenía que encontrar a Lenja, costara lo que costase. Probó en el móvil de Florian, pero él parecía estar en una zona sin cobertura. El buzón saltó de inmediato. Y, cuando quiso dejarle algo grabado, se cortó la conexión. Quizá funcionara más tarde. Condujo hacia el norte. Las dos direcciones posibles no quedaban demasiado lejos la una de la otra. Daba igual por cuál se decidiese al final: a la velocidad a la que iba, tardaría como mucho diez minutos en llegar.

Nevaba con fuerza. Los copos grandes se estampaban contra el parabrisas; los limpiaparabrisas iban y venían a su máxima velocidad. Los faros atravesaban la oscuridad, pero la nevada reducía enormemente la visibilidad. Julia había localizado dos puntos que coincidían con la descripción. En uno de ellos, la imagen de satélite, en internet, mostraba una bifurcación clara. Así estaba escrito en el mensaje del asesino. Sabía que tenía que decidir de un momento a otro. Se le encogió el estómago. La dirección que tomara podía decidir sobre la vida o la muerte. Llegó al cruce y estuvo tentada de girar a la derecha. La cabeza le iba a mil. Volvió a repasar el texto del mensaje, palabra por palabra. Cada una de ellas. Giró el volante con fuerza y tomó la otra dirección.

A pesar del tiempo, pisó el acelerador hasta el fondo. Pensó en la farmacéutica que había estado en el arcón congelador del supermercado. Media hora antes, posiblemente, habría bastado para salvarla. En el caso de la fallecida de la iglesia habría hecho falta algo más de tiempo, pero tampoco mucho más. Cuanto más se acercaba Julia a su destino, más despierta tenía la mente. No quería perder a Lenja. Daría lo que hiciera falta. Tenía que dar por hecho que el asesino en serie al que llevaban todo este tiempo persiguiendo tenía ahora a su ayudante en su poder. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

Tomó una carretera rural, apenas asfaltada. Su viejo Golf se peleaba con el barro. Las ruedas patinaron un par de veces, pero Julia se lo tomó con calma, mientras el coche no acabara plantándose. Pero, entonces, dio un bandazo brusco. Las ruedas traquetearon y el motor se apagó.

—A cincuenta metros ha llegado a su destino —anunció el navegador.

Julia maldijo. No tenía ni idea de qué pasaba. Volvió a arrancar el motor. Se puso en marcha, pero el coche no rodaba bien. A trompicones, avanzó un trecho hacia delante. Se detuvo y bajó para mirar. No tuvo que buscar mucho. Las dos ruedas delanteras estaban pinchadas. Maldita sea. Descubrió una cadena con clavos por encima de la que había pasado. Alguien había inutilizado su coche a propósito. Al fondo de la carretera distinguió las siluetas de unos abedules altos. A unos cincuenta metros estaba su destino; eso también lo cubriría a pie. Dejó el coche allí y, decidida, echó a andar por la oscuridad. Los copos de nieve mojados le volaban a la cara. Se puso la capucha y la apretó tanto que apenas veía nada. Mantenía una mano protegiendo los cristales de las gafas. El paraje era solitario y siniestro. Quien se perdiera por allí, estaba completamente solo. De inmediato palpó en busca del móvil para volver a llamar a Florian.

—Vaya soltando eso —dijo una voz oscura.

A Julia se le heló la sangre en las venas.

Se quedó parada y miró a su alrededor, todavía aferrada al móvil.

—Suéltelo —siseó el desconocido, y saltó de detrás de un arbusto al borde de la carretera. Le enfocó la linterna a la cara, y Julia ya no vio nada. Se dio media vuelta sin más y echó a correr de regreso al coche. Si conseguía meterse dentro, podría echar el seguro. Pero el hombre era más rápido. Al cabo de unos metros, la agarró por el cuello del abrigo y le arrancó el teléfono de la mano.

—Conmigo —ordenó, sin soltarla.

—Escuche, me he perdido, sin más. No iba a entrar a robar en su casa. —Le clavó el codo con toda su fuerza en el estómago y consiguió zafarse.

—A mí no me cuentes cuentos —dijo el hombre, que de pronto le resultó familiar. Ya se había topado con él una vez. Solo que en ese momento no se acordaba ni dónde ni cuándo.

—Estás aquí porque buscas a tu amiga. Os vi juntas en la rampa de carga del supermercado. Tu viejo Golf se reconoce a kilómetros.

—¿Está Lenja aquí? —preguntó Julia, llena de esperanza.

El desconocido soltó una risa malévola.

—Y aunque así fuera, ya no puedes ayudarla.

Julia no podía distinguirle la cara en la oscuridad. El hombre se le aparecía como una gran sombra negra. Pero era el hombre del Uni-Center. Lo olió de pronto. Aquel perfume áspero, mezclado con la peste a humo de tabaco.

—Escúcheme, por favor: dígame dónde está Lenja y me encargo yo de que no venga la policía.

El hombre dejó escapar una carcajada fea.

—¿Pretendes tomarme por tonto? Tu teléfono está hecho polvo. No has tenido ni tiempo de contactar con nadie.

Julia notó que así no iba a avanzar. En cualquier momento la atraparía y la mataría. Le hervía la cabeza.

—Déme una prueba. Si usted mismo lo escribió: «Cuando el camino se bifurca, decides sobre la vida y la muerte».

El hombre se tensó y se quedó en silencio.

Julia no cometió el error de parlotear para llenar el silencio. A aquel cabrón le importaba sentirse superior y ver cómo los demás fracasaban con sus acertijos. Era un maldito sádico que no dejaba pasar ninguna ocasión para satisfacer sus instintos oscuros.

—¿Quieres jugar? —preguntó él, de pronto, con un tono completamente distinto.

A Julia la recorrió un escalofrío. El hombre estaba loco, y ella, una insensata por no salir corriendo. Iba a matarla. A ella y a Lenja. Y Florian no tenía ni idea de dónde estaban.

41

Florian había solicitado un coche patrulla, que lo seguía con la sirena aullando. Anna Schubert, de la policía científica, también iba de camino. Aunque en ese momento no le venía nada bien: una patrulla de paisano había avistado a Lammertz en la Ebertplatz. Florian, en principio, quería ir allí con Martin Saathoff para detenerlo provisionalmente, pero no podía dejar a Julia en la estacada bajo ningún concepto. Por eso se habían repartido el trabajo. Mientras Saathoff, con refuerzos importantes, intentaba cercar a Lammertz, él iba de camino al piso de Lenja. Florian esperaba con todas sus fuerzas que a Lenja no le hubiera pasado nada y que, posiblemente, todo aquello fuera solo un malentendido. Si Lammertz la tenía realmente en su poder, se lo iban a sacar. Esta vez no podía escaparse. Todas las calles estaban cortadas, y Saathoff no era ningún tonto. Florian, después, le apretaría las tuercas a aquel hombre hasta que lo soltara todo.

Cruzó a toda velocidad la Colonia nocturna y se detuvo, con un chirrido de neumáticos, delante del bloque de viviendas de Lenja Nielsen. La puerta del portal estaba abierta. En el piso había luz encendida. Florian subió las escaleras a toda prisa.

—¿Julia? —llamó, y empujó la puerta del piso. En el pasillo tuvo cuidado de no pisar los rastros de sangre. Miró en la cocina y en el salón. A Julia no la encontraba por ninguna parte.

—¿Julia? —preguntó una vez más. Florian fue al dormitorio. Ya no estaba allí. Cogió el teléfono y comprobó que ella había intentado llamarlo. Por desgracia, no había dejado mensaje. Marcó su número, pero ella no respondió.

—Maldita sea —masculló, y dio instrucciones a los dos agentes de la patrulla para que precintaran el piso. En el dormitorio se fijó en el portátil abierto sobre el escritorio. La pantalla estaba en negro. Pulsó una tecla y le pidieron una contraseña. Por supuesto, no tenía ni idea de cuál. Apartó el portátil a un lado y echó un vistazo a los muchos papeles repartidos por la mesa. Uno llevaba la letra de Julia. Había anotado distintas variantes de un nombre de pila. Florian tecleó el primer nombre.

Nada.

Probó todas las variantes, hasta que por fin se desbloqueó la pantalla. Se abrió un mapa.

—Está claro que no puede usted vivir sin mí, ¿no? —Anna Schubert estaba en el umbral, sonriendo—. Y, encima, me llama en plena noche a un dormitorio.

Florian sonrió un poco forzado.

—Julia ha estado aquí. Me ha hecho venir porque se han llevado a su ayudante de este piso. No entiendo en absoluto por qué se ha lanzado otra vez por su cuenta.

Anna Schubert lo miró con intensidad.

—Pues así la conocemos, ¿no? Se lanza de cabeza, cuando hace falta. En cuanto tiene una pista, no hay quien la pare. Déjeme adivinar: no tiene usted ni idea de qué ha descubierto.

Florian se encogió de hombros.

—Digámoslo así: por lo menos sé dónde podría estar. —Señaló el portátil—. Ella, o Lenja, han buscado un bosquecillo de abedules al norte de Colonia. Eso encaja con el mensaje de nuestro asesino. —Estudió de nuevo, con la máxima concentración, el texto del autor. Después señaló el mapa.

—Esta bifurcación de la que él habla se ve claramente en el mapa. —Se frotó la barbilla, pensativo. A Lammertz lo habían visto en la Estación Central. Ahlbach estaba en casa. Una patrulla lo vigilaba. ¿Quién, entonces, podría andar por aquel bosque? Quizá

toda aquella historia no era más que una maniobra de distracción. Reflexionó, porque no quería tomar una decisión equivocada. Lo seguro era que Lenja había descubierto algo. Y Julia la había seguido. La preocupación de Florian no paraba de crecer. ¿Y si ella y Lenja estaban atrapadas en aquel bosque? Lo demás no quería ni imaginarlo. Miró por la ventana y se quedó observando un momento los gruesos copos de nieve. El viejo Golf de Julia, con ese tiempo, igual la había dejado tirada. Suspiró y se apartó de la ventana.

—Voy ahora hasta allí a buscarlas a las dos. —Tocó el centro de la pantalla—. Usted continúa aquí.

Anna Schubert asintió.

—Lo revisamos todo de cabo a rabo y no se nos pasa nada. Le aviso en cuanto haya novedades.

En la escalera dio órdenes a los compañeros de la patrulla para que preguntaran a los vecinos por el paradero de Lenja Nielsen. De momento ya no quedaban refuerzos, pero no podía esperar. Así que se montó en el coche y arrancó. ¿Por qué se habría puesto Julia en marcha sin él? Se estaba metiendo en peligro, quizá incluso en peligro de muerte. Florian pisó el acelerador a fondo. Tenía un pésimo presentimiento con todo aquello. El asesino jugaba con ellos. O resolvían sus acertijos estúpidos, o moría una persona. Esa parecía ser la regla, tan simple y tan cruel, que él había impuesto. Lenja no encajaba en aquel juego. No tenía nada en común con las víctimas anteriores; ella pertenecía al círculo ampliado de la investigación. ¿Por qué iba a cambiar el autor las reglas? ¿Quería eliminar a un adversario? ¿Posiblemente porque Lenja había descubierto el supermercado?

Florian tuvo que detenerse en un semáforo en rojo y pisó el freno con fuerza. De algún modo, dudaba de que Julia fuera a encontrar algo en aquel bosque de abedules. El asesino necesitaba internet rápido. Trabajaba con software de cifrado, equipo profesional. Ninguna persona en su sano juicio se metería en un bosque para eso. Aun así, siguió conduciendo, porque, si Julia, en efecto, se había ido hasta allí y se había quedado atrapada en el frío, tenía que ayudarla. Volvió a intentar llamarla, pero el móvil estaba apagado.

Florian aceleró a la máxima velocidad en dirección norte. Pasó disparado junto a unos campos cubiertos de nieve hasta llegar a una carretera estrecha que llevaba al bosque. Buscó luces y esperó que Julia, por lo menos, hubiera dejado los faros del coche encendidos si se había quedado parada. Con aquella nevada, no podía ver más allá de cincuenta metros. Bajó la velocidad para no chocar, sin querer, contra el coche de Julia.

Cuando le sonó el móvil, se sobresaltó.

—¿Dónde demonios te has metido? —preguntó, sin mirar la pantalla.

—En la Estación Central —masculló Saathoff—. ¿Dónde, si no?

—Ah, eres tú —respondió Florian, y notó cómo se iba tensando cada vez más.

—Tenemos a Werner Lammertz y a su novia, Nancy —anunció triunfante su compañero, y en Florian brotó una esperanza.

—Apriétalo. Tiene que decirnos si tiene a Lenja Nielsen escondida y dónde.

—Hecho —dijo Saathoff, y colgó.

Florian llegó al bosque. En la bifurcación se detuvo. Los copos de nieve caían ya tan densos que apenas distinguía nada. Sacó la linterna de la guantera, dejó los faros encendidos y bajó del coche.

—¿Julia? ¿Lenja? —llamó, primero en voz baja; después gritó varias veces sus nombres y, desesperado, buscó con la mirada el coche de Julia. Alumbró el suelo. El fino velo de nieve que cubría la tierra parecía intacto. Florian no encontró huellas de neumáticos. Avanzó unos pasos y se quedó mirando la cortina de nieve. Aguzó el oído en el silencio del bosque, e intentó localizar a Julia en algún lugar entre los troncos. Pero estaba solo. Lo notaba. Pero, si ella no estaba allí, ¿dónde demonios estaba?

Cuando se le ocurrió una idea, llamó a Anna Schubert, que aún debía de estar en el piso de Lenja.

—¿Podría usted, por favor, mirar en el portátil del dormitorio, en el historial de internet, qué se buscó antes que el bosque de abedules? —Le dio a la jefa de la policía científica la contraseña y esperó unos minutos angustiosos, hasta que por fin volvió a oír su voz.

—Primero se buscó «tierra de nuestros padres». Después, «tierra», «herencia» y «propiedad». A continuación, se abrió la página de una granja que se llama Birkenhof. Veo aquí un artículo del que se desprende que allí se crían cerdos y que antiguamente se trabajaba también con madera de abedul. Por último, alguien se topó con las entradas del bosque de abedules. —Le facilitó las coordenadas de la finca y unas indicaciones breves del camino.

No estaba demasiado lejos.

A Florian le iba la cabeza a mil. El asesino había escrito algo sobre «desprenderse»: «Blanca se desprende la inocencia de la madera». Con eso se refería al abedul, pero, posiblemente, no solo a eso. La palabra «desprenderse» también apuntaba al trabajo con madera, es decir, más bien a la granja. Y había otra palabra que a Florian se le había quedado grabada: «herencia».

—Por favor, mire a nombre de quién está este Birkenhof y mande refuerzos para allá. Yo me pongo en camino ahora mismo. —Florian colgó y se montó otra vez en el coche. Un temblor se le instaló en la boca del estómago. Tenía miedo. Miedo por Julia.

42

Julia jadeó. Oía al inmenso animal resoplar y arañar las paredes. Atacaría a cualquiera que se le cruzara en el camino. Los cerdos eran omnívoros, y se jugaba lo que fuera a que el verraco estaba completamente hambriento.

—Puede usted, sin más, dejarnos marchar —dijo Julia, sin hacerse demasiadas ilusiones, pero quería al menos intentarlo otra vez—. Desaparecemos y no le decimos nada a nadie.

El hombre que tenía delante sonrió con sorna. Lo notó por la rendija inferior del pasamontañas. Por lo menos se ocultaba la cara. Eso le daba a Julia algo de confianza, porque, si pensaba matarlas pasara lo que pasase, no se molestaría en taparse.

—Vas a recorrer el parkour —explicó él, entusiasmado—. En la bifurcación decides a quién salvas. Pasados cinco minutos, suelto al verraco.

Julia aguzó el oído.

—¿Qué significa eso de a quién salvo? Yo creía que aquí solo tenía a Lenja.

Su nueva sonrisa lo decía todo.

—Podría darte una pista, pero entonces me chafaría la diversión. En cualquier caso, el tiempo solo te alcanza para soltar a una mujer. —Se inclinó hacia ella—. Lo he probado varias veces, por si no me crees.

Julia recordó la imagen de satélite que había visto en internet. Había distinguido una estructura en forma de Y detrás del edificio de la granja. Desde la bifurcación, el camino se prolongaba todavía bastantes metros más.

—¿Da el tiempo para ir a mirar y volver corriendo?

—¿Qué? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Si elijo la dirección equivocada y no doy con Lenja, sino con la otra mujer. ¿Puedo, entonces, volver y, en la bifurcación, tomar el otro camino? Yo estoy aquí para salvar a Lenja. —En realidad, quería ganar tiempo y enredarlo en una conversación. No sabía para qué, porque la probabilidad de que Florian acudiera en su ayuda era escasa. Pero quizá se le ocurriera algo. Algo con lo que pudiera dejar a aquel tipo fuera de combate.

—Entiendo —respondió él, y se llevó el dedo índice a la sien—. Eres lista. —Inclinó la cabeza y la examinó con sus ojos negros—. No, no da tiempo. Solo puedes liberar a una de ellas. Ya te lo he dicho: en la bifurcación, decides quién de las dos vive y quién muere. Al principio, quería dejar que el verraco hiciera esa elección, pero ahora, mira tú, estás aquí. Tengo que reconocer que esta variante me gusta mucho más.

—¿Por qué ha secuestrado a Lenja, si se puede saber? —preguntó Julia, todavía sorprendida de que aquel chiflado tuviera a otra mujer más en su poder. Con ella incluida, eran ya tres. Aquel tipo estaba completamente loco.

—Me gustó. Os estuve observando junto al supermercado, todo el tiempo. Ella resolvió mi acertijo. Eso me impresionó. Al principio, no tenía pensado matarla, pero la zorra me clavó un boli en el cuello.

Señaló un punto del cuello y se subió un poco el pasamontañas. Una tirita gruesa cubría el sitio donde Lenja le había acertado. Su ayudante no se rendía tan fácilmente. Posiblemente, en aquel momento, estaba urdiendo algún plan. Solo por eso, Julia tenía que ganar tiempo, por lo menos hasta que se le ocurriera una solución. Pero el hombre parecía, de pronto, tener prisa. La agarró con una mano por la nuca y, con la otra, cortó las cuerdas de los brazos y de las piernas.

—Más vale que vayas empezando ya. No tengo precisamente mucha paciencia.

Maldita sea, pensó Julia. La había calado.

—¿No se merece Lenja una segunda oportunidad? —preguntó, pero él ya no la escuchaba. Sin decir palabra, la empujó contra una pared de tablones y abrió una trampilla.

—Métete ahí dentro. Tienes cinco minutos.

La trampilla se cerró tras ella, y Julia tuvo que pelear, antes que nada, por mantener el dominio de sí misma. Bajo ningún concepto podía dejar que el pánico la dominara. Entonces morirían todas. Tenía que alegrarse de que él no la hubiera matado de inmediato. Por lo menos, al parecer, se le concedía algo así como una oportunidad. Tenía que liberar a Lenja y a la otra mujer y salvarlas del verraco.

Decidida, echó a correr. El suelo estaba helado y resbaladizo. Patinó y se estampó de rodillas contra el suelo. La pierna derecha le dolía a rabiar cuando logró incorporarse. Ahora entendía por qué le quedaba tan poco tiempo. Era increíblemente difícil avanzar. Eso sí, lo mismo iba a pasarle al verraco, que, con sus pezuñas sobre aquel suelo resbaladizo, seguramente apenas encontraría agarre. Observó las paredes, de algo más de dos metros de altura, a izquierda y derecha, y se fue abriendo paso hacia delante. Una sucesión interminable de tablones formaba un pasillo largo y estrecho, interrumpido tan solo por postes a intervalos regulares. Al menos, unos focos potentes lo iluminaban todo.

—¡Lenja! —gritó con fuerza. Pero no obtuvo respuesta. Probablemente le había tapado la boca con cinta, o la había amordazado, o... Julia no fue capaz de acabar de pensarlo. Corría y corría, todo lo que podía sobre aquel suelo helado, hasta que alcanzó la bifurcación. Una ojeada rápida al reloj: había pasado un minuto. En lugar de decidirse por una dirección, primero giró sobre sí misma para reconocer el terreno. En la pared izquierda de tablones se fijó en una rendija. Cuando Julia volvió a tener la bifurcación justo delante de las narices, seguía sin saber si elegir a la derecha o a la izquierda. No le quedaba tiempo. Se lanzó hacia la derecha. Otra vez resbaló y se golpeó las rodillas contra el suelo.

Tardó menos de un minuto en llegar hasta un poste. A Julia se le paró el corazón. La mujer que el asesino había atado allí no era Lenja. Julia se precipitó hacia la víctima indefensa y le quitó la mordaza de la boca. Un grito largo y ronco rasgó la noche. Julia tiró de las ataduras y deshizo el nudo de las muñecas de la mujer.

—Suéltese usted misma las cuerdas de los tobillos y corra todo lo deprisa que pueda. ¡Por ahí! En cualquier momento va a aparecer detrás de usted un cerdo enorme. ¡Eche a correr, yo aún tengo que ayudar a otra mujer!

La mujer la miró con los ojos muy abiertos.

—Por favor, no se vaya —suplicó.

A Julia se le encogió el corazón. Pero no tenía elección. Si no daba media vuelta de inmediato, Lenja estaba perdida. Dejó a la mujer llorosa a su suerte y echó a correr de vuelta. El tiempo casi se había agotado. El tictac no paraba en su cabeza.

Treinta segundos, y aún no había logrado llegar de vuelta a la bifurcación.

—¡Lenja! —chilló, desesperada. Vio la bifurcación. Oyó un bramido feroz. El verraco había echado a correr. Su cuerpo pesado se estampaba contra las paredes de tablones. De pronto reparó en la cuerda que llevaba en la mano, con la que había estado atada la mujer. Julia tenía que detener al verraco. Corrió al encuentro de aquel animal furioso y enrolló un extremo de la cuerda, a poco menos de un metro de altura, alrededor de un poste. La tensó cruzando el camino y la ató al poste de enfrente. Apretó el nudo con todas sus fuerzas. Julia no tenía ni idea de si la cuerda podría siquiera frenar al cerdo. Pero confiaba en ello.

El verraco se lanzó contra ella con los ojos enloquecidos, las enormes fauces abiertas de par en par. Ella saltó agarrándose al poste y encogió las piernas. El animal resbaló y se estampó contra la pared. Agitaba las patas, encontró de algún modo agarre, tomó nuevo impulso y se abalanzó otra vez contra Julia. La cuerda alcanzó al verraco en el cuello. Se tensó tanto que Julia esperaba, a cada instante, verla romperse. Pero aguantó. El verraco dio una vuelta de campana. Aterrizó de espaldas en el suelo y volvió a incorporarse. Sus pezuñas arañaron el suelo duro. Resollaba y miraba a Julia,

sorprendido, antes de salir disparado de nuevo. Ahora, en sentido contrario, de vuelta al lugar de donde había venido.

Julia se dejó caer al suelo y corrió hacia delante, en la dirección en la que sospechaba que estaba la salida. Con el corazón aleteándole, llegó hasta el poste al que estaba atada Lenja.

—Lenja —gritó, agotada, y le arrancó la mordaza de la boca. Después, a toda prisa, deshizo las ataduras de las muñecas y de los tobillos. Lo siguiente que oyó fue a Lenja respirar hondo y el chillido furioso del verraco en algún lugar muy cercano. ¿Y si volvía?

Las opciones se atropellaban en su cabeza. Podían trepar al poste y confiar en no resbalarse. Pero era demasiado arriesgado. Podían seguir corriendo y rezar para que el animal no las alcanzase. La probabilidad de que fueran más rápidas era también demasiado escasa, y, además, Lenja parecía muy debilitada. Probablemente no lo conseguiría. ¡La rendija en la pared de tablones! Quizá hubiera allí un asidero. El autor, al fin y al cabo, actuaba con un plan. Era posible que se hubiera instalado una especie de salida de emergencia para sí mismo.

Julia levantó a la desfallecida Lenja de un tirón y la empujó delante de ella sin pensarlo más.

—Solo tenemos que retroceder unos metros hasta la bifurcación —gritó. El retumbar de las pisadas del animal salvaje se acercaba a ellas, espantosamente rápido. Pero no les quedaba otra salida. Completamente sin aliento, alcanzaron la bifurcación. El verraco aún no estaba a la vista, pero lo oía estrellarse contra las paredes con todo su peso.

—La rendija —gritó Julia. Se precipitaron hacia la pared. Julia palpó en busca de la palanca y la empujó hacia arriba. La puerta se abrió de golpe. El cerdo llegó disparado en ese mismo segundo. Julia empujó a Lenja a través de la puerta. El verraco estaba tan cerca que olía su aliento apestoso. Ya no llegó. El animal voló hacia ella. Cerró los ojos y notó cómo Lenja le tiraba del brazo.

Pero era demasiado tarde; percibió un estruendo enorme. Tenía que ser el impacto. Su final.

43

—¿Qué pasa con mi bebé? —susurró Michelle, y se rodeó el vientre con las dos manos. Lo notaba aún más plano que de costumbre. Seguro que la criatura no había sobrevivido a aquel suplicio. Se le saltaron las lágrimas.

—No llore —dijo una voz familiar.

Sorprendida, abrió los ojos y giró la cabeza hacia la derecha. Allí estaba Elfriede en su cama. Se había incorporado un poco y la miraba.

—Su bebé está bien —dijo la anciana con una sonrisa—. Propuse que la trajeran a mi habitación, para poder echarle un ojo. Si su novio aparece por aquí, lo echo con cajas destempladas.

—Y ¿cómo he llegado hasta aquí? —preguntó Michelle, confundida—. No me acuerdo de nada.

Elfriede se señaló la cabeza.

—Tiene usted una herida en la cabeza, parece que se cayó con fuerza y se quedó inconsciente. Hasta ha salido en las noticias. Un tipo así, que ha matado a unas cuantas mujeres. La estuvo acechando durante semanas. La enfermera Bettina lo ha reconocido. Justo ahora está prestando declaración en la Policía Judicial. —Elfriede meneó la cabeza—. Dios mío del cielo. Su criatura, ahí en la barriga, tiene que tener un ángel de la guarda enorme. No lo eche a perder. Por cierto, la casa de acogida para mujeres ya está avisada.

En los próximos días vendrá alguien a explicarle cuáles son los próximos pasos.

Michelle no era capaz de asimilar tanta información de golpe. Le martilleaba la cabeza con fuerza. Era como estar dentro de una mina. Su bebé estaba bien. Eso era todo lo que necesitaba saber.

—¿Cómo está la mujer que estuvo conmigo en el sótano?

Elfriede la miró con interés.

—¿Entonces sí se acuerda?

Michelle se encogió de hombros.

—Por lo menos del sótano. Al principio pensé que Lars me había encerrado. En algún momento llegó aquel desconocido con una mujer rubia. Después nos separó. Fuera, en el frío, me volvió a atar y, entonces, apareció otra mujer, una de pelo negro. Me desató y me dijo que corriera todo lo que pudiera.

Elfriede sonrió, orgullosa.

—Y eso hizo, hija, si no, no estaría usted aquí.

—Qué raro —dijo Michelle—. Recuerdo perfectamente cómo me solté las cuerdas de los tobillos y eché a correr. Hacía un frío helador y el suelo estaba duro como la piedra. Todo estaba muy iluminado. Me encontraba en un pasillo que, de pronto, se acabó. Delante de mí había un agujero grande y oscuro. Después, oí un estruendo, resbalé, y a partir de ahí ya no me acuerdo de nada.

Elfriede agitó el brazo escuálido.

—Mejor así, hija. Hay recuerdos de los que se puede prescindir muy bien. De eso sé yo un rato. Lo importante es que está usted aquí, a salvo, y que va a empezar de cero. La criatura le dará fuerzas. Ya se lo dije. ¡De qué otro modo iba a haber salido usted de aquel infierno!

¿Y qué pasa ahora con las otras dos mujeres?, quiso preguntar Michelle. Pero los ojos se le cerraron por puro agotamiento. En la cabeza le rugía un martillo neumático. Se dejó caer hacia atrás sobre la almohada blanda y limpia, y solo quería olvidar aquellos dolores espantosos.

44

El cristal oscurecido le daba una sensación de seguridad. Ella podía ver lo que pasaba en la sala, pero la gente del otro lado no podía verla.

El olor del hombre se le había pegado a la nariz. Una mezcla áspera de perfume y peste a tabaco que, probablemente, envolvía a decenas de miles de hombres en Colonia. Le dolía el tobillo izquierdo. El verraco le había caído encima con todo su peso. La hinchazón era tan enorme que llevaba puestas las chanclas de Florian.

Julia aguzó el oído cuando el hombre, en la sala de interrogatorios, empezó a hablar.

—Me llamo Sebastian Pauke. Tengo treinta y siete años y trabajo como conserje en el Uni-Center de Colonia. Soy propietario del Birkenhof, que heredé de mi abuelo.

Florian observaba al hombre fijamente, con el rostro impasible. Llevaban días persiguiendo a Lammertz y a Ahlbach mientras Pauke, con toda la tranquilidad del mundo, ponía en marcha sus planes de asesinato. Al menos ahora estaba detenido.

Lenja estaba sentada al lado de Julia. Una tirita grande le cruzaba la frente. El ojo izquierdo se le había puesto azul oscuro y morado. Tenía un incisivo partido, pero el dentista podría, seguramente, reparar el daño estético. En cualquier caso, Lenja

había alcanzado de lleno a su agresor. Pauke llevaba una venda gruesa alrededor del cuello. Un centímetro más a la izquierda, y Lenja le habría destrozado la carótida. En el Birkenhof encontraron una habitación en la que había preparado sus crímenes con minuciosidad. A cada víctima la había observado durante semanas. Cientos de fotografías cubrían las paredes. Todas las personas estaban relacionadas, de un modo u otro, con su abuelo; algunas lo habían conocido en persona. Otras habían cuidado o atendido al anciano, que, en sus últimos años, había necesitado asistencia. Casi daba la impresión de que Sebastian Pauke quisiera eliminar a cualquiera que, de algún modo, hubiera tenido contacto con aquel verdugo suyo, fallecido en la granja. La granja misma le parecía a Julia un museo. Las pertenencias personales del abuelo estaban repartidas por todas partes, como si fuera a volver en cualquier momento. Pauke estaba completamente desgarrado entre el odio y el amor por el hombre que lo había criado. La policía encontró una caja con hojas escritas a mano. Pauke había resuelto miles de problemas de cálculo o acertijos. Su letra delicada y curvada era tan limpia y cuidada que ponía de manifiesto el esfuerzo que se había tomado para complacer a su abuelo. A aquel verdugo del que tanto había anhelado un trocito, por pequeño que fuera, de amor y de reconocimiento. La brutalidad con la que había matado a sus víctimas reflejaba el otro lado de su alma. El lado que había quedado destruido y en el que ya no había compasión por los demás.

Por lo menos había confesado todos los asesinatos con todo lujo de detalles. El interrogatorio de hoy servía solamente para verificar los hechos. Se repetían muchas preguntas, para destapar posibles incongruencias. Era casi seguro que aquel hombre no volvería a salir vivo de la cárcel. Era, al menos, algo de justicia. No iba a devolver a la vida a las mujeres muertas.

—Explíquenos, por favor, una vez más, por qué mató a Fabienne Lammertz.

Sebastian Pauke puso los ojos en blanco y miró a Florian con agresividad.

—Pero ¿cuántas veces tengo que contárselo? —Descargó el puño sobre la mesa con estruendo. Su abogado le puso la mano sobre el

hombro, pero él la apartó.

—Ha matado usted a mi verraco a tiros, niñato.

La nuez de Florian subió y bajó a toda velocidad. Apretó los labios.

—Por un pelo no llegó a pillar a la pequeña bocazas. ¿Qué era ella? ¿Médica forense? —Pauke se volvió hacia el espejo unidireccional.

Lenja, al lado de Julia, se sobresaltó y se atragantó.

—No nos ve —susurró Julia, y rodeó a Lenja con el brazo—. No tenemos por qué escuchar esto.

—No. Está bien —musitó Lenja—. Quiero saber qué mueve a ese cabrón. Algo aprenderemos.

—Personas así tienen todas la cabeza un poco distinta —respondió Julia. No insistió más a Lenja para que se fuera. Probablemente le venía bien ver al asesino esposado y con el uniforme de la cárcel. A ella misma también la ayudaba; al fin y al cabo, se había librado de la muerte por los pelos. Florian había disparado al cerdo en el último instante. Sin él, la habría arrollado. Aquel animal de varios quintales se había desplomado justo delante de ella; o, mejor dicho, encima de su tobillo izquierdo.

—Está bien. Una vez más, todo desde el principio. Fabienne Lammertz preparó a mi abuelo para el entierro. Se esmeró en exceso y no paró de incordiarme. Estoy seguro de que el abuelo se habría divertido con su muerte. —Se inclinó hacia delante sobre la mesa—. En realidad era una puta. Se enredaba con su jefe. ¿Lo sabía usted? Se dejaba mantener por él y, a cambio, abría las piernas. En cualquier caso, aquella noche fue desde el piso de él a un bar y se lanzó al primer tipo que tenía cerca. Él la invitó a un montón de copas, pero, por lo visto, ella cambió de opinión y, en algún momento, se fue dando tumbos a casa. Yo habría podido interceptarla por el camino sin problema, pero me pareció demasiado fácil. Quería sorprenderla y la encontré en su bañera. Se bañaba siempre después de hacerlo con su jefe. La había estado observando, y aquella noche fue lo mismo. Era la ocasión perfecta para arrancar nuestro pequeño juego. Y, antes de que siga preguntando, señor inspector, después le tocó el turno a la

cuidadora de mi abuelo. Le hice un favor y le corté la cabeza en un visto y no visto. Llevaba tiempo queriendo hacerlo. Pero después pensé que había ido todo demasiado rápido. Quería disfrutar un poco más del proceso. He... —Se interrumpió porque Florian había levantado las manos.

—Pare. Pare. Pare. Esto va demasiado deprisa para mí —dijo Florian, y deslizó por la mesa una fotografía de la guillotina—. ¿De dónde la ha sacado? —quiso saber.

Sebastian Pauke sonrió con suficiencia.

—Es impresionante, ¿verdad? Hecha por mí mismo, claro. Subirla al mirador fue bastante complicado. Pero, como conserje, tengo acceso a todas partes y, con los operarios, había de todas formas un follón total: al final no fue ningún problema. Subí la guillotina por piezas en el ascensor y, después, la monté con toda la tranquilidad del mundo. En esta época del año no hay quien se acerque a la terraza. —Vaciló y se encogió de hombros—. Bueno, salvo esa estúpida médica forense, quizá —añadió, y se inclinó hacia Florian por encima de la mesa—. Las cámaras las había apagado antes, por seguridad. Pero eso ya lo sabe usted.

—¿Y qué hay de la señora Schroder? ¿Se la encontró en el pasillo después de que la señora Schwarz lo interrumpiera en el mirador?

Pauke soltó una risa amarga y meneó la cabeza.

—¿Se refiere a esa vieja pesada? ¿La que, a veces, hasta se olvida de su propio nombre? Y qué más da. Andaba husmeando por el pasillo; lo hace a menudo. No me reconoció, solo me agarró el guante.

Florian miró a Pauke con expresión impenetrable.

—Vale, entonces hablemos ahora de Sabine Helm. ¿Por qué ella?

—Ah, sí. Esa tía del seguro de pensiones. Esa quería de verdad sacarme dinero. Algún tipo de pago adicional, porque, con mi ridículo sueldo de conserje y un par de ingresos extra, supero no sé qué límite de ingresos. Antes, a la gente codiciosa se la colgaba en la horca. La dejé colgada precisamente en una iglesia. No se había ganado otra cosa. No cumplía con ningún mandamiento, y no hablemos ya del amor al prójimo. Usted no tiene ni idea de lo mucho que esa mujer iba detrás de mi dinero. —Esbozó una sonrisa para sí

—. La zorra pataleó a base de bien y se meó encima de miedo. Y entonces... —Se interrumpió y se quedó mirando varios segundos el espejo unidireccional—. Después le tocó a la farmacéutica. Siempre le metía a mi abuelo sus caramelos preferidos en la bolsa. Le habría encantado jugar con ella. Cuando le conté que yo era su nieto, se subió a mi coche por su propia voluntad. Creo que solo se dio cuenta de lo que pensaba hacer con ella cuando se encontró delante del arcón congelador. —Se dio una palmada en los muslos y soltó una carcajada a pleno pulmón—. Lo que más me ha divertido, sin embargo, han sido las pequeñas pruebas que le he ido planteando a la policía. Tiene usted que admitir que les he dado una oportunidad real de salvar unas cuantas vidas. Normalmente, ustedes llegan tarde una y otra vez. Descubren un cadáver y el autor ya se ha esfumado hace tiempo. Yo, en cambio, casi siempre les he ofrecido la posibilidad de encontrar a la víctima todavía con vida. Pero ese veneno rubio se les adelantó, ¿verdad? La pequeña resolvió mi acertijo y sacó a la farmacéutica del arcón congelador. —Hizo una pausa, se rascó la oreja y, después, dijo—: Lenja. —Pronunció su nombre muy despacio y se pasó la lengua por los labios. Era repugnante. A Julia le habrían dado ganas de saltar a través del cristal. En su lugar, se limitó a taparle los ojos a Lenja.

—Le eché el guante a la pequeña. Ni siquiera la habría tocado si se hubiera portado bien. El resto ya lo saben. —Bajó la cabeza como un robot al que acabaran de apagar.

A aquel asesino le habían arrancado a golpes, ya desde la infancia, todo sentimiento por sus semejantes. Sebastian Pauke era una ruina anímica. Nadie podía ayudarle. Hasta el día de su muerte seguiría siendo la cáscara vacía en la que lo había convertido su abuelo. Julia jamás iba a entender que, en lo más profundo de su corazón, él siguiera admirando a aquel hombre.

La respiración de Lenja salía a sacudidas. Estaba pálida como un cadáver.

—Quizá sea mejor que nos vayamos ya. Esperemos que Pauke no vuelva a salir de la cárcel nunca más. Tú lo has vencido.

Acompañó a Lenja al pasillo, pero, al cabo de unos pasos, Lenja se detuvo.

—No —dijo—. Lo despachaste tú, Julia. Me empujaste a través de la abertura y por poco lo pagaste con la vida. Te estoy tan agradecida que me faltan las palabras. —Las lágrimas le caían a raudales por el rostro.

—Anda, no... —susurró Julia—. Florian estaba allí al final. Sin él, probablemente habríamos muerto, también Michelle. Ella lo logró, aun cuando cayó de cabeza en un foso. Ahora mismo lo único que necesitas es tiempo. Los recuerdos se irán desvaneciendo, antes o después —dijo Julia. Pensó en su hermano pequeño, cuya imagen conservaba intacta en el corazón. Nunca iba a perder color ni vida. Pero con las personas queridas era diferente. Deseaba de corazón que Lenja pudiera superar todas aquellas experiencias terribles.

EPÍLOGO

—¿Adónde vamos? —preguntó Julia, curiosa. Los casos de asesinato estaban por fin cerrados, y Lenja se encontraba mejor de día en día. También para Julia había llegado el momento de respirar hondo. Siguió a Florian hasta su coche.

—Es una sorpresa. Te vas a alegrar mucho. Te lo prometo. —A Florian le brillaban los ojos. Por un instante le pasó por la cabeza que quería pedirle matrimonio. Pero ella todavía no estaba en ese punto. Después se tranquilizó. No iban al centro, donde podría haberla invitado a un restaurante caro. Se alejaban de Colonia, hacia el campo. Para un picnic, eso sí, hacía demasiado frío y, además, eran apenas las tres y media de la tarde. Por lo visto, él tenía otra cosa pensada para ella.

Julia se recostó, satisfecha, y contempló el cielo gris. Al menos no nevaba. Cuanto más se alejaban, más extraña se sentía. Conocía aquel trayecto, solo que no le venía a la cabeza, así de buenas a primeras, de qué. Era una sensación parecida a la que había tenido con Sebastian Pauke. Es cierto que se había cruzado con el conserje, pero no había reparado en él conscientemente, ni mucho menos lo había contemplado como autor de los hechos. Lo mismo le ocurría ahora. Se tensó un poco. Poco a poco fue dándose cuenta de adónde iba Florian.

—¿Qué hacemos en el aeródromo de Hangelar? —preguntó, insegura, cuando él enfiló el gran aparcamiento que había al lado de la torre de control.

—Espera —le pidió Florian, y la cogió de la mano—. Quiero enseñarte algo. —Detuvo el coche y se bajaron. Florian la llevó a la primera planta del edificio del aeródromo y se dirigió a un ventanal que llegaba hasta el suelo.

—Pero... —Julia quiso protestar, pero él se llevó el dedo índice a los labios.

—Mira —la animó.

Julia vio cómo un helicóptero aterrizaba sobre la señal marcada. Nadine Mueller, que estaba tan horrorosamente embelesada con su padre, se bajó de un salto. Julia apenas podía mirar. ¿Qué pretendía Florian? ¿Que le pidiera explicaciones a esa mujer?

Cuando su padre se bajó justo detrás de ella, a Julia casi se le revolvió el estómago. Apartó la mirada.

—Lo siento, esto no soy capaz de verlo.

—Pues deberías —dijo Florian, la cogió por el hombro y la giró otra vez hacia el ventanal.

Julia suspiró y miró hacia fuera. Aún había alguien más dentro del helicóptero. Ulrich Schwarz, con la cabeza agachada bajo las aspas en movimiento, esperaba con la mano tendida.

—¿Hannelore? —soltó Julia, sorprendida, y pegó la nariz al cristal —. ¿Qué hace aquí?

La respuesta le llegó tan deprisa como había formulado la pregunta. Se dio la vuelta y meneó la cabeza.

—Qué tonta soy —dijo, y se dejó caer contra Florian.

—No lo eres en absoluto —susurró él—. Yo estoy en la Policía Judicial y tengo recursos que tú no tienes. He estado indagando un poco y he averiguado que tu padre está tomando clases de vuelo con Nadine Mueller. No tiene ninguna aventura; solo quería darle una sorpresa a tu madre.

Julia se giró bruscamente.

—Ay, no. ¿Crees que sabe lo que he estado pensando de él?

—Claro que no. —Florian sonrió—. Nadie tiene ni la menor idea de que estamos aquí. Pero quizá deberías, de una vez, devolverle la

llamada a tu padre. Sospecho que quería hablarte de este vuelo y, probablemente, hasta llevarte en el helicóptero.

Julia soltó un suspiro largo.

—Pues, en ese caso, me conocería muy mal. Jamás me habría subido. —Miró de reojo por encima del hombro de Florian hacia el aeródromo—. Vámonos de aquí antes de que nos vean. —Cogió a Florian de la mano y echaron a correr de vuelta al aparcamiento.

El viento le silbaba a Julia en los oídos. Florian estaba con ella. Pocas veces se había sentido Julia tan liberada como en aquel momento.

FIN

AVANCE: „NIÑA DÓCIL: UN THRILLER FORENSE“

Prólogo

Aunque he apagado la calefacción, tengo un calor insoportable. En la habitación hace tanto frío que los copos de nieve se quedan pegados a la ventana. Aparto el edredón a un lado. Pero el calor no se va. Viene desde lo más hondo de mí, una expresión de un deseo que no puedo apagar. Me limpio una gota de sudor de la frente y cierro un momento los ojos. La sangre me corre por las venas, hirviendo. Hace mucho calor aquí. Si no consigo pronto más sustancia, me consumiré en pleno invierno. Tengo la garganta tan reseca que la lengua está en la boca como un trapo apelmazado. Ni siquiera puedo pedir ayuda. ¿A quién, además? Aquí no hay nadie. Nadie de quien pudiera esperar apoyo. Sé que tengo que pasar por esto sola. Completamente abandonada a mis propias fuerzas. Solo si venzo al deseo que llevo dentro volveré a ser libre.

Agotada, me dejo caer hacia atrás contra la almohada e intento no pensar en el polvo blanco. En la sustancia que podría acabar con mi estado lamentable en cuestión de segundos. Pero no puedo volver a meterme la cosa. Lo he prometido. A mí misma y, lo que es mucho más importante, a Ella. Mi hija no tiene la culpa, y duerme tan tranquila en su cuarto. Desde hace horas.

Mi mirada se va al reloj. La manecilla pequeña marca las tres. Brilla en la oscuridad como un guardián que advierte. Debería dormir, pero mis pensamientos no dejan de girar alrededor del polvo blanco. Alrededor de la bolsita en la que está envuelto y que he escondido en la balda más alta del armario de Ella. Lejos de mí. De mi cuarto y de mi cama. En el otro extremo del piso. No puedo llegar hasta allí, me digo con todas mis fuerzas. La distancia parece demasiado grande, el pasillo terriblemente largo. Cada paso supondría un esfuerzo desproporcionado. Una misión imposible. ¿Y para qué? ¿Para un poco de felicidad?

¿Por qué no?, susurra la voz peligrosamente suave dentro de mi cabeza. ¡Concédete un poco de descanso! Reúne fuerzas y, la próxima vez, lo conseguirás seguro. ¡Venga ya! Solo un poco. No tanto como otras veces. La mitad, o incluso solo un tercio.

—No —grito, y agito los brazos en el aire. Pero ya hace tiempo que he picado el anzuelo. Puedo notar claramente el polvo. Y el subidón. Ese subidón maravilloso que devuelve la vida dentro de mí, y la felicidad. ¿Cuándo me he sentido mejor?

¿Y cuándo peor? Ahí está otra vez, la voz. La voz de la razón. La del doctor Weinheimer.

¡Quite las manos de eso y piense en su hija!

Como si no lo supiera yo misma. Ella, ¡mi niña pequeña! Las ganas de verla se me hacen enormes. Salgo de la cama dando tumbos, atravieso la habitación y avanzo por el largo pasillo. Hago frente al calor y aparto la idea de que el camino, en mi estado, es demasiado para mí. La puerta del piso está entreabierta. Por lo visto, estaba tan fuera de mí que no la cerré bien. El rellano oscuro me parece un gran agujero negro que quiere tragarme. Debería cerrar la puerta, pero antes me desvío al cuarto de Ella y me hundo en la visión angelical de mi hija dormida. La cara y el pelo rubio le brillan con un tono plateado a la luz de la luna. Ella parece una princesita. Yo misma era todavía una niña cuando la tuve. Apenas catorce años, tras una sola noche con un chico del que estaba locamente enamorada. Y a quien me entregué solo para descubrir, después, que para él yo no era más que una de sus muchas conquistas. Él nunca se ha interesado por Ella. Pero sus padres me siguen

ingresando todos los meses una suma considerable, que me ayuda y que me obliga a guardar silencio. Le aparto a Ella un mechón de la frente. Ella no tiene la culpa, y no debe pagar por mi tontería. Cuido como puedo de mi niña pequeña.

Satisfecha, voy a darme la vuelta y a regresar a la cama, cuando algo cruje suavemente. Viene del armario de Ella y me recuerda lo que se esconde detrás de las puertas correderas. Me acerco al armario con pasos torpes. Una magia invisible flota en el aire. Me atrae de manera irremisible. Abro las puertas y me pongo de puntillas. Arriba del todo, donde no llega una mano infantil, está la bolsita. La sujeto con dos dedos. El polvo blanco brilla a la luz de la luna. Tiene un aspecto tan inofensivo. Tan puro. Le doy la vuelta a la bolsa. En el dorso hay un pósit pegado.

«¡Tírame a la basura! ¡Piensa en Ella!»

Me quedo mirando las letras, como si por hacerlo fueran a desaparecer. Y eso que sé perfectamente que ahí está la verdad. Esa nota la escribí yo misma como última barrera. No puedo recaer otra vez, bajo ningún concepto. El doctor Weinheimer me ha asegurado que todavía no es demasiado tarde. Sigo mirando fijamente mis propias palabras. También me ha dicho que tire el polvo. Para no caer en la tentación. Pero no he podido. Quería guardar una pequeña reserva. Por si acaso. Por Ella, porque Ella no puede sufrir mis cambios de humor. Tendría que haberle hecho caso al doctor Weinheimer. Decidida, despego la mirada de la bolsa y contemplo a mi niña dormida. Entonces me vuelvo a poner de puntillas para devolver el polvo a su sitio. Una corriente de aire me roza. El calor está de nuevo aquí. Distraída, dejo caer la bolsita. Aterriza con un golpe seco en el suelo. El polvo blanco se desparrama por todas partes a mis pies. Antes de poder pensar, me dejo caer de rodillas y meto el dedo índice en el polvo fino y suave. De nuevo siento una corriente de aire. Miro por encima del hombro hacia la puerta y me quedo paralizada.

Allí hay alguien de pie, mirándome.

Capítulo 1

Julia contempló las letras curvas, grabadas en lo profundo del mármol. Llevaban casi dos décadas relucientes sobre la piedra gris y apenas habían cambiado. El tiempo en el cementerio parecía haberse detenido. Eso, al menos, le parecía siempre a Julia cuando visitaba la tumba de su hermano pequeño. Se le cerró la garganta cuando susurró su nombre:

—Michael.

La respuesta fue el silencio y un leve soplo de viento que le rozó la nuca. Julia depositó unas flores que había comprado antes y que, con su aroma dulce, conseguían arrancarle a la tumba un toque de primavera pese al frío invernal. No venía allí a menudo, porque no quería imaginarse a Michael bajo tierra. Como médica forense, sabía lo que la muerte le hacía al cuerpo humano. Conocía las distintas fases de la descomposición. La degradación inexorable la veía cada día en el Instituto. Al final no quedaban más que unos huesos. El resto alimentaba a los gusanos y los insectos que se cebaban en el tejido sin vida. No le gustaba aquella imagen, y, en su mente, Michael seguía siendo el chaval de doce años, lleno de vida, cuya risa le iluminaba el mundo, que la molestaba y se metía con ella. Que la quería y al que ella nunca olvidaría. Se dio la vuelta con lágrimas en los ojos. Quizá no debería haber venido. Aquel lugar no encerraba más que dolor y arrastraba todos los recuerdos bonitos de Michael a una nada negra. Un cementerio no era el sitio adecuado para él.

—Hasta pronto, hermanito —musitó, y dio media vuelta. Prefería contemplar una foto de Michael que su lápida. Una en la que él sonreía y se apoyaba en su hombro. A paso ligero se encaminó hacia la salida, pero se detuvo en seco cuando sus padres entraron por la verja del cementerio. Soltó un suspiro y se obligó a sonreír.

—¿Ya te vas? —Hannelore la examinó atentamente desde la distancia. Parecía leerle los pensamientos—. Hoy es el cumpleaños de Michael. He hecho una tarta. Vienes a casa con nosotros, ¿no?

Los ojos de su madre se clavaron en ella y la retuvieron. Julia esquivó la mirada. Quería sacudirse aquella atmósfera triste, pero, por lo visto, no le quedaba elección. Al fin y al cabo, Hannelore ya no consagraba toda su existencia al duelo. Después de muchos

años, por fin había vuelto a empezar a vivir. Hasta había cumplido un sueño de juventud y se había apuntado a una escuela de pilotos de helicóptero. Que su madre tomara clases de vuelo era algo que Julia jamás, en la vida, le habría imaginado.

—Dame un abrazo. —El padre de Julia se adelantó y, con ello, le ahorró tener que responder. La rodeó con los brazos, protector, y le preguntó con cariño—: ¿Cómo estás?

Julia se dejó arrullar por su aroma áspero. El olor que conocía desde la primera infancia y que, para ella, significaba sobre todo cobijo.

—Hace frío aquí —respondió, y reprimió el nudo en la garganta y las lágrimas que esperaban para rodarle por las mejillas. ¿Cómo iba a estar, en la tumba de su hermano? Aquella herida no se cerraría nunca. El dolor estaba siempre ahí. Cambiaba con el tiempo, pero no se iba. Para todos ellos se había convertido en un acompañante constante. Eso no lo cambiaba ni siquiera el hecho de que el asesino de Michael estuviera ya en la cárcel. Mario Kimpel había abusado de Michael, lo había matado y lo había dejado tirado en el bosque. Habían pasado años hasta que, un buen día, por fin, lo atraparon.

—Vamos a ver a Michael y luego nos tomamos un café caliente en casa. —Ulrich Schwarz le guiñó un ojo con cariño y siguió a Hannelore, que estaba en la tumba de Michael, sollozando.

Julia asintió y se dio la vuelta, abatida.

Una hora más tarde, Julia estaba sentada a la mesa del comedor en casa de sus padres. Mientras hablaban de Michael y de lo entrañable que era de niño, ella miraba con el corazón en un puño el sitio vacío. Después de tantos años seguía faltando. Aún veía su cara y cómo ponía muecas. Una vela ardía sobre la mesa. La cifra que Hannelore había compuesto con pétalos sobre el mantel hizo que Julia se estremeciera. ¡Veintinueve! Veintinueve habría cumplido Michael ese día. Menuda edad. ¿Qué aspecto tendría ahora? Se lo imaginó como un hombre de pelo negro y ojos oscuros. Tan oscuros como los suyos. Y sonriendo.

De pronto sonó el móvil de Julia. Vio el número de Florian y frunció el ceño. Él sabía dónde estaba ella, y no era propio de él molestarla allí. Inquieta, atendió la llamada.

—Julia, lo siento mucho, pero tienes que venir ya. Tenemos un cadáver de mujer. Te necesito. —La voz de Florian vibraba de alarma. Normalmente era la calma en persona.

Julia aguzó el oído, horrorizada. Miró a su padre. Él asintió y, con un gesto comprensivo, le hizo una seña para que saliera de la habitación. Su madre, en cambio, permanecía inmóvil, con los labios apretados.

—Me tengo... me tengo que ir, lo siento —tartamudeó Julia—. Una mujer muerta. —Las miradas de los dos se fueron al instante al sitio vacío de Michael.

—Vete —sollozó Hannelore—. Vete y atrapad a ese monstruo.

Julia no perdió el tiempo. Se montó en su viejo Golf y pisó el acelerador. Florian le había facilitado una dirección al norte de Colonia. Tardó media hora en llegar a una zona residencial que no estaba entre las mejores de la ciudad. Un bloque gris de viviendas se sucedía al siguiente, algunos de más de veinte plantas. De vez en cuando, unos brochazos sucios de color animaban el hormigón. Pero no llegaban a mejorar mucho la impresión. Chorweiler era una de las zonas en las que vivía mucha gente desfavorecida. Quien buscara aquí edificios antiguos bonitos lo hacía en balde.

Julia se acercó hasta la cinta de balizamiento roja y blanca que ondeaba al viento. Se detuvo justo delante y bajó la ventanilla.

Una agente joven, de uniforme, se inclinó hacia ella.

—Lo siento, aquí no se puede aparcar —explicó amable, y le hizo señas con los brazos para que Julia se moviera.

—Me llamo Julia Schwarz. Soy médica forense. El inspector Florian Kessler me ha hecho venir aquí. —Le tendió el carnet del Instituto de Medicina Legal por la ventanilla abierta.

—Ah, disculpe. Eso es otra cosa, claro. Tiene que ir ahí delante, por el pasaje. La fallecida está en el patio interior.

Julia le dio las gracias y se bajó. Se ciñó más el abrigo. En lo alto, en el cielo, se aglomeraban nubes redondeadas y grises de lluvia. A lo mejor llegaba incluso a nevar. Febrero se estaba mostrando en su cara más fría. Julia se apresuró en la dirección que la agente le había indicado. Pasó por un túnel con corriente de aire, que separaba dos bloques de viviendas. Algo más allá, detrás del

precinto, dos adolescentes estaban encaramados, pese a las temperaturas invernales, sobre una caja de electricidad. No le prestaban atención ni a ella ni a los policías que iban y venían atareados; tenían la mirada clavada, sin tregua, en sus móviles. El mundo a su alrededor parecía no existir en absoluto. Julia vio enseguida los hombros anchos de Florian y la mata de pelo rubio. Estaba rodeado de agentes en el borde de un parque infantil y daba instrucciones.

Cuando llegó hasta él, se volvió hacia ella y sonrió, algo abochornado.

—Siento mucho que precisamente hoy te necesite —dijo, y le plantó un beso en la mejilla.

Julia notó su calor y se acordó al instante de la noche anterior. Le revolotearon mariposas bajo el ombligo. El deseo regresó por el espacio de un suspiro. Insegura, dio un paso hacia atrás. Quería concentrarse en el trabajo, así que, decidida, apartó cualquier pensamiento sobre la noche.

Florian pareció adivinarle los pensamientos. Los ojos le brillaron.

—Esta noche podría cocinar para los dos —le susurró, y de inmediato desató en ella una nueva tormenta de emociones.

Ella se contuvo. En aquel lugar una persona había muerto de manera violenta, y a ella no se le ocurría nada mejor que soñar con una noche con su novio. Decidida, pasó por delante de Florian.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin mirarlo.

—Lo mejor es que lo veas tú misma primero. Quiero saber qué piensas. —Florian la siguió.

Julia pasó por debajo del precinto y entró en el parque infantil. Un columpio chirriaba, cansado, al viento. Del trepadero se desconchaba la pintura. En el cajón de arena se habían quedado atrapadas las hojas del otoño, que se pudrían poco a poco. Julia se encaminó hacia el tobogán. Dos agentes de la policía científica, con monos blancos de protección, le tapaban la visión. Un fotógrafo hacía fotos sin parar. Julia se detuvo justo detrás de él.

—Disculpen, señores. Soy la médica forense y me gustaría ver a la fallecida.

Los hombres se dieron la vuelta. Sus caras parecían marcadamente lívidas. La expresión de sus ojos le provocó a Julia un escalofrío que le bajó por la espalda. Se hicieron a un lado en silencio y le despejaron la vista. Apareció una mata de pelo rubio con dos trenzas largas. Lazos de color rosa fuerte y unas pinzas del mismo color adornaban la melena. La fallecida estaba sentada en el suelo, apoyada con la espalda en la escalerilla del tobogán, y llevaba un vestido blanco de volantes demasiado fino para aquella época del año. Por debajo de las axilas, una correa le cruzaba el tórax y le sujetaba la parte superior del cuerpo al metal. En la mano derecha tenía un pequeño espejo con el mango de color rosa. Julia no podía verle la cara, porque la cabeza se le había caído hacia delante sobre el pecho. Se agachó. Dos ojos azules y apagados la miraron. Las pestañas estaban pintadas de negro. Los labios le brillaban en rosa. Por la boca, ligeramente abierta, asomaba una dentadura inmaculada. El cuerpo, y también los pies, calzados con unos zapatos rojos de tiras, eran demasiado grandes para una niña. La fallecida no era una niña de diez años —lo que, a juzgar por la ropa y las trenzas, habría sido lo más obvio—, sino una mujer adulta. Julia le calculó algo más de veinte años.

—Algo así no lo había visto nunca —le dijo a Florian. Se subió las gafas por el caballete de la nariz y volvió a clavar la mirada en aquella aparición grotesca—. ¿Por qué está arreglada como una niña pequeña?

—Por eso quería que vieras a la fallecida con tus propios ojos en el lugar del hallazgo. Yo nunca me había encontrado con nada así —respondió Florian.

La mirada de Julia recorrió a la joven con detenimiento. La piel de las piernas desnudas parecía intacta. Lo mismo valía para el cuello. Tampoco el brazo izquierdo presentaba nada llamativo. Sin embargo, al contemplar el antebrazo derecho, contuvo el aire. Una maraña de cortes profundos y azulados le deformaba la piel.

—¿Son lesiones defensivas? —preguntó Florian.

Julia negó con la cabeza.

—No lo parece. Y, además, la mano está intacta. En ese caso, ahí también tendría que haber cortes. —Se calzó unos guantes de látex

y estudió las heridas—. No hay sangre —murmuró, mientras intentaba reconocer un patrón. Pero los cortes parecían distribuidos al puro azar. Encima, presentaban formas distintas. Algunos eran cortos y rectos. Otros, más largos y curvos.

—Las lesiones, en mi opinión, no son de un cuchillo. Lo veré con más detenimiento en la autopsia. En este momento no puedo decir más. Sería pura especulación. —Dejó deslizar el brazo de la fallecida hasta su posición y examinó la parte superior del cuerpo. Un pequeño abultamiento, poco aparente, en el pecho izquierdo le despertó la curiosidad. Palpó el punto con cuidado.

—Aquí hay algo duro debajo del vestido —murmuró, y trazó con las yemas de los dedos un círculo alrededor del hallazgo—. Tengo que desvestirla —explicó—. Hay algo entre las costillas. Quizá un cuchillo roto o algo así.

—¿Entonces la apuñalaron? —preguntó Florian.

Julia se encogió de hombros.

—Eso solo lo podré decir con seguridad tras la autopsia. —Le levantó el brazo izquierdo a la fallecida y comprobó la rigidez de las articulaciones—. El rigor mortis aún no se ha instaurado del todo. Con una temperatura ambiente de veinte grados aparece habitualmente entre las ocho y las doce horas. Pero ahora, en febrero, estamos casi en el punto de congelación. Eso ralentiza el proceso de manera notable. —Julia miró el reloj—. Son las dos y media. Doy por hecho que la mujer murió anoche o durante la noche. ¿Cuándo se ha descubierto el cuerpo?

—Hoy, a última hora de la mañana, poco después de las once. Una madre quería ir con su hijo al parque. El niño vio a la fallecida primero. Lo están atendiendo psicológicamente.

—Es bastante tarde. ¿Nadie la había visto antes? —Julia miró a su alrededor. El tobogán estaba al fondo del parque infantil. Detrás había unos árboles y arbustos, todos pelados. A través de la maleza distinguió el siguiente bloque de pisos.

—El parque, en esta época del año, no debe de tener mucha afluencia. Hasta ahora no hemos podido localizar a ningún testigo. Pero hay cuatro equipos peinando a todos los vecinos de los bloques de alrededor. —Florian hizo un gesto amplio con la mano—. Va a

llevar tiempo. Aquí vive un montón de gente, centenares de personas.

—Voy a abrir el vestido por el escote. Así veremos qué hay entre sus costillas. Para eso tengo que cortar la correa de cuero. ¿Puedo mover el cuerpo o necesitáis más fotos? —Julia dirigió la pregunta al fotógrafo, que se había apartado un poco y enfocaba la cámara hacia unas huellas de pisada.

—Yo he terminado —anunció él, ausente, y se dio la vuelta.

Julia abrió su maletín de instrumentos y sacó unas tijeras. Cortó con cuidado la correa. La fallecida se desplomó hacia el suelo de inmediato. Julia la enderezó y abrió el escote del vestido hacia el ombligo. Tras veinte centímetros, se detuvo y abrió la tela.

Florian se acuclilló a su lado, expectante.

—Apenas hay sangre —constató—. Y eso parece una flecha de ballesta.

—Sí —repuso Julia, y contempló el astil, que sobresalía unos dos centímetros de la piel—. Distingo en la madera unas marcas finas de sierra. Aserraron la flecha hasta la mitad y, después, la partieron. Como el vestido no presenta ni orificio de entrada ni rastros de sangre, la mujer, en el momento de su muerte, no lo llevaba puesto.

Florian se quedó en silencio, con los ojos fijos en la flecha. Julia esperó con paciencia hasta que se movió de nuevo. Conocía esa mirada. Florian intentaba ponerse en el lugar del autor. Esa era una de sus grandes virtudes y algo que a Julia le costaba mucho. A ella, por lo general, solo le interesaban los hechos.

—Por tanto, el vestido se lo pusieron post mortem —dijo Florian al cabo de un rato—. Qué raro. El autor se toma muchísimo trabajo. Le pinta a la víctima los ojos, las mejillas y los labios. Le trenza el pelo y se lo adorna con lazos y pinzas. Consigue ese vestido con volantes, que seguro que no es nada fácil de encontrar en talla de adulta, y, además, esos zapatos. ¿Y la flecha la parte, sin más? ¿No debería haberla extraído limpiamente? —Florian se frotó la barbilla, pensativo.

—Quizá lo interrumpieron y tuvo que darse prisa —repuso Julia, y se levantó—. O hay varios autores. Uno mata, y el otro la arregla.

Florian le lanzó una mirada pensativa.

—Podría ser. Pero quizá tampoco signifique nada. —Acarició con cuidado la tela del vestido—. Tenía que parecer una niña pequeña, pero ¿por qué?

Julia tenía a sus espaldas un largo historial de delitos sexuales cuyas víctimas habían pasado por la mesa del Instituto de Medicina Legal. El deseo por chicas lo más jóvenes posibles no le parecía nada raro.

—Le gustan jóvenes —añadió por eso, en voz baja—. Con las mujeres adultas, seguramente, no se desenvuelve. —Volvió a agacharse y le subió el vestido a la fallecida un poco por los muslos —. Hematomas, a primera vista, no se aprecian. Después de la autopsia sabremos si la violaron antes de su muerte. Pero ya puedo decir que esta flecha, lo más probable, es lo que la mató. El borde de la herida y la inflamación apuntan a que la mujer seguía viva cuando le dispararon al corazón. Lo mejor es que empiece ya. Así tendremos pronto los resultados.

FIN de la muestra de lectura

descargar aqui

Niña dócil

CRÉDITOS / AVISO LEGAL

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, organizaciones, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Mensaje oscuro

Copyright © 2026 Catherine Shepherd Diseño de cubierta: © Alex Saskalidis

Imagen de cubierta: © MelnikPave / shutterstock.com; © iiievgeniy / stock.adobe.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de la titular de los derechos, salvo en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica y reseñas.

Primera publicación: 2019 (Edición actual en español: 2026)

www.catherine-shepherd.es

Boletín de noticias Le invito a visitar mi página web www.catherine-shepherd.es y a suscribirse a mi boletín para recibir

noticias exclusivas y contenido adicional.